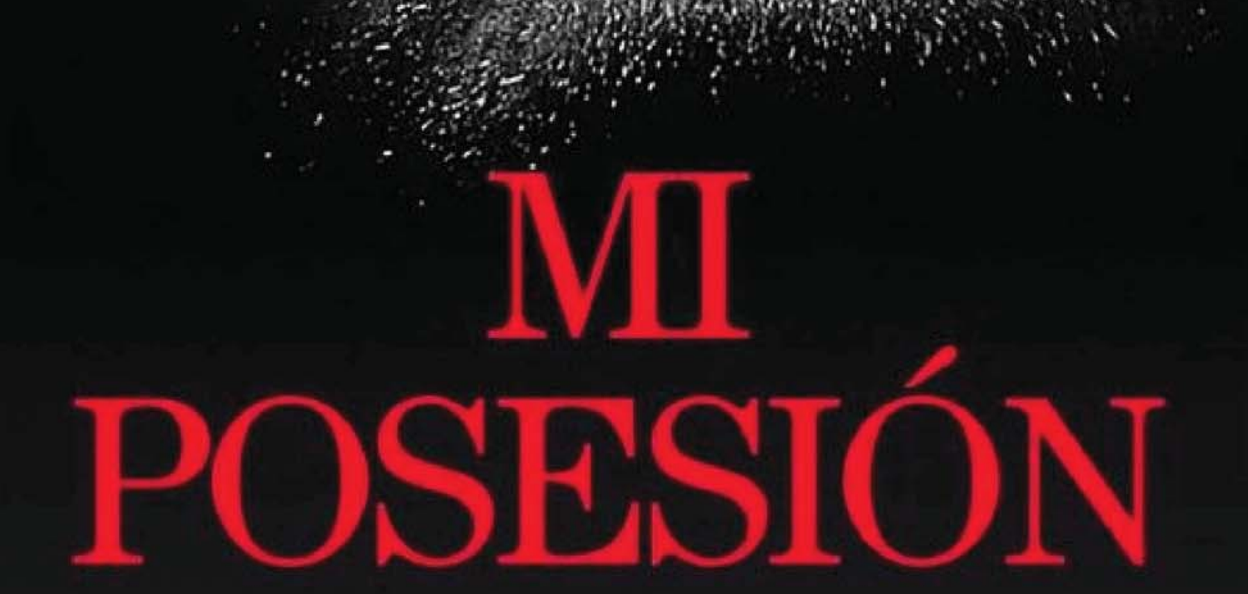


MI POSESIÓN

CÓMO FUI LIBERADO DE 27 LEGIONES DE DEMONIOS

FRANCESCO VAIASUSO

CON PAOLO RODARI

Francesco Vaiasuso & Paolo Rodari

Mi posesión

Cómo fui liberado de 27 legiones de demonios

Título original: *La mia possessione* by Paolo Rodari and Francesco Vaiasuso

This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent —
www.uklitag.com

Sagasta, 6
23400 - Úbeda (Jaén)
www.didacbook.com

© Traducción: Ricardo Regidor
Diseño de portada: José María Vizcaíno

Índice

Apéndice 2
Otros libros de interés



A Daniela, mi mujer

Por lo demás, reconfortaos en el Señor y en la fuerza de su poder; revestíos con la armadura de Dios para que podáis resistir las insidias del diablo, porque no es nuestra lucha contra la sangre o la carne, sino contra los principados, las potestades, las dominaciones de este mundo de tinieblas, y contra los espíritus malignos que están en los aires.

Efesios 6,10-13

Hace diez años

Mi vida cambió completamente cuando tenía treintaiún años, el 29 de diciembre de 2002; ese día me fue revelado algo de modo inesperado que desmoronó por completo el sistema de creencias en el que me apoyaba hasta entonces.

Mi mujer, Daniela, va conduciendo el coche desde Alcamo, la ciudad donde vivimos, hasta Palermo. A su lado, mi madre. De este viaje tiene la «culpa» el hermano Ferro, un jesuita con el que estoy en contacto desde hace tiempo. Me ha insistido mucho para que lo realice:

—Francesco —me dice—, tienes que ir a Palermo, a la iglesia de la Noce, y buscar al padre Matteo La Grua. Solo él puede ayudarte.

Los sesenta kilómetros que nos separan de nuestro destino no son fáciles. Me encuentro nervioso. Respiro con dificultad y hablo constantemente. Hilvano unos monólogos prácticamente incomprensibles. De una manera o de otra consigo exasperar a quienes vienen conmigo en el coche. Es cierto que no voy a Palermo en contra de mi voluntad, pero al mismo tiempo tengo miedo y querría darme la vuelta.

Algo me molesta. Me vuelvo a izquierda y a derecha, pero sé muy bien que ese «algo» se encuentra en un lugar preciso: dentro de mí. Mi mujer mira fijamente a la carretera y trata de no escucharme: tenemos que llegar a toda costa a nuestro destino.

Al cabo de media hora, el coche se detiene en la plaza de la Noce, un retazo del corazón antiguo de Palermo en plena ciudad moderna. En el centro, hay una estatua de la Virgen en un pedestal con una reja alrededor, rodeada de panaderías,

pescaderías, puestos ambulantes y palacios grises. Hemos llegado. Allí se encuentra la iglesia dedicada al *Sacro Cuore* —aunque para todos los palermitanos se trata simplemente de la iglesia de «la Noce»—, con su modesta fachada, su sacristía y sus salones parroquiales.

No he hablado nunca con el padre La Grua. Sí he participado en algunas de sus celebraciones litúrgicas, pero nunca he hablado con él directamente. Solo sé de él que es un monje franciscano, ya anciano, y que a lo único a lo que se dedica es a aquello por lo que es famoso también más allá de las fronteras de Sicilia, e incluso de Italia: su ministerio de exorcista.

A la entrada de la iglesia me espera el hermano Ferro. Lo veo de lejos. Su rostro me turba e inquieta.

—¿Qué quieres de mí?

Me bajo del coche y, sin poder controlarme, mi boca comienza a pronunciar palabras de miedo y de terror a la vez.

—¿Qué hago aquí? ¡Entrad vosotros, yo no quiero entrar!

El hermano Ferro me agarra del brazo. Me molesta su ayuda y le digo:

—¿No iremos a ver a uno que recita las mismas oraciones que tú?

Daniela está decidida: debo entrar. Ella tampoco sabe lo que me espera, pero sabe que debo fiarme del hermano Ferro: nuestra relación cada vez resulta más agotadora y el problema no es ella, sino yo. Ella está dispuesta a todo para llegar al fondo, para conseguir que yo vuelva a ser Francesco, el hombre con el que se casó hace solo dos años en busca de amor y de felicidad.

Entramos en un gran salón. Sigo hablando sin parar. Hago chistes. Mis palabras son un monólogo cada vez más incomprensible. Parezco un loco que se mueve y se agita dentro de su mundo particular.

En el salón vemos a un sacerdote de la parroquia en una silla de ruedas que está hablando a un grupo de personas. En cuanto lo diviso, siento cómo comienza a crecer un odio

profundo en mi interior. Es algo a lo que no puedo resistirme, que no puedo contener. Es una fuerza poderosa, un río que intenta salir de mi cuerpo para aplastar a aquel hombre vestido de negro. Tanto él, como lo que representa, y, sobre todo, su largo hábito me repugna.

—¡Mira en lo que te has quedado! —le grito. Pero no reacciona. Prosigue con lo que está haciendo sin responderme nada. Obviamente, está acostumbrado a ver por la parroquia a gente como yo que vienen a reunirse con el padre La Grua.

Enfrente, hay un crucifijo colgado de la pared. Empiezo a recular lleno de miedo. ¿Qué me está pasando? No puedo controlar la situación: de hecho, siento que estoy envuelto en llamas.

—¡Me quemo! ¡Me estoy quemando! —lloro, mientras a mi alrededor se forma como un círculo de luz que me aprisiona. No puedo salir de él. Estoy encerrado y ardo y sufro terriblemente.

¿Qué me está pasando? Cuanto más me acerco al padre La Grua, más confuso me encuentro.

Ahora el fuego comienza a quemarme la carne. Pero de pronto, sin saber cómo explicarlo, consigo salir del círculo de luz. Miro al hermano Ferro y le digo:

—Lo he conseguido. Estoy liberado.

Durante unos instantes me siento mejor.

Pero la agitación retorna enseguida. No me resulta difícil comprender su origen: lo que me hace temblar es el encuentro con el padre La Grua. O mejor: este encuentro con el sacerdote hace que se agite lo que vive dentro de mí. Una presencia contra la que no puedo hacer nada, a la que no puedo expulsar. Fui yo quien pidió esta cita con el padre Matteo, pero ahora lo que hay en mí se retrae, tiene miedo y trata de empujarme lejos de allí.

El hermano Ferro me agarra el brazo y me ayuda a avanzar. La puerta de la sacristía, adyacente al salón, se encuentra abierta. Allí hemos de entrar. Allí nos espera el anciano exorcista.

Tiene ochenta y ocho años. Está sentado en el medio de la sacristía. Es pequeño, diminuto, con un gorro redondo de lana en la cabeza para resguardarse del frío. Me mira e indica que me siente en una silla dispuesta a un metro de distancia de él. Me siento como si hubiera vuelto en mí. Estoy consciente. Puedo hablar y expresarme. Me doy plena cuenta de que en el coche y, un poco antes, cuando estábamos en el salón, no era yo quien hablaba y temblaba. Era alguien o algo dentro de mí. Alguien o algo que ahora se ha ido. Se fue. O tal vez simplemente se está escondiendo.

El hermano Ferro se coloca a mi lado. También hay cerca unas personas que ayudan al padre La Grua: dos hombres bastante fuertes y tres mujeres. Mi madre y Daniela se quedan un poco más apartadas. Daniela parece asustada. No sabe exactamente qué me está pasando. No sabe lo que me espera.

También a ellas les será revelado algo muy importante ese día.

El padre La Grua toma la iniciativa.

Comienza a hablarme. Me pregunta sobre mi pasado. Me hace unas preguntas muy concretas que me dejan perplejo.

—¿Has participado alguna vez en actividades esotéricas?

—¿Has asistido alguna vez a una sesión satánica?

—¿Has leído algún libro de magia?

—¿Has tomado drogas?

Y luego algunas preguntas referentes al sexo:

—¿Has estado alguna vez con prostitutas?

—¿Has participado en una orgía?

Respondo con la máxima sinceridad a todas las preguntas:

—No, no y no.

El padre La Grua no se queda satisfecho. Está convencido de que hay algo oscuro en mi pasado, algo que motiva todos los males que me atormentan, pero no puede entender de qué se trata. Yo trato de explicarle que siento una presencia maléfica dentro de mí y que ese es el motivo de mi vista.

Cesa de hacerme más preguntas. Se da cuenta de que mis respuestas son sinceras. Y comienza a rezar por mí. Me

bendice y reza.

En ese momento algo se mueve. Aquello o aquellos que están dentro de mí comienzan a salir al descubierto. Y a atacar.

Mientras el padre Matteo está rezando, alguien se apodera de mi voz y grita:

—¿Qué quieres de mí, Matteo? ¡Payaso! ¿Qué quieres de mí?

No puedo hacer nada para silenciarlo, aunque estoy perfectamente presente y en mí mismo. Estoy lúcido mientras alguien dentro de mí habla usando mi boca.

El padre La Grua vuelve a hacerme unas preguntas y en el momento exacto en el que termina de formularlas vuelvo a recuperar mi voz y puedo responderle yo. Le respondo, pero el que está dentro de mí, tan pronto dejo de hablar, retoma de nuevo la iniciativa y comienza a insultar al anciano exorcista.

—¡Eres un calumniador, Matteo! ¡Vete de aquí, bastardo! ¡Sal de aquí o te mato!

Es una sensación extraña. No siempre soy yo quien habla: a veces soy yo, otras veces, no. Me encuentro disociado de mí mismo y a la vez soy consciente de mi disociación.

Mi mente sufre grandes tormentos. Me siento como arrancado de mí, de mi cuerpo y de mi alma, desgarrado en mi interior, y este sufrimiento no es solo espiritual, también es físico. Esos dolores «dentro y fuera», y que mi mente ha de sufrir, son tremendos, únicos, indescriptibles y continuos. Siempre he pensado que, si hay un infierno, los que están allí sufren así, un sufrimiento del que cualquiera huiría a toda velocidad.

Si tengo que describir lo que me pasa cada vez que el padre La Grua me hace una pregunta diría lo siguiente: cada signo de interrogación se corresponde con una punzada dolorosísima en la cabeza. Es un desgarrón violento que permite que recupere mis facultades durante un instante para responder con sinceridad. Después, todo vuelve a quedar en manos del que está dentro de mí. Y a la siguiente pregunta,

después de una violenta laceración, vuelvo a ser dueño de mí mismo.

¿Cómo es posible que pueda responder a las preguntas? ¿Dónde encuentro las fuerzas para dominar a la presencia que me posee? El motivo es muy simple: no soy yo el fuerte, sino que el padre La Grua tiene la autoridad necesaria para entrar en mi mente devastada y desgarrada.

Cuanto más reza el sacerdote, el odio en mí crece con más rabia:

—¡Voy a matarte, bastardo! ¡Te mataré! ¡Te odio! —grito con fuerza.

Pero sé muy bien que no soy yo quien grita. Quien lo hace es alguien dentro de mí, da voces y, sobre todo, odia. Un odio profundo, inhumano, una concentración de mal que no puede medirse con parámetros humanos.

La batalla comienza: el padre La Grua lucha contra el que me posee o los que me poseen.

Mientras, yo, como si fuese un tercero que incomoda, lucho con la mente continuamente en manos del que me posee.

La pregunta del padre La Grua entra en mí como un cuchillo afilado, y abre una herida en la carne viva:

—Satanás —pregunta—, ¿estás solo o hay otros contigo?

Esta vez, el anciano exorcista no me ha dirigido la pregunta a mí, sino al que está dentro. La respuesta que sale de mi boca es inmediata y la pronuncio de mala gana:

—Estoy solo.

El padre La Grua es un exorcista experto. No se fía. Alza la voz.

—Te exijo en el nombre de Jesús que digas la verdad: ¿estás solo o hay otros contigo?

Le doy una respuesta inimaginable, pero es la respuesta de alguien en mi interior que no puede oponerse a la autoridad del sacerdote.

—Está bien, Matteo, voy a decírtelo...

En la sacristía se crea un silencio sombrío y pesado a causa

de unas palabras que nos sorprenden a todos:

—No estoy solo —responde—, somos veintisiete legiones.

El padre Matteo asiente lentamente y dice:

—Es la verdad.

A continuación, se levanta y le explica al hermano Ferro el amargo «diagnóstico». Y yo me doy cuenta de que lo que acaba de terminar no es otra cosa que un exorcismo.

Inmediatamente comprendo contra quien me veo obligado a luchar. Y, a la vez, es cómo si el padre Matteo hubiera dejado su sello, su señal, dentro de mí, algo que, a pesar de la gravedad de mi caso, no me abandonaría jamás.

Esta revelación cambiará drásticamente la perspectiva que tenía sobre mi propia vida, sobre mi pasado y también sobre mi futuro. Aquel 29 de diciembre de 2002, un día como cualquier otro en Palermo, es un día especial para mí. Es el día en el cual, después de tantos malentendidos y sufrimientos incomprensibles, el padre Matteo La Grua y el hermano Ferro consiguieron que Satanás revelara la verdad que hasta aquel momento solo se intuía de lejos: veintisiete legiones de demonios, es decir, veintisiete batallones del gran ejército del mal, comandado por Satanás en persona, poseen mi cuerpo, lo han ocupado, entran y salen contra mi voluntad y han convertido mi existencia en un infierno.

No se trata, por tanto, solo de un espíritu, sino de muchísimos, de legiones de espíritus en formación comprimidos en mi interior por Satanás en persona.

—Hijo mío —me dice el padre La Grua dándome un abrazo —, soy viejo y no tengo tanta energía. Que te ayude el padre Benigno. Hace falta mucha oración.

Hace treinta y siete años

Agosto de 1975. Amanece un día soleado en Chicago, la ciudad más grande del estado de Illinois y la tercera de Estados Unidos, después de Nueva York y Los Ángeles.

En una gran casa de las afueras, una típica vivienda americana con jardín y porche de madera, residen dos familias: en una zona, Caterina con su esposo, Antonio; y en la otra los padres de Caterina. Son amigos nuestros, ellos emigraron a América no hace mucho tiempo desde Sicilia, desde Alcamo, en busca de fortuna.

Caterina es muy alegre y se la ve llena de energía cuando entra en el apartamento de sus padres. Pregunta por mí y por mi madre, que hemos realizado un viaje rápido, de solo unos pocos días, porque querían devolvernos un favor: mi madre había enviado el año anterior una foto de Antonio, proponiéndolo como marido para Caterina.

Ella miró la fotografía e instintivamente dijo que sí. Poco después, Antonio partió hacia Chicago y se presentó allí. Se gustaron tanto los dos que en poco tiempo la relación acabó de modo natural en matrimonio.

En la década de los sesenta, aún había casos de matrimonios concertados en Sicilia. Las mujeres, por desgracia, no gozaban de plena libertad. Era algo normal, aceptado por la mayoría sin problemas y sin mayores preocupaciones morales. De hecho, no todos estos matrimonios eran sinónimo de infelicidad. A veces, las chicas a las que sus padres o amigos les buscaban un «hombre apropiado» con quien casarse reconocían que había sido una buena elección, alguien que correspondía a sus deseos y

expectativas.

Mi madre se comunicaba a menudo con los padres de Caterina, que hacía un tiempo habían dejado Sicilia. Antonio también era un amigo de la familia y buscaba una esposa, al igual que Caterina buscaba un marido. Y así fue como mi madre hizo lo que en su corazón sintió que era lo correcto.

Hace calor en Chicago. La calle, una típica calle americana muy larga, con numerosos árboles cuidadosamente dispuestos en fila, está desierta. Caterina entra con su bolso y nos saluda.

—Hola, Francesco, ¿quieres venir conmigo al centro comercial? Tengo que ir de compras y si quieres puedes venir conmigo. ¿Has visto alguna vez unos grandes almacenes?

Yo solo tengo cuatro años. No sé absolutamente nada de lo que es un centro comercial, en Sicilia no hay nada de eso. Pero la idea de salir de casa y dar un paseo me ilusiona. Miro a mi madre que me da permiso al momento.

—Está bien, Francesco —me dice—. Pero pórtate bien, te espero aquí.

Nunca había visto una ciudad tan grande. Tampoco me había imaginado nunca que podrían existir rascacielos tan altos e imponentes. El sol calienta las calles y hace que todo se vea muy hermoso.

Es muy raro. Pero no recuerdo nada, nada desde que salí por la puerta de la casa. Solo sé que vuelvo con un camión rojo y amarillo, un regalo de Caterina. Un camión que me llevaré conmigo en el avión de regreso a Palermo y que enseñaré entusiasmado a mi padre en el aeropuerto.

Mi mamá sí se acuerda que Caterina, por el contrario, vuelve sin nada en las manos. Es extraño. Hemos estado fuera casi cuatro horas con el propósito exacto de hacer unas compras y Caterina no trae nada aparte de su pequeño bolso donde probablemente guarda la cartera y las llaves de casa. En aquel momento, nadie le da ninguna importancia a este detalle concreto. Pero es un detalle decisivo.

No será hasta varios años después cuando se aclare todo.

No será hasta mucho tiempo después cuando salga a la luz la verdad de lo que ocurrió esa tarde.

Durante esas cuatro horas, Caterina y yo no fuimos a ningún centro comercial. Probablemente, habría comprado antes aquel camión de juguete.

Fuimos a otro lugar.

Parece imposible, pero así es: lo que hicimos durante esas horas, un período de tiempo muy corto en comparación con toda una vida, llegará a afectar a toda mi existencia; no solo durante los años sucesivos, sino también después de aquel encuentro con el padre Matteo La Grua en el que tantas cosas quedaron aclaradas.

1. La primera enfermedad y mi extraña aversión a lo sagrado

Es el 19 de octubre de 1971 cuando veo la luz, en Alcamo, tras solo ocho meses de embarazo, el segundo de dos hermanos. Inmediatamente tras el parto, me trasladan con urgencia al hospital de Palermo donde me recupero en una incubadora. Peso, de hecho, solo 1 kilo y 400 gramos, muy poco para sobrevivir sin cuidados especiales.

Los primeros días son difíciles. Pierdo peso constantemente, los médicos no tienen mucha confianza en que salga adelante y llegan a decirles a mi madre y a mi padre que no sobreviviré.

Mi salvación llega gracias a nuestro médico de familia. Se acerca al hospital y sugiere que me administren un medicamento contra la disentería. Después de unos ocho o diez días, comienzo a recuperar peso, estoy mejor, estoy a salvo. Al poco tiempo me dan el alta y nos volvemos a casa, a Alcamo, en plena forma.

Hasta los cuatro años crezco sano y feliz. Mi padre trabaja de representante comercial de una empresa importante de la zona. Mi madre tiene una tienda de enmarcación, una actividad que va tan bien que pronto «obliga» a mi padre a dejar su trabajo para ocuparse en el negocio familiar a tiempo completo.

Todo va viento en popa hasta dos meses antes de cumplir cuatro años, cuando voy con mi madre a los Estados Unidos. Durante el tiempo que pasamos en Chicago, pasa algo que afectará negativamente a mi vida a partir de entonces. Cuando regresamos a Sicilia a finales de septiembre, todo

cambia.

No hace ni veinte días que acabamos de volver cuando, en medio de la noche, sufro mi primera crisis respiratoria severa y violenta. Me falta el aire. Toso de manera salvaje, me parece que me muero. Me tienen que hospitalizar urgentemente y allí deciden tratarme inyectándome Bentelan vía intravenosa. Después de unos días de incertidumbre, nos dan el diagnóstico: asma bronquial aguda. Todavía recuerdo esas palabras, «asma bronquial», una enfermedad que me acompañará durante años y años.

A esta primera hospitalización le siguen muchas otras. Lamentablemente, tengo que volver al hospital a menudo; las crisis respiratorias, de hecho, se reproducen sin descanso.

Mi vida habitual ya no es la de antes, aunque aparentemente nada ha cambiado. Me siento siempre cansado, me encuentro débil, tengo un dolor constante en los gemelos que no me da respiro. El médico me dice que se trata de un problema de circulación, y para ello me prescribe sobres de calcio. Y luego sufro una fuerte otitis, que va y viene durante años. Y mi condición física general no mejora. Más bien empeora.

Crezco con rapidez, pero todas estas enfermedades me acompañan y me hacen sufrir. Pronto al asma se le une un problema dental. Las encías se retraen y muestran las raíces de los dientes. El dentista, después de explorarme, le pregunta a mi madre:

—Este chico ha abusado de los chicles, ¿verdad? Tiene los dientes destrozados.

—No —responde mi madre—. No toma chicles. A veces le compro un paquete, pero nunca quiere, no creo que le gusten.

A los siete años comienzan las primeras alergias de la piel. De un modo inexplicable, se me llena toda la superficie del cuerpo de grandes hematomas. Nuestro médico de familia me aconseja un potente antibiótico que, nada más tomarlo, efectivamente, me produce un gran alivio. Pero no es más que un paliativo. Los hematomas no llegan a desaparecen nunca.

El prurito es, a veces, insoportable, por lo que a menudo, en los momentos más críticos, me araño hasta sangrar.

Durante años, he de ir, al menos, dos veces por semana al médico, ya sea por el asma o por la alergia.

Pronto comienzo a sentir ansiedad, algo que me acompaña todos los días. Es una constante sensación de inquietud. Cuando como, la siento en mi interior. Se coloca entre el estómago y el esternón y no me da un respiro. Me cuesta digerir. Si bebo vino sufro inmediatamente de un ardor molesto.

Mi madre se preocupa, tiene miedo de que todo esto afecte a mi rendimiento escolar. En realidad, en la escuela, tanto en la primaria como en el grado medio, aceptan mi situación sin problemas.

A medida que pasa el tiempo aprendo a sobrellevar las complicaciones del asma. Las crisis son diarias, incluso cada cuatro horas. Pero puedo reducirlas, en parte bebiendo agua y en parte ayudándome con cortisona y otras medicinas.

En la escuela mis compañeros conocen mis problemas, también porque es difícil ocultarlos. Cuando respiro, siempre emito ruido, especialmente en la fase espiratoria. Es un sonido áspero y vibrante, similar a cuando se intenta beber agua con una paja en un vaso ya vacío.

Incluso las noches se vuelven problemáticas. Duermo durante varias horas, pero sin descansar. Es un sueño sin sueños.

En un momento concreto, comienza a sucederme algo muy extraño, que se repite durante varias noches. Me despierto cada mañana totalmente desarropado. Un día mi madre prueba a arrimar la cama contra la pared, haciéndome dormir con las mantas bien remetidas bajo el colchón.

—¿Estás bien? —me pregunta antes de irse.

—Está un poco apretado, pero estoy bien —le respondo.

Pero a la mañana siguiente las mantas han volado hasta los pies como si yo hubiera querido liberarme aún con más fuerza; aunque, en realidad, no podía hacer nada.

Inexplicable.

En la escuela no me va muy bien. A menudo me encuentro cansado, fatigado. En concreto, tengo poca capacidad para memorizar, lo que no me ayuda nada. Por la tarde repito la lección y en casa me dicen:

—Muy bien, seguro que sacarás buena nota.

Pero a la mañana siguiente, ya no recuerdo nada. Un vacío total. Cuando me preguntan en clase, ni siquiera sé de qué me están hablando. Los conocimientos que unas pocas horas antes me sabía a la perfección, me resultan totalmente desconocidos, como si los escuchara por primera vez. A veces intento una estratagema: repito la lección temprano por la mañana, sobre las seis y media. Pero ya a las nueve mi cerebro se pone a cero. No hay nada que hacer: no recuerdo nada.

Después de la secundaria, me inscribo en un instituto técnico comercial. El primer año voy muy mal, pero consigo que no tengan que expulsarme. Mis compañeros tratan de defenderme ante los profesores, que suelen ponerme unas notas bajas, a menudo no más de un cuatro.

—Pero, profesor, si hace cinco minutos nos ha repetido la lección perfectamente... —le decían.

—Yo os creo —respondía—. Pero solo puedo ponerle un cuatro, por respeto a toda la clase.

Al final, con mucho esfuerzo consigo aprobar y me promocionan de curso. Pero al año siguiente las cosas empeoran. No soy capaz de concentrarme y memorizar se vuelve una tarea cada vez más difícil, así que decido abandonar los estudios. Eso me supone una liberación tremenda de una carga que se me había vuelto demasiado pesada.

Y empiezo a trabajar en la tienda de mi madre. Para mí no es ningún drama. Yo siempre había pensado, desde pequeño, que no era muy bueno en los estudios. Sin embargo, mi hermano Carlo siempre sobresalía en todas las materias. Yo no, y nunca lo he asumido como un problema. Mis padres me

han ayudado mucho: nunca me han hecho sentirme mal por mi pobre rendimiento.

—No te preocupes —me decía siempre mi madre—, estudiar es importante, pero ya verás cómo tú también vas a hacer cosas grandes.

A los quince años, comienza a sucederme otra cosa extraña y que se repetirá a menudo, lo mismo que lo de las mantas. Una mañana me despierto y tengo los pantalones del pijama bajados hasta los tobillos y la parte superior del pijama estirada hacia arriba, casi estrangulándome. Estoy prácticamente desnudo y noto que he tenido un abundante derrame de esperma. Hablo con el médico porque la cosa se repite y también porque el derrame es realmente notable. Intenta tomárselo a risa:

—Francesco —me pregunta—, ¿no será que te has echado novia?

Le respondo que no. Sí que he besado a alguna chica, pero nada más. El doctor no le da más importancia, a pesar de que a partir de entonces me va a resultar difícil afrontar el tiempo de irme a la cama. Sigo con el asma, con alergias, las mantas que desaparecen y lo de ahora: con frecuencia me despierto sin pijama.

No es fácil, y pronto se suman nuevos enemigos. No tengo alternativa: debo hacerles frente, es lo que me va pidiendo la vida, de modo inexorable.

A pesar de mis continuas enfermedades siempre he sido un adolescente normal, alegre y despreocupado. Todos mis problemas no han supuesto un peso excesivo y nunca me han condicionado.

De mi época adolescente guardo recuerdos muy luminosos, especialmente vinculados a los largos veranos pasados en casa de mi abuelo, cerca del mar, pero ligeramente sobre una ladera. Una casa grande con un jardín muy amplio, sin teléfono: allí las semanas transcurren como fuera del tiempo. Con mi hermano y mis primos jugamos a mil cosas distintas. A menudo ayudo a mi abuelo a preparar las pizzas

en su gran horno de leña. Por la noche le oigo contar aventuras de su pasado militar.

Incluso en Alcamo, los días transcurren serenos. Toda mi vida se concentra en un área relativamente pequeña: mi barrio, con la parroquia a trescientos metros de casa, la plaza frente a la iglesia, con dos árboles grandes donde me refugio en los días de calor, y una pequeña capilla más cerca de casa de la que mi familia se ha encargado durante años. Es la iglesia de san Vito y del Espíritu Santo, un pequeño oasis que después del terremoto de 1979 mi padre se empeñó en reconstruir. Pagó de su propio bolsillo cinco millones de liras que luego, a lo largo de los años, recuperó gracias a las donaciones de amigos. Todos los domingos un sacerdote celebra la misa en esta iglesia: para mi familia es un poco como un segundo hogar.

Gracias a la reconstrucción de la iglesia, el barrio se animó otra vez con una luz nueva. El día de la inauguración incluso vino el obispo y la televisión local. Mucha gente visita este pequeño edificio sagrado.

Mi padre es una persona muy emprendedora y activa. Siempre dispuesto a mirar hacia adelante, sin lamentar el pasado. A los dieciséis años, me compra una motocicleta, una *Aprilia Cinquanta F1*, azul y roja: quizá sea un pequeño lujo, pero solo con mirarla me emociono y me lleno de orgullo conduciéndola por Alcamo y por los caminos que llevan hasta el mar.

Gracias a la moto, puedo frecuentar más asociaciones juveniles, pasear por los alrededores e incluso ir a la playa. Las enfermedades me siguen atormentando, pero trato de no hacer demasiado caso.

En un determinado momento, sin embargo, se me produce una forma violenta de herpes labial. Cada mes, durante siete u ocho días, estoy muy fastidiado. Me lo curo con Zovirex. Desde entonces, el tubo de pomada me acompaña siempre, noche y día.

En estos años viene a sumarse otra enfermedad, una otitis

muy dolorosa. Los médicos me dicen que tengo el tabique nasal desviado y proponen una operación, pero yo no estoy de acuerdo. Los problemas se multiplican: Asma, alergias, ansiedad, herpes, otitis y finalmente una escoliosis anómala.

El colegio y los estudios quedan como recuerdos lejanos. Trabajo todos los días en la tienda y al menos desde este punto de vista las cosas van muy bien. Frecuentan nuestro negocio gente culta y con recursos, rinde bien y la clientela es magnífica. Tengo mucho trabajo. Mis padres confían tanto en mí que de hecho nos lanzamos a preparar una zona de la tienda para dedicarla a galería de arte.

A los dieciocho años salgo por primera vez con una chica. Se llama Serena. Estamos bien juntos, pero todavía no estoy preparado para una relación seria. Tras unos meses lo dejamos: la discoteca y los amigos con los que voy al mar me atraen mucho.

Con Simona, por otro lado, tengo una relación más seria. Pero con ella también terminaré pronto. Los dos estamos muy enamorados, pero cuando se va a la universidad y se ve obligada a abandonar Alcamo, nuestros caminos se dividen irremediablemente.

¿Por qué cuento las historias de Serena y Simona? Para hacer ver que, a pesar de mis enfermedades, tengo una vida completamente normal. Tengo mis amoríos y tengo mis amigos. Vivo con despreocupación sin pensar demasiado en mi condición física que, a pesar de todo, no llega nunca a estabilizarse.

Pero todavía tienen que pasar muchas cosas más. Un acontecimiento inesperado, en particular, viene a turbar la tranquilidad. Esta vez no se trata de mí ni de mis problemas. Se trata, por desgracia, de mi padre.

***

Es una tarde soleada de domingo en Alcamo. Mi padre

tiene apenas treinta y cinco años. Sale de casa para dar un paseo y mientras está caminando se desmaya. Se reanima y, con esfuerzo, consigue volver a casa completamente bañado en sudor.

Se trata de un ataque de pánico, una fobia, dice el diagnóstico médico.

Una enfermedad inexplicable que sufrirá durante años, hasta el 2004.

Durante mucho tiempo no podrá quedarse solo en una habitación. No podrá conducir. Ni siquiera podrá bañarse sin la presencia de mi madre en el cuarto, que tendrá que quedarse sentada detrás de la cortina de la ducha para que mi padre la sienta y no crea que le ha dejado solo.

Los cuidados psicológicos no dan ningún resultado definitivo. El especialista que le trata repite siempre lo mismo:

—Tiene una inteligencia fuera de lo común, no entiendo esta fobia, realmente no puedo explicármelo.

Nadie en la familia se deja apabullar ante este nuevo obstáculo. Mi padre es el primero que sabe vivirlo con ironía, igual que el resto, mi madre sobre todo.

Pero, cuando he pensado en ello años después, mirándolo en retrospectiva, me he hecho muchas preguntas sobre esta dolorosa experiencia.

¿Por qué mi padre tuvo que convivir de repente con esa zona oscura de la mente? Puede haber muchas respuestas. Y cuando fui testigo de cómo consiguió salir del túnel en unas pocas semanas, en 2004, me hice una cierta idea. Y he pensado mucho en aquellos enemigos que, desde pequeño, han estado a mi alrededor noche y día.

Un día, un sacerdote amigo le dijo:

—Para resolver tu problema, solo tienes que hacer una cosa: ir a misa a diario.

Papá le obedeció.

Y a las pocas semanas, un domingo, consiguió salir de casa él solo. Condujo él solo el coche y dio un paseo de tres

kilómetros. La oscuridad parece haber pasado y mi padre vuelve a ser él mismo.

Es una mañana soleada en Alcamo. Faltan pocos días para mi confirmación. Pero para mí, ese día no significa nada especial. Desde que hice la primera comunión, diez años antes, no he frecuentado los sacramentos.

No tengo nada especial contra la Iglesia, ni contra los sacerdotes o la fe. Simplemente, como la mayoría de mis amigos, prefiero dedicarme a otras cosas.

Las ceremonias religiosas me aburren, prefiero mil veces más ir al mar, salir con los amigos, correr con la moto. Los sacramentos simplemente no forman parte de mi vida. Si voy a confirmarme es por una cuestión práctica: como lo hace todo el mundo, yo también.

Tengo que ir a mi parroquia a pedir unos documentos. Es algo extraño: esa pequeña plazoleta que se encuentra delante de la iglesia es como mi segunda casa, voy ahí con la moto y con los amigos; ese rincón de Alcamo me es totalmente familiar, mientras que la iglesia, unos pocos pasos más allá, me resulta completamente desconocida, extraña, un mundo al que no pertenezco. Está allí, a pocos metros del lugar donde me divierto con mis amigos, pero nunca he entrado.

Ahora, no me queda más remedio. Nada más entrar en el templo, sucede algo muy raro. Camino lentamente por la nave de la izquierda, la sacristía se encuentra al fondo, no muy lejos. Avanzo rodeado de una extraña sensación.

En una palabra, me siento observado.

Las imágenes sagradas, las estatuas de los santos y de la Virgen en las capillas laterales, todos me miran y me observan. Me siento vigilado y no puedo hacer nada para evitarlo. Quiero huir, pero no puedo. Todo lo que puedo hacer es seguir caminando.

Al fondo de la nave se encuentra la puerta de la sacristía. Pero no entro. No porque no quiera, sino porque no puedo.

Me siento como petrificado.

Hay algo que atrae mi atención, pero al mismo tiempo lo

rechazo y me asusta y me deja inmóvil.

Sentada en uno de los bancos de la nave central, en las primeras filas, hay una anciana. Es su presencia lo que me agita y a la vez me confunde. No quiero mirarla. Más bien, querría escapar de allí. Pero una fuerza que no viene de mí me obliga a volver la cabeza hacia ella.

Es un movimiento lento pero inexorable, un movimiento que no puedo controlar. La miro, pero no puedo enfocar su cara. No hay nada particular en ella que me afecte, nada que capte mi atención, excepto una cosa.

El rosario.

Mis ojos apuntan al rosario que la anciana concentrada desgrana en sus manos. La visión del rosario me provoca una sacudida ligera, pero perceptible, por todo el cuerpo. Es un breve instante, no más, de gran temor, una emoción que llega y de repente me abandona.

No dura más que un parpadeo.

Un poco mareado entro en la sacristía, pido los documentos que necesito y salgo de la iglesia.

Fuera, reflexiono en lo que ha pasado. ¿Qué ha sido exactamente esa conmoción? ¿De dónde ha venido y por qué? No puedo contestar. Aunque, cuando lo mire en retrospectiva, contaré con la clave para interpretarlo: Aversión a lo sagrado.

Esa fue la primera vez, aunque suave, que sentí aversión a lo sagrado. Un miedo real, verdadero, profundo. Algo oscuro que sale de dentro del alma, de un mundo desconocido pero real.

No obstante, mi vida continúa como siempre. Repito: es una vida como tantas, con algunas molestias a causa de mis enfermedades, preocupado por los problemas de mi padre, pero todo dentro de una normalidad general.

A los pocos días me olvido del episodio de la iglesia y continúo viviendo como siempre: trabajo, amigos y mucha despreocupación.

Pero tiempo después aquella conmoción vuelve a sacudirme.

Es una tarde de mayo de 1997. Tengo veintiséis años. Me encuentro solo en la galería de arte. Entra una cliente. Me muestra una imagen de la Virgen a la que quiere poner un marco. Me pide consejo, pero mi mente no puede oírla. Toda mi atención se dirige a ese cuadro. Es una imagen de la Virgen que no había visto antes, parece que está pintada para niños, un perfil sencillo y un montón de colores.

—¿Qué Virgen es esta? —le pregunto a la señora. La imagen despierta mi curiosidad. Podría decirse que me atrae.

—¿Escuchas Radio María? —pregunta.

—No, nunca. ¿Por qué?

—Esta es la Virgen de la que habla Radio María, la Virgen que se aparece en Medjugorje. Se aparece todos los días a seis niños de aquel pueblo.

Un fuerte dolor en el corazón.

Mientras la señora sigue hablando de Medjugorje, se materializa nítidamente ante mis ojos una pequeña flecha que me alcanza y penetra en mi corazón.

Y me duele.

Percibo dentro de mí un dolor breve pero intenso. No dura más de diez segundos. Esa flecha no existe para el mundo, existe solo para mí. No está, pero yo la veo. Y la siento.

Es la segunda vez que lo sagrado me hiere, hasta el punto de causarme dolor.

He reflexionado mucho sobre este episodio, al igual que sobre lo que me sucedió dentro de mi parroquia. No sé muy bien por qué, pero siempre los he ligado a algo que he experimentado de pequeño. Desde mi más tierna infancia he sentido como una cierta aversión a la naturaleza, me ha resultado difícil entrar en contacto con lo natural.

Es cierto que he pasado veranos muy felices en la casa de mi abuelo, en medio del campo; a menudo bajaba al mar donde pasaba largo rato bañándome. Pero cada vez que tenía que entrar en contacto con la naturaleza era como si primero tuviera que derribar un muro que me lo impedía.

También he vivido durante un tiempo con mi familia en

una casa de campo rodeada de plantas. Pero para mí siempre ha sido una experiencia difícil. Mi padre me llamaba al jardín para que le ayudara. Y tan pronto como ponía un pie en el césped ya quería volverme dentro. Buscaba el refugio del porche.

¿Por qué todo esto? ¿Tal vez porque la naturaleza, a su manera, también es sagrada? ¿Y para mí, lo sagrado, en vez de atraerme, me causa rechazo y me pone malo?

Es difícil responder.

Sin duda, esta aversión es una sensación extraña, y vuelvo a experimentarla un día en que salgo de paseo en moto por las afueras de Alcamo con Daniela, la mujer que pronto se convertiría en mi esposa.

Poco antes del episodio de la imagen de la virgen de Medjugorje conozco a Daniela.

Es una noche de primavera. Me encuentro con un amigo en un pub irlandés de Alcamo. Daniela conocía a mi amigo y se acerca a nuestra mesa. Ella le cuenta que acaba de dejar a su novio y también le dice que se ha apuntado a la compañía teatral del pueblo: en breve van a representar una comedia y están ensayando esos días.

Daniela habla, y yo solo tengo ojos para ella.

Cuando se aleja, le pregunto a mi amigo:

—¿Quién es esta chica?

Me responde:

—No es para ti. Es muy seria.

Se conocen desde el colegio. Mi amigo sabe que Daniela se ha educado en un ambiente salesiano y que frecuenta la parroquia. A mí no me importa. Me atrae su gran sencillez. Necesito conocerla y basta.

El teatro va a ser la herramienta que utilizaré. Como mi hermano forma parte de esa compañía, esa misma noche, en casa, me apresuro a hablar con él.

—Dime —le pregunto—, ¿cómo va lo del teatro?

—No demasiado bien, me han dado un papel pequeño.

—¿No estás satisfecho?

—No es eso. Es que tengo muchos compromisos y como solo me han dado tres líneas...

—Si no tienes tiempo, a lo mejor puedo hacerlo yo.

—¿Tú?

—Sí, ¿por qué no?

Para mi hermano es una pequeña liberación. En el fondo, no quiere hacer ese papel y se alegra al cedérmelo.

Voy al teatro y le digo al director que mi hermano me ha pedido que haga yo su papel y que, por lo tanto, me gustaría sustituirlo. Me hace una prueba y le parece bien. Me dice:

—Tú tienes un papel pequeño. Ensayamos todos los días, pero si quieres puedes venir solo de vez en cuando.

No le hago caso. Voy al teatro cada noche.

Daniela se acuerda de que me conoció en el pub y se sorprende de verme en los ensayos. Sobre todo, le sorprende cuando me ve allí todos los días. De todos modos, al principio parece indiferente a mi presencia. Pero pronto consigo avances. Mi cortejo es discreto pero insistente. Ella va concediéndome una cierta confianza, aunque, me daré cuenta después, está algo asustada: viene de una relación muy larga que todavía le duele. No es fácil para ella volver a abrirse. Y además es una chica seria. Quiere relaciones serias. Y no sabe a quién tiene enfrente, básicamente no me conoce. Ve que estoy rodeado de muchos amigos y muchas chicas. Y no sabe si confiar en mí o no.

Una noche, al final de los ensayos, empezamos a hablar y le propongo que me acompañe al pub donde, le digo, «hay otros amigos».

Acepta. Pasamos el tiempo hablando. Pronto vamos ganando en confianza. Desde ese día salimos muchas veces. A menudo la llevo conmigo al mar en la moto. La nuestra se convierte en una amistad muy intensa, hasta que una noche, acompañándola a casa, paramos a tomar un helado en un bar. Ahí es donde, por sorpresa, me besa. A partir de ese momento, sin siquiera formalizarlo explícitamente, comienza nuestra relación.

Una relación que pronto se vuelve intensa. Daniela ve una nueva posibilidad para su vida, no tanto por mi fe, que de hecho sigue siendo muy verde, sino por la sinceridad de mi alma. Me lo contará después:

—En ti vi un chico sincero, natural, en el que podía confiar.

¿Soy sincero y natural? Esta es la impresión que ofrezco al exterior. Obviamente, a pesar de las luchas internas que sufro a causa de las situaciones oscuras que vivo, y que pronto quedarán más claras, mi vida está llena de normalidad.

Pasamos muchas horas juntos, solos o con amigos.

Una tarde nos acercamos Daniela y yo al santuario de Nuestra Señora de los Milagros, que está en las afueras de Alcamo. Aparco la moto a pocos metros de la entrada. Daniela me dice que la siga.

—No me apetece —le digo.

Mi rostro se vuelve tenso.

Ella nota por primera vez un contraste que la asusta: siempre me muestro sonriente y natural, pero ahora mis rasgos son duros, no me parezco a mí mismo.

Daniela se sorprende.

—¿Cómo? —me pregunta.

—No tengo ganas de entrar —le respondo.

Una pared. Frente a sus ojos, por primera vez, no tiene a Francesco, sino un muro.

Resulta difícil explicarlo, pero en aquel momento sufro un bloqueo que me impide moverme. No puedo y no quiero entrar.

Me quedo fuera. Ella entra, reza una avemaría y sale.

No sé cómo explicar lo que me ocurre. Y, de hecho, no le digo nada a ella.

Vuelvo a repetirlo: entenderé lo que me pasa solo después de un tiempo, cuando pueda explicarlo y darle el nombre más apropiado, es decir, aversión a lo sagrado.

2. Un «fuera de programa» de Juan Pablo II

Aquella flecha que penetró mi corazón ya no me duele como entonces. Pero no me abandona su recuerdo, cómo se materializó ante mis ojos de una manera tan nítida que parecía real.

Desde aquel día, cuando me hablaron de Medjugorje, todas las conversaciones con mi madre, con Daniela, con mis amigos... no tienen otro tema más que Dios y todo lo relacionado con Él.

Encuentro, de casualidad, un libro que trata sobre una de los videntes, Vicka Ivankovic. Allí leo que Vicka habla del ayuno y de la importancia que tiene ayunar para una vida de fe.

Inmediatamente me viene a la cabeza la imagen de mi tía que lleva haciendo ayunos durante años. Cuántas veces le he oído decir: «Hoy no como, estoy haciendo ayuno». Para mí, eran palabras vacías y sin sentido. Pero ahora, leyendo lo que dice Vicka, mis sentidos captan algo. Se despliega una antena que no puedo dejar de lado.

No puedo explicar por qué, pero también siento el deseo de ayunar. Percibo que es algo positivo para mí. Y empiezo a hacerlo. Naturalmente, como en esa época no suelo ir a la iglesia, desconozco ciertas costumbres y expresiones. Apenas me sé las oraciones básicas, como el Padrenuestro o el Ave María. Sin embargo, esa palabra, ayuno, se convierte en algo que considero que es apropiado para mí.

Así, comienzo un régimen a pan y agua todos los miércoles y viernes. Mi corazón sabe que la Virgen lo quiere.

Puede sonar extraño, casi una fijación. Y, sin embargo, la Virgen, de una manera tan misteriosa como real, me está llamando. ¿Dónde? A volver al camino.

En silencio empiezo a hablar con ella. A llamarla. A pedirle que quiero verla.

Un día, una amiga de mi madre entra en la tienda y comienza a hablar de una amiga suya de Detroit que ha ido a Medjugorje. Dice:

—Ha sido llamada a Medjugorje, porque nadie va allí a menos que sea llamado por Nuestra Señora.

Son como fuego. Estas palabras me inflaman. Me dejan sin descanso. Y empiezo a decirme a mí mismo: «Tengo que ir a Medjugorje, yo también tengo que ir. Si esa señora ha ido desde Detroit, ¿no puedo hacerlo yo desde Alcamo?».

No sé siquiera dónde se encuentra ese sitio. Lo busco en un mapa, pero no encuentro nada. Pido información y me dicen que está en la ex Yugoslavia, una zona en la que hay una guerra en curso. Le rezo a Nuestra Señora y le digo: «Dentro de ocho días haz que encuentre un sacerdote que pueda ayudarme a ir».

Mi madre nota un cambio en mí. Ella no sabe nada de lo que ha brotado en mi interior, pero es feliz. Sonríe cuando un día me llevo el coche a hacerle una revisión y bromeo:

—Mamá, ¿te imaginas que ahora le pongo una pegatina de la Virgen en el parabrisas y me voy solo a Medjugorje?

Estoy decidido, determinado. Ese pequeño pueblo es mi objetivo.

¿Por qué siento este deseo tan fuerte de ir allí? No puedo contestar a esa pregunta. Todo empezó con esa flecha que se me clavó en el corazón. El recuerdo de ese dolor me empuja hacia Medjugorje, pero el motivo, el origen de este empuje, sigue siendo también algo misterioso incluso para mí.

A los pocos días, entra en la tienda un sacerdote salesiano, don Giuseppe Ilari. Habla un poco con mi madre y luego se acerca a mí. Me pregunta por qué hace tanto que no voy a la iglesia. Le respondo que no tengo mucho interés y que mi

único deseo es hacer una peregrinación.

—¿Dónde? —pregunta.

—A Medjugorje.

—Mira, ahora tengo prisa, no puedo quedarme más tiempo, pues tengo que volver a la parroquia. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—¿Ahora?

—Sí.

Mi madre me dice que vaya con él, y que ella cuidará de la tienda durante unas horas.

Voy con él hasta su despacho. Sin explicarme nada, empieza a hacer unas llamadas telefónicas. Las cuento, son ocho en total. Busca a una persona en particular, pero no la encuentra. Por fin, le responde un cierto Salvatore Vaccarello. Hablan durante unos minutos y cuando termina la conversación, se vuelve hacia mí.

—Te estará esperando mañana por la mañana a las ocho en Palermo.

—¿Quién?

—Salvatore, un amigo mío. ¿No quieres ir a Medjugorje? Habla con él. Esta es su dirección.

A las seis de la mañana ya estoy en pie. A las ocho estoy con Salvatore. No sé quién es, pero confío en don Ilari.

Es el 3 de septiembre de 1997.

Salvatore tiene sesenta y siete años. Vive en una zona residencial, aunque su apartamento lo tiene bastante descuidado. Muebles desgastados, paredes amarillentas... En la entrada hay varios paquetes apilados. Salvatore, de hecho, se encuentra preparando un envío de alimentos y bienes de primera necesidad a los países del tercer mundo. Lo hace sin que se sepa, en la sombra, «como un servicio a los pobres para la gloria del Señor», repite siempre.

—Ponte cómodo —me dice.

Entro, pero aquella casa me provoca rechazo.

En las paredes hay colgadas varias imágenes sagradas. Me fijo en ellas. Me están vigilando, casi me sofocan. Es la misma

sensación que tuve hace años cuando entré en la iglesia poco antes de confirmarme: las estatuas de los santos me miraban sin darme un respiro. Lo mismo que aquí.

Salvatore también es un tipo extraño. Se presenta con un suéter de color beige, pantalones viejos y zapatos malos. Se parece a Woody Allen.

Cuando entro, cierra la puerta detrás de él con doble vuelta. El sonido de la cerradura me asusta. Quiero correr, pero no puedo.

En una habitación se encuentra su madre acostada en la cama. Está enferma. De vez en cuando emite algunas palabras incoherentes. Vive en su mundo, parece ausente.

Estoy agitado. Tengo dudas sobre él, tengo miedo de que sea un santón o algo así. Pero después pienso que debo fiarme: don Ilari no ha podido enviarme a un loco. Trato de calmarme y de no pensar en las imágenes sagradas. Sé que puedo hacerlo.

Salvatore me habla de su vida y de sus grandes proyectos de voluntariado. De la ayuda que envía por todo el mundo a través de su asociación.

—¿Cuántos miembros tiene la asociación? —le pregunto.

—Yo, Gaetano y Giovanni —me responde.

Sus palabras me confunden. «Una asociación de solo tres personas», pienso, «qué extraño».

Me dice que han estado con el Papa en Castel Gandolfo. Pudieron saludarle y contarle sus proyectos en el tercer mundo. A lo largo de estos años, se han reunido también con gente importante, obispos, cardenales, políticos...

Estoy fascinado por sus palabras, pero también confundido. Dentro de mí siento que se agitan dos fuerzas opuestas. Una me insta a saber más, a conocerle mejor: Salvatore es la persona a la que anclarme para llegar a Medjugorje, lo que ahora mismo es mi máximo interés. La otra, sin embargo, me dice que huya: mi alma está inquieta, la casa emana sacralidad y eso me asusta.

En un momento dado Salvatore me dice que ha estado tres

veces en Medjugorje y que está en contacto con una vidente, Vicka.

Medjugorje. Vidente. Y la Virgen.

Estas palabras hacen nacer en mi alma un mundo de sentimientos y emociones: son mi objetivo, mi meta.

Vuelvo a repetirlo: no puedo explicar el porqué de este deseo de ir allí. Pero es un deseo real, y es incontrolable, desbordante y, a veces, incontenible.

—¿Podría conocer yo también a los videntes? —pregunto, mientras respiro cada vez con más intensidad.

—Sí —me dice. Y me habla de un cierto Pietro Jacopini, un amigo suyo que «va cada diez días a Medjugorje».

—¿En serio?

Estoy buscando respuestas. Salvatore se da cuenta de la ansiedad que me agita el corazón, pero no entiende el origen.

—Sí, es un religioso —me dice—. Discípulo de la Madre Speranza. Vive en Fermo, no muy lejos del Santuario del Amor Misericordioso de Collevalenza. Vive en una casa de sacerdotes. En el pasado, era un comunista feroz. La madre Speranza le convirtió.

Mis pensamientos giran cada vez más rápido, como en un remolino. «Pietro puede conseguir que conozca a los videntes», pienso.

Conocer a los videntes. Ir a Medjugorje y conocer a los videntes: estos son mis objetivos.

—Te daré su número ahora —me dice.

Pero encontrar el número resulta un imposible. No tiene agenda. Busca detrás de unos libros apilados al azar sobre un mueble antiguo. Un mueble viejo, oscuro, muy desgastado, repleto de libros de todo tipo. Incluso el mueble me asusta: contiene volúmenes de temática religiosa. Palabras que me golpean, pero trato de que todo eso no me abrume.

Miro a Salvatore. Me gustaría ayudarle a encontrar el número, hacer algo, y me pone nervioso mi impotencia.

—Tal vez esté dentro de este libro —dice. Pero no encuentra nada.

Abre el libro y lo deja en el suelo. Y continúa así durante varios minutos.

Estoy inmerso en una gran tensión interior. Tengo que encontrar ese número, para mí es una cuestión de vida o muerte: Medjugorje, los videntes... ese número conseguirá que llegue hasta ellos.

—Ya verás cómo lo encontramos, tranquilo —me dice.

Y, de pronto, dentro de un libro comprado en Medjugorje encuentra el número. Me lo dicta lentamente, tal vez intuyendo la conmoción que me atenaza.

Con el número de teléfono ya en mi poder le digo que tengo que irme. Miro el reloj, son las tres y diez. Me parece imposible: creía que había estado allí alrededor de una hora y, en cambio, han pasado más de cinco horas.

Salgo y me dirijo de vuelta a Alcamo. El corazón me late con fuerza. No puedo calmarme de inmediato. Una fuerza dentro de mí me empuja hacia Medjugorje, pero el camino para llegar hasta allí aún no es claro. Salvatore me ha sido de mucha utilidad. Y me será muy útil y valioso en el futuro, pero ahora no soy del todo consciente.

He de ir a Fermo en busca de Pietro. En este momento, es a él a quien tengo que dirigirme.

Al día siguiente lo llamo. Me dice que el 11 de octubre va a ir a Medjugorje y que, si quiero, puedo unirme a él y al grupo que le acompaña.

Acepto con entusiasmo, pero le pido poder ir a Fermo algún día antes. Me gustaría hospedarme en su casa. Creo que he de hacer todo lo posible para convertirle en amigo mío: «Si consigo hacerme amigo de Pietro, una vez que lleguemos a Medjugorje podré conseguir conocer a los videntes». Por eso insisto.

—Aquí no puede dormir nadie de fuera —me dice sin dar demasiada importancia a mi petición. Y cuelga.

Paso unos días inquietos en Alcamo. Durante años no he ido a la iglesia, no he recibido los sacramentos, pero ahora siento que estoy a un paso de creer, de conseguir una fe que

nunca he tenido. Pero exijo una prueba: ir a Medjugorje y conocer a los videntes. Esto es lo que le pido a Dios, si es que puede escucharme. Es una petición incesante, continua, insistente.

El 27 de septiembre, la región de Umbría sufre un violento terremoto. Inesperadamente recibo una llamada telefónica de Pietro. Me pregunta si puedo ir a Roma. Tiene que llevar un camión a las monjas de Asís. No hay nadie que pueda acompañarle. Me pregunta si puedo ir yo con él.

—¿Y después podré pernoctar en Fermo hasta el día que salgamos hacia Medjugorje? —le pregunto.

No me responde de inmediato. No entiende por qué tengo tantas ganas de dormir en Fermo. Pero después de unas horas vuelve a llamarme y me contesta:

—De acuerdo, excepcionalmente podrás dormir con nosotros —me dice.

Esa respuesta me llena de euforia. Creo que voy a conseguirlo. Pietro me llevará a donde yo quiero.

Salimos de Roma camino de Asís. Durante el viaje, me vuelvo a la Virgen varias veces: «¿Ves lo que estoy haciendo por ti? Voy a Asís. Pero contéstame, dame la señal que te pido. Déjame conocer a los videntes, déjame ver que realmente existes».

Cuando llegamos, el espectáculo es surrealista. La gente está tirada por la calle, fuera de las murallas de la ciudad. Las vías de acceso se encuentran bloqueadas por la policía.

Pietro habla con un agente. Cuando regresa al camión dice que no se puede pasar.

Decido bajarme. Pietro me mira atónito y me grita:

—¿Qué vas a hacer? Vuelve aquí.

No le escucho. Me acerco al policía y le digo:

—Disculpe, vengo de Sicilia para llevar esta carga a las monjas clarisas, ¿y ahora usted no nos deja pasar? ¿Pero no se da cuenta?

El policía vacila un poco. Luego me dice:

—Si queréis morir aquí, podéis pasar, pero es cosa vuestra.

Firmad aquí asumiendo toda la responsabilidad e id donde queráis.

No tengo miedo de morir. De hecho, los riesgos que afrontamos aumentan la importancia de esta acción: «Mira», le digo a Nuestra Señora, «incluso me arriesgo a morir para encontrarte».

Vuelvo hacia Pietro:

—Nos ponemos en movimiento, nos dejan entrar.

Se queda sin habla.

—¡Lo consigues todo! —exclama, satisfecho con el resultado, pero a la vez un poco extrañado de mi vitalidad.

Descargar la mercancía no resulta fácil. Las hermanas no quieren salir de la clausura para ayudarnos. Las convencemos. Así, después de unos minutos vienen a ayudarnos, hacemos una fila de a dos, y conseguimos descargar todo.

Mi diálogo con la Virgen continúa con intensidad. Vuelvo a decirle: «yo he traído todo esto hasta aquí, y tú tienes que conseguir que vea a una vidente o de lo contrario no creeré en ti».

Al final de la tarde podemos iniciar el camino de vuelta y a medianoche estamos en Fermo. Alojado en una pequeña habitación le escribo una carta a Nuestra Señora. Le cuento mis enfermedades, el asma, los problemas de mi padre y los de mi familia. Le digo: «Arréglalo todo, incluso aunque te lleve diez años solucionarlo todo».

El 11 de octubre salimos por fin hacia Medjugorje con un grupo que viene de Perugia. Una vez en aquel pueblo de la ex Yugoslavia salgo del autobús el primero. Pietro secunda mi prisa y me lleva directamente a la casa de Vicka. Nos dicen que está enferma, que no puede recibirnos.

Vamos en busca de otra vidente, Ivanka Ivankovic-Elez.

—No está aquí, no vuelve hasta dentro de tres días —nos dicen.

Intentamos ir a ver a Iván Dragicevic. Tampoco está. No hay nadie. Todos parecen haber desaparecido. Pietro se queda

sin palabras. Nunca le ha pasado nada igual. Por lo general, siempre hay al menos un vidente con el que poder hablar.

Estoy confundido. Encuentro fuerzas para subir con Pietro y el grupo de Perugia al Monte Krizevac. Dista cerca de un kilómetro de la iglesia de Medjugorje. Sobre la cima (a 520 metros sobre el nivel del mar), los habitantes del pueblo levantaron una cruz de cemento armado de 8,56 metros de altura. Dejo todas mis intenciones al pie de la cruz y después comenzamos a descender hacia el valle. Me quedo solo. Saco de un bolsillo una fotografía de Daniela. La pongo debajo de una piedra bastante pesada y le pido a la Virgen que haga lo que ella crea que es mejor para mí. Le digo: «Si Daniela es la chica de mi vida, déjamela a mi lado. De lo contrario, haz lo que quieras».

Me tumbo de espaldas, abro los brazos y de repente veo pasar toda mi vida ante mis ojos. La pongo por completo en manos de la Virgen. Se la ofrezco y me considero listo para comenzar una nueva vida.

Dentro de mí se agita una tormenta. Sufro una gran tensión interior. He ofrecido todo mi pasado a la Virgen, pero al mismo tiempo exijo la señal que llevo pidiendo a gritos durante un largo tiempo: «Haz que me encuentre a una vidente o no creo en ti».

Encontrar a una vidente es la señal que pido para creer, el precio que exijo al cielo para ofrecer mi fe.

Pietro me dice que hay todavía una vidente a la que no hemos ido a buscar.

—Solo está Marja Pavlovic —me explica.

Él también se encuentra agitado, como yo. Es mi propia inquietud la que no le deja tranquilo. Lo percibo, pero no puedo hacer nada.

Nos dirigimos hacia la casa de Marja.

—Marja está en Italia, no se encuentra en casa —nos dicen.

Y sobre mí comienza a caer la oscuridad, una profunda oscuridad.

Pietro me dice que lo siga.

Nos alejamos a unos pasos de distancia. Se detiene y me mira directamente a los ojos: —No podemos hacer nada más. Siento no haber podido encontrar a nadie, pero mañana nos volvemos a Italia.

Yo empiezo a gritar:

—¡Yo no me voy! Voy a ponerme de rodillas aquí mismo hasta que no regrese alguno de los videntes.

Me empuja enojado. Para él, es la gota que colma el vaso.

—¡Eres el clásico testarudo del sur! ¡Como santo Tomás, si no lo veo no lo creo! La fe no se vive así, ¡siento que te hayas equivocado!

Lo sigo hasta el autobús. Nuestro grupo está sentándose ya, listo para irse.

Pero tengo miedo. Miro a Pietro y le digo:

—Yo no me voy. Vamos a la casa de Marja por última vez, tal vez haya llegado ya.

Pietro tiene mucha paciencia. Y vuelve conmigo a la casa de la vidente.

Cuando llegamos cerca de la puerta, notamos que un coche acaba de detenerse en la parte de atrás. Es el coche de Marja. Si está el coche, está ella. Pero los que custodian la casa enfrían nuestras esperanzas. Nos dicen que no es ella, que Marja no está allí.

Desilusionados, estamos a puntos de volvernos al autobús cuando se abren las puertas del coche. Y quien se baja es Marja.

Se acerca a la puerta y le hace un gesto a un joven sacerdote alemán para que entre con ella. Va a celebrar la misa durante la aparición de la Virgen que va a tener lugar poco después.

Marja descubre a Pietro. Sus ojos se iluminan.

—¡Pietro! —le dice—. ¿Qué haces aquí? Hace mucho tiempo que no te vemos.

La gente rodea a la vidente. Me veo empujado un poco hacia atrás. Pietro le explica que si está allí en ese momento me lo debe a mí:

—Es un joven con una gorra roja. No sé dónde está ahora.

Veo cómo la gente, poco a poco, se va moviendo, apartándose. Se abren en dos filas, como el Mar Rojo en tiempo de Moisés.

Por el medio veo a Marja avanzando con Pietro. Vienen hacia mí. La gorra roja me hace inconfundible.

—¿Tú eres Francesco? —me pregunta Marja.

No sé qué decir. Me hace un gesto para que la siga. Entro a su casa.

—Francesco, lo consigues todo —me dice Pietro sonriendo.

—Este joven es mi invitado —le dice Marja a uno de los que custodian la casa.

Esas palabras significan mucho para mí. Me llegan al corazón y allí se quedan. Un invitado de Marja, estoy en la casa de una de las videntes. Nuestra Señora me ha respondido. Esta señal ha llegado directamente del cielo.

Marja me ofrece un asiento en la sala de estar. Me escucha. Le doy la carta que he escrito para la Virgen en Fermo. La toma y la pone en una gran bolsa negra.

—La pongo aquí. Estas son las cartas que me han llegado hoy. ¿Ves cuántas hay? Me es imposible leerlas. Pero la Virgen sabe lo que hay escrito en cada una. Ella lo sabe todo. No le pregunto nada a Marja. De hecho, me doy cuenta de que no puede decirme nada. Le había pedido una señal a la Virgen para creer, y me la ha concedido. ¿Qué más quiero? ¿Qué más puedo pedir?

Poco después me dirijo a la pequeña capilla para esperar la aparición de la Virgen. En medio de muchas sillas hay un banco con un cojín rojo. Me arrodillo sobre el cojín. El sacerdote me mira extrañado. Entiendo el motivo cuando Marja entra en la capilla y comienza a reírse.

—Francesco —me dice—, ¡te has puesto en mi lugar! Pero me parece bien. Quédate ahí, así cuando venga la Virgen le damos una sorpresa.

Confundido y un poco avergonzado espero la aparición.

Marja comienza a recitar el rosario. A la tercera decena

parpadea y empieza a mover la boca. Habla con alguien que está delante de ella, habla con la Virgen, pero nadie puede captar las palabras. Con una pequeña cámara grabo todo lo que sucede.

Al final de la aparición, Marja se levanta. Nos dice a los presentes que la Virgen le ha dado un mensaje personal. Y que nos ha bendecido a todos los que estábamos allí. Nos explica que ha visto cómo su gran velo se ha extendido sobre todo Medjugorje y cómo su amor ha cubierto a la gente que caminaba por las calles.

Por la noche regreso al hotel. Conecto la cámara, pero en el momento en el que tiene lugar la aparición de la Virgen, ya no puede verse nada: puntos negros, unos ruidos de fondo. Nada.

—Sucede a menudo —me dice Pietro—. No eres el primero a quien le pasa.

Reconozco que es justo: yo he conocido a la vidente, he estado presente en la aparición, no necesito ninguna otra señal. Se me ha dado mucho.

Regreso a Alcamo decidido a creer.

Y mi vida realmente cambia. Nada es como antes. Si realmente tengo que resumir lo que hago una vez que vuelvo a casa, no me viene a la cabeza más que esta palabra: un vuelco en la situación. Para bien, por supuesto, al menos al principio, al menos aparentemente.

La vida de siempre, pero con nuevas energías y con un entusiasmo renovado. Después de años sin hacerlo, vuelvo a rezar con frecuencia. Intento no faltar nunca a la misa dominical. A las actividades de antes, le dedico ahora solo una parte de mi tiempo, pero sin que ocupen un lugar central en mi vida.

Daniela observa mi cambio en silencio. En mí, buscaba un hombre de fe, algo que su anterior novio no tenía. No sabe si realmente en mi caso se trata de una conversión, pero en su interior siente que algo ha cambiado.

Empezamos a ir con cierta frecuencia al santuario de

Nuestra Señora de los Milagros de Alcamo. Para mi sorpresa no me cuesta entrar, la antigua aversión a lo sagrado parece haber desaparecido. Vamos al santuario a rezar: una nueva manera de estar juntos.

También decidimos ir los miércoles a rezar el rosario a la iglesia de San Vito y del Espíritu Santo, la que había restaurado mi padre. El sacerdote que se encargaba de celebrar la Misa había muerto hace poco. Esta pequeña iglesia está básicamente destinada a quedar cerrada. La idea del rosario funciona y permite que la iglesia permanezca abierta.

Durante el rezo del rosario, sin embargo, no todo va como debiera.

¿Qué sucede?

Una fuerte somnolencia me acompaña cuando rezo, tanto que he de poner mucho esfuerzo para concentrarme. Solo me pasa en esta iglesia y solo al rezar el rosario. Para evitar el sueño, no me funciona ningún truco. Es más fuerte que yo. En resumen, no todo va bien, pero no le doy demasiada importancia.

Intensifico mucho la amistad con Salvatore Vaccarello, que pronto se convierte en un guía espiritual para mí. A menudo hablamos por teléfono y dejo que me lleve por los caminos del Señor.

Un día me propone que le ayude a recoger juguetes para enviar a los niños de Honduras. Así que me dirijo a la escuela primaria más cercana de casa, la «Pirandello», y le pido ayuda a las madres de los niños:

—Vendré la semana próxima a recoger los juguetes que me traigáis —les digo.

A la semana regreso. Abro la puerta de la habitación donde pedí que dejaran los juguetes y la encuentro atestada. Hay por lo menos quinientos juguetes diferentes. Pido prestada una furgoneta y transporto todo a la pequeña iglesia de la familia; en espera de su envío a Honduras, se convierte en un almacén muy útil.

Un día recibo una invitación para asistir a una reunión de

un grupo franciscano de una parroquia cercana. Quieren que les cuente mi experiencia en Medjugorje. Nadie sabe nada de las apariciones y me piden que hable de ello. Percibo que están muy interesados en lo que les cuento. De hecho, estoy literalmente asombrado. Tanto es así que al final me dicen:

—¡Nosotros también queremos organizar una peregrinación!

Veo en ellos el mismo entusiasmo que tuve yo la primera vez, el mismo deseo de ir, de ir a ver.

No respondo inmediatamente que sí, pero la idea de una nueva peregrinación comienza a martillear en mi mente.

¿Regresar a Medjugorje? ¿Por qué no?

El responsable del grupo, el padre Salvino Pulizzotto, me invita a frecuentar las reuniones semanales. Y un día, inesperadamente, me dice:

—El próximo 8 de diciembre, algunos vamos a realizar la consagración de nuestra vida a la Virgen. ¿Por qué no lo haces tú también? Estás preparado.

Acepto con sencillez. Y así, el 8 de diciembre de 1997, me encuentro en la iglesia del padre Salvino vestido de fiesta. La ceremonia procede sin contratiempos. La aversión a lo sagrado de antes de partir hacia Medjugorje no hace acto de presencia. Ni siquiera aquella extraña somnolencia que sufría al rezar el rosario.

Hacia el final de la celebración eucarística, me pongo de pie y recito la oración de consagración junto a otras personas del grupo. Un gesto rápido, sencillo, pero profundo. Luego voy en procesión con ellos.

Puedo decirlo: es el primer día de oración intensa de toda mi vida.

El grupo sigue entusiasmado con la idea de ir a Medjugorje. No conocían la historia de las apariciones, lo desconocían todo. Y la idea de hacer el equipaje y salir de viaje les emociona. Impulsado por su entusiasmo, me decido de buena gana a organizarlo todo, para mí es también una forma de agradecer a la Virgen lo que me ha dado, en primer

lugar, recuperar mi fe.

Llamo a Pietro Jacopini. Me dice que el 11 de marzo se va a Medjugorje. Reservo treinta plazas, aunque todavía no tengo a nadie apuntado con seguridad. Le pido prestado a mi padre una importante suma de dinero que me sirve de anticipo. Hay que reservar al menos treinta plazas, para obtener importantes descuentos y decido arriesgarme.

Esta confianza inicial es una verdadera apuesta. Justo en aquellos días, la guerra se recrudece en la ex Yugoslavia y no llegan buenas noticias. Muchos de los chicos que habían reservado plaza, se desapuntan.

¿Lo conseguiré?

No es una pregunta sin sentido: conseguir treinta interesados parece una empresa titánica. Llamo a Salvatore y le pido consejo. Me dice:

—No te preocupes, solo ten cuidado con el diablo que podría intentar hacerte la zancadilla.

No le doy mucha importancia a estas palabras. Pero una noche, durante un partido de fútbol con unos amigos, tropiezo yo solo y me hago daño: me caigo y me rompo el peroné. Así que tengo que quedarme en casa con la pierna escayolada. Aparentemente se trata de una desgracia: ¿dónde voy a encontrar ahora tiempo para organizar la peregrinación? Pero, como ocurre a menudo, este infortunio resulta ser una bendición. En casa, sentado en el sillón, puedo hacer llamadas telefónicas y a pocos días de la fecha de salida tengo ya veintiséis reservas. En efecto, todavía me faltan cuatro para llegar a las treinta. Y no es fácil encontrar cuatro personas más, pero no desespero.

Unos días antes de salir, suena el teléfono. Una amiga se disculpa por contactar tan tarde y pregunta si todavía hay plazas: con ella vienen otras tres personas, una familia entera.

Llamo a Pietro y se lo comunico:

—¡Francesco —me dice—, tú lo consigues todo!

El viaje es espectacular. Todo el grupo nos reunimos con varios de los videntes. Para mí, ya no se trata de una cuestión

de vida o muerte, pero estoy feliz de que todos los del grupo puedan hablar con ellos o simplemente escucharlos.

El último día voy a la iglesia a rezar. Me dirijo a la Virgen y le digo: «No sé cómo darte las gracias, pero si al salir de aquí me encuentro con alguien que necesite ayuda para organizar otra peregrinación, estoy dispuesto a prestársela».

Salgo de la iglesia y una monja se me acerca:

—Hola, soy la hermana Maddalena. He visto que llevas un silbato al cuello. ¿Eres un guía? Me gustaría preguntarte si me ayudarías a traer aquí a unos jóvenes italianos que no han tenido la oportunidad de venir.

—Estoy acompañando a un grupo, pero no soy un guía. ¿Necesitas ayuda?

—Sí, me gustaría que me ayudaras a traer a algunos jóvenes de Trapani.

—¿De Trapani? ¡Yo soy de la provincia de Trapani!

Una vez más, la Virgen me ha dado una respuesta. Apunto el número de teléfono de la hermana Maddalena y me despido de ella.

Cuando vuelvo a Sicilia, me doy cuenta de que he perdido el número. Me da pena, pero al mismo tiempo decido no abandonar la idea de organizar una nueva peregrinación, quizá para finales de año. Mientras tanto, vuelvo a mis ocupaciones habituales: trabajo, mucha oración, el amor de Daniela y la guía de Salvatore.

Sí, Salvatore. Ahora, él, junto a Pietro Jacopini, me llaman y me piden ayuda para recolectar ropa y «sobre todo telas» que quieren enviar de Collevalenza a Rumanía, a una casa religiosa femenina.

No sé por dónde empezar. Pero le debo tanto a Salvatore y también a Pietro que tengo que hacer algo. Entro en una tienda de tejidos que encuentro al azar y le pregunto al dueño si podría ayudarme en algo, si tiene prendas que vayan a desechar. Me dice:

—Estamos a punto de cerrar el negocio. Tenemos aquí detrás tres almacenes llenos de género. Estoy a punto de

llevarlas a reciclar, pero si a Hacienda le parece bien son tuyas. Se trata de prendas por valor de cuatrocientos millones de liras.

«La Providencia no tiene límites», pienso.

Alquilo un camión y convoco a diez amigos que se prestan a ayudarme con mucho entusiasmo. Cargamos toda la mercancía. El camión está repleto y partimos para Collevalenza.

Ahora está claro: la guía de Salvatore me está cambiando la vida. Mis gestos y mis acciones se parecen cada vez más a las suyos, como por ósmosis.

El vuelco a mi forma de vida, con respecto a la que llevaba antes de viajar a Medjugorje, resulta obvio. Pero todavía tiene que pasar algo más para cerrar, al menos aparentemente, el círculo.

En Palermo amanece un hermoso día de noviembre de 1999. Han pasado ya dos años del primer viaje a Medjugorje que hice. Salvatore me invita a su parroquia pues el Padre Jozo Zovko, director espiritual de los videntes, va a impartir una conferencia. Al final del acto, consigo introducirme en la sacristía donde, de repente, me encuentro con la hermana Maddalena.

—¡Francesco!

—Hermana Maddalena, qué alegría verla. Lo siento, pero perdí su número.

—No te preocupes, ya me lo había imaginado.

—¿Le puedo presentar a mi novia, Daniela?

—Hola, Daniela. ¿Cuándo vais a casaros?

La pregunta nos coge por sorpresa. Trato de irme por las ramas, y bromeo:

—En cinco o seis años, ¿quién sabe?

Pero sor Maddalena no está de broma:

—Te casarás dentro de un año. Hasta pronto, saludos.

En aquel momento no me tomo demasiado en serio la «profecía» de la monja. Sin embargo, un tiempo después sucede algo.

Nos encontramos en el mes de enero, un día de sol en Alcamo. Llevo en moto a Daniela a nuestro «santuario». Me acerco al sacerdote y le pregunto:

—Para casarse aquí, ¿cuál sería la primera fecha libre?

—El 21 de octubre, de lo contrario hay que irse hasta enero.

—No, no. El 21 de octubre es perfecto, gracias. Resérveme esa fecha por favor, y se lo confirmaré pronto.

Daniela me mira sorprendida.

—¿Tenemos que casarnos? —pregunta.

—Sí —respondo, sabiendo que ella lo desea con fuerza.

—¡Pero si ni siquiera estamos oficialmente comprometidos!

No le contesto. Volvemos a Alcamo en la moto y nos dirigimos a un restaurante, que cuenta con grandes salones para bodas y otras celebraciones. Preguntamos si está libre para el 21 de octubre. Me dicen que sí. Lo reservo.

El 14 de febrero le regalo el anillo de compromiso a Daniela junto a un gran ramo de rosas rojas. Y enseguida le comunicamos la noticia a nuestros padres: nos casamos.

Las siguientes semanas transcurren con mucha serenidad.

El 30 de abril nos encontramos en Roma, en la Plaza de San Pedro; ese día Juan Pablo II canoniza a santa Faustina Kowalska, una monja polaca de principios del siglo XX a la que Dios la destinó a difundir la Divina Misericordia. En un momento dado de su alocución, el Papa dice a los que «están afligidos por una prueba particularmente dura o abrumados por el peso de los pecados cometidos», a los que «han perdido la confianza en la vida y han sentido la tentación de caer en la desesperación», que pueden volver hacia Jesús con estas palabras: «¡Jesús, en ti confío!». Y, de nuevo dice el Papa: «¡A cuántas almas ha consolado ya la invocación "Jesús, en ti confío", que la Providencia sugirió a través de sor Faustina! Este sencillo acto de abandono a Jesús disipa las nubes más densas e introduce un rayo de luz en la vida de cada uno».

Jesús, en ti confío. Al pronunciar el Papa estas palabras, me

invade una corriente de amor y de misericordia, lo mismo que a Daniela. Es algo a lo que acudiremos más adelante, en los momentos difíciles, y que encontraremos en nuestro interior. Porque, en realidad, será la misericordia lo que impregne toda nuestra existencia, mucho más que el mal que podamos sufrir.

El día de nuestra boda nos acompañan todos nuestros amigos en el santuario de Alcamo. También han venido don Ilari, el padre Salvino y Salvatore, quienes han sido tan cruciales en mi vida.

Nos casamos el 21 de octubre. La liturgia de la ceremonia transcurre con suavidad, y concluimos con una oración en la capilla de Nuestra Señora. Allí, le hago a la Virgen, junto a Daniela, una petición solemne: Quiero tener una familia numerosa, tan numerosa como Dios quiera.

No sufro ninguna aversión a lo sagrado. De hecho, lo recuerdo como algo distante, un recuerdo apagado.

Y nos vamos de viaje, nuestra luna de miel: a Nueva York y Florida.

Al regresar, Pietro Jacopini me llama por teléfono y me dice:

—Voy a regalarte a Juan Pablo II.

—¿Cómo?

—Tengo dos entradas para la audiencia general con el Papa. Id vestidos de novios y podréis saludarlo al acabar la audiencia.

Muchas parejas tienen la oportunidad de saludar al Papa los miércoles. Pero nunca me habría imaginado que durante esa audiencia Daniela y yo tendríamos un privilegio especial, un gesto inesperado, al que solo años después sería capaz de darle un significado preciso.

El 29 de noviembre de 2000 la Plaza de San Pedro está repleta de fieles en la audiencia general de los miércoles. Juan Pablo II está un poco cansado pero lúcido.

Al final, una veintena de matrimonios hacen fila para saludarle personalmente. Allí estamos también Daniela y yo,

con el corazón colmado de alegría.

Cada pareja se detiene delante del Papa no más de diez segundos, el tiempo suficiente para un besamanos e irse. Pero con nosotros es distinto. Inesperadamente, el Papa se entretiene con nosotros algo más de tiempo.

—¿De dónde venís? —nos pregunta con gran amor.

—De Sicilia —le respondemos.

—De Sicilia, de Sicilia —repite feliz.

Todo dura un minuto, un tiempo que de rodillas ante Juan Pablo II parece interminable. Como interminable parece el largo abrazo que el Papa, fuera de todo protocolo, otorga a Daniela antes de saludarla.

Pero no solo eso. Después del abrazo, Juan Pablo II tiene otra atención con ella que no ha tenido con las demás: le da un beso.

Al regresar a Alcamo, repasamos el vídeo de la audiencia y somos todavía más conscientes del privilegio que el Papa ha querido concedernos:

—Quién sabe que nos deparará la vida —me dice Daniela.

Nuestros primeros días de recién casados se caracterizan por ser un tiempo lleno de serenidad. Todas las noches rezamos juntos y sentimos que el Señor bendice nuestras vidas de una manera especial. A final de año Daniela decide dejar la perfumería de su familia y venir a trabajar en mi galería. Comenzamos a trabajar juntos, plenamente satisfechos.

Un día nos enteramos de que trasladan a otra parroquia al padre Salvino Pulizzotto, el sacerdote que me acompañó en la consagración a la Virgen, y poco tiempo después el grupo de oración se deshace. En seguida nos sentimos huérfanos. Ya no tenemos a nadie que nos guíe y sentimos la necesidad de un grupo que nos ayude en nuestra fe, pero no es fácil encontrarlo.

Una tarde, a finales de julio, mientras caminábamos por Alcamo nos cruzamos con un joven sacerdote de una parroquia cercana a casa, la parroquia de San José. Nos

paramos a hablar con él y casi por casualidad nos pregunta:

—¿Queréis asistir a un retiro de oración en agosto con otros matrimonios? Hay otras parejas jóvenes en la parroquia como vosotros: venid a una reunión y después podéis ir juntos al retiro.

Una coincidencia, un encuentro fortuito, pero será muy importante en nuestras vidas. Podríamos haber respondido que sí o que no. Estábamos en búsqueda, respondimos que sí:

—Muy bien, iremos.

Pero no sabemos lo que nos espera. No podemos saber entonces ni por asomo que durante ese retiro algo nuevo y temible se asomará a nuestras vidas. La armonía vital que me acompaña desde mi regreso de Medjugorje va a tener que enfrentarse a nuevas pruebas a partir de aquel retiro. Voy a ser probado muy, muy duramente.

3. Hay algo malo dentro de mí

En los montes de Madonie, que son como las Dolomitas de Sicilia, se encuentra una casa de retiros de los jesuitas. Son unas montañas de unos 1500 metros de altura. Un lugar retirado del mundo, en todos los sentidos. Allí no hay electricidad y todo es de estilo espartano: muchas habitaciones a un lado y a otro de un gran pasillo, amuebladas con camas y armarios rústicos de madera. Antes de partir no podría haber imaginado que iba a ser allí, en esa zona tan escabrosa y retirada, donde haría un descubrimiento sensacional, un descubrimiento destinado a cambiarme completamente la existencia.

Llegamos a la casa al final de la tarde. A cada pareja se nos asigna una habitación. Daniela y yo somos los únicos que hemos olvidado las sábanas y la linterna. Estoy un poco desorientado. Es un religioso jesuita, el hermano Sebastiano Ferro, para todos el «hermano Ferro», quien hace de anfitrión.

Me acerco a él y en cuanto puedo le pido unas sábanas. Nos explica a todos los presentes cuál es el funcionamiento de la casa y luego pregunta:

—¿Quién me acompaña a la fuente a por agua?

Nadie dice nada. De hecho, todos comienzan a irse a sus habitaciones. Me ofrezco voluntario.

La fuente se encuentra algo distante, justo por debajo de la casa, en pleno campo, aislada de todos y de todo. Vamos dando un paseo mientras comienza a anochecer.

El hermano Ferro me pone nervioso. Es pequeño de estatura, con el hábito algo desaliñado, y crea en mí la misma

ansiedad que me provocó Salvatore la primera vez que estuve en su casa de Palermo.

Intento calmarme, pero no es fácil. Mi objetivo es conseguir unas sábanas y el hermano Ferro es el único que puede ayudarme. Para obtener lo que quiero, tengo que hacerme fuerza y ayudarle a traer agua.

El agua de la fuente cae con una lentitud exasperante. Para llenar un bidón tardamos unos cinco minutos y tenemos que llenar cinco. El campo que nos rodea, los insectos, los árboles, la hierba, en resumen, la naturaleza me asfixia. El hermano Ferro no me inspira confianza. Quiero escapar de allí. De pronto, es él quien rompe el silencio:

—¿Sabes? —me dice—. Yo también soy de Alcamo.

Estas palabras me tranquilizan. Me cuenta un poco su vida, cómo ha llegado ser jesuita y por qué su comunidad le ha confiado el cuidado de esta casa.

—Además de esta casa, me ocupo de las oraciones de liberación. Vienen muchas personas que sufren, rezo por ellas, por su liberación y sanación.

No llego a comprender bien lo que me está contando. La «liberación» y la «sanación», relacionadas con la oración, son palabras sin sentido para mí. Pero no me atrevo a preguntarle nada.

No sé si tengo a un charlatán ante mí o qué. Estoy confundido. Me pregunto: «¿Pero por qué acuden a él? ¿A qué vienen? ¿De qué quieren liberarse? ¿De qué son esclavos?».

Finalmente, conseguimos llenar de agua los cinco bidones.

—Tenemos que volver —me dice. Le sigo pasmado, sin poder decir nada. Sus palabras me han confundido y a la vez han despertado mi curiosidad. Quiero saber más. Pero, ¿de qué exactamente? No lo sé siquiera. En ese hombre hay un misterio, un enigma que no puedo resolver.

Durante la cena, me sitúo cerca de él, sin poder intervenir mucho en la conversación. Al final de la cena le pido unas sábanas.

—Ven a mi habitación —me dice en tono paternal, lo que

me ayuda a calmarme un poco.

Cuando me levanto a la mañana siguiente, ya se ha ido. No vuelvo a verlo en todos los días que permanecemos en aquella casa de retiros. De improviso, se presenta la última noche. Me acerco y comienzo a hacerle todas las preguntas que he ido rumiando durante todo este tiempo. Le digo que me hable de las oraciones de liberación: «¿Qué son?».

Me explica que se trata de oraciones sobre personas que sufren algún tipo de mal, y que pueden ser de distintos niveles: desde pequeños problemas a situaciones más oscuras y sombrías; desde personas que han recibido alguna maldición de no mucha entidad a algunas en las que el maligno actúa de un modo feroz.

Mis preguntas son cada vez más insistentes; él intenta responderme a todo hablándome lentamente y explicándome bien todos los conceptos. Hay una frase que me golpea con más fuerza que las demás. Es cuando dice:

—Las enfermedades a veces son causadas por gente malvada que se sirve de Satanás para hacer el mal a otras personas.

Enfermedades y maldiciones... Estas dos palabras me martillean la cabeza, y no me dejan tranquilo porque no dejo de pensar en todas mis enfermedades. Le doy una y mil vueltas en la cabeza a todo ello sin encontrar la paz.

Es casi medianoche, pero quiero saber más. Estoy confuso y lleno de preguntas y de dudas: ¿Qué quiere decir que Satanás puede provocar enfermedades? ¿Qué significa que hay personas que provocan enfermedades a través de Satanás y de los maleficios?

Daniela está cansada y me pide que acabe ya la conversación. También el hermano Ferro quiere irse a la cama. Así que nos vamos.

Cuando enfilamos el largo pasillo que conduce a nuestra habitación me sucede algo raro. El pasillo comienza a oprimirme. Sigo andando de camino a mi habitación, pero el pasillo me parece larguísimo, infinito. Siento como si me

observaran, pero no hay nadie alrededor, todos están durmiendo. Pensamientos ambivalentes me agitan: estoy asustado, pero no sé exactamente de dónde me viene el miedo. Además, estoy motivado por una esperanza que no sé por qué ha nacido en mí. Y después: ¿Por qué esperar? O mejor: ¿A qué espero?

Daniela se queda dormida enseguida, yo, sin embargo, me paso toda la noche en vela. La oscuridad no solo me rodea, sino que me penetra. Tumbado de espaldas en la cama, tengo los ojos fijos en un techo que no veo. Recuerdo todas las palabras del hermano Ferro, las preguntas que le he hecho, pero no encuentro el hilo que lo una todo.

¿Qué me falta? ¿Una síntesis? Además, echo de menos poder comprender el significado de lo que le he escuchado. Me doy cuenta de que aquello tiene algún tipo de conexión con mi propia vida, pero no sé cómo ni por qué. Intento encontrar un vínculo entre mis enfermedades y el maligno, pero no lo veo.

Estoy atrapado en mis preguntas. Y no tengo respuestas. Me ahogo. Me siento atado. Esta es la palabra justa: atado. Sigo dándole vueltas en la cabeza, pero lo único que consigo es volver una y otra vez al punto de partida.

Sanación de la enfermedad. El hermano Ferro habló de sanación. ¿Podría quedar sanado también yo de mis enfermedades, de las muchas enfermedades que me acompañan desde la adolescencia? Quizá sí, tal vez pueda hacerlo. Pero, ¿cómo? Y, además, ¿qué tipo de relación tienen mis dolencias con las palabras del hermano Ferro?

Por fin amanece. La luz entra en la habitación. Y la oscuridad se va de mi ánimo. Pero aún quedan las preguntas. Me levanto antes que todos y me coloco en la puerta de la habitación del hermano Ferro. «Antes o después tendrá que salir por aquí», pienso.

La puerta se abre.

—¡Francesco! ¡Te has levantado temprano! —me dice.

—No he dormido nada en toda la noche. Tengo muchas

preguntas.

—Ahora no, después de la misa, antes de irnos.

Estoy impaciente, pero trato de contenerme.

Tras la misa, le persigo. Y comienzo a presionarlo con una ráfaga de preguntas. Le hablo de todas las enfermedades que padezco y le pregunto si pueden ser a causa de una maldición.

—No es el momento para las preguntas —me dice—. Es el momento solo para una breve oración. Ven a mi cuarto.

Entramos en su habitación. Comienza a invocar a Jesús, a la Virgen María y a los ángeles de Dios. Le pide al Señor que rompa todas las maldiciones, los celos y las envidias que posiblemente me estén afectando.

Me dice que repita sus palabras. Comienza a rezar y me pide que renuncie a Satanás y a sus obras malvadas.

Estoy un poco frío, me parece que nada de esto tiene sentido, pero por mera cortesía repito lo que dice. Pienso: «¿Por qué tengo que afirmar que renuncio a lo que nunca he pertenecido?».

Le miro y trato de que se detenga, le hago como una señal de que ya es suficiente. Pero continúa rezando, impertérrito. Me mira y me invita a repetir sus palabras.

La oración fluye suavemente hasta que me pide que renuncie al mundo de los espíritus y de los médiums.

—Renuncio al mundo de los espíritus y de los médiums —dice.

Yo repito.

—Renuncio a... a...

Pero no sale ninguna palabra de mi boca.

Mi mente formula las palabras que me pide que repita, pero no puedo pronunciarlas. No se materializa ningún sonido.

La lengua está paralizada, unida al paladar.

Me quedo totalmente confundido e incrédulo.

Intento concentrarme, encontrar la energía que necesito. Con un esfuerzo sobrehumano puedo decir:

—Esp... esp... esp...

Pero la palabra «espíritu» no sale.

Miro al hermano Ferro:

—Sé lo que tengo que decir, pero no puedo, dejémoslo aquí.

—Tienes que decir esas palabras, Francesco.

No puedo. Me esfuerzo, pero no puedo pronunciarlas.

Solo después de varios minutos, y con mucha lentitud, pronuncio una palabra que solo remotamente se parece a «médium». En realidad, se trata de un sonido confuso, una mezcla de sílabas sin sentido.

Comienzo también a babear un poco. El hermano Ferro me da un pañuelo para que me limpie.

Es suficiente.

—Francesco, toma mi número de teléfono. Con calma, cuando vuelvas a casa me llamas. No te preocupes, todo está bien. Hablamos entonces.

Salgo de su habitación y veo a Daniela que está metiendo las maletas en el coche. Ella no sabe nada de lo que me ha pasado. Cuando vamos ya de camino trato de contárselo. Me pide que me calme. No entiende exactamente lo que le estoy diciendo. Está confusa como, de hecho, me pasa también a mí.

De pronto, exclamo:

—Daniela, la ansiedad se ha ido.

—¿Cómo?

—Ya no tengo ansiedad. ¿Recuerdas? Siempre me ha acompañado, ¡ahora ha desaparecido! ¡Es de locos! ¡Ya no la tengo!

Daniela me pide que me calme y no le hace mucho caso a lo que le digo. Llegamos a casa. Mientras comemos con la familia, les cuento todo lo que me ha pasado, pero nadie parece comprender en profundidad lo que significa. Pruebo a beber un poco de vino. ¿El dolor en el estómago? Ha desaparecido.

Al cabo de unas pocas semanas, sigo sufriendo de ansiedad, pero ahora de una manera bastante suave. No le doy más importancia a todo eso, hasta que una tarde el

hermano Ferro hace acto de presencia en mi galería: tiene familia en Alcamo y ese día ha ido de visita a casa de uno de ellos; ha decidido pasar a saludarme.

—Sabes —le digo—, me ha vuelto la ansiedad que me había desaparecido después de la oración contigo, pero no tan fuerte.

—¿De verdad? Ven, vamos a esa habitación y rezaré sobre ti.

Rezamos unos cinco minutos.

Recuerdo sus palabras:

—Jesucristo, en tu infinita misericordia, ordena que desaparezca la ansiedad.

Al acabar, me doy cuenta de que estoy completamente y totalmente curado. La ansiedad ha dejado de existir.

Nos despedimos. Y no vuelvo a acordarme de él en meses, ni de la sanación que me ha procurado ni de las palabras que no pude repetir al final del retiro que hice en aquella casa en las montañas. En resumen, mi vida prosigue tranquila, al menos hasta el 25 de abril del año siguiente.

El 25 de abril de 2002 amanece un día caluroso y soleado en Alcamo. En el jardín, la mesa se encuentra preparada como para una fiesta. Hay carne a la brasa y alcachofas. Me siento junto a mis familiares, pero no puedo comer nada. Estoy cansado y me entra una gran necesidad de ir al baño, pero es inútil, no consigo aliviarme.

—Llevo siete días sin poder ir al baño —le digo a mi madre, que me mira con incredulidad.

Me tomo algunos laxantes que no me ayudan nada. El médico de familia me prescribe un enema. No me ponen uno, sino cuatro seguidos, sin ningún resultado.

El médico no sabe a qué atenerse y sugiere que me haga una ecografía. El resultado es que tengo una gran masa de aire en mi estómago. Cuando me sugieren que me haga un TAC comienzo a sospechar que quizá tengo alguna enfermedad seria. Entonces llamo al hermano Ferro y se lo cuento todo. Él me dice:

—Hazte el TAC y luego ven a verme.

No sé por qué, pero decido acudir a él antes de la prueba.

—¿Dónde vives ahora? —le pregunto.

—Junto a la iglesia de la Casa Professa de Palermo —me dice.

Se trata de un edificio contiguo a la iglesia del Gesú, conocida por todos como la iglesia de la Casa Professa, una hermosa estructura barroca ubicada en el centro de la ciudad; allí me reúno con el jesuita. La cita no dura más que unos pocos minutos. Tan solo recita una breve oración sobre mí. Lo dejo hacer, aunque con algunas dudas. Sin embargo, al volver a casa por fin puedo ir al baño después de varios días. Evacúo solo una pequeña cantidad, pero ya es algo.

Lo llamo de nuevo y me dice:

—Vuelve cuando quieras.

Al día siguiente acudo de nuevo a su casa. Reza una segunda vez por mí y al meterme en el coche, después de despedirnos, siento una fuerte necesidad de ir al baño. Me dirijo rápidamente a casa donde evacúo una cantidad de heces impresionante.

He de tirar de la cadena varias veces. No he visto en mi vida nada igual. Nunca.

Cancelo el TAC y decido ir a ver al hermano Ferro con más regularidad. Me doy cuenta de que sus oraciones tienen un efecto beneficioso y eso me intriga. Que quede claro que yo siempre he confiado en la medicina, pero en aquellos momentos sabía que no necesitaba únicamente de los médicos.

Esta vez, el hermano Ferro introduce una novedad en las oraciones: aceite bendito. Tan pronto como lo extiende sobre mi frente, sucede algo extraño. La cabeza comienza a volverse pesada y rígida, como si llevara un gran casco de hierro puesto.

Pido ayuda, mientras me tambaleo a un lado y a otro.

El hermano Ferro no se impresiona.

Me hace acostarme en un pequeño sofá. Inmediatamente

comienza un fuerte dolor de cabeza, como si alguien estuviera metiéndome unos clavos en el cerebro.

El jesuita invoca al Espíritu Santo. Apoya la punta de los dedos sobre mi cabeza y siento cómo los clavos salen de allí.

Y luego los veo. Veo ante mí los clavos, como si los hubiera extraído directamente con sus manos. Algunos son largos, otros, pequeños. Varios parecen antiguos, con la cabeza grande y cuadrada. Son de diferentes colores, algunos oxidados, otros se asemejan a grandes alfileres. Es algo muy duro que me causa un dolor insoportable. Obviamente, se trata de una visión, no existen realmente. Pero el dolor sí existe, es totalmente real.

De vez en cuando, el hermano Ferro se detiene y deja de rezar. Estoy muy preocupado. Él quiere que respire y me tranquilice. Yo le hablo de las visiones de los clavos y él asiente. No sé cómo es posible, pero ha visto lo mismo que yo.

Agotado, me vuelvo a casa. Se lo cuento todo a mi madre y a mi mujer. Les cuesta creerme.

—Vamos todos a ver al hermano Ferro —me dice mi madre que quiere saber quién es exactamente este jesuita y, sobre todo, qué me está haciendo.

Delante de mi madre, el hermano Ferro recita las mismas oraciones que la vez anterior. Y siempre reacciono de la misma manera.

—¿Por qué le pasa eso? —pregunta mi madre.

El hermano le responde con calma, sin entrar en demasiados detalles:

—A veces alguno puede sentir un gran dolor, un poco de vértigo, la cabeza pesada...

Al acabar la oración me siento mejor. Ya en el coche, me doy cuenta de que he adquirido una mayor capacidad visual que antes no tenía. Los contornos de los objetos son más claros, los colores más nítidos. Al cabo de tres horas, vuelvo a verlo todo como siempre, pero en mi interior sigo sintiéndome muy bien, muy ligero y sereno. ¿Qué me está pasando exactamente?

Sigo acudiendo en varias ocasiones al hermano Ferro. Sus oraciones me ayudan, me alivian. Y por esta razón mi curiosidad aumenta. Vuelvo para ver si se pueden resolver por fin todos mis problemas y todas mis viejas enfermedades.

En un momento, durante las oraciones, empiezo a sentir una gran picazón en algunas zonas del cuerpo. El hermano Ferro me rocía con agua bendita en los puntos que le indico y la picazón se mueve de inmediato a otra zona del cuerpo o desaparece.

Esa picazón no es más que el síntoma de la alergia que me ha estado atormentando durante años. Desde que rezo con el hermano, se reactiva con más potencia, a veces de un modo insoportable. Me pasa principalmente por las mañanas, sobre todo cuando rezo las laudes en la iglesia, algo que llevo haciendo durante un tiempo. La piel comienza a arderme. Y lo único que puedo hacer es salir corriendo para rascarme.

Pronto comprendo que he de seguir rezando laudes, precisamente el que esa oración matutina exacerbe el problema, significa que podría estar cerca una solución, una curación.

Una noche, antes de salir de casa para cenar con unos amigos, siento que el picor comienza a atormentarme. Viene de repente y no me da un respiro. Echo agua bendita donde más me pica. Pero el picor se mueve inmediatamente a otra parte del cuerpo. Vuelvo a echar agua y el picor cambia nuevamente de lugar. La batalla continúa durante varios minutos. Y el picor es cada vez más molesto.

La alergia, esa alergia de la piel que sufro durante tantos años, se manifiesta en todo su poder.

Pronto, todas las zonas del cuerpo arden como fuego. Una terrible y poderosa quemadura. Me desvisto por completo, agarro el tarro del agua bendita y me lo echo por la cabeza.

Y entonces me invade un gran alivio. Y, por increíble que parezca, me abandona el picor.

Justo desde este momento exacto dejo de sufrir para siempre, y de modo definitivo, la alergia. Una liberación tan

inesperada como efectiva.

El hermano Ferro me explica que el agua bendita es un sacramental, por lo que su uso puede producir beneficios espirituales. Me dice:

—De ahora en adelante verás que comenzarán a arreglarse muchos problemas.

—¿Tengo que seguir viéndole? —le pregunto.

—Ven alguna que otra vez —me responde, balanceándose un poco a izquierda y derecha.

Tengo la impresión de que no quiere asustarme, pero al mismo tiempo estoy firmemente convencido de que voy a continuar con mis visitas.

El 20 de mayo mi madre y mi hermano deciden venir conmigo otra vez a Palermo. Siguen sin entender lo que me pasa y quieren aclarar las cosas. No se imaginan que precisamente ese día, ante ellos, sucederá algo tan excepcional como terrible, algo que les marcará profundamente.

El hermano Ferro nos hace pasar a una habitación pequeña. Toma el aceite bendito y nos hace la cruz en la frente a todos. Inmediatamente, me siento agotado y que las piernas no me sostienen.

—Estoy muy muy cansado —digo.

—Francesco, ¿qué te pasa? —me pregunta mi madre, pero no puedo responderle.

El hermano Ferro le tranquiliza, y dice:

—Esperad aquí un momento, vuelvo enseguida.

A los pocos minutos regresa; con él viene un sacerdote mayor a quien le pide que me bendiga. Pero cuando aquel sacerdote levanta el brazo derecho pierdo en ese mismo momento el control de mis facultades psíquicas e intelectuales.

Es la primera vez que me ocurre. Una sensación horrible.

Le escupo y comienzo a insultarle.

—¿A qué has venido? ¡Sacerdote estúpido, vete de aquí!

Mi cuerpo comienza a moverse y a chocar

incontrolablemente contra las paredes de la pequeña habitación. Estoy agitado, tiemblo, parezco un león en una jaula.

—¡No puedo ni verte, cura, vete de aquí! —le grito a la cara.

De la nariz me sale un poco de líquido blanco. También comienzo a echar espuma por la boca. Sudo. Me paso la mano por el pelo espasmódicamente.

A continuación, en lo que se tarda en pestañear, vuelvo a sentirme muy débil, y me derrumbo en el sofá. Me quedo en una posición rígida, como si estuviera muerto. Las piernas juntas y estiradas, y los brazos a lo largo del cuerpo.

Comienzo a saltar en el sofá en esa posición como si tuviera unos muelles debajo. Son saltos repentinos, rápidos e instantáneos. Con el último me pongo de pie.

Vuelvo a tener energía. Estoy de pie en el sofá, fuerte y fiero como un león. En la pared detrás de mí hay un crucifijo colgado. Lo agarro y lo lanzo contra el sacerdote, pero, afortunadamente, no le doy.

Dentro de mí, se está produciendo una lucha indecible. Es como si alguien me hubiese apuñalado las entrañas. Pero de nuevo, de repente, la fatiga se cierne sobre mí. Estoy agotado. Y caigo sobre el sofá.

El sacerdote no está preparado. Le pregunta a mi madre:

—¿Está drogado? ¿Hace siempre eso?

Mi madre no sabe qué contestarle, y mi hermano tampoco.

El jesuita se da cuenta de que lo mejor es que aquel sacerdote salga de allí, y le pide que se vaya. Apenas sale, le dice a mi madre que no se preocupe, que inmediatamente lo explicará todo.

Pero en ese momento, un ruido sordo, cavernoso, oscuro y profundo, invade la habitación. ¿De dónde viene?

Parece increíble, pero soy yo quien lo provoca: es un ronquido como de animal, un ronquido como de una bestia que pertenece a otro mundo. Y un sueño, un sueño profundo,

me invade por completo. De hecho, invade toda mi vida. Un sueño inaudito me rodea. Siento que estoy inmerso en una noche profunda.

El hermano Ferro trata de ignorarlo:

—No se preocupe —le dice a mi madre—, se recuperará enseguida.

Siento como si tuviera dos pesadas bolas de acero en las pupilas. Y me pregunto: «¿Por qué me siento tan pesado?».

Pero no puedo hablar. Sé que mi madre está a mi lado. La escucho e intento hablar con ella: «Estoy aquí», le digo. Pero no sale ningún sonido de mi boca.

Me siento como atrapado en una urna de cristal. Las palabras del hermano Ferro y de mi madre me llegan como ralentizadas, en un volumen muy bajo. Son palabras que giran alrededor de la urna, pero sin poder penetrar en ella. Pierdo el sentido de la orientación. Ya no sé dónde estoy.

Sigo roncando mucho. Y me siento infinitamente cansado.

¿Quién soy yo? ¿Soy un hombre? ¿O soy un animal? ¿Y dónde estoy? ¿Dónde ha terminado Francesco? ¿Qué es esta urna que me envuelve?

Pasan quince minutos.

Busco algún modo de abrir los ojos. Desde una oscuridad profunda siento que mi madre me sigue llamando: «Francesco, Francesco, Francesco. ¡Estamos aquí!».

Me pregunto: «¿Me ve? ¿Sabe dónde estoy?».

Y en un instante, impulsado por una fuerza misteriosa, salto y me pongo en pie con una fuerza asombrosa. Salto por toda la habitación con los pies juntos.

Ahora veo todo lo que ocurre a mi alrededor, aunque percibo claramente que mi mente aún se encuentra encerrada en la urna de cristal. Ahora soy muy fuerte. Mi cuerpo tiene una nueva energía. Me siento invencible. Soy un verdadero león y nadie puede enfrentarse a mi furia.

Mi cara pierde sus rasgos naturales y habituales. Los ojos están abiertos de par en par, y las cejas se vuelven enormes. Estoy preparado para destrozar a todo el que se me ponga

delante.

Mi mente sin embargo está en algún otro lado: asiste impotente a esta transformación de mi cuerpo y también de mis sentimientos.

Un odio visceral. Un odio profundo hacia el hermano Ferro que también se dirige hacia mi madre y mi hermano. Los músculos faciales se mueven a derecha e izquierda sin que pueda hacer nada para parar. De mi boca salen gritos cavernosos. Siento las cuerdas vocales tensas, rígidas.

¿Qué tengo dentro de mí? Un bosque. No sé cómo definir lo que se mueve frenéticamente en mi interior, sacudiéndome en los más íntimo: un bosque infestado de bestias salvajes.

Salto de un lado a otro de la habitación como un boxeador inquieto en un ring. Soy fuerte, muy fuerte. Y odio todo y a todos. No puedo parar. Es inútil intentar contenerme.

Mi madre llora. A mi hermano le gustaría huir de allí, pero no puede: se encuentra paralizado y me observa sin poder pensar en nada. Solo siente asombro y miedo, mucho miedo.

Salto del suelo al sofá, aquí y allá, en un movimiento perpetuo.

El hermano Ferro intenta reaccionar. Trata de agarrarme del brazo, pero me doy cuenta de lo que pretende y le empujo contra la pared. Sin embargo, no se da por vencido y dice:

—Invoco a los ángeles del Cielo, a los santos, a san Miguel Arcángel. Rodeadlo.

Pero sigo lleno de fuerza. Le doy dos puñetazos y le rompo las gafas.

Aún siento un gran odio en mi interior, pero sé bien que no es mío. No solo el cuerpo, tampoco los sentimientos me pertenecen ya. Lo percibo, pero no puedo resistirme a lo que me está ocurriendo.

A mi alrededor todavía siento esa urna de cristal que me rodea. Miro a mi madre y pienso convencido que, una vez que dejemos esta habitación, me llevará a una clínica psiquiátrica. Trato de hablarle: «Mamá, estoy aquí. Mamá, estoy aquí». Pero no puedo. No me siente.

Entonces, de improviso, vuelvo a agotarme, a sentirme muy cansado.

Me derrumbo en el sofá y unos dolores espantosos me atraviesan todo el cuerpo. Es como si me hubiera pasado varios días trabajando duramente en el campo. Hasta las vísceras me duelen y se encuentran exhaustas. Cada fibra de mi cuerpo se ha quedado sin energía. Tengo la garganta seca, árida, como si no hubiera bebido nada en un mes. Poco a poco, vuelvo a hablar, a pesar de que apenas pueden entenderse mis palabras.

—Mamá, soy yo, Francesco. Mamá, soy yo, estoy cansado.

Las oraciones del hermano Ferro han surtido efecto. He regresado.

El religioso me pregunta:

—Francesco, ¿te acuerdas de todo?

Con un esfuerzo sobrehumano le respondo «Sí».

En ese momento, el viejo sacerdote vuelve a entrar en la habitación. Se le ve molesto. Ha debido quedarse todo el rato cerca y habrá oído mis gritos. Nos imparte una bendición y se va de nuevo, esta vez sin comentar nada.

Mi madre está preocupada. Le pide al hermano Ferro una explicación. Él no se lo da. Solo le dice:

—No te preocupes, poco a poco.

Mi hermano me ayuda a levantarme y prácticamente me arrastra hasta el coche. Me recuesto en el asiento trasero sin poder decir nada.

—¿Qué vamos a decirle a Daniela? —pregunta mi madre.

Durante el viaje de vuelta a casa, el silencio nos acompaña. Es el silencio de los que no entienden lo que tienen delante. El silencio de los que intentan comprender, pero no pueden.

Llegamos a casa. Daniela, sentada en la cocina, escucha la historia de mi madre. No parece entender nada. Es como si estuviesen lloviéndole golpes e, inerme, se encoge sin reaccionar.

Al cabo de dos días regresamos a donde el hermano Ferro. Queremos alguna explicación.

¿Qué me está pasando?

Él solo nos dice:

—Incluso Jesús tuvo que enfrentarse a los espíritus del mal. Estamos como en los tiempos de Jesús.

Ya entonces comenzamos a intuir algo. Y aunque sea mucho para nuestros ojos, aún debemos ver más claro para comprender a fondo todo.

A veces diez días pueden parecernos un tiempo infinito. Para mí, los diez días siguientes a estas palabras del religioso son interminables, horas de desconcierto y confusión.

Intento continuar con mi vida de siempre. Con mi trabajo e incluso con mi tiempo de oración. Pero nada es como antes. Lo que en los días anteriores era algo natural ahora ya no lo es.

Rezar me es absolutamente imposible. Si abro la Biblia, mis ojos se cierran. Lo sagrado me molesta y, además, me llena de inquietud.

No puedo ir a trabajar como antes. Me levanto de la cama agotado. Siempre estoy cansado.

Llamo al hermano Ferro y le relato las nuevas sensaciones y mis estados de ánimo que me tienen agitado. Me invita a acudir a él.

Toma el aceite bendito y reza sobre mí, como siempre. Sus dedos son cuchillas afiladas. Las heridas que me causan son invisibles, pero las siento. Terribles, dolorosas. Me duran horas, incluso después de la oración; son señales indelebles y punzantes.

En estos momentos, las visitas al hermano Ferro son constantes. Le llamo por teléfono al menos dos o tres veces al día. Sus oraciones, incluso a distancia, me ayudan.

Pero, día tras día, los dolores se acentúan cada vez más. Y a ello se suma el cansancio.

Cuando Daniela se levanta por la mañana para ir a trabajar me quedo en la cama.

—Vamos, Francesco, levántate —me dice. Pero no puedo.

—Me siento atado, cansado, tengo clavos en las piernas —

le digo.

Pero ella no me entiende. E insiste:

—¡Levántate!

Pero me quedo tumbado.

En muchas ocasiones, ha de acercarse a la cama, agarrarme las piernas y ponerlas en el suelo, como se hace con los enfermos. Me ayuda a levantarme lentamente. Una escena terrible que se repite muchas mañanas.

Una mañana, la despierto a las cinco de la madrugada:

—Tengo que ir al baño, ayúdame.

—Háztelo encima —me responde exhausta.

Entonces, con el resto de energía que me queda, trato de hacerlo yo solo.

Me arrojo al suelo y comienzo a arrastrarme. Llego al baño a cuatro patas.

Daniela no sabe qué decir. Ella está mortificada pero también desconcertada e incrédula.

No sabe qué decir porque cada vez que me siento mal, de repente me recupero por completo. Y bajo a la galería con un vigor nuevo y me pongo a trabajar.

No es raro que los clientes me digan, realmente no sé por qué, que me encuentran muy bien: «Se te ve muy bien, Francesco. Te veo en forma, feliz, sin problemas». Y a Daniela: «Tienes suerte de tener un marido así».

Si supieran por lo que estamos pasando. Pero no lo saben. No pueden saber que es en estos pocos momentos de lucidez cuando me encuentro realmente bien. Y que la oscuridad que hasta solo unos pocos minutos antes me tenía agarrado ya no existe.

Pero luego regresa, implacable.

En los momentos más difíciles, el uso del agua bendita me ayuda mucho. Cuando me la rocío por el cuerpo, recupero muchas de las energías perdidas. De todos modos, se trata de una pelea desigual.

Con frecuencia, siento a mi alrededor una presencia que me envuelve. Me golpea y no me deja tranquilo. Me hace

tumbarme sobre la cama o el sofá. Los movimientos a veces son lentos, a veces rápidos, pero siempre incontrolables. Me tira y me agita por el suelo durante horas, hasta que, agotado, me quedo dormido.

Daniela y mi madre se ven obligadas a quedarse en casa conmigo por turnos. Cuando estoy enfermo, de hecho, no puedo quedarme solo. Necesito su ayuda.

¿Qué me está pasando? Realmente no tengo ninguna respuesta. Y ni siquiera tengo a mi familia. Estoy enfermo, estoy cansado, luego me repongo y, a continuación, vuelvo a estar cansado de nuevo. Es una espiral de la que no conozco su origen y ni siquiera puedo adivinar su final.

Vivo de manera disociada, sustancialmente. A veces me encuentro en casa, todo está tranquilo, y de repente siento la presencia que se acerca. Miro a mi esposa y le digo:

—¡Vienen! ¡Vienen!

No he terminado de decir estas palabras cuando me quedo completamente disociado. Soy siempre yo mismo, me doy cuenta, pero al mismo tiempo ya no soy yo mismo. Algo se agita en mi interior y me hace decir cosas absurdas:

—¡Soy Satanás! ¡Soy Satanás! —grito.

¿Pero quién grita? ¿Soy yo o alguien que está dentro de mí?

Hablo de manera incoherente durante horas. Mi voz se parece a un disco rayado, que repite interminablemente la misma melodía molestísima. Tanto es así que incluso durante los pocos momentos en que me quedo en silencio, a los que me rodean les parece que todavía estoy hablando.

Las paredes de la casa están impregnadas de mis palabras y se convierten en un eco insoportable para cualquiera que se encuentre a mi lado.

Los gritos a menudo se convierten en voces de animales. De las más disparatadas. Un león, un burro, un perro, un gato. O gritos prolongados que ningún hombre normal podría emitir.

A veces, además de la voz también cambia mi aspecto. Mis

ojos se parecen a los de un gato. Se me deforma todo el rostro. ¿Resulta difícil de creer? Sí, lo sé, es casi imposible, pero así eran las cosas.

¿Por qué no voy a un médico? ¿Por qué no busco una solución profesional? En primer lugar, ¿de qué tengo que curarme? Sufro tantas enfermedades... ¿Cómo curarme de todas? Y la verdad es que no sé si realmente estoy loco o enfermo. Incluso mis familiares, incrédulos ante mis disociaciones, son testigos de que cíclicamente, cada tres o cuatro horas, vuelvo a ser totalmente yo mismo y básicamente no saben a qué atenerse. A menudo nos sentamos alrededor de la mesa hablando durante horas, incapaces de encontrar una solución.

Mi único asidero, mi única ancla de salvación, es el hermano Ferro: no me cabe ninguna duda de que sus oraciones me brindan unos beneficios imposibles de encontrar en ninguna otra parte. Confío en él. He combatido durante años mis innumerables enfermedades con pastillas y medicinas, sin ningún efecto. Sus oraciones, sin embargo, consiguen algunos resultados. ¿Por qué no debería tener confianza?

Muchas veces cuando estoy enfermo le llamo por teléfono.

Y él reza por mí hasta que, agotado, me quedo dormido.

Para todos nosotros, el hermano Ferro es un puerto seguro al que anclarnos. O casi para todos: Daniela, sin embargo, al principio lo consideraba un cuerpo extraño, un obstáculo para la tranquilidad que hasta hace unos meses habíamos vivido en nuestro matrimonio.

—¡Antes de conocerle, estabas bien! —me repite a menudo. Y de nuevo—: ¿No habrá sido él quien te ha metido todo esto en la cabeza con sus oraciones y sus palabras extrañas?

No le contesto. Quizá porque realmente no sé qué responderle.

El hermano Ferro entiende la situación y no interviene. Cuando acudo a él, vienen conmigo siempre o mi madre o mi

hermano, pero Daniela nunca. Él es una persona inteligente, entiende la situación y no dice nada.

A Daniela se le viene todo el mundo encima. Ve cómo se deteriora mi condición física: estoy más estropeado, más cansado e incluso más hinchado, casi gordo. Y ella no entiende nada, realmente no entiende qué diablos está pasando conmigo.

Pero, ¿qué puedo explicarle yo? Al final, también yo soy un espectador de mí mismo, espectador de una situación que va más allá de mi capacidad de comprensión y racionalización.

El hermano Ferro trata de consolarme e intenta explicarme como puede lo que ocurre:

—Mira, Francesco, eres como un cubo lleno de agua con mucho fango que ha estado abandonado en un rincón de una casa de campo durante muchos años. Con nuestras oraciones estamos moviendo el agua y así el limo que hay en el fondo hace que el agua se ensucie. Pero para que el agua vuelva a estar limpia hay que poner agua nueva.

No entiendo el significado de sus palabras. Por supuesto, intuyo muchas cosas, pero aún no puedo comprender el origen, el significado de su discurso ni puedo saber dónde se encuentra el epicentro de mis problemas.

—Daniela no puede verle —le digo un día.

—Lo sé —contesta—. Es normal —dice, tratando de resolver el problema.

Pero pronto la situación se vuelve incontrolable. Durante los momentos de disociación, pongo la casa patas arriba. Soy impredecible, casi peligroso.

Me pongo a golpear todo lo que se me pone por delante: las paredes, los muebles... Daniela también corre riesgo. Por esta razón, cuando ve que comienza la pelea, se mantiene a una distancia de seguridad.

Pronto dejamos de salir, de reunirnos con nuestros amigos. Porque en un solo segundo puedo crear una situación embarazosa. De improviso puedo comenzar a decir y hacer

algo inusual, por no decir absurdo.

Un día, el hermano Ferro decide dar un giro a la situación.

—Hay que hacer algo —me dice—. La situación es seria. Tienes que buscar a otros sacerdotes, escuchar otras opiniones; esto también puede ayudar a que Daniela lo comprenda mejor. Cerca de aquí hay un sacerdote pasionista de casi ochenta años, don Angelo Mangione. Ve a verle.

Anoto su nombre y su dirección y tan pronto como llego a casa le pregunto a Daniela si quiere acompañarme.

—No, yo no voy —me dice.

Todavía está cerrada, casi impenetrable, sustancialmente inmóvil ante lo que me está pasando.

Pero viendo lo que ocurrió en la primera cita con don Angelo, no me cabe ninguna duda: fue mejor que Daniela no viniera y no viera nada.

***

En el convento de los pasionistas tienen algunas habitaciones para huéspedes. De hecho, don Angelo las utiliza para recibir a las personas con las que se ha citado.

Entramos en una de esas habitaciones a la espera de que nos llamen. En un momento determinado, don Angelo pasa por delante y tan pronto como lo veo no puedo contenerme.

Alguien, dentro de mí, comienza a hablar. Lo sé: no soy yo mismo, sino alguien que se encuentra dentro de mí, sin que yo pueda hacer nada para detenerlo.

—Soy Satanás, Angelo, soy Satanás. ¿Qué crees que estás haciendo aquí?

Don Angelo no reacciona al principio. Pero a medida que aumentan mis gritos, le dice al resto de las personas que estaban esperando que se vayan. A todos menos a mí.

—Vuelvan otro día —les dice.

En aquella pequeña habitación nos quedamos solos mi hermano y yo, que ha accedido a acompañarme. Me quedo

solo a la espera de que aquel que siento en mi interior, mi enemigo, se haga presente.

Nada más entrar el sacerdote se desata la locura.

—Pero, ¿qué crees que haces, don Angelo? ¡No eres nadie, solo un glotón y un estúpido!

Comienzo a saltar de un lado a otro de la sala. De una patada muevo el sofá, de manera que forme como una barrera. Porque, aunque sigo insultándolo («no eres nadie», le digo. «¡Yo soy el príncipe de este mundo y tú no eres nadie!»), está claro que le tengo miedo, pero él no lo tiene de mí.

Don Angelo siempre está de pie. En un momento determinado hace un pequeño gesto, casi imperceptible, de dar un paso hacia mí. En ese instante comienzo a temblar: le tengo miedo, un miedo inmenso.

—¡En el nombre de Jesucristo, vete! —me grita.

Tiemblo y comienzo a agitarme con mayor frenesí.

—¡Para, no te acerques o hago que Francesco muera!

Don Angelo no se mueve, pero sigue fijamente todos y cada uno de mis movimientos.

Está ahí, quieto, delante de mí. Su postura, su calma y su tranquilidad me irritan y sobre todo me asustan.

Luego toma un pequeño frasco de agua bendita e intenta rociarme con ella. El agua cae al suelo sin alcanzarme. Pero, aun así, hace su efecto. ¿Cuál? Levanta entre él y yo una barrera que, lo entiendo perfectamente, es de fuego. Me encuentro enjaulado y perdido: detrás de mí, como un boxeador arrinconado, está la pared que me bloquea. Delante, una línea de fuego que me envuelve.

—¡Fuego! ¡Fuego! —grito—. ¡Me estoy quemando!

Con una energía inesperada, trato de saltar al otro lado del fuego y salir de la prisión en la que estaba encerrado.

Pero aún no han acabado mis tormentos. Porque, al otro lado del fuego se encuentra, esta vez muy próximo, don Angelo. Me mira, luego se vuelve hacia un nicho lateral que hay en la pared de su lado y toma una botella grande con un par de litros de agua bendita. Al mismo tiempo me agarra,

sujetándome el cuello bajo su axila. Vierte sobre mi cabeza todo el contenido de la botella.

Sacudido en lo más profundo, pierdo todas las energías.

Me caigo al suelo, mojado y sin fuerza. Y empiezo a gritar:

—¡Angelo, Angelo, no sabes lo que me has hecho! ¡No sabes lo que me has hecho!

Pero Angelo no responde.

—¡Angelo, Angelo, tengo que contarte lo que me has hecho porque no lo sabes! ¡Has destruido la planta del asma!

En aquel preciso instante veo en mi mente cómo se arranca un árbol grande, enorme y exuberante. Un árbol multisecular, robusto y enorme, que es erradicado y aniquilado.

Grito de dolor.

—¡Me llamo Infus y tú has cazado a todos mis hijos! ¡Los has matado! Yo he cultivado en este terreno todas mis plantas, todas mis alergias y tú las has destruido, Angelo. ¡Yo soy el jefe, el amo de este terreno, y tú has destruido todos mis cultivos, has destruido la planta del asma!

Y frente a mí veo nítidamente cómo aparecen dos panes, dos panes sin miga. Son mis pulmones, que por fin han quedado liberados de las alergias malignas.

—¡Angelo, has destruido todo mi árbol! ¡Solo queda la raíz! ¡Solo la raíz! ¡Has destruido la planta del asma de una sola vez!

Y luego, unas palabras, que han llamado la atención de don Angelo:

—¡Llevaba veintisiete años trabajando en este terreno y lo has arruinado todo!

Es entonces cuando don Angelo reacciona. Me arroja al suelo, levanta un pie y lo apoya en mi pecho.

—¡Quita el pie! —grito—. ¡Quítalo, me está matando!

En realidad, como me contará después mi hermano, apenas me tocaba el pecho con el pie. Pero yo lo siento como una gran roca que no me deja respirar.

—Estás matando a Francesco, ¿no lo ves? ¡Estás matando a

Francesco! —grito aterrorizado.

Después, la tortura finaliza. Don Angelo se hace a un lado y deja que mi hermano me levante y me lleve al sofá.

El asma, esta vez desde la raíz, ha desaparecido por completo. Ese pie que descansaba sobre mí la ha arrancado de las profundidades, ha arrancado la raíz de mi asma maligna.

Don Angelo me pregunta qué ocurrió hace veintisiete años. Pero no sé qué contestarle.

Salimos al aire libre. Nos acercamos a una pequeña fuente, y él, como un padre que escucha a su hijo, deja que le narre la historia de mi vida, llena de asma, alergias y múltiples enfermedades.

Me dice:

—Necesitas oraciones. Vuelve cuando puedas.

En el coche, de vuelta a casa, advierto que me encuentro muy bien, como nunca antes en toda mi vida. Por fin, puedo respirar a pleno pulmón. Hace veintisiete años que no respiro así. El aire que entra en los pulmones con total libertad es una sensación increíble, casi embriagadora.

Al día siguiente, celebramos una gran comida en casa de mi madre. Hemos preparado la mesa en el porche. Antes de comenzar, llamo a mi madre desde dentro de casa. Y le enseño cómo subo y bajo las escaleras sin cansarme y sin respirar con dificultad.

—¡Mira, mamá! —le digo mientras subo dos peldaños de una vez. Y otra vez, y una tercera y una cuarta. Un récord para mí. Parece que una luz se ha encendido en la oscuridad de mi vida diaria.

Unos días después, llamo a don Angelo. Quiero concertar otra cita. Son tantas las enfermedades que he sufrido durante estos años que quiero eliminarlas todas. Pero conseguir una cita con él se revela una empresa muy complicada.

—Has tenido suerte de encontrarme —me dice cada vez que puedo contactarle por teléfono—. Pero ahora no puedo darte la cita, no tengo la agenda conmigo.

Y siempre me invita a que vuelva a llamar. Y siempre

repite las mismas palabras. Así que decido no volver a contactar con él.

Pronto, mi vida volverá a ser la de siempre: violentas disociaciones seguidas de momentos de bienestar. Pero ahora, con los pulmones libres, siento dentro de mí nuevas fuerzas y energías. Y empiezo a notar que las disociaciones tienen lugar misteriosamente siempre que estoy solo o en presencia de gente amiga. Si, por ejemplo, entra un cliente nuevo en la tienda, la disociación se inicia tan pronto como el cliente se va, no antes.

Sin embargo, aún me rodea la oscuridad y con frecuencia se apodera de mí, aunque ahora parece que es Dios quien dirige cuándo se producen las disociaciones.

La otitis es una enfermedad extraña. La sufro según ciclos alternos. Viene y estoy enfermo. Se va y creo haberme curado, pero luego regresa.

El hermano Ferro me hace tumbarme en el sofá. Lucha contra una entidad que no conoce pero que se presenta de inmediato.

—Soy el de la otitis —le digo, sin tener ni idea por qué pronuncio esas palabras.

Pero sí lo sé: no soy yo. Hay alguien que habla por mí.

Sentada a mi lado se encuentra mi madre. Observa que el religioso pone simplemente un dedo sobre mi oreja.

Y yo grito:

—¡Me has encadenado!

Había vertido un poco de aceite bendito sobre su dedo. Ese dedo, ese aceite, me producen un dolor tremendo.

Y es entonces cuando me veo llevado a otra parte.

Me encuentro en posición horizontal a medio metro del suelo. Enfrente de mí hay una alcantarilla abierta. Y cerca, una escoba. La escoba entra y sale de la alcantarilla y, de repente, se cierra. Y eso es todo.

Y luego esa voz que vuelve a perturbar el paciente trabajo del hermano Ferro:

—Soy el jefe de la otitis. ¡También están aquí mis hijos!

Y sus hijos lloran. Están dentro de mí. Lloran porque se ven obligados a huir.

Los movimientos del hermano Ferro alrededor de mi oreja me hacen sufrir. Siento que sus dedos entran y salen de mi cabeza. Pero, mi madre me dirá después que no era así: el religioso simplemente apoya la punta de los dedos.

Y él, el jefe de la otitis, grita:

—¡Bastardo! ¡Me voy! ¡Llevábamos muchos años aquí! ¡Bastardo!

Y se va, para siempre. Y con él, salen corriendo todos sus familiares. Después de tantos años estoy bien, estoy libre. Me he curado la otitis.

Pero todavía voy a encontrar muchos más obstáculos en mi camino.

De nuevo con el hermano Ferro.

Estoy tumbado en el sofá.

Lleva en la mano una pequeña caja de metal. Dentro, lo descubriré más tarde, hay una cruz minúscula de madera. Me la pone sobre el pecho.

Sufro, gimo, esa cruz me duele.

—¡Basta, hermano, es suficiente!

Y luego la veo. ¿El qué? Una pequeña torre dorada. Como si se tratara de una pieza de ajedrez, de no más de cinco centímetros de alto, una pequeña torre que está delante de mí.

La cruz, esa pequeña cruz, está derritiendo la torre. Ante la cruz, la torre se va fundiendo como lo haría un lingote de oro en un horno ardiente.

—¡Estás destruyendo mi torre dorada! —grito. Pero lo sé. No soy yo quien dice estas palabras. Es alguno de los malvados que usan mi voz dentro de mí. Sufre y con él sufro yo también.

El hermano Ferro apremia. El diablo responde golpe a golpe:

—¡La torre... se está derritiendo y me está quemando!

La pelea se prolonga durante horas. Extenuante. Por un

lado, la cruz, y, por el otro, la torre, cada vez más incandescente. Y en medio yo, en pleno delirio físico y mental y sufriendo de manera inimaginable.

—¡Me estoy quemando, hermano Ferro, me estás quemando!

—¡Jesús, libera esta torre con el fuego del Espíritu Santo! —grita el hermano Ferro.

Después de cuatro, cinco horas, seguimos allí, en combate.

El hermano Ferro está cansado, sudoroso.

Se detiene. Vuelvo a ser yo mismo. Pero sigo sufriendo mucho. Siento una fuerte quemadura en el pecho. Me palpo y la noto.

En ese momento no le doy mucha importancia. Incluso el religioso le quita hierro al asunto:

—Vete a casa, puede que no sea nada.

Terminamos la oración. Le saludo y me vuelvo a casa. Por la noche, mientras duermo, aún siento el ardor en el pecho. Como si la batalla de hace unas horas hubiera dejado su huella.

No sé por qué, pero no me pongo ninguna pomada en la quemadura.

Por la mañana, cuando me levanto, me toco el pecho. Tengo una gran costra en vez de la quemadura de antes, de un grosor como de medio centímetro. Parece una «S». Me causa tanto dolor que no puedo ni ponerme la camisa.

Es como si se me hubiera caído encima una taza entera de café ardiendo. Y esa costra me hará compañía casi un mes; que desaparezca por completo la cicatriz tardará aún varios meses.

Del hermano Ferro, recibo por tanto oraciones y muchos beneficios. ¿No es por eso por lo que sigo acudiendo a él?

Ciertamente así es, y pronto me encontraré con un nuevo grupo de personas que llegarán a ser decisivas en mi vida, aunque no de manera evidente al principio.

4. Me dicen la verdad: «Francesco, se trata de una posesión diabólica»

El 15 de octubre de 2002, mi madre, sin que yo sepa nada, se acerca al monasterio de las clarisas de Alcamo y les pide que recen por mí.

La madre Gemma, la abadesa, está acostumbrada a «lidiar» con el sufrimiento, no solo físico sino también espiritual. Escucha la historia de mi madre sin impresionarse más de lo debido. Simplemente se hace cargo de la necesidad de la oración. Y así pone a las hermanas a trabajar: comienzan a rezar día y noche.

La madre Gemma también llama a un conocido exorcista del norte, del que después me enteraré que estuvo cerca de sor Pura Pagani, muerta hace unos años en olor de santidad. Le piden discernimiento espiritual, pues este exorcista puede llegar a saber los males que sufre alguien también «a distancia». Después de la llamada, no tienen noticias de él en una semana; luego llama al monasterio y le dice a la madre Gemma estas palabras:

—Se trata de una de las posesiones diabólicas más duras.

La religiosa llama inmediatamente a mi madre y le comunica la respuesta. Mi madre se queda blanca. Ni siquiera sabe qué significa exactamente que yo tenga una «posesión diabólica». Y sobre todo no sabe cómo decírmelo.

¿Cómo reaccionaré? ¿Cómo puede una madre decirle a su hijo: «Estás poseído»?

Pero las madres tienen muchos recursos cuando se trata de ayudar a calmar los sufrimientos de sus hijos. Y, así, al día siguiente, encuentra un truco. Me aconseja que vaya a visitar

a las hermanas, para «darles las gracias», me dice, «porque han comenzado a rezar por ti».

Llamo a la puerta del monasterio. Entro en la capilla. A mi izquierda, una puerta da a una habitación pequeña. Un poco más adelante, a la derecha, está la reja. Detrás de ellas, los batientes de madera se encuentran cerrados. Cuando se abren descubro la cara sonriente y serena de la madre Gemma.

—Gracias por las oraciones, madre —le digo.

—Sí, sí, hijo mío —responde ella.

Y a continuación, como si se tratara de lo más normal del mundo me dice:

—Sabes, la tuya es una posesión diabólica. —Y otra vez—: Es algo antiguo, hace mucho tiempo que la tienes.

En aquel momento no sé qué decir. Sus palabras me chocan, rebotan y se quedan en la habitación. Aún no puedo hacerlas mías, pero estoy allí, con toda su carga de dramatismo y a la vez de locura.

El rostro sonriente de la madre Gemma, sin embargo, me calma. Me ha dicho algo absurdo y tremendo, pero su presencia detrás de esa rejilla me tranquiliza. Su voz penetra poco a poco en mí, no con violencia, sino con gran delicadeza y ternura, tanto es así que esa palabra, «posesión», ya no suena a mis oídos de un modo tan hostil como al principio.

Pero cuando se despide y se cierran de nuevo los batientes de madera tras la reja, todo cambia. De repente, el mundo se me viene literalmente encima.

Salgo del monasterio y a tres metros de mí veo mi coche aparcado. Siempre me acordaré de esos tres metros: para mí fue como caminar tres kilómetros. No consigo avanzar.

Pero, de alguna manera, no sé cómo, consigo llegar y entrar en el coche. Y pienso: «Y ahora Satanás se mostrará».

Estoy aterrorizado, confuso, con una gran agitación.

«Posesión diabólica, posesión diabólica», repito, sin siquiera entender lo que significan estas palabras.

«Yo, Francesco, ¿estoy poseído? ¿Dónde estás, Satanás? ¿Dónde estás?».

Entonces, me viene a la cabeza un pensamiento lógico que me ayuda a calmarme. «Si llevo tanto tiempo poseído, ¿qué va a pasar justo ahora? Antes no sabía nada, ahora ya lo sé, eso es todo».

Puede parecer extraño, pero esta idea, aunque banal, me ayuda y me da algo de consuelo... Consigo apartar el miedo a un lado y arrancar el motor. Comienzo a conducir lentamente.

En cada cruce miro a derecha e izquierda: «¿Dónde estás?», pregunto, dirigiéndome a Satanás.

Pero no aparece. Lo busco por todas partes, como un soldado infiltrado en territorio enemigo que se encuentra cerca de una patrulla de vigilancia. Conduzco lentamente y miro alrededor con cautela, pero no veo al enemigo.

En la galería se encuentra mi madre. Me mira y entiende inmediatamente que lo sé todo.

—¿Cómo hacía yo para decírtelo, hijo mío?

—Lo sé, mamá, no tienes que preocuparte.

—¿Te das cuenta?

—Sí, es algo absurdo.

Nos abrazamos y nos damos ánimo mutuamente.

—Y ahora —pregunta mi madre—, ¿qué le decimos a Daniela? La madre Gemma me ha dicho que debe saberlo, y al mismo tiempo darle libertad. Si tiene intención de abandonar el matrimonio, si quiere irse, debes respetarlo. Es lo correcto.

Escucho a mi madre, pero estoy seguro de algo: Daniela no se irá. El nuestro es un verdadero matrimonio, basado en la sinceridad y el diálogo. Siempre hemos sido como una sola alma. Estoy seguro de ella.

Me vuelvo a casa. Daniela está en la cocina, de espaldas, con un cucharón en la mano. La miro y decido comenzar *in media res*. ¿Para qué sirve andarse con rodeos?

—¡Daniela! —digo en voz alta. De inmediato se da cuenta de que se trata de algo importante. Se gira. La miro fijamente a los ojos: siento que cada vez tiene una mayor conciencia de que ha de escucharme atentamente, no he venido a hablar de

tonterías—. Vengo de estar con las monjas. Me han dicho que lo que tengo es una posesión diabólica.

—¡Menudo descubrimiento! —me dice con un tono casi prepotente y haciendo girar el cucharón varias veces en el aire. Y después—: ¿Hacía falta tanto para que te dieras cuenta?

No se cómo explicarlo. A veces entendemos las cosas con mucha claridad, pero sin poder decir qué nos ha llevado a ello. Tengo una percepción clara de que con esa respuesta es como si Daniela quisiera decirme: «Ya veo lo que te está pasando. No soy una estúpida».

Y a la vez también me doy cuenta de que ese diagnóstico fatídico, «posesión diabólica», es algo que aún ha de asimilar. Ahora mismo lo entiende, pero aún ha de hacerlo propio.

Y, de hecho, no reacciona muy bien: está perdida, frente a ella solo ve oscuridad. Piensa una y otra vez: «Posesión diabólica». Y no ve ninguna salida.

Los días se suceden. Pero para nosotros no son más que un torbellino de largas disociaciones y muy pocos momentos de luz. Un torbellino que nos lleva cada vez más a un abismo oscuro y desconocido.

Una noche, mi madre viene de visita y le dice:

—Daniela, si quieres tomarte unos días libres para estar sola, si quieres volver con tu madre durante un tiempo, puedes irte. No te juzgaremos. Pensaremos en Francesco. No te preocupes, cuando quieras volver, te daremos la bienvenida como antes. —Y continúa diciéndole con gran amor—: Tienes toda una vida por delante. No sabemos cómo terminará esto. También es posible que Francesco no se libere nunca. No sé si mi hijo está en disposición de llevar adelante su matrimonio...

Y en ese momento, Daniela reacciona. Como un animal que ha sufrido una herida casi mortal y que se da cuenta de que todavía está a tiempo de salvar su piel, dice de pronto:

—¡Ya está bien! ¡Es suficiente! ¡No me voy! ¡Esta historia debe terminar!

Para ella es como una declaración de guerra.

¿Contra quién? Contra la condición a la que nos hemos visto reducidos a causa de mi continua disociación, está claro.

Pero no solo eso: ella me dirá más adelante que en ese momento, al escuchar cómo mi madre le invitaba a irse si quería, había adivinado que el diablo, sí, él, el diablo, a través de aquellas palabras aparentemente obsequiosas, estaba realmente ofreciéndole un puente de plata por el que retirarse. Y comprende que ella puede y debe luchar exactamente del mismo modo que yo.

No sé si Daniela se da cuenta inmediatamente del efecto que tienen sus palabras sobre mí. Pero gracias a su reacción yo también empiezo a decirme a mí mismo: «¡Puedo hacerlo! Francesco, puedes hacerlo. Puedes plantear la batalla. Enfréntate al enemigo».

A partir de este momento comienzo a sentirme lleno de valor, como un soldado que no huye del combate cuerpo a cuerpo, sino que se enfrenta contra su enemigo con su mejor arma, el coraje.

Y pronto, en medio de la oscuridad, comienza a verse una luz.

Y algo prodigioso viene a entrar en mi disociación, de manera tan inesperada como increíble.

Es 5 de noviembre y me encuentro en la galería de arte de mi familia. Conmigo están mi padre, Daniela y una amiga.

Todo sucede de repente: me invade una gran somnolencia, a la vez que comienzo a sufrir dolores fortísimos en todo el cuerpo.

Intento sentarme, pero me pongo a temblar.

Me contorsiono como una serpiente y acabo arrojado al suelo.

¿Por qué? ¿Quién me hace esto? Una enorme presión me aplasta el estómago e incluso la cabeza. Y el dolor es espeluznante. Pero más que el dolor, lo que me aterroriza es la sensación de muerte, de asfixia.

—¡No puedo! ¡Aire! ¡Necesito aire!

Me encuentro mal, pero a la vez soy un espectador de mi dolor. Por primera vez, estoy impresionado de lo que me está pasando.

Mi padre se dispone a apagar las luces de la galería de arte. Se da cuenta de que algo terrible está sucediendo. Mejor que nadie lo vea.

Grito como un loco.

Me agito y me contorsiono a causa de los dolores.

De repente, boca arriba, extiendo los brazos y siento dentro de mí una fuerza que me tira de los cabellos hacia atrás. A continuación, una fuerza justo al contrario. Alguien me agarra de los tobillos y me arrastra seis metros. Me deslizo sin que nadie me empuje y atropello a mi amiga que intenta detenerme. Involuntariamente hago que se caiga encima de mí.

Y en un momento determinado todo cambia.

Mi rostro, que hasta hace poco se encontraba terriblemente transformado y demacrado, cambia de expresión. Se relaja, se calma y se vuelve más luminoso.

Me giro hacia la pared de mi izquierda que, de un modo increíble, ha desaparecido.

¿Dónde estoy? ¿Dónde me encuentro?

Me da la sensación de haber sido catapultado a otra dimensión, como si estuviera fuera de tiempo e incluso del espacio. Sé que todavía estoy tendido en el suelo de nuestra galería. Pero, al mismo tiempo, sé que también estoy en otra parte. En otro lugar. O mejor: en algún otro lugar.

Y luego veo a un joven bajo un árbol.

—Francesco, ¿no me reconoces? —me dice, comunicándose con el pensamiento y con la mirada, sin decir una palabra.

—No, sí. ¿Quién eres? Tal vez eres...

—Soy tu abuelo, Carlo, muerto hace poco tiempo.

—¿Eres tú, abuelo? ¡Estás joven, tienes una luz diferente!

—Lo sé. Aquí todos somos jóvenes.

Después, siempre con el pensamiento, me dice que se

encuentra en una nueva vida, en una nueva dimensión, en un mundo diferente. Y me dice:

—Conozco lo que te pasa. Tu familia vive tiempos difíciles. No te preocupes, todo se arreglará. Construye tu casa, espiritual y materialmente. Tu padre también la verá renovada.

Siento con fuerza en mi interior que todo irá bien, que todo acabará en su sitio. Daniela y yo debemos comenzar el proyecto para construir nuestra nueva casa, pues habíamos pensado abandonarlo. Mi abuelo quiere tranquilizarme:

—Los sacrificios de tu padre no se perderán.

Sin embargo, esta serenidad no dura más que unos momentos. De hecho, como si se tratara de una televisión del siglo pasado en la que las imágenes van desvaneciéndose lentamente al apagarse, su figura tan suave y plácida va abandonando la escena. Vuelvo a ver en toda su dureza la pared que tengo delante. Inmediatamente pierdo toda la seguridad que acababa de gustar.

Las fuerzas maléficas vuelven a embestirme con más violencia que antes. De nuevo me encuentro en la disociación más completa. El sufrimiento, realmente terrible, dura más de una hora.

Finalmente, después de gritos indescriptibles, vuelvo a mí mismo.

—Soy Francesco —digo—. Soy yo.

Mi padre me acompaña a casa.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —nos preguntamos.

Pero no podemos darnos ninguna explicación.

Nos quedamos en silencio, callados como si estuviéramos inmersos en un gran sueño, como si fuéramos los protagonistas de una película.

Sin embargo, hay algo de lo que soy plenamente consciente: he salido fortalecido de esta disociación. Pienso en mi abuelo, en la luz que su visión ha supuesto en medio de la disociación, y una gran alegría, serenidad y amor invaden mi mente.

Una gran paz se asienta profundamente en mi corazón y en mi alma. Es algo que ocurrirá en muchas otras ocasiones, cuando nuevas visiones, incluso de santos, consigan hacerse paso a través de la oscuridad absoluta de mis durísimas disociaciones diabólicas.

Pero antes de que tengan lugar esas nuevas visiones, aún me queda sufrir mucho. Días de disociación sin sentido y de mucha oscuridad.

El 15 de noviembre, alrededor de las 7 de la tarde, me encuentro en la galería de arte. Estoy atendiendo a un cliente, un médico del barrio que me conoce desde hace mucho tiempo. De improviso, siento venir a los espíritus malignos, y antes de disociarme por completo, consigo avisar a mi madre y sentarme en una silla que estaba a unos pocos pasos.

El doctor se acerca con discreción y me pregunta cómo me encuentro; a continuación me pide que saque la lengua. Quiere hacerme algún tipo de reconocimiento, pero no me muestro muy cooperativo. Apenas puedo abrir los labios.

—Creo que habría que llamar a una ambulancia y llevar a Francesco al hospital —dice. Y otra vez—: La situación está degenerando, me parece cercana al estado disociativo, hay que darse prisa.

Disociación, estado disociativo: incluso para el médico es el síntoma más obvio que muestro cuando me atacan, cuando, hablemos con propiedad, estoy poseído.

Mi madre no se alarma en exceso, al igual que Daniela cuando entra en la tienda al rato. El médico le explica que «los síntomas son preocupantes» y que «es necesario llevarme inmediatamente a urgencias».

Daniela se queda algo perpleja pero enseguida se da cuenta de que puede ser una buena oportunidad. Después de todo, mi situación nunca ha sido examinada por los médicos en profundidad. Así que me lleva hasta el coche y junto a mi madre nos vamos a urgencias.

Durante el viaje los espíritus siguen atacándome, pero al llegar a la entrada del hospital vuelvo en mí. Me atienden allí

mismo un médico y una enfermera y me hacen unas preguntas rutinarias.

—He tenido un desmayo y me siento débil —les digo.

Me hacen tumbarme inmediatamente sobre una camilla. Comienzan a reconocerme. Me miden la presión y el ritmo cardiaco. Todo parece en orden. Me dejan allí, en una camilla, durante unos minutos.

—Volveré en un rato —me dice el médico, dejando claro que quiere esperar algo de tiempo antes de pronunciarse. La enfermera también sale de la habitación y me dejan allí acostado, con Daniela y mi madre a mi lado.

Oigo claramente el bisbiseo del médico que habla con la enfermera en la habitación contigua, la puerta está abierta. Se encuentran, por lo tanto, a pocos metros cuando, de improviso, vuelvo a estar en una completa disociación: grito, doy vueltas y vueltas en la camilla, como si sufriera penas inenarrables. También empiezo a hablar en otros idiomas, hago un ruido terrible, pero el doctor y la enfermera parecen no darse cuenta. Daniela, atónita frente a mí, piensa: «Ahora llamarán a un psiquiatra».

Emito sonidos roncos y cavernosos, mis ojos se transforman y mi cara se hincha de odio. Luego, con la misma brusquedad con la que he entrado en disociación, vuelvo en mí. Justo cuando vuelve el médico de guardia. Da la sensación de que no ha escuchado nada. ¿Es posible? No comenta nada de mis gritos, sino que con una dulce sonrisa me pregunta:

—¿Cómo estás, Francesco?

—Estoy un poco cansado, agobiado, inquieto, incluso interiormente... —respondo.

—No tienes nada serio —explica—, solo una bajada de presión.

Yo sé que no estoy bien. Pero no sé qué responder. Así que me levanto de la camilla y, caminando lentamente, llego hasta el coche. Daniela enciende el motor y de inmediato vuelvo a estar mal. Esta vez no es una disociación completa, pero poco falta.

En casa me tiro en la cama. Tendré que luchar de nuevo durante horas cuando, exhausto, pienso: «¿Cómo ha sido posible que no me llevaran al psiquiatra?».

Para mí, para Daniela y para los míos, no es fácil hacer frente a esos días: breves momentos de tranquilidad interrumpidos por largas horas de disociación violenta, repentina e impredecible, en la que asumo posiciones y movimientos antinaturales.

Daniela está de mi lado —y con ella mis padres y también los primos y tíos que me acompañan discretamente, en silencio—, pero al mismo tiempo intuyo bien que va consumiéndose, casi apagándose. Me gustaría hacerla feliz, pero creo que en este momento lo que yo no puedo darle puede dárselo Dios en mi lugar. Es difícil de explicar, pero a pesar de todo el sufrimiento tengo plena confianza en que Dios nos está acompañando, que su mano no está lejos, sino que la extiende sobre nuestras cabezas.

Una noche, ya en la cama después de un día marcado por la lucha habitual contra los demonios, miro a Daniela a los ojos —ella está destrozada; yo también, aún más, siento cómo me hubieran abierto las entrañas— y le digo:

—Te quiero mucho. ¿Pero cómo puedes quedarte conmigo?

Ella, con un brillo en los ojos, me devuelve la mirada y me dice:

—Yo también te quiero. Sigo siendo fiel al sí del matrimonio, porque la promesa que hice ante el altar no te la hice a ti, sino a mi Dios y quiero permanecer fiel a mi Dios estando contigo. —Y luego—: En toda esta situación hay una voluntad superior que hoy no comprendemos.

Estas palabras entran en mi corazón como se hunde un ancla en el fondo del mar, asegurando el barco sobre ella. Estas palabras son un ancla de salvación a las que me aferro con todas mis energías.

Daniela está muy cerca de mí, pero todavía no me acompaña cuando visito al hermano Ferro, de quien continúo

recibiendo oraciones de liberación. Conducimos hasta Palermo y mientras rezo con el religioso ella da una vuelta por la ciudad. Durante uno de sus recorridos, entra en una librería. Y compra todos los libros del padre Gabriele Amorth, el conocido exorcista de la diócesis de Roma. Durante varios días, en los pocos momentos de tranquilidad que disfrutamos, los devora uno tras otro. Lee en voz alta, para que yo pueda escuchar.

—¡Mira —me dice sorprendida—, el padre Amorth cuenta casos similares al nuestro!

Por primera vez descubrimos que hay más gente que ha pasado por lo mismo que nosotros. Pronto nos damos cuenta de que hay personas dentro de la iglesia que piensan que los exorcistas son necesarios y otros, menos conscientes de estos fenómenos, que se muestran más escépticos. ¿A cuántos sacerdotes nos hemos acercado sin recibir ayuda de ellos?

Pero ahora lo importante es que no estamos solos. Es como si, sin saberlo, el padre Amorth nos estuviera diciendo: «¡Adelante, tú también puedes liberarte!».

El padre Amorth afirma en sus libros que los casos de posesión son muy raros. Daniela y yo nos miramos y nos decimos:

—¡Serán raros, la verdad, pero nosotros somos uno de ellos!

Y también notamos algo: el padre Amorth no se detiene a describir las posesiones. Cuenta los casos a menudo con rapidez. Así que Daniela y yo pensamos:

—¡Cuánto podríamos aportar a estas historias! ¡Todo por lo que hemos pasado podría ayudar mucho a otros!

En poco tiempo, en estilo autodidacta y después de hacer muchas veces oración, voy aprendiendo mucho. Por ejemplo, al llegar los demonios se sitúan en algunas partes del cuerpo más que en otras. Cuando comienzo a entrar en disociación trato de calmar el dolor vertiendo un poco de aceite bendito bajo las axilas, en los tobillos, en el cuello, en el estómago, en la cabeza... A menudo el diablo me habla y me dice:

—¡Estúpido! ¿No sabes que voy arriba y abajo por tu cuerpo como quiero? ¿No sabes que puedo usar un ascensor?

Y, así, si extiendo aceite bendito en los tobillos, se mueve y se detiene sobre la rodilla, si es en el estómago, se desplaza a la garganta y viceversa. De hecho, de articulación a articulación.

También le explico a Daniela cómo se mueven por mi cuerpo los espíritus malignos y cómo puede ella luchar contra ellos. Puede invocar la ayuda de san Miguel Arcángel para que venga a llevárselos. Y lo obedecen siguiendo sus instrucciones.

Daniela pronto comienza a conocer mi cuerpo. Cuando estoy mal, reza sobre mí. Y se da cuenta de que me viene muy bien ponerme una mano sobre el estómago y otra sobre la frente para bloquearme y que no me mueva. El diablo se siente atrapado por dos enormes columnas. Es una oración de liberación pequeña pero muy eficaz.

Aún debemos pasar tantas cosas... Por supuesto, las oraciones de Daniela me ayudan. Pero también hay otros medios que puedo usar contra los que me poseen. Y también hay otras personas que pueden ayudarme. Una de ellas es el anciano exorcista de Palermo, el padre Matteo La Grua.

Es él quien va a entrar en mi vida, cambiándola de pies a cabeza. Todo sucede un día, absolutamente por casualidad. No soy yo, sino alguien dentro de mí, quien me empuja hacia él.

Diciembre de 2002. Estoy en casa de mi abuela. Es hora de almorzar. Están Daniela, mis padres y también mis tíos.

De improviso, los siento. Los espíritus están viniendo. Mi cuerpo intenta resistirse, pero me rodean y pronto me poseen.

Caigo al suelo con fuertes dolores en la cabeza y en el estómago. En un momento dado, todo cambia. Alguien dentro de mí toma posesión de mi voz y comienza a decir con voz temblorosa:

—¡He visto una luz y he entrado! Para mí es un tormento estar en este cuerpo, ¿lo entiendes?

Y otra vez:

—¡Quiero irme! ¡Quiero irme! Ayúdame a irme.

Por primera vez, no siento dentro de mí odio ni rabia. Sobre todo, tengo miedo. ¿De qué? De la parálisis en la que se encuentran los que están frente a mí. De que nadie puede hacer nada para sacar al que está dentro de mí.

Pero la voz presiona, indomable:

—¡Vosotros no podéis hacer nada, pero yo me quiero ir!

Y empiezo a restregarme las manos con impaciencia.

Y lo siento, comprimido dentro de mí como si estuviera en una trampa, a punto de explotar, como enjaulado dentro de mis extremidades.

El terror y el miedo me envuelven. Me siento en la cárcel. Pero, ¿soy yo o es él quien se siente encerrado?

Lo percibo claramente: alguien dentro de mí está buscando una ruta de escape. Y empuja para salir de mi cuerpo:

—¡Vosotros no sabéis el camino! ¡Vosotros no sabéis quién soy! ¡Pero tengo que salir cuanto antes! ¡Déjame salir!

Daniela nota que de repente mis ojos se relajan. Toda mi cara va relajándose. Se diría que se ilumina. Alguien dentro de mí cree que está a un paso de la solución y se regocija. Grita:

—¡He encontrado una oportunidad en este chico! ¡Pero quiero salir ahora! ¡Llévame allí!

¿Llevarme allí? Todos se miran sin comprender.

—Sí, sí, allí. Date prisa. Quiero irme.

Nadie dice nada porque nadie sabe qué decir.

Me siento desgarrado en mi interior por una extrema impaciencia.

Él sigue hablando, cada vez más excitado.

—¡Vamos a Palermo! ¡Vamos a Palermo! ¡Llévame a ese sacerdote viejo y bajo, a ese sacerdote viejo y bajo!

Es Daniela quien comprende de quién está hablando:

—¿Quieres ir al padre Matteo La Grua? —pregunta en voz alta.

—Sí, sí —insiste—. Allí, allí.

Y empiezo a saltar de alegría, radiante y emocionado.

Todos se encuentran asombrados. Mis padres pasan inmediatamente a la acción. Me suben al coche y me llevan a Palermo, a la parroquia de la Noce, donde está el padre Matteo.

El viaje es agotador. Tengo prisa por llegar. Hablo continuamente, como un disco rayado.

Es un viaje difícil para todos. Yo hago de radio repitiendo sin interrupción una cantinela sin ningún sentido lógico. Tengo prisa por salir.

Llegamos a Palermo. Tan pronto como avanzo hasta la puerta de la sacristía, me vuelvo rabioso y enfurecido. Siento cómo desaparece el frenesí anterior sustituido violentamente por sentimientos de odio.

Me ocurre algo que no había experimentado antes.

Se da un intercambio.

Los que estaban dentro de mí hasta ese momento se hacen temporalmente a un lado. Y hay otro que se hace cargo.

No quiero entrar a la sacristía. Mis padres comienzan a empujarme:

—¡Adelante! ¡Entra!

Veo al padre Matteo al fondo. La sacristía me repele. El espíritu maligno que ahora está en mí me tira violentamente al suelo. Y grito:

—¡La Grua! ¡Mateo!

Y él, sin inmutarse, levanta la mano derecha e imparte una bendición. En ese momento siento que aquel odio inhumano sale de mi cuerpo de una manera inequívoca.

Estoy en el suelo, agotado. Algunos colaboradores del sacerdote me levantan y me ayudan a sentarme en una silla, tratándome con delicadeza.

Son las 19.30 de la tarde cuando volvemos a Alcamo. Daniela nos está esperando en casa, con una sorpresa.

Daniela ha aprovechado nuestro «viaje» a Palermo para ir a ver a un sacerdote salesiano amigo suyo.

—Estoy preocupada.

—Dime, Daniela, ¿por qué?

—Se trata de Francesco —le dice y le cuenta todo: mi posesión y cómo su vida ordinaria se ha vuelto cada vez más difícil.

—Daniela, no tienes que ver al demonio en ningún lado. Las posesiones son raras, de hecho, muy raras. Más bien, te sugiero que lleves a tu esposo a un buen neurólogo. Ya verás, el neurólogo podrá ayudarte.

Al llegar a casa esa es la sorpresa que Daniela tiene guardada para mí. Ha pedido cita para un neurólogo de Alcamo, un médico que nos conoce desde hace años.

Entiendo que esta visita es importante para Daniela. Me habla con insistencia, y vuelve a expresar una vez más a sus dudas sobre la figura del hermano Ferro y sobre lo que el sacerdote jesuita ha hecho hasta la fecha por mí. Todavía está confundida, duda de la labor del religioso y esta cita médica le parece que es importante. La secundo y le digo:

—Muy bien, Daniela. Vamos a ese médico.

Es el 20 de diciembre de 2002 cuando se abren las puertas de la consulta del neurólogo.

—Hola Francesco, ¿cómo estás? —me dice, dándome la bienvenida de una manera jovial.

Daniela toma rápidamente la palabra y comienza a describir mis problemas:

—Por las mañanas no se levanta. Siempre está cansado. Tiene pesadillas por la noche y habla con los muertos.

—Francesco —me pregunta el neurólogo—, ¿es verdad que hablas con los difuntos?

No quiero alardear. Ni siquiera tratar de ganarme la simpatía de quien tengo frente a mí. Así que respondo de modo seco:

—Sí, es verdad. He hablado con mi abuelo.

Y no agrego nada más.

Quiero ver lo que me dice. Quiero ver cuál es su solución, si tiene una. Soy consciente, por otro lado, de que los esquizofrénicos no quieren curarse, siempre niegan los

síntomas de su enfermedad. Pero sé que no soy un esquizofrénico y entiendo que es correcto responder de esta manera.

El doctor se muestra un poco desconcertado.

Me hace un reconocimiento de rutina, me mira la garganta, prueba mis reflejos y poco más. Después dice:

—Tal vez estés un poco cansado.

Y, aunque sigue perplejo, comienza a escribir en el libro de recetas y comenta:

—Toma estas pastillas. Una por la mañana y otra por la tarde. Descansa y mira si las cosas mejoran.

Salimos, compramos las medicinas en la farmacia y regresamos a casa. Daniela está visiblemente satisfecha. En la mesa de la cocina, coloca las cajas de las pastillas y me anima:

—Vamos, tómalas.

Y mientras me las da, toma el prospecto y comienza a leerlo para comprobar la posología, las contraindicaciones. Y comienza a dudar.

—No lo entiendo —dice—. El primer fármaco es un excitante, el segundo un calmante. ¿Es esto realmente lo que necesitas? ¿Es esto lo que va a resolver nuestros problemas?

—Vamos —respondo—. No pasa nada. ¿Tengo que tomármelas? Pues me las tomo.

Daniela me dirá más tarde que en ese momento su mente estaba enfocando el momento en que el neurólogo me prescribía las pastillas. Y le parece claro que lo hacía solo para complacerla, no porque estuviera realmente convencido. Así que me dice:

—Tíralo todo a la basura.

—¿Qué?

—Sí, tíralo todo. Estas pastillas no van a ayudarte.

Y adiós a las medicinas.

Aunque es cierto que no son precisamente medicinas lo que necesito, la vida, mi vida cotidiana, sigue siendo dura, durísima. Daniela aún sigue confusa. Ha perdido mucha de la confianza que había puesto en el neurólogo. Va apagándose

poco a poco, como una vela que pierde su vigor.

¿Qué le está pasando?

Ella comprueba que sus amigos tienen una vida normal. Mientras a ella se le niega por completo cualquier tipo de normalidad. En resumen: no es la vida que había imaginado. Se parece más a vivir en uno de los círculos del infierno.

El 24 de diciembre de 2002, Nochebuena, es el día en que Daniela se derrumba. Estamos en nuestra casa, a punto de salir. Pero ella, sentada en el sofá, rompe a llorar. Tiene los ojos tristes, oscuros, llenos de odio hacia un destino tan cruel. Entiendo que le gustaría escapar, huir, pero al mismo tiempo se siente como prisionera, atada.

Llora como si su marido hubiera muerto. Pero su marido está allí, vivo junto a ella, lo que probablemente la enferma aún más. Casi me vienen ganas de decirle: «Vete». Pero permanezco en silencio.

Decidimos salir. Vamos a la misa del gallo que se celebra en el convento de las monjas de clausura. Asistimos a la celebración llorando los dos, ella por desesperación, yo porque me siento solo. Sin su apoyo, creo que no puedo llegar muy lejos.

Daniela está desesperada.

Me lo dirá más tarde:

—Estaba pensando que solo la muerte podía salvarme.

Pasaron dos días. El 26 de diciembre, por la noche, Daniela me dice:

—Quiero hablar con el hermano Ferro.

—¿De verdad quieres que lo llame?

—Sí. Quiero hablar con él.

Levanta el teléfono y habla con él por primera vez.

En ese momento se siente investida de un gran amor. Ese mismo amor que había sentido años antes en la plaza de San Pedro. Siente como la misericordia de Dios aplasta y anula toda opresión.

Y nuestra vida cambia de nuevo. La batalla es siempre la misma, pero una vez más las fuerzas del bien han prevalecido.

Hasta ese día, Daniela se sentía fuera de lugar, demasiado pequeña frente a un misterio demasiado grande. Ahora, sin embargo, comprende que ocupa el lugar correcto. Si Dios la ha unido a mí en matrimonio, significa que Dios tiene un proyecto para ella.

Y hace suyas las palabras de san Pablo en la carta a los romanos, capítulo 8, versículo 28: «Todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios».

Ahora es consciente de que es hija de Dios, un padre bueno, por el hecho de haber sido bautizada en el nombre de Jesús.

A pesar de las muchas dificultades e incomprensiones, de los misterios que se ciernen sobre mí, Daniela vuelve a tomar una actitud de apertura. Tanto es así que desde entonces mantiene un diálogo continuo con el hermano Ferro.

El religioso le cuenta depende qué cosas. Tampoco él tiene explicación para todo lo que ocurre. Pero le dice que trate de mantener la calma, que todo pasará, y le aconseja acudir al padre La Grua:

—Tengo claro que Francesco tiene un problema espiritual. El padre La Grua lo ayudará.

Quedan solo unos pocos días para el 29 de diciembre, el día de la gran revelación, cuando Satanás, forzado bajo el exorcismo del padre La Grua, se revela. Ese día se confirmará que dentro de mí no hay simplemente un demonio, sino veintisiete legiones de demonios, veintisiete escuadras de su ejército.

Según se acerca el día de la cita, voy sufriendo penas incalculables. No solo durante el día, también por la noche, cuando unas terribles pesadillas vienen a sumarse a mis problemas de sueño habituales.

Un lago oscuro. En vez de agua, un barro espeso y negro, como petróleo. Es el escenario de una de las pesadillas más recurrentes que entran en mis noches como furiosas tormentas. ¿Se trata de sueños? Ciertamente sí, pero no completamente. De hecho, sus efectos son tremendamente

reales: los sufrimientos me duran horas, incluso una vez despierto.

El barro es algo vivo, una masa sin forma, pero viva. De él surgen algunas figuras alargadas, no bien definidas, como fantasmas. Tienen formas casi humanas, se pueden adivinar unas cabezas horribles, brazos y piernas estirados y en continua transformación. Se elevan por encima de la superficie, y después vuelven a hundirse en el lago, desapareciendo debajo.

Miro estas figuras aterrado y a la vez encantado, como magnetizado. Me gustaría escapar, pero no puedo. El lago me mantiene clavado en su orilla y pienso: «No tengo escapatoria. Me quedaré aquí para siempre, para toda la vida».

Seis mujeres hermosísimas. De repente, sobre aquel barro se elevan seis mujeres maravillosas, sensuales. Son delgadas y a la vez de cuerpo escultural, con los ojos velados por un ligero maquillaje que se extiende hacia los lados y el cabello flotando sobre la espalda.

Se acercan con la clara intención de seducirme. Me miran voluptuosamente, y no puedo quitar la vista de sus cuerpos. Una de ellas se separa de las demás y se acerca decididamente hacia mí. Se mueve de una manera cada vez más ligera y sensual. Mientras se acerca, la contemplo en detalle. Noto que lleva una camisa de rayas horizontales que destacan sus dos pechos bien formados. La parte inferior de su cuerpo tiene unas curvas muy acentuadas. Voy siguiendo su perfil y miro a lo largo de las piernas y luego...

Y entonces me fijo: dos patas de cebra en lugar de pies. Dos pezuñas y, un poco más arriba, muchos pelos hasta las rodillas. Dos piernas peludas, en resumen. Estoy aterrado. Me siento engañado, traicionado. Seducido con engaño. Todo está claro: no es una mujer, es un animal. Me gustaría mirarle la cara, pero tengo miedo de mirar hacia arriba. Me armo de valor, y cuando miro hacia arriba compruebo que ya se ha alejado. E inmediatamente comienza a galopar, rápida y

furiosamente hacia el horizonte sobre la superficie del lago, desapareciendo pronto de mi vista.

Me despierto aturdido. Asustado. ¿Estaba realmente durmiendo? ¿O no? No puedo responder con exactitud. Pero sé que habrá más pesadillas, regresarán más noches oscuras. Daniela duerme a mi lado mientras yo andaba por el infierno.

A menudo entiendo con absoluta certeza que no me he quedado completamente dormido. Estoy sobre todo en duermevela. Y por esta razón, el sueño, más que una pesadilla, es una terrible realidad.

Una noche me encuentro en una amplia avenida como solo las he visto en los Estados Unidos. A lo largo de ella, a derecha e izquierda, árboles frondosos proyectan su sombra sobre la calle. En ambas aceras hay hojas secas. El cielo sobre mi cabeza es gris, casi sombrío.

Una ligera brisa mueve las ramas de los árboles. Sé que tengo que aventurarme más allá de los árboles a mi derecha. Entro en lo que es una especie de parque. No hay nadie. Solo árboles alrededor, muchos árboles, cada vez más densos.

Avanzo más o menos unos treinta metros. Debajo de mis pies están las raíces de los árboles, más y más grandes. Me doy cuenta de que están vivos, de hecho, se mueven a mi ritmo.

Llego a un espacio pequeño. En el medio hay un agujero. Parece hecho justo para meter un ataúd. Tengo la clara sensación de que el agujero ha sido excavado para convertirse en una tumba.

Miro a mi alrededor. Ahora hay alguien, siento una presencia detrás de un árbol. Me doy la vuelta y veo que me observa un hombre. Solo le veo la cabeza, completamente calva, la piel blanca y dos ojos llenos de odio. ¿Odio a qué, a quién? A mí. La mirada cínica y malvada del hombre me asusta. Casi parece decirme: «Te observo, te controlo y pronto te secuestraré».

Pronto aparece otro hombre detrás de un segundo árbol. Es más feo que el primero. Calvo, tiene la piel agrietada como

la tierra del desierto a causa de la sequía. Cicatrices de quemaduras solares le atraviesan el rostro, demacrado e hinchado. Me dice:

—Vamos a llevarte con nosotros, estás solo.

Otros hombres aparecen detrás de más árboles. No puedo verlos por completo, solo sus cabezas. También son calvos y me odian profundamente. Instintivamente vuelvo sobre mis pasos, hacia la calle. Tan pronto como me alejo, noto que ellos también se van. Cuanto más me alejo, más desaparecen de mi vista.

Regreso a la avenida, pero me detengo. La tumba, aquel agujero oscuro en medio del pequeño claro, me atrae. Tengo que volver allí. ¿Qué quiere de mí? Vuelvo a acercarme y los hombres, al verme entrar nuevamente en el bosque, vuelven a animarse. Llego cerca de la tumba y entiendo: esos hombres están ahí para ayudarme a meterme en ese agujero que han excavado especialmente para mí.

—Te meteremos dentro y nadie volverá a encontrarte —me dicen.

¿Por qué he venido hasta aquí? No es por curiosidad. Es la atracción del mal. El mal, por terrible que sea, me atrae, me magnetiza.

—Vamos a rodearte, te mataremos y te empujaremos dentro —me dicen a medida que se acercan cada vez más.

Entonces el sueño termina. Abro los ojos con terror, seguro de mi muerte inminente.

Perros en medio de la calle. Camino y los observo, muy lejos, a mi derecha y a mi izquierda. No les hago caso. Intento mostrarme superior a su presencia. Pero me observan y lentamente van acercándose.

Sé que entienden mis pensamientos. Conocen que tengo miedo. Me señalan y me bloquean. Son muchos y malos. Solo puedo verles las patas.

Se acercan en grupo. Y me doy cuenta de que estoy despierto en mi habitación. Ya no están en la calle sino alrededor de mi cama. Trepan y comienzan a morderme los

tobillos. Sus dientes afilados se hunden en la carne.

No puedo reaccionar, no puedo moverme. Intento forzarme a salir de allí, pero no puedo.

Cuando el dolor se vuelve insoportable, los perros desaparecen, pero yo continúo sufriendo.

Me miro los tobillos: extrañamente no hay ninguna señal de mordiscos. Sin embargo, sufro, sufro terriblemente.

Además de perros, gatos. También están en grupo, lejos de mí. Luego, un pequeño gatito, generalmente negro, sale del grupo y se acerca. Es pequeño, parece inofensivo. Lo miro, trato de no mostrar miedo. No quiero asustarlo. Pero es inútil. De repente, pone una pata sobre mis testículos y comienza a presionar.

Lucho contra él espiritualmente. Es una pelea difícil. No puedo hacer que se vaya. Él sabe que tengo miedo. Y se queda allí. Luchamos con el pensamiento, con la mente, pero él es fuerte y yo soy débil, inmóvil, como un cordero para ser sacrificado.

Intento mover su pata, pero no puedo. Es infinitamente más fuerte que yo. El dolor aumenta hasta que, cuando me encuentro al límite de la resistencia, se va. Enciendo la luz y el gato ya no está allí. Sin embargo, los testículos continúan doliéndome.

A menudo vienen el resto de los gatos para ayudar a este gatito, también son negros. Sus pesadas piernas me comprimen el estómago, el cuello, la cara. El dolor de sus uñas dentro de mi carne es terrible.

A veces, en lugar de animales, veo hombres. Se pelean de modo violento y llenos de rabia delante de mí, luego me miran y dicen: «Estamos de broma». Pero luego vuelven a pelearse. Los miro confundido. Entonces se acercan. Sin decir nada, extienden una mano, me agarran los testículos y comienzan a apretarlos con fuerza.

—¡Me falta el aire, me falta el aire! —grito.

Me levanto dolorido.

Tardo mucho tiempo en recuperarme.

A veces recibo bastonazos por todo el cuerpo. Cuando salgo del sueño siento todos los huesos del cuerpo rotos en pequeños pedazos. No es una sensación. Es la realidad.

Pero luego miro y compruebo que no tengo moratones, nada. Estoy sufriendo, pero parece que no tengo nada roto, los huesos están intactos.

Mi única «medicina» para estas noches terribles es la cruz de san Benito. Una pequeña cruz con una medalla de san Benito incrustada en su interior. La tomo en mis manos, la sostengo con fuerza y poco a poco el dolor me abandona.

Después de varias noches repletas de atroces pesadillas, llega el día de subirse al coche para volver a Palermo, para volver al padre Matteo.

Veinticuatro horas antes de las palabras con las que el padre Matteo La Grua consigue revelarme la verdad que hasta entonces solo había intuido vagamente —que veintisiete legiones de demonios, es decir, veintisietes batallones del gran ejército del mal a cuya cabeza se encuentra Satanás, poseen mi cuerpo— estoy en Palermo.

He venido para asistir a una misa del padre Matteo. Todavía no sé que al día siguiente tendré la oportunidad de conocerle en persona. Todavía no sé que veinticuatro horas más tarde realizará un exorcismo mediante el cual estará en posición de aclarar muchas cosas.

La iglesia de la Noce está semivacía. He llegado de Alcamo en coche, junto a mi madre. Un viaje típico, un tormento, un viaje habitual lleno de palabras, las mías, repetidas sin fin y sin ninguna conexión lógica.

Durante la celebración estoy como una barca a la deriva en mar abierto. Lanzado por las olas hacia la derecha y la izquierda, asisto a mi propio ir y venir envuelto en la oscuridad. Luego viene el momento de la comunión.

Me levanto. Algunos de los asistentes de la ceremonia ya han notado que pasa algo raro conmigo. Se colocan cerca para acompañarme. Al fondo de la iglesia, al pie del altar, un sacerdote distribuye la hostia sagrada. El padre Matteo está

sentado a un lado, en silencio.

Camino durante un tramo sostenido por unas personas y luego yo solo. Quiero intentar hacerlo con mis propias fuerzas. Pero el camino es largo y duro. Los diez o veinte metros que me separan del sacerdote son kilómetros para mí.

Finalmente llega mi turno.

Mis ojos miran al sacerdote y no comunican odio o amor, solo una gran e infinita indiferencia.

—El cuerpo de Cristo —dice sosteniendo en alto la hostia un poco antes de acercarla a mi boca.

Pero yo, en ese momento, en contra de mi voluntad, me pongo rígido y, como la manecilla de un reloj que de repente se suelta, me caigo sobre mi hombro izquierdo con un golpe terrible.

Me ayudan a levantarme y me llevan fuera de la iglesia, a la sacristía.

Cuando la celebración termina, el padre Matteo se acerca. Estoy sudando, cansado, afligido por múltiples dolores internos. Me mira e imparte una sencilla bendición. Entonces me despide y me dice que regrese otro día.

Salgo con mi madre y noto que, paso a paso, me encuentro mejor. La bendición ha tenido el efecto de una curación eficaz. Tanto es así que quiero conducir hasta Alcamo, todo el camino a casa.

Me siento reanimado gracias a las nuevas energías que he recuperado. Al día siguiente, todavía me siento en forma. Aunque, apenas me subo al coche para volver a Palermo, todo vuelve a ser como antes. Pero el padre Matteo me está esperando. Es el 29 de diciembre, el día —lo repito una vez más— de la gran revelación.

Al final del poderoso exorcismo, el Padre Matteo me dice que tengo necesidad de muchas oraciones.

—Acude a fray Benigno Palilla en mi nombre para recibir más exorcismos —me dice.

Decido aceptar su sugerencia y, al volver a casa, de inmediato le llamo por teléfono.

—Fray Benigno, soy Francesco Vaiasuso, me gustaría conocerle. Necesito exorcismos.

—Aquí todos ven demonios en todas partes —me responde.

—Supongo —le digo yo—. Pero acabo de estar con el padre Matteo La Grua. Él ha sido quien me ha sugerido que le llame.

—Está bien, pero estoy muy ocupado y además no soy de tu diócesis... Es mejor que acudas a algún sacerdote cerca de tu casa.

Digo la verdad: Aquello me desmoralizó un poco. Mi madre vuelve a llamarle en otras ocasiones, pero siempre nos da la misma respuesta. Así que decido no llamarle más. Sin embargo, es el hermano Ferro quien me tranquiliza:

—No te preocupes. Todos los sábados el padre Matteo celebra la misa. Iremos allí. Mientras tanto, continuaré yo con las oraciones y luego ya veremos.

Sus palabras me consuelan. Si bien, en lo más íntimo de mí soy consciente de una cosa: no hay tiempo que perder.

Los demonios han sido descubiertos.

Las veintisiete legiones han desenvainado sus espadas.

La batalla se combate ahora al son de espadas afiladas y las heridas se convierten en dolores lancinantes.

5. «Soy el demonio Asmodeo. Y estoy aquí para destruir tu matrimonio»

Las entidades contra las que tengo que luchar son perversas. Ahora se han desatado y es imposible contenerlas. Intentar racionalizar la situación ya no sirve de nada, hay que actuar.

A principios de enero, mi madre me dice:

—¿Por qué no vienes a la misa de las monjas por la mañana? Siguen rezando mucho por ti.

Lo intento, pero no puedo. Conseguir llegar al monasterio es algo que supera mis energías.

El 10 de enero, celebra la misa un sacerdote a quien mi madre no conoce. Más tarde descubrirá que se trataba del padre Tonino Bono y que era el asistente espiritual de las clarisas de Sicilia, Calabria y Cerdeña. Pero aquel día, por cómo celebra la misa, se da cuenta de que no es un sacerdote más: es un exorcista.

—Sí, soy exorcista —le dice al final de la misa.

Le pregunta si puede dedicarle unos minutos y le cuenta mi historia; en pocas palabras, quiere que el padre Tonino me vea. Y a él le parece bien.

Vuelve a casa a toda prisa. Ayuda a Daniela a vestirme. Y en seguida, estamos todos en el monasterio.

Estoy cansado y sin fuerzas. Los demonios continúan atacando. Ya no tiene ningún misterio: sé que conocen el futuro cercano y por lo tanto saben que voy a conocer a alguien que potencialmente podría ayudarme y, alarmados, se deciden a actuar.

Entramos en la sacristía de la capilla del monasterio por

una puerta lateral para llamar la atención lo menos posible.

El padre Tonino está de espaldas, apuntando algo en el libro de registro de las misas.

Se da la vuelta y me pregunta:

—¿Cómo te llamas?

No puedo responder. Me gustaría decirle mi nombre, pero no soy capaz. Ellos están en un evidente estado de confusión.

El padre Tonino mira a mi madre e intenta tranquilizarla. Después vuelve a mirarme a mí. De repente, una voz oscura y profunda que habla en mi lugar dice:

—¿Por qué lo quieres saber?

El padre Tonino no se altera, sino que inspira profundamente, como diciendo: «Aquí está, lo sabía».

En ese momento entro en una completa disociación.

Pero el padre Tonino es rápido. Y decide no proceder con el exorcismo. Me imparte una bendición y trunca la conversación. Pero está claro: lo ha entendido todo. Ya sabe de lo que se trata. Y luego me dice:

—Vamos, Francesco...

Me urge a luchar para salir de la disociación. Pero al principio no puedo hacerlo. Luego espiro largamente: «Fffffff».

Saco todo el aire de mis pulmones y vuelvo a mí mismo.

—Padre Tonino, soy Francesco. Soy yo, pero estoy muy cansado.

Se acerca, me abraza y me da una pequeña bofetada en la mejilla. Para mí es un gran alivio, una fuerte sensación de calor después del frío de la disociación.

Luego, es él quien habla:

—Está todo claro. Estamos frente a una posesión.

Y a continuación me da un consejo que me impresiona mucho por la fuerza con la que lo dice:

—Arranca —dice, insistiendo en esa acción—, arranca oraciones de todas partes. Acude a los sacerdotes apropiados. El asunto es importante. —Y otra vez—: Vengo a visitar a las hermanas cada dos o tres meses. Cuando esté aquí, puedes

venir a buscarme y puedo darte una bendición.

Es como salir de la edad de hielo. Esa es mi sensación cuando vuelvo a casa. Es como salir de un lugar en el que reina un frío terrible. Ahora, gracias al padre Tonino, es como si me cubrieran con una cálida manta y el camino frente a mí estuviera iluminado.

Me doy cuenta de que tengo que buscar a algunos sacerdotes, a personas que me ayuden. Y a la vez comprendo que no puedo, al menos en esos momentos, contar a mis viejos amigos lo que me está sucediendo. No lo entenderían, no lo comprenderían. Todos menos uno.

La voz de Salvatore Vaccarello a través del teléfono no miente. En él encuentro a un querido amigo que ya ha estado cerca de mí en otras ocasiones. Le cuento lo que me está pasando. Y me dice que al día siguiente vendrá a verme sin tardar.

Horas de disociación profunda. El día en que va a venir de visita Salvatore es particularmente complicado para mí.

Cuando llega por la tarde estoy en la cama, destrozado. Salvatore viene con dos amigos, y a uno de ellos lo conocemos bien tanto Daniela como yo, se llama Gaetano.

—Daniela, no lo molestes, déjalo descansar —le dice Salvatore a mi mujer.

Es la primera vez que vienen amigos a visitarme que conocen que estoy poseído. No puedo quedarme en la cama. Con dificultad me levanto y salgo a recibirles.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina los cinco.

Salvatore quiere que le contemos todo inmediatamente:

—Francesco, pero ¿cómo es posible lo que te está pasando?

No puedo responder.

Y continúa:

—Hemos estado juntos en Medjugorje... Hemos enviado paquetes a los pobres, hemos rezado juntos... ¿Cómo es posible?

—Mira, Salvatore, no puedo responderte. Ni yo mismo

puedo comprenderlo. Pero los hechos ya los conoces.

—Nosotros siempre hemos creído en el misterio del mal, pero nunca hemos visto una manifestación tan evidente.

De repente entro en otra dimensión:

—Daniela, Salvatore, me siento rodeado —les digo.

No puedo decir nada más que estas pocas palabras. Me falta el aire. Me encuentro mal. Me levanto, Daniela me sujeta. Se da cuenta de que ha de ayudarme a acostarme inmediatamente en la cama.

Mis amigos se quedan en la cocina. Después, Salvatore se acerca y dice:

—¿Qué podemos hacer?

Daniela responde:

—Si queréis, podemos rezar el rosario.

Apenas entran en la habitación, empiezo a volverme loco:

—¡Bastardo, bastardo! —le digo a Salvatore.

Y otra vez:

—¿Hasta aquí has tenido que venir? ¿Pero no te cansas de recitar siempre las mismas letanías? ¿Siempre dices las mismas oraciones? ¡Estás loco, completamente loco! ¡Payaso! Sí, tú, Salvatore, estás loco, tú que envías paquetes a un lado y a otro, a América, Brasil, África... ¡si ni siquiera te has casado! ¡Has desperdiciado toda tu vida, idiota!

Salvatore permanece en silencio, y no se altera. Entiende la situación y se las arregla para mantener la calma. Al contrario, casi sonríe, aunque de un modo algo extraño. Yo continúo insultándole:

—¡Salvatore, estás loco! Ayunas los miércoles, ayunas los viernes, ayunas incluso los lunes, ¿qué estás haciendo? ¿Siempre ayunando? Solo eres un pobre loco, pero dime, ¿qué te he hecho yo?

Él permanece tranquilo. Y junto a Daniela y los otros dos amigos comienza a recitar el rosario.

Pero todavía tiene que pasar algo impactante.

—¿Estáis convencidos de que perdéis el tiempo con esa cantinela? —les pregunto.

Y a continuación me centro en Gaetano. Lo pongo en mi punto de mira como un tigre hambriento mira codicioso su presa antes del salto mortal.

—Gaetano, ¿tú también? Mira que sé por lo que estás pasando. Los problemas económicos que tienes. Los problemas con tu mujer, con tu hijo... ¿de dónde crees que te han venido?

Daniela piensa que yo, Satanás, estoy mintiendo. Conoce bien a Gaetano. Tiene una buena familia. No puede tener problemas.

Gaetano permanece en silencio, no reacciona.

Daniela se acerca a mí. Intenta bloquearme en la cama. Cuanto más avanzan las oraciones del rosario más me calmo. Pero todavía tengo algunos insultos para mi mujer:

—Daniela, eres mi espina, ¡te mataré, te mataré!

Pero poco a poco voy calmándome. Me agito menos, hasta que me duermo completamente liberado.

Daniela sale de la habitación con los amigos, les hace un café y después los despide.

Al día siguiente suena el teléfono. Es Gaetano. Quiere hablar conmigo. Me confirma que todo lo que dije la noche anterior sobre él es cierto.

—Yo no sé nada de ti, Gaetano, perdóname.

—Lo sé. Pero por diversos motivos, mi situación familiar es realmente precaria en estos momentos. Pero gracias a ti he comprendido que detrás de todo está el diablo metiendo el rabo. Debo superar las dificultades con mayor humildad y oración.

Me quedo estupefacto, al igual que Daniela.

Mi vida está en manos de Satanás. Pero es porque Dios lo permite. Y lo permite, estoy seguro, para fortalecer nuestra fe.

Tengo que pelear. Arrancar a los demonios con la oración, como me dijo el padre Tonino. ¿Y qué oración será mejor que la mía y la de mi familia?

Un balde de agua.

—Recuerda que eres un cubo de agua sucia que hay que purificar añadiendo agua siempre nueva —repite el hermano Ferro.

¿Cuál es esa agua nueva? La oración. Es lo único que puede purificar toda suciedad.

Estoy pasando los peores momentos de mi posesión. Los peores días, las semanas más terribles. Los demonios han salido a descubierto. Las fuerzas oscuras, que se habían quedado en silencio dentro de mí durante años, han salido ahora a la superficie. Luchan, pelean, son bestias salvajes que llevaban demasiado tiempo disfrutando de su letargo.

Mis jornadas son un pasar continuo de las disociaciones a las oraciones del hermano Ferro, y después el sábado a la Misa que se celebra en la parroquia del padre Matteo La Grua. Disociaciones y oraciones, largas horas de sufrimiento y breves momentos de curación.

Sé que mi única arma es la oración. También lo saben los miembros de mi familia que deciden cambiar de un modo radical su vida de fe.

Todos comenzamos a confesarnos y a rezar con mayor convicción. Por mi parte, la mayor parte del tiempo no puedo más que escuchar cómo rezan por mí, pero el cambio de los que me rodean es algo decisivo para afrontar mi situación. No tenemos nada a lo que aferrarnos si no es el Señor. Somos conscientes de que debemos profundizar en nuestra unión con Él, de lo contrario, nada será posible. Él es nuestro refugio seguro: que vengan los demonios, dejadlos avanzar. Sufrimos, pero con Él nada tememos.

Tratamos de darle las gracias constantemente, agradecerle todo, incluso en medio de sufrimientos extremos. El nombre de Jesús viene a menudo a nuestros labios.

En la galería de arte tratamos de atender a los clientes de una nueva manera. Salimos al encuentro de las necesidades de cada uno. Hemos entendido que tenemos que dar un giro y para ello tiene que cambiar toda nuestra vida.

Transcurro gran parte del día en casa tendido en el suelo,

boca arriba. Horas de disociación total. A veces tengo la fuerza de cien bestias salvajes. Otras veces estoy inerme, como muerto.

Si me muevo, asumo posiciones antinaturales. Parezco un animal.

Me veo arrojado al lado de la nevera, con las piernas al aire, como una marioneta abandonada allí sin ningún motivo.

Daniela y mi madre me ayudan y rezan por mí. Yo soy capaz de mirarlas con ojos de odio puro, cristalino. Como si dentro de mis pupilas se concentrara el origen del odio, un odio ancestral.

En esos momentos, mi cuello se hincha de una manera exagerada, como si fuera a reventar, y luego, de golpe, se afloja. Los labios se retraen hacia dentro y se me pueden ver todos los dientes, hasta las muelas del juicio.

Si hablo, emito chillidos obsesivos y penetrantes. Gritos capaces de revolver las entrañas de cualquiera que esté delante y que atraviesan las paredes de la casa.

Daniela, sin embargo, pronto aprende a recitar unas simples oraciones de liberación que me consuelan y me ayudan mucho.

—Ayudadme, santos ángeles del cielo —dice—. Venid a mi casa.

—No, no tienes que decir eso —responden los espíritus malignos dentro de mí—. ¡Nos molesta, nos molesta!

Pero Daniela no se da por vencida:

—Jesús, con tu sangre desciende sobre mi marido.

Y, a continuación, una sencilla invocación repetida durante horas:

—Jesús. Jesús. Jesús.

Los espíritus:

—¡Odiamos ese nombre! ¡Deja de hacer eso!

Jesús viene y actúa y lentamente va alejando las presencias oscuras.

Pero luego vuelven. Y vuelvo a llenarme de sentimientos de odio. Parece una carrera de obstáculos. Pero hay una idea

que claramente va abriéndose camino en mi conciencia:

—Daniela, no sé por qué, pero a ti no puedo hacerte nada malo.

¿Por qué Daniela es tan fuerte? Pronto lo descubriré. Es por el sacramento del matrimonio.

Y de repente se presenta un diablo tremendo.

—Soy Asmodeo —dice—. Y estoy aquí para destruir vuestro matrimonio.

Asmodeo. Cuando salgo de la disociación, abro el Antiguo Testamento y leo el libro de Tobías: Asmodeo es el demonio que mató a los siete maridos de Sara, hija de Ragüel de Ecbátana, en Media, sin que ninguno de ellos hubiera podido yacer con ella. Asmodeo es el colaborador más poderoso de Satanás, su mano derecha. Su tarea es hacer pedazos y destrozar los matrimonios celebrados en Cristo. Romper el matrimonio, lograr la separación de la pareja, el divorcio. También lo intenta conmigo, sin éxito.

Pero la batalla sigue resultando dificilísima. Me encuentro en una encrucijada. O me detengo y no rezo más o sigo adelante y acepto las oraciones y los sufrimientos infinitos, incluso físicos, que estas me provocan. Las oraciones son como operaciones quirúrgicas a cielo abierto. Quitan el mal de raíz, pero esta eliminación tiene un precio: un tremendo sufrimiento físico.

—Ahora, el agua en tu balde es toda negra —me dice el hermano Ferro—. Está toda removida, es el momento de purificarla a fondo. Y el agua fétida no volverá más.

Las oraciones hostigan a los demonios. Se habían acostumbrado a la calidez de mi cuerpo. Durante su letargo, han dormido tranquilamente durante años. Sin embargo, ahora los he despertado. Les molesto. Están enfurecidos.

Daniela reza, y con ella a menudo también reza sobre mí el hermano Ferro. Son estas oraciones las que, después de un tiempo, obligan a los espíritus malignos a salir y a revelar su propio nombre y sobre todo la razón de su presencia en mí, incluso si por el momento no entiendo nada.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntan—. A nosotros nos han enviado aquí. ¿Qué culpa tenemos? Hemos venido porque hay pactos de sangre. Hemos entrado con engaño. Con engaño. Y vamos a dejártelo claro: estamos hablando de satanismo, no de otra cosa.

¿Satanismo? ¿Y si fuera verdad?

—Podría ser una pieza importante de un gran rompecabezas —dice el hermano Ferro.

6. Las disociaciones se vuelven violentas

No muy lejos de la iglesia de la Noce se encuentra el centro «Jesús liberador». Allí, en un espacio de unos doce mil metros cuadrados, casi en el límite de la ciudad (en la Via al Fondo Margifaraci), se celebran todos los sábados una Eucaristía y se ora por la curación de enfermedades corporales y espirituales.

El padre Matteo La Grua es el fundador de este centro, vinculado al movimiento de la «Renovación en el Espíritu». Siempre participa en la Eucaristía, aunque a veces no sea él quien la celebra.

Un sábado, el hermano Ferro nos acompaña a mí, a mi mujer y a mi madre. Me presenta a los encargados del centro, que son laicos y sacerdotes. Me acogen fraternalmente. Ya han sido informados de mi posesión y no se sorprenden en exceso. Están preparados para este tipo de situaciones. Saben que otras personas, antes que yo, han participado de esta misa con la esperanza de mejorar su estado. Y también saben que, a pesar de todo, habrá otros que seguirán mis pasos.

Entro en el recinto en el que va a celebrarse la misa y comienzo a agitarme. Me ayudan a sentarme en primera fila, un poco a un lado.

El sacerdote que va a celebrar la misa sale en procesión de la sacristía, seguido de otros sacerdotes y diáconos y precedido por los monaguillos. Uno de ellos lleva el incensario en la mano. Dentro arde el incienso.

Aunque aún está lejos, puedo sentirlo en el aire: el incienso, su olor, un veneno para mi nariz.

—¡Me sofoco, me sofoco! —grito.

Mi mujer y el hermano Ferro intentan calmarme, pero es inútil.

—¡No puedo respirar!

El sacerdote termina la procesión y, como si no pasara nada, comienza la celebración. Incluso ni los cantores, a unos pocos pasos de mí, prestan atención a mis gestos y entonan sus melodías.

El hermano Ferro intenta hablarme:

—En el nombre de Jesús —me dice—, permanece en silencio.

Y dejo de gritar, pero continuaré agitado todo el rato.

Al llegar a la primera lectura vuelvo a gritar. Y de igual modo durante el Evangelio.

—¡No quiero escuchar estas palabras! ¡No me gustan! ¡Oídme bien todos! ¡Voy a cantar yo una canción!

Las lecturas me producen un dolor físico terrible. Me causan un dolor de cabeza muy violento, un peso enorme que irá desapareciendo solo al cabo de unas horas.

Todos se dan cuenta de que mi caso es particularmente grave. Molesto mucho durante la celebración y solo al final vuelvo a mí mismo. Me disculpo con todos. Y Daniela hace lo mismo.

—No se preocupe —nos dicen los responsables del centro —. Ven siempre que quieras, para tu caso es fundamental un grupo de oración que te sostenga.

Natale, uno de ellos, le pide a la gente que vaya saliendo.

—¡Vamos, vamos, esto no es un espectáculo!

Me dan un poco de agua y me acompañan hasta el coche. De regreso a Alcamo, voy convencido de una cosa: debo, en la medida de lo posible, venir todos los sábados. Desde entonces, volveré a pasar en muchas ocasiones por las mismas experiencias que he vivido hoy. Las molestias que me provoca el incienso, la aversión a las lecturas... se convertirá en la película que me veré obligado a protagonizar cada sábado. Y así durante meses y meses.

He de volver, pero ellos, los demonios, ¿qué van a hacer para evitarlo?

Un sábado por la mañana, Daniela me pide que me levante.

—Levántate, vamos, tenemos que ir a Palermo.

En veinte minutos estoy de pie, pero no puedo vestirme. Estoy tan cansado que tengo que volver a meterme en la cama. Tengo sueño, mucho sueño.

Al cabo de unos instantes, boca arriba, me quedo rígido y paralizado, como si estuviera muerto.

Daniela me llama, pero no puedo responderle. Le escucho en la distancia, a años luz.

Ella se da cuenta de que algo va mal y decide intervenir.

Sin decir nada, me viste, como si vistiera a un cadáver antes de su funeral. Yo no colaboro, soy un pedazo de hielo, inmóvil, rígido.

Una vez vestido, me arrastra hacia la entrada. ¿Dónde encuentra ella tanta fuerza? Realmente no lo sé.

Las escaleras para salir de casa son empinadas. Pero Daniela no se da por vencida. Me carga sobre su propia espalda, como un saco de patatas, y me lleva abajo. Me deja sentado en el último escalón, cerca de la puerta. Sale, arranca el coche, lo acerca a la entrada y lo deja encendido. Sin que nos vea nadie, me carga en el coche y comienza a conducir.

Me giro hacia ella. No soy yo quien habla, sino alguien dentro de mí, que está particularmente enfadado:

—Daniela, ¿cómo has podido traerme hasta aquí?

Al oír esas palabras es cuando ella misma se da cuenta de lo que ha hecho. No tiene explicación. ¿Cómo lo ha conseguido? Realmente no sabe. No es que sea poca cosa, pero tampoco es una culturista.

—¡Daniela, lo has arruinado todo! ¿Qué crees? ¿Que quiero ir a Palermo contigo?

Pero Daniela no responde nada y sigue conduciendo. Tiene una fuerza inusual. Es como si entre nosotros dos hubiese un muro impenetrable. Me gustaría tirarme sobre

ella. Pero no puedo alcanzarla. No puedo detenerla. Lo único que puedo hacer es quedarme sentado donde estoy.

Una vez dentro del centro «Jesús liberador» entiendo el porqué de toda mi resistencia. Justamente ese día, durante la misa, voy a conocer a alguien especial. Satanás lo sabe. Por eso ha tratado de detenerme.

La celebración se inicia con la procesión habitual. El sacerdote camina bendiciendo a todos con agua bendita.

Un trozo de cristal. Cuando una gota de agua cae sobre mí, siento como si me lanzaran un gran trozo de cristal, enorme y pesado.

Doy un salto hacia atrás, cayendo en la segunda fila de sillas. La gente apenas consigue apartarse.

Me ayudan a levantarme, un poco magullado, un poco antes de que el sacerdote pase a mi lado.

No quiero verlo. Así que me tiro al suelo. Quiero apartarme de su camino, pero no puedo. Me veo obligado a girar la cabeza hacia él. Es más fuerte que yo. Tira de mí sin que pueda resistirme.

Y frente a mí ya no hay un sacerdote.

¿Quién es este?

Alzo los ojos y le reconozco.

Es Jesucristo. Está vestido con una túnica blanca resplandeciente hasta los pies.

Se detiene, levanta un brazo y me señala con el índice.

Sé muy bien que no me señala a mí, sino a Satanás en mi interior.

Y dice con autoridad:

—Para el día de hoy yo te detengo.

Todo tiene lugar con la única fuerza de la mirada y del pensamiento. No oigo a Jesús pronunciando estas palabras, pero sé con certeza lo que dice.

Detrás de Jesús van sus discípulos que siguen la procesión.

Tan pronto como el Señor termina de comunicar sus palabras, me tambaleo un poco y de inmediato quedo liberado completamente de todo espíritu maligno. Estoy

completamente libre y vuelvo a ver al sacerdote ya en el altar.

Me siento en la silla, como si hubiera recibido cien, mil palos. Y en silencio, participo de la Eucaristía con una tranquilidad que había perdido hace ya mucho tiempo.

Al acabar la misa, le cuento a mi madre todo lo que me ha pasado. Me dice:

—El sacerdote no se ha detenido en ningún momento a tu lado. Más bien, ha pasado bastante lejos.

«Obviamente, hemos asistido a dos escenas diferentes», pienso.

Lo sé con certeza porque lo he visto con mis propios ojos: Jesús ha derrotado a Satanás. Por este motivo, cada vez que cada sábado llega el momento de recibir la Eucaristía, Satanás se desata violentamente dentro de mí. Y contenerlo es una tarea extremadamente difícil.

El sacerdote está al pie del altar.

—El cuerpo de Cristo —dice.

—Amén —responden los que comulgan.

Yo sigo en la fila. Normalmente, soy el último a quien acompañan hasta el altar. El último porque me resisto de modo exagerado: es mejor que no haya nadie cerca, ya que hay un gran riesgo de que me comporte de modo impredecible.

Solo se encuentran a mi lado Daniela y tres, a veces cuatro, ayudantes del padre Matteo. Tienen que sujetarme con fuerza; cuanto más me acerco al altar, más furioso me vuelvo.

Apenas a un paso del sacerdote, avanzo los pies, pero hecho el cuerpo hacia atrás, hasta caerme al suelo de espaldas.

—El cuerpo de Cristo —dice el sacerdote.

Pero sigo en el suelo con la boca cerrada.

—No. No lo quiero —digo—. ¡Me pone enfermo! ¡Apesta! ¡No tengo hambre!

Pero el sacerdote sabe lo que hace. Espera el momento adecuado, con la hostia consagrada en su mano. Y tan pronto

como digo «¡no!», aprovecha y, como una ficha de una máquina, inserta la forma en mi boca. Y dice:

—¡Trágatela, en el nombre de Cristo!

De alguna manera me veo forzado a tragarla. Pero si trato de ayudarme con la lengua (a pesar de los demonios, yo intento colaborar y me esfuerzo por mover la lengua), parece que me ahogo.

Los demonios atacan la tráquea. Me doy cuenta de que, si consiguiera ponerme las manos alrededor del cuello, me sería de gran ayuda, los demonios se irían, pero no puedo. En cuanto me llevo una mano al cuello, uno de los ayudantes del padre Matteo comienza a gritar:

—¡Está intentando ahogarse!

Y me sujetan las manos. No puedo explicarles la verdad, no puedo decirles que soy yo, Francesco, y no los demonios, quien se lleva las manos al cuello.

Sigo en el suelo, con las piernas y los brazos separados, bien sujetos por los ayudantes. Pero tengo una fuerza fuera de lo común.

De hecho, consigo dar un tirón tan fuerte con las piernas y los brazos que los cuatro asistentes se caen al suelo incrédulos.

—¡Ah, ah, ah!

El demonio se ríe a sus espaldas.

Al final, con gran dificultad, me las arreglo para tragar la forma y poco a poco voy tranquilizándome.

Al final de la celebración, Natale vuelve a acercarse:

—Natale, estoy cansado, perdóname —le digo.

Pero él me explica con mucho cariño que no hay nada que perdonar y me abraza. Su presencia es muy importante para mí... Pero yo estoy algo avergonzado por todo el jaleo que monto, especialmente cuando durante la misa toma el control un espíritu bastante burlón.

Estamos en la fila de la comunión. El espíritu burlón me atrapa y dice: «Ahora mando yo».

Tengo la fuerza de un soldado en la batalla. Me libero de

las garras de Daniela y empiezo a caminar hacia atrás. Me dirijo al pasillo lateral. Cuando estoy a punto de chocar contra una hilera de sillas, sin darme la vuelta me dirijo hacia otro pasillo. Luego a un tercero hasta que, siempre sin mirar atrás, me vuelvo a mi sitio y me siento allí perfectamente, en medio del asombro de todos los presentes. Si estuviéramos en el circo, me habrían aplaudido como a un funambulista extraordinario.

En otra ocasión, los ayudantes del padre Matteo creen que pueden controlarme. Me echan al suelo y me inmovilizan. Todos los fieles que participan en la Eucaristía ya han recibido la comunión, solo falto yo.

No sé cómo, pero consigo quitarme un zapato, y con el pie lo lanzo hacia atrás. La gente lo ve dando vueltas en el aire.

—Oooh... —dicen asombrados.

Y el zapato va directamente, afortunadamente sin mayores consecuencias, a la cabeza de una persona que se encuentra en el fondo de la sala.

Este demonio burlón y bromista despliega mil maneras distintas para capturar la atención de la gente y distraerlas de la misa. Al acabar la Eucaristía, suele haber un momento de recogimiento como acción de gracias. Daniela y los ayudantes se encuentran exhaustos. Han tenido que pelear conmigo a lo largo de toda la celebración, pero ahora parece que estoy tranquilo.

Sin embargo, de pronto ven cómo me voy y me arrastro debajo del altar. Y delante de todos, levanto las piernas al aire, como si quisiera imitar a alguien montando en bicicleta.

Ahora soy una serpiente, cuya cabeza son mis pies. En el aire, los pies giran a derecha e izquierda, como si se hubieran convertido en un periscopio que inspecciona la superficie del mar.

Inspecciono el salón donde se ha celebrado la misa. Los ojos de todo el mundo están clavados en mí, hipnotizados por mis movimientos, es imposible concentrarse en la acción de gracias.

Al acabar, se acerca Ettore, un banquero jubilado y una persona muy distinguida, y me acompaña hasta el automóvil. Es algo que hará en muchas ocasiones, de un modo muy discreto y siempre mostrando una gran compasión hacia mí.

Ettore, con su amabilidad —al igual que muchas otras personas del centro—, representa para mí la misericordia de Dios; es una persona a la que nunca olvidaré.

Como tampoco me olvidaré de Giovanna, una de las ayudantes principales del padre Matteo.

Un sábado, mientras hago todo tipo de cosas y locuras durante la misa, Giovanna se encuentra a mi lado en el suelo. En silencio, aceptando también recibir mis escupitajos.

Al final de la misa se dirige a Daniela y a mí:

—Id a la iglesia de la Noce y pedid una cita para el martes, que es cuando el padre Matteo recibe solo a los casos graves.

Volvemos a casa y me siento bien, muy bien. Al día siguiente, increíblemente, todavía estoy en forma y le digo a Daniela:

—Vamos a dar un paseo por Palermo.

No se lo cree. Se pone elegante, con gafas de sol.

Yo también me visto bien, con chaqueta y corbata: quiero recordarle que, a pesar de todo, sigo siendo su marido, un marido normal.

Hacemos algunas compras por el centro. Daniela está radiante.

—Estás estupendo —me dice. Casi no se me reconoce.

Efectivamente, llevo demasiados días muy estropeado. Ahora no, ahora parece que vuelvo a ser yo mismo.

Al llegar la tarde nos subimos al coche. Para salir de Palermo pasamos por casualidad cerca de la iglesia de Noce y le digo a Daniela:

—¿Por qué no paramos un momento y pedimos una cita para este martes con el padre Matteo?

A Daniela le parece una buena idea.

Tocamos al timbre y al cabo de un minuto se abre la puerta.

—¡Giovanna!

Pero no nos reconoce.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —nos pregunta.

—Giovanna, soy Francesco, ¿no me reconoces?

—¿Francesco quién?

—¡Soy Francesco, he venido para pedir una cita para el martes!

—¿Una cita el martes? Debe haber un malentendido. El padre Matteo recibe solo a los casos graves los martes.

—¡Giovanna, si ayer mismo me dijiste que tenía que pedir una cita con el padre Matteo para el martes!

—¿Yo? Imposible. ¡No te conozco!

—¡Pero cómo, soy Francesco! Ayer me mantuviste tumbado en el suelo durante horas… ¡Y ella es Daniela, mi esposa!

—Él, él… tú, tú… ¿eres realmente Francesco, el de ayer?

—¡Sí, soy yo!

No puede creérselo. No nos reconoce. Pero me confirma la cita:

—Sí, por supuesto, tienes que venir el martes.

Y empieza a suspirar y acariciarme la cabeza.

—Francesco, Francesco… qué buena pinta tienes, perdona por no reconocerte…

Parece increíble, pero es así: al principio no me había reconocido.

¿Hasta tal punto quedo tan desfigurado cuando ellos, los demonios, me poseen?

Los días pasan, y también las semanas y los meses, y ellos, los demonios, siempre están activos, en primera línea, con las espadas desenvainadas para la batalla. Entran y salen de mi cuerpo sin parar. Por ahora, los momentos de disociación llevan claramente ventaja sobre los de libertad.

Estoy enfermo, muy mal.

El padre Matteo me dijo que acudiera a fray Benigno, un exorcista de Palermo, pero él no quiere recibirme: desconfía de las personas que dicen que están poseídas. Siempre trata

de minimizar los problemas, de no ver, en resumen, al demonio detrás de cada malestar.

Junto a fray Benigno hay siempre un equipo médico, listo para ayudar a quienes, y son muchos según piensa el fraile, necesitan ayuda, pero no la de un exorcista.

Creo que fray Benigno hace bien en ser cauteloso. La mayoría de los casos que se presentan no suele tratarse de verdadera posesión. Pero él no puede saber que, en mi caso, la posesión es real. Veintisiete legiones del ejército del mal salen y entran en mi cuerpo a su antojo. Y tengo que hacer lo que pueda para luchar contra ellas.

El 20 de enero de 2003 el hermano Ferro tiene una idea.

—Francesco —me dice—, tengo que ir a ver a fray Benigno para hablar con él sobre algunas cosas, ¿por qué no me acompañas? Así, tal vez podamos contarle tu caso.

El padre Benigno es un fraile menor renovado. Sacerdote, exorcista, es una autoridad en el sector. Ha vivido durante años con sus hermanos en un vagón de ferrocarril abandonado en el distrito de Baida. Vive en un estado de pobreza extrema, unido a la roca de su vida, la fe en Cristo.

Un camino angosto y largo conduce hasta una pequeña cancela blanca. Diez metros más allá hay una pequeña casa con una ventana que tiene los cristales muy gruesos. Cuando recibe a alguien, cierra puertas y ventanas y mantiene alejados a todos. No quiere que le escuchen. No quiere que nadie escuche los gritos de los poseídos.

Con la barba blanca y larga, completamente calvo, fray Benigno recuerda por su fisonomía al Padre Pío de Pietrelcina. Viene a nuestro encuentro sonriendo, tranquilo, callado, como es su estilo.

Es el hermano Ferro quien rompe el hielo.

—Fray Benigno, he traído a este joven conmigo. Su nombre es Francesco. Ya habló con él por teléfono... Fue el padre Matteo quien le dijo que le llamara...

—Pero recibo a mucha gente, muchos casos difíciles, no puedo...

—En mi opinión, es un caso difícil, fray Benigno.

En el medio de la habitación hay una silla. A sus pies, un colchón rojo preparado para los poseídos que son arrojados al suelo durante los exorcismos.

Fray Benigno, un poco perplejo, me hace sentar. El hermano Ferro, desde detrás de la silla, intenta explicarle mi caso.

—Sabes, aquí tenemos un hueso duro de roer...

Pero fray Benigno no parece poner demasiada atención a sus palabras. Y comienza:

—Arcángel san Miguel...

Basta esta invocación inicial para quedarme en completa disociación.

—¡Benigno, bastardo! ¡Fuera! ¿También estás aquí? ¿Crees en estas cosas? —grito salvajemente.

Pasan unos minutos y fray Benigno decide cerrar la oración. Dice:

—Se necesita una cita más larga.

No tiene tiempo, fuera hay otras personas esperando.

El hermano Ferro insiste. Fray Benigno abre su agenda y dice:

—Está bien, venid el 28 de enero a las nueve y media. Os espero.

Sin embargo, yo aún sigo en disociación. De hecho, para volver a quedar libre necesito que la oración continúe. Entonces le dice al hermano Ferro:

—Yo cuidaré de él. Me lo llevo a mi casa.

Desde ese momento, y durante años, fray Benigno ya no se relacionará conmigo de un modo normal. Siempre nos encontraremos cuando yo me encuentre en estado de posesión. Antes de verlo, siempre entraré en un estado de fuerte opresión y cuando lo deje nunca seré totalmente libre.

Un doble canal. Al final de cada exorcismo, es como si mi mente y mi cuerpo debieran atravesar simultáneamente dos canales, el de la luz y el de las tinieblas. Sustancialmente, durante largos minutos me quedo en parte poseído en parte

libre. Estoy un poco poseído y un poco liberado.

Cuando dejo a fray Benigno lo saludo cordialmente, pero a menudo también le insulto:

—¡Fray Benigno, no puedo ni verte! —grito.

Y él entiende y se ríe.

El regreso a casa es una combinación de gritos y paz. A menudo, Daniela conduce por una carretera de montaña más rápido que por la autopista.

Solemos detenernos de vez en cuando en un cruce donde, protegidas por un gran árbol, hay dos tiendas: una panadería y una frutería. Yo siempre tengo mucha hambre. Después de los exorcismos tengo que recuperar energías porque es como si no hubiera comido durante años.

La dueña de la panadería ha llegado a reconocernos.

Un día convenzo a Daniela para que me deje entrar con ella. Acabo de terminar un exorcismo con fray Benigno y, aunque no estoy totalmente liberado, no me muestro agresivo.

Daniela pide un focaccia y paninis. Yo veo las patatas fritas y las latas de Nutella y, como un niño pequeño, le pregunto a Daniela:

—¿Me compras las patatas fritas? Venga, por favor, cómprame las patatas.

Y ella:

—¡No, déjalas en su sitio!

—¿Y la Nutella? ¿Me la compras?

—No, la Nutella no. Por ahora tenemos suficiente.

La dueña de la tienda no sabe qué decir. Pero luego interviene para ayudar a Daniela. Y me dice:

—¿No sabes que las patatas no son buenas y que la Nutella no te viene bien? Vamos, deja todo en su sitio.

Lo sé, piensa que estoy loco. La dueña se vuelve hacia Daniela y le pregunta:

—¿Es tu hermano?

Y Daniela, después de un momento de silencio, le responde:

—No, es mi marido.

Hielo. El aire de la tienda se congela.

Salimos y al acercarnos al coche me doy la vuelta. Veo a la dependienta sobre el mostrador. Se inclina hacia adelante para mirarnos a través de la puerta. No sabe qué decir, no puede darse ninguna explicación... «Es su marido», piensa. «¿Cómo es posible?».

Pero ahora así son las cosas. Muchos, muchos momentos de disociación y algunos momentos de lucidez. E incluso después de los exorcismos durante largas temporadas, paso mucho tiempo esperando la liberación total. Y los demonios siempre ahí, al acecho. Listos para golpearme en los momentos más inoportunos.

Un domingo por la noche mis suegros nos invitan a cenar en su casa. No se han interesado apenas por mi posesión, básicamente porque no la creen posible.

Nos sentamos a la mesa. Al cabo de unos minutos miro a Daniela.

—La cabeza me está dando vueltas —le digo.

Empiezo a temblar. Daniela ya se ha dado cuenta de a qué tiene que enfrentarse. De hecho, durante días, un demonio particularmente irritante hace estragos dentro de mí. Un demonio que ha dicho que su nombre era Ilor. Daniela sabe su nombre, pero aún no ha encontrado el «antídoto» contra él.

—Vamos a comenzar a rezar todos —dice.

Pero el espíritu no se va. Tirado por el suelo, grito y me agito ante los ojos asustados y asombrados de mis suegros.

Daniela no sabe cómo solucionar la situación. Se hace muy tarde pero el espíritu no muestra signos de fatiga. En un momento dado, exasperada, sin saber que no se le permite hacerlo porque no es un sacerdote exorcista, grita:

—¡Ilor, ya basta!

Para el demonio es un comando imperioso. Inesperadamente, Ilor se aquieta. Hace un saludo militar. Se pone en posición de firmes y solo dice:

—¡A sus órdenes!

Daniela intuye que ha encontrado el «antídoto». Y presiona:

—¡Ahora cállate!

Ilor es una esfinge. Callado, tiembla ante las palabras de Daniela. Parece un soldado de juguete, una marioneta en manos de su amo.

—¡Y ahora vámonos, ponte el abrigo!

Delante de mi esposa permito que me pongan el abrigo, obediente como un niño al que su madre tiene mucho que perdonar. Y luego:

—¡Sígueme, salgamos! ¡Vamos, baja las escaleras muy lentamente!

Ilor obedece. Y baja las escaleras.

Mis suegros viven a solo cuatrocientos metros de nuestra casa. Caminamos a pie en silencio. Daniela me guía:

—Camina hasta el cruce siempre en silencio. ¡Y luego para!

Obedece. En el cruce, me detengo. No pasa ningún coche, así que cruzamos.

Daniela está impactada, pero continúa ordenando como un general a su asustado subordinado.

Esta es la táctica correcta con Ilor: darle órdenes como si fuera un subordinado.

—¡Vamos, quítate el abrigo!

Me pone el pijama:

—¡Y ahora, a hacer pipí!

La miro asustada. Entro en el baño. Apoyo una mano en la pared y comienzo a orinar.

Doy un leve suspiro de liberación.

Lo percibo claramente: mientras orino, Ilor me está abandonando.

—Daniela, soy Francesco, soy yo —le digo.

Me abraza conmovida. Sin haberlo previsto se ha convertido en mi exorcista:

—Francesco, no sé cómo, pero, con la ayuda del Señor, lo he hecho —me dice.

Pero Ilor volverá otra vez. Para luchar contra él, así como

contra otros demonios, necesito exorcistas preparados. Aunque no todos en la diócesis entienden mi sufrimiento.

—Acude a tu obispo y pídele que te asigne un exorcista —me repite varias veces fray Benigno.

—¡Fray Benigno, no me creen! No hay exorcistas en mi diócesis —le digo.

Pero él insiste. Él preferiría que me recibiera un exorcista de mi diócesis. Considera que es lo más justo, la solución canónicamente más correcta. Por supuesto, mientras esperamos, continúa exorcizándome, como un buen pastor que decide acoger a una oveja que está fuera de su rebaño.

La ciudad de Alcamo depende de la diócesis de Trapani. El 12 de febrero de 2003, el obispo, Francesco Micciché, inicia una visita pastoral en Alcamo que lo traerá a nuestra ciudad todos los días hasta el 12 de abril siguiente.

Durante esos dos meses decide celebrar todas las mañanas, a las 8.30, una misa en la basílica principal de la zona con todos los sacerdotes, y pide que durante ese tiempo se suspendan todas las celebraciones en las parroquias de la ciudad.

Incluso las monjas de clausura deben limitarse a una misa privada a la que no puede asistir nadie más que ellas. Todos los días, después de la misa de la basílica de las 8.30, el obispo visita una parroquia: la primera es la de San Giuseppe, cerca de mi casa.

Ya que no puedo asistir a misa en el monasterio, decido ir con Daniela a la basílica. Sé que es arriesgado, durante la misa puedo de repente entrar en posesión, pero no tengo alternativa: la Eucaristía es muy importante en mi batalla. No puedo y no quiero renunciar a ella.

Y luego pienso en lo que fray Benigno me dice: «Habla de tu situación con tu obispo». Quién sabe, quizá si voy a esta misa, podré hablar con él.

Son días terribles, básicamente me estoy acercando al pico de mis estados disociativos.

El 12 de febrero, a las 8.30, llego a la basílica cansado y

agotado.

Daniela me ayuda a sentarme en la última fila, temerosa de que de repente comience a ponerme furioso.

Durante la misa resisto sentado, en silencio, en mi lugar. Pero no estoy bien. Al final de la celebración dejo que todos salgan antes que yo: tengo la cabeza demasiado pesada como para levantarme.

En un momento determinado veo al obispo que con don Enzo, el párroco de la iglesia de San Giuseppe, recorre la nave de la izquierda, enfrente de mí. Va por el mismo pasillo que yo, mucho tiempo antes, había recorrido para ir a la sacristía y pedir el certificado de bautismo que necesitaba para confirmarme. Entonces, mientras andaba por él, sentí una aversión violenta por lo sagrado. Y ahora, al observar al obispo que recorre en sentido contrario los que fueron mis pasos, siento la misma aversión.

El obispo, su figura, me molesta mucho. Externamente puedo manejar la situación, pero interiormente no: tiemblo de miedo, tiemblo de irritación.

Don Enzo y el obispo se están acercando. Me miran y miran a Daniela.

El sacerdote sabe quiénes somos, él nos conoce. De hecho, fue él quien nos invitó al retiro espiritual en las montañas de Catania donde conocimos al hermano Ferro. Pero tantos días de disociación, horas y horas pasadas en medio de un delirio total, nos han convertido a ambos en harapos. Más que una joven pareja de esposos, parecemos dos desesperados. Y creo que no damos una buena impresión.

El obispo se detiene ante nosotros. Daniela da un paso adelante y, directamente, le dice:

—Su excelencia, mi marido se enfrenta a espíritus malignos.

Silencio. El obispo no sabe qué decir. Se acerca a mí, por la derecha, y me pregunta:

—¿Estás contento con esta misa?

La pregunta me irrita. Y le respondo con una rima, en un

estricto dialecto siciliano:

—¡No me ha gustado tanto cura aquí juntado!

Y él, mirando a Daniela, pregunta:

—¿Cómo afrontáis el problema?

—Rezamos a los santos y ellos nos ayudan: san Miguel Arcángel, el Padre Pío...

El obispo no responde. Observa a Daniela, quizá pensando: «Está loca».

Y luego, con la mano derecha cerca del pecho, imparte una rápida y casi imperceptible bendición y dice:

—Muy bien, lo evaluaremos.

Y se va sin darnos demasiadas esperanzas.

Sale de la basílica, pero sin conocer el poder que había tenido sobre mí su gesto, esa rápida bendición.

Una cuchilla afilada se ha hundido en mis huesos primero verticalmente y luego horizontalmente. Ha dividido mi cuerpo en cuatro partes, como una cruz. Esa bendición me ha herido profundamente e inmediatamente me ha liberado.

Ahora soy yo mismo otra vez. Incluso puedo levantarme y caminar yo solo hacia el coche.

Estoy mejor, aunque no puedo saber todavía que, una vez en casa, la tormenta volverá a rugir violentamente.

Suena el telefonillo. De modo inesperado, una amiga de la familia quiere ofrecernos unos productos para la casa que vende de puerta en puerta.

Le decimos que entre y se ponga cómoda. Daniela intenta ser hospitalaria, y con alegría le ofrece un café. Yo también me muestro amable. Estoy discretamente bien.

Es lunes por la mañana, la tienda está cerrada, no tenemos prisa.

Pero de repente todo se precipita. Estoy mal pero no tengo tiempo para retirarme a mi habitación. Y allí, frente a esta amiga, me caigo al suelo como un pesado saco de patatas.

Daniela intenta tranquilizar a su amiga:

—A veces tiene mareos, nada de lo que preocuparse... —le dice.

Pero voy poniéndome cada vez más furioso. Ruedo por el suelo, en medio de violentas convulsiones. Y luego los habituales sonidos de animales, tan verosímiles como aterradores.

Y, a continuación, las amenazas:

—¡Os mataré, bastardos, fuera de aquí! —grito.

La amiga de Daniela está, literalmente, aterrorizada.

—¿Qué está pasando?

También en esta ocasión Daniela no puede evitar ser directa:

—No te preocupes —dice—. Sufre una posesión diabólica.

La señora está sentada a la mesa en la cocina. Inmóvil, no sabe qué hacer. Frente a ella tiene un animal, capaz de hacer piruetas increíbles.

Ahora apoyo sobre el suelo solo la cabeza y el cuello. El torso y las piernas giran en el aire como una serpiente bailando al sonido de algún encantador.

Y luego empiezo a hablar, revelando hechos de la vida de esta amiga que no puedo saber. Tanto es así que me mira aún más asustada e incapaz de reaccionar.

Le gustaría irse, pero no sabe cómo. Su esposo la espera en el coche, y como deben haber pasado ya unas dos horas, la llama preocupada. Daniela entiende la situación y le indica que se vaya. Casi la empuja fuera de casa. Para ella es una liberación: baja rápidamente las escaleras y desaparece.

Solo tras un largo tiempo voy regresando lentamente a mí mismo.

Pero una vez más, la bonanza es solo aparente.

—¡Estoy aquí, no me he ido, te destruiré!

Son las cuatro de la tarde cuando mi voz rompe la calma que durante unos minutos había invadido nuestro hogar.

Y Daniela, a pesar de la fatiga extrema, se ve obligada a regresar a la batalla.

No hay tregua.

Decide llamar a don Enzo. Sabe que el obispo está con él, espera su ayuda.

—Don Enzo, mi esposo aún no se ha recuperado —le dice.

—Ahora hablo con el obispo —responde el sacerdote—. Te devuelvo la llamada en media hora.

Daniela está radiante. Cree que el obispo nos ayudará, pues, por el hecho de ser obispo, es también exorcista.

Pero sin ser yo el que habla, sale esta frase de mi boca:

—Nunca tendrás la ayuda del obispo. Yo lo evitaré.

Daniela no cree en estas palabras y espera con confianza la llamada telefónica. Pasa media hora y el teléfono suena puntualmente. Mientras tanto, yo estoy un poco mejor y escucho con esperanza la conversación.

—He hablado con el obispo —explica don Enzo a Daniela—. Dice que entiende muy bien lo que estás viviendo. Pero desafortunadamente no puede ir donde vosotros por compromisos pastorales previamente asumidos...

—Pero ¿no puede venir otro día...? Francesco está realmente mal...

—¿No puedes darle alguna medicina?

Y Daniela se molesta:

—Don Enzo, Francesco no tolera los fármacos, dígame qué medicina debe tomar.

La conversación termina así.

Y apenas cuelga, Satanás se ríe frenéticamente y en tono despectivo, como un signo de victoria:

—¡Lo he conseguido!

Y Daniela, con el corazón roto, dice:

—Satanás tiene razón. No creo que el obispo pueda ayudarnos.

No sé por qué, pero en ese momento, y también después, siento un gran deseo de orar por él. Tranquilizo a Daniela. Le digo que no se preocupe y, sobre todo, que ofrezca conmigo sus sufrimientos por nuestro obispo y por todas las almas del purgatorio.

Ya son las nueve de la noche y estamos en la cama. Tomamos un libro de oraciones y comenzamos a recitar una novena al Espíritu Santo con estas intenciones.

Pero el libro me salta de las manos. No puedo rezar. Daniela me mira con asombro y me dice:

—Déjalo, ya me ocupo yo.

Comienza a recitar la oración, pero a la tercera palabra pierde por completo el uso de la voz. Me mira sin lograr decir nada.

Entiendo que debo actuar. Me levanto de la cama y tomo un poco de agua bendita.

—Bebe esta agua y haz una señal de la cruz con fe —le digo.

Al beber, siente como una nuez que le baja de la tráquea al estómago. Y le vuelve la voz, y puede recitar toda la oración.

Pero la tregua es temporal. Nuestra situación no cambia. La disociación es de hecho continua. Repetida. Y también violenta.

7. Los cinco días y las cuatro noches del diablo

Todo va evolucionando a peor. Del 26 de febrero al 2 de marzo de 2003 vivo mi propia pasión: son los cinco días y las cuatro noches del diablo, el periodo más terrible y oscuro de toda mi existencia.

No tengo descanso, en ningún momento. Ni de noche ni de día.

El 26 me levanto por la mañana con cuarenta de fiebre. El paracetamol no me hace ningún efecto. Daniela está decidida a que vayamos a misa a la basílica y como no sabe qué hacer comienza a invocar a san Rafael: «Rafa-El» significa precisamente «Dios sana», es el arcángel que vela las enfermedades de los hombres.

A mitad de oración, levanto el brazo derecho y le hago unos cuernos a Daniela. Me pongo nervioso y le digo:

—¡Me has descubierto! ¡Me has descubierto!

Es obvio: estoy enfermo porque un demonio lo ha decidido.

Conseguimos ir a misa con mucha dificultad, pero la disociación no me abandona hasta la noche cuando, exhausto, me desplomo en la cama.

Al día siguiente, Daniela vuelve a llevarme a la iglesia. Estoy totalmente disociado, pero ella tiene un plan:

—En cuanto comience el canto de salida, te arrastraré a la sacristía y nos presentaremos al obispo —me dice con firmeza.

Y así lo hacemos. Estamos desesperados. Yo me pongo en una esquina. Esta vez, también está mi madre con nosotros.

Los sacerdotes, uno tras otro, vuelven en procesión y nos observan desde lejos. Nadie se acerca, excepto el padre Stefano Smedile, un franciscano párroco de un convento cercano. Él nos conoce y sabe de nuestra situación:

—Francesco, Daniela, ¿cómo estáis?

—Padre Stefano —responde Daniela—, la situación ha degenerado.

Inmediatamente va en busca del obispo. Quiere contárselo. Luego vuelve a nosotros:

—El obispo es consciente de todo y dice que os lleva en el corazón.

Lo escuchamos desalentados. Desesperados, esta es la palabra correcta. Solos con nuestra cruz. Estamos solos, ciertamente, pero por la gracia de Dios, también somos consolados por la presencia de los santos que, justo en estos días tan duros y terribles, descienden sobre la tierra, rompiendo la oscuridad con su luz.

El cielo sabe cómo moverse para socorrer a sus hijos. El primero de sus habitantes que viene en mi ayuda es al que se le llama «padre adoptivo» de Jesús, san José.

Estoy en mi habitación, en la cama, presa de las fuerzas del mal.

Daniela oye desde la cocina que mi voz cambia de tono.

—Oooh... —digo ante la visión.

Entre el mueble y la cómoda, no de frente sino girado, como unos tres cuartos, hay ante mí un hombre joven con el pelo rubio y rizado. No tengo dificultad en reconocerlo, es san José.

Lleva a un niño de la mano, de pie frente a él. Él me mira y también el niño trata de darse la vuelta para mirarme.

Es una escena de pureza total y definitiva. Alrededor, toda la atmósfera es de inmensa paz.

Como ocurre siempre en estos casos, san José no me habla, pero a través de su mirada entiendo perfectamente lo que quiere decirme. Se comunica sin hablar. Me dice:

—No te preocupes, Francesco. Yo custodiaré tu casa y tu

familia.

Inmediatamente tengo la certeza de que él podría guiarme y custodiarme como a aquel niño a sus pies.

Verlo y sentirlo supone para mí mucho más que recibir un simple bálsamo. Es como si por arte de magia mi mente y mi cuerpo se hubieran renovado.

La imagen se desvanece y permanezco inmóvil en mi cama, incapaz de reaccionar.

Y luego le digo a Daniela:

—Soy Francesco, estoy de vuelta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Cosas del otro mundo... —le digo todavía extasiado.

Pasa otro día y pasa otra noche. Los santos y los demonios, la luz y la oscuridad a lo largo de las horas. La luz es poderosa, por supuesto, pero también lo son la oscuridad y el abismo.

La luz ofrece esperanza, es verdad. Pero cuando vuelve la oscuridad, es como si desapareciera la esperanza. De hecho, la oscuridad lo elimina todo. Como entenderé más tarde, es natural que sea así. La pasión, para ser tal, debe ser oscura hasta el final, la oscuridad hasta la última gota; en definitiva, que el «Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado», que salió de la boca del Señor, no es otra cosa que un tormento infinito.

En casa, vegeto como un muerto. Acostado en la cama, no hablo ni me comunico de ninguna manera.

Miro el techo como un comatoso mira el vacío frente a él.

La respiración me mantiene vivo, claro, pero la oscuridad que tengo adentro tiene la apariencia de la eternidad: es un abismo que no tiene fondo.

Incluso los latidos del corazón se ven afectados por esta oscuridad. Son los latidos de un moribundo, lentos, que van debilitándose poco a poco. Llevan la sangre al cuerpo, pero el cuerpo no reacciona a la vida. El corazón sigue latiendo, pero como si supiera que la muerte está allí, a un milímetro nada más. Y la muerte no es una vida nueva, en este caso. Sino el infierno eterno.

La muerte, la negrura más oscura de la nada, lo envuelve todo. Envuelve mi cuerpo y también fluye de él hacia toda la casa. Daniela siente esta muerte, esta oscuridad, y no sabe qué hacer. Solo puede esperar lo peor, el final. Pero ella ni siquiera sabe si desear el fin o escapar de él.

Mi única esperanza, si puedo hablar de esperanza, es que ocurra algo. Pero más allá de esta casi imperceptible esperanza, también está la duda, el que nada vaya a cambiar.

A la mañana siguiente volvemos a asistir a misa. Y luego otra vez nos acercamos hasta la sacristía.

El padre Stefano nos lleva al obispo. Daniela se abre camino sorteando al resto de sacerdotes, a los que vemos susurrando entre ellos. Ya nos conocen todos, y saben por lo que estamos pasando.

—Excelencia, fray Benigno me ha dicho que le pidiera que nombrara un exorcista para esta diócesis.

El padre Stefano interviene:

—Excelencia, ¿quién es fray Benigno?

Y el obispo:

—Es un pequeño fraile que hace oraciones de liberación... No se preocupen... Aquí estamos... ¡Pero basta con tanta charla! ¡Obediencia! ¡Obediencia!

Y diciendo esto, se prepara para salir.

Una oveja humillada, abandonada y rechazada por todos. Así se siente Daniela que con tristeza vuelve sobre sus pasos.

Se le acerca un sacerdote de gran responsabilidad en la diócesis que, casi para disculparse, dice:

—Solo el obispo puede resolver esto... desafortunadamente yo no puedo hacer nada.

Pero es el padre Stefano quien se acerca para contarnos los planes del obispo:

—El obispo quiere designar al padre Tonino Bono como exorcista, no de la diócesis sino solo de vuestro caso, y a mí como vuestro director espiritual.

¿El padre Tonino Bono? Daniela y yo nos miramos con asombro:

—¿Pero si vive en Messina? Es verdad que cada tres meses viene a atender a las monjas... ¡pero vive en Messina, a trescientos kilómetros de Alcamo!

Nos sentimos engañados.

Salimos de la sacristía y, devastados, nos volvemos a casa. Pero no estamos solos: los demonios nos siguen y nos acompañan. La oscuridad está allí, justo al otro lado de la puerta de entrada.

Un tremendo dolor de garganta. En cuanto pongo un pie en casa, siento cómo un cuchillo me perfora la tráquea. No puedo hablar. Me encuentro mal.

Me arrodillo sobre la cama y comienzo a escupir en una palangana.

Espuma blanca. Una gran cantidad de espuma blanca me sale de la boca.

Rezo espontáneamente a san Biagio, protector de la garganta: «Libérame de este dolor insoportable de garganta» es la oración que formulo en mi mente. Y otra vez: «San Biagio, ayúdame. Libérame, sáname».

Entro en una disociación total. Mi voz se deforma, se vuelve ronca, grave, cavernosa.

Y de repente lo veo.

Ante mí hay un reptil enorme, de color gris, con dos ojos profundos y oscuros. Tiene una boca larga y ancha que abre ante mí. Y, como una morena escondida entre las rocas que sisea y abre sus fauces cuando ve delante a su presa, el reptil saca una lengua larga y delgada apuntando hacia mi cara.

Estoy aterrado, pero a la vez noto que en mí va creciendo la capacidad de reaccionar: «Puedo hacerlo», me digo a mí mismo.

Retrocedo de espaldas, tratando de esquivar la lengua del reptil, que mide al menos veinte centímetros de largo y que ahora se ha convertido en fuego. Es roja y luego color carbón ardiente. Pero no me alcanza.

Tengo que pelear. Lo sé bien: el reptil está frente a mí, pero también en mi garganta. Es quien me provoca estos

dolores insoportables.

Me persigno. Lucho espiritualmente contra él. Y luego, de pronto, un cuchillo me traspasa la tráquea, al igual que un bisturí corta la carne viva.

Con ese corte quedo liberado. Y a continuación echo una gran cantidad de espuma en la palangana... Pero mi pasión aún no ha terminado.

1 de marzo. No hay tregua: paso del estado de posesión al sueño sin solución de continuidad.

La habitación es como una cámara mortuoria. Faltan las flores y los cirios, pero el muerto está allí: soy yo. No exagero. Tenerme en casa es como tener a un muerto esperando el entierro: la misma presencia sofocante, el mismo clima de fría rigidez.

Daniela, además de preocupada, está rota.

Decide llamar al padre Stefano:

—Francesco está mal día y noche, ¿qué debo hacer?

—Pásamelo al teléfono.

Oigo la voz del fraile como procedente de un mundo distante:

—Por la intercesión de san Francisco de Asís, te bendigo —me dice.

Un cubo de agua fresca. Al escuchar sus palabras, siento un cubo de agua fresca que me cae por la cabeza. Me siento completamente empapado, pero al menos estoy mucho mejor.

—Daniela —le digo—, ayúdame. Estoy todo mojado.

Me toco el pelo. Lo noto mojado. Me quito la camisa, la siento demasiado mojada. Pero Daniela dice:

—¿Qué estás haciendo? ¡Estás seco!

—¡No, Daniela, tócame el pelo, está mojado! —digo mientras corro hacia el baño para mirarme al espejo.

Tiene razón. Estoy seco, pero no es eso lo que yo siento.

Las energías recobradas me han dado apetito. Como, pero luego tengo que volver a la cama, presa del delirio.

Durante unos minutos, en definitiva, he resucitado. Pero luego vuelvo a estirar las piernas sobre la cama, rígidas. Los

brazos también, estirados a los costados. La cara blanca, cianótica y sin vida. Si entrara un niño, lloraría de miedo. Si entrase un adulto, también lloraría por la terrible visión de la muerte. Dolor, solo puedo transmitir dolor.

Así paso estas terribles horas: un tiempo lleno de oscuridad y con algunos destellos de luz, rodeado de demonios y, afortunadamente, acompañado también de los santos. Y yo en medio, llevado aquí y allá como un títere indefenso.

La única noticia positiva de estos días es que además de los demonios también vienen a visitarme los santos para arrancarme de mi desmayo. Daniela se da cuenta cuando llegan al mirarme el rostro: me transfiguro. Y se da cuenta de que en esos momentos no debe moverse. Incluso un pequeño ruido me produce una gran molestia. Debe quedarse quieta, inmóvil, hasta el final de la visión.

Es una noche oscura. Estoy muy enfermo. Pero inmediatamente alzo los ojos hacia una esquina de la habitación, en el lado opuesto, y veo una figura celestial. Es un santo, pero no lo conozco. Es él quien decide presentarse.

—Soy san Cristóbal —me dice.

Es alto y robusto. Transmite fuerza y sabiduría.

Me habla, pero no respondo yo, sino el maligno.

—¿San Cristóbal? ¡No conozco a ningún san Cristóbal!

Pero él no le responde, simplemente me invita a mirarlo.

Lleva un niño sobre los hombros y ese niño soy yo. Delante de nosotros hay un riachuelo. Me dice:

—Te llevaré al otro lado. —Y eso hace.

Y luego desaparece. Es una visión rápida, pero me infunde mucha paz y seguridad. Más tarde pensaré en ello: ¿Qué es la comunión de los santos sino todo esto?

El maligno dentro de mí está aterrorizado. Y grita:

—¡Basta, basta, me voy! ¡No puedo resistirlo, me voy!

Se va y le digo a Daniela:

—Soy yo, soy Francesco, estoy de vuelta.

Pero aún deben pasar muchas más cosas. También una

visión que logrará hacer que el maligno diga: «¡No es posible!».

Lo entenderé después: todas estas visiones se deben a la crudeza de estos días. Los santos vienen porque mi pasión es dura, negra e infinita. En los momentos más difíciles de mi vida, cuento con la mejor ayuda posible. Durante la oscuridad más negra, me llega la luz más clara, si bien los periodos luminosos son mucho más cortos.

Estoy siempre acostado en la cama, en total disociación.

Alguien aparece ante mí.

«Hoy vamos a salir derrotados», noto que piensa en el malvado y, aterrorizado, no se atreve a moverse.

—¿Quién eres? —le pregunto.

La respuesta que me llega rasga la oscuridad como un rayo de luz en una noche tormentosa.

—Soy Moisés —responde un hombre de no más de un metro y cuarenta y cinco centímetros de altura.

Se encuentra en la ladera de una montaña. Detrás de él, hay un camino, al principio recto pero que luego dibuja varias curvas cerradas, que sube elevándose a la montaña, a través de un bosque de pinos y hacia un pico distante y escondido.

Estoy enfrente de él, quieto, a unos pocos metros de distancia.

No hay mucha luz alrededor.

Moisés lleva una larga capa de raso muy brillante, y un capuchón en la cabeza. No entiendo el motivo, pero no puedo verle el rostro.

Al igual que los otros santos que me han visitado, se comunica conmigo sin hablar. O mejor, me habla con pensamiento.

—Mira este camino. Lleva a la montaña que debes escalar.

Y luego:

—Yo no bajo casi nunca de esta montaña. Desciendo únicamente en casos excepcionales, verdaderamente excepcionales.

Sé que no miente. Él ha conducido a un pueblo, es un líder.

Una persona con gran autoridad. Cuando baja es por pueblos enteros, difícilmente por una sola persona. Entiendo el privilegio que se me otorga. Y, sobre todo, comprendo la profundidad de la noche en la que estoy inmerso. Solo noches particularmente oscuras y tormentosas pueden justificar el descenso de Moisés.

—He bajado porque me han dicho que hay un niño que está muy enfermo. He tenido que bajar a propósito. No te preocupes. Sígueme. Yo cargaré tu peso. Te llevaré sobre mis espaldas.

En su mano tiene un bastón de madera curva como el de los pastores. Lo miro extasiado, incapaz de moverme. Da unos pocos pasos hacia la montaña, y me hace un gesto para seguirle. Pero no puedo avanzar. Los demonios me clavan al suelo.

Moisés entiende mi dificultad y dice:

—Sígueme, escalemos juntos.

Pero sigo quieto. Noto que su capa púrpura se vuelve más luminosa. Veo todo el amor que tiene por mí y entiendo que podré seguirlo, que podré recorrer ese camino.

En cierto punto, levanta su brazo derecho. Es como si quisiera alejar algo que se interpone entre él y yo. Mueve el brazo rápidamente primero a la derecha y luego a la izquierda.

Sus movimientos atenúan poderosamente las fuerzas que me mantienen clavado en mi lugar. Tanto que incluso el cielo se vuelve más brillante y el camino se ve más claramente.

Moisés sale y lo miro sereno. Todavía lo veo, cada vez más lejos, caminando por el sendero.

Me hace comprender que lo conseguiré, que alcanzaré la cima, que podré seguirlo.

Cuando llega a la cima entonces yo también comienzo a escalar, caminando muy lentamente.

Entonces la visión se desvanece. Permanezco en la cama en silencio, libre durante mucho tiempo. Todo el día que sigue está lleno de un gran bienestar, inmenso, espiritual e incluso

físico.

Pero el 2 de marzo, por la noche, vuelve el colapso. Es el último día de mi pasión: del 26 de febrero al 2 de marzo, mis cinco días y mis cuatro noches más atroces.

Lloro tirado por el suelo:

—¡Soy un soldado de los campos de concentración nazis!

Daniela no reacciona. Yo sigo:

—¡Soy un soldado importante, tengo el mando! —Y otra vez—: ¡Vengo de los campos de concentración! ¡Soy un soldado alemán!

Y, golpeando con los puños el sofá, imito el sonido de una ametralladora.

—¡Ratatam, tam, tam! ¡Disparo, disparo! ¡Todos muertos! ¿Sabes a cuántos he matado?

Daniela, volviéndose hacia el Señor, reza:

—Señor, haz que se vaya.

—¡No me voy porque he visto una luz en este chico y puedo salvarme!

—¡Señor, haz que se arrodille y diga el padrenuestro!

Se arrodilla en dirección a un crucifijo que cuelga de la pared. Y dice:

—¡No conozco el padrenuestro! ¿Qué tengo que hacer?

—Padre nuestro, que estás en el cielo... —dice Daniela.

—Padre nuestro, que estás en el cielo... —responde.

En el amen, toda mi energía se desvanece, se escapa. Y caigo al suelo exhausto.

—Soy Francesco, soy yo —le digo. Y lentamente me voy a la cama.

Es como si un tanque hubiera pasado sobre mi cuerpo varias veces.

Nunca antes un demonio se había arrodillado ante un crucifijo.

Necesito desesperadamente a un exorcista. El padre Tonino Bono está lejos, en Messina, pero en cuanto llega a Alcamo no deja de buscarme. Me consuela y me dice que no me rinda: lo que de verdad necesito son exorcismos. Y me

dice:

—No te preocupes. Yo no podré seguirte constantemente. Lo hará fray Benigno.

El 3 de marzo estoy mejor. Y le pido al padre Stefano, a quien el obispo ha nombrado como mi director espiritual, que me reciba.

Apenas entro en la sacristía de los hermanos menores de Alcamo, donde él es párroco, entro en disociación.

El padre Stefano no es experto en exorcismos, pero trata valientemente de manejar la situación. Aunque no es fácil porque ahora Satanás está presto a atacarlo.

—Padre Stefano, ¿qué quiere de mí? ¿Sabes quién soy? ¡Soy Satanás!

El fraile no hace caso; en su mano tiene un crucifijo.

Comienzo a saltar sin freno de un lado a otro de la sacristía. Pegado a la pared hay un gran mueble. Salto sobre él como un gato que se sube y se baja sin esfuerzo de los árboles más altos. Desde lo alto del pico conquistado saludo a todos. Y grito de nuevo contra el pobre fraile:

—¡Mira lo que puedo hacer! —Y lo escupo a tres o cuatro metros de distancia, dándole de lleno.

El padre Stefano intenta reaccionar recitando un Ave María.

Me pongo nervioso.

Encuentro un ejemplar de *Famiglia Cristiana* sobre la mesa. Lo enrollo y lo uso como si fuera un garrote. Corro por la sacristía y cuando me encuentro con el padre Stefano, lo golpeo con la revista.

Consigo darle al crucifijo que sostiene entre las manos y lo tiro al suelo, rompiéndose en dos. Me siento fuerte, pero no sé que, en realidad, el crucifijo ya estaba roto. De hecho, el padre Stefano acababa de ponerle un poco de pegamento.

El fraile se pone la estola morada. Me da mucho miedo, pero consigo ocultarlo. Me da miedo que me la ponga en los hombros, que me la ponga alrededor del cuello, como suelen hacerlo los exorcistas más expertos. Pero el padre Stefano

nunca ha hecho un exorcismo y no sabe cuánto mal puede hacerme con esa estola.

Entonces tomo la iniciativa. Le arranco la estola mientras grita:

—¡Mi estola nueva!

Suenan las campanas. Son las doce en punto.

—Salgo un momento —dice el padre Stefano a Daniela, quien, mientras tanto, se ha mantenido al margen, sentada en una silla.

Tan pronto como sale, Satanás exulta:

—¡Lo he conseguido! ¡He conquistado el convento! ¡Lo he hecho!

El padre Stefano, fuera de la sacristía, llama al padre Tonino. Le cuenta que la situación se ha vuelto inmanejable. Y le pregunta qué debe hacer. El padre Tonino le dice que nos eche inmediatamente del convento.

—No te preocupes —le explica—. Daniela sabe cómo.

Vuelve a entrar. Y con autoridad, grita:

—¡Ya basta! ¡A casa! ¡Desapareced de aquí! ¡Daniela, toma a tu marido y vete!

Daniela se queda sin palabras. No tiene noticia de la llamada telefónica al padre Tonino y por eso no entiende la razón de tanta prisa. Pero obedece.

Solo en retrospectiva entenderemos lo correcta que ha sido esta acción del padre Stefano. Y también comprenderemos lo comprensivo que fue con nosotros. Nos recibió y nos escuchó muchas veces a pesar de no ser un experto en exorcismos. Hizo lo que pudo y lo hizo con mucho amor.

Pero la verdad es que necesitamos ayuda. Una gran ayuda.

Los meses pasan y siempre de la misma manera: disociaciones violentas seguidas de algunos destellos de luz, los exorcismos de fray Benigno y ocasionalmente los del padre Tonino. Las oraciones del hermano Ferro y la terca cercanía de Daniela y de mi madre.

Pero todo esto no es suficiente. Necesitamos más ayuda.

8. El cielo se abre. Y llega el Padre Pío

Estamos en el mes de julio. Cuatro meses antes, a mediados de marzo, conocí al padre Michele Vassallo y al padre Dario Betancourt en una reunión del grupo de oración «Siervos del Cristo vivo». Acudí a ese encuentro totalmente de casualidad, a través de un folleto que me llegó.

En aquella reunión el padre Dario me dijo, después de haber rezado sobre mí mientras estaba tendido en el suelo en estado de posesión:

—Ven en julio en el estadio de Avellino. Vamos a tener una jornada de oración con el padre Gabriele Amorth.

Ahí estoy. El estadio Partenio de la ciudad de Avellino me da la bienvenida, majestuoso. Llego después de un largo viaje: desde Palermo a Nápoles en barco y luego en coche. Me acompañan Daniela y mi madre. Se respira un ambiente festivo.

Nos sentamos en las gradas superiores. El escenario donde el padre Amorth dirige la oración se encuentra justo enfrente de nosotros, en el medio del campo.

Comienzan los primeros cantos y noto como si mi cabeza se llenara de agua. Pesa como una roca y tengo que tumbarme. Daniela no quiere molestar a la gente y decide sacarme de allí.

Salimos fuera de las gradas, en el espacio que rodea el estadio. Pasamos junto a unas monjas sentadas ante un puesto en el que venden libros espirituales y religiosos.

Las veo y, con una malicia inusual incluso para mis posesiones violentas, comienzo a insultarlas y amenazarlas:

—¡Voy a romper vuestro puesto, voy a destrozar los libros, y os destruiré, monjas asquerosas!

Emano un odio visceral e incontrolable.

Daniela y mi madre tiran de mí para que me aleje y me hacen sentar en un banco no muy lejos.

Estoy mal, pero de repente todo cambia. Levanto la cabeza y digo:

—Oooh...

No hay palabras para describir un estupor tan grande.

El maligno dentro de mí también se ha quedado asombrado por lo que ve y tiene miedo.

Desde el centro del campo, más allá de las gradas, veo una cruz luminosa y enorme que se alza hacia el cielo.

Y de inmediato, comienza una furiosa lucha espiritual entre la cruz y el maligno, como si la cruz fuera algo vivo, capaz de interactuar con el espíritu malvado.

Todos los movimientos del demonio han quedado bloqueados. Ha de permanecer quieto. Lo único que puede hacer es gruñir, lo mismo que un perro atado con una cadena que gruñe a alguien a quien no puede alcanzar.

El maligno se ve obligado a mirar la cruz e inmediatamente quedo completamente liberado.

La pelea ha sido breve, pero dura. Estoy sudando y agotado, pero libre.

Ya es mediodía. Pero la jornada de oración aún no ha terminado. Todavía no puedo saberlo, pero la lucha entre demonios y santos aún debe dar unos giros espectaculares y violentos.

A primera hora de la tarde hemos vuelto a las gradas porque me siento mejor.

El padre Gabriele Amorth comienza una oración de liberación. Y yo, como es habitual, vuelvo a ponerme mal. Tengo sueño, tengo que tumbarme. Lo hago con las piernas hacia arriba, en vertical.

Algunas madres que están con sus hijos se dan cuenta de que algo va mal, y se apartan. Otros intensifican su oración.

Se crea un espacio vacío a mi alrededor. Daniela nota que también hay otras personas, más abajo, que están tan mal como yo, y eso le consuela un poco. Pero no dura mucho. Ha de encargarse de mi delirio.

—¡Basta! —lloro—. ¡No puedo soportarlo más! ¡Todas tus palabras me molestan! ¡Amorth, cállate!

Su oración está penetrando en mis huesos, en mi piel y, sobre todo, en mi mente.

A lo largo de toda la oración voy poniéndome más furioso y cuando acaba la jornada de oración y la gente comienza a marcharse yo sigo totalmente poseído.

Inmóvil, no puedo levantarme. Poco a poco el estadio se vacía. Quedamos nosotros tres, en medio de las gradas, solos. Encienden las farolas en las calles y todavía estamos allí cuando comienza a caer la noche. Estamos mi madre, Daniela y yo, inmóvil, como un cadáver.

Dos encargados del estadio se acercan. Dicen que tienen que cerrar dentro de media hora.

—Mi esposo está enfermo —les dice Daniela. Ellos no entienden del todo lo que me pasa. Descienden las gradas y hablan con dos enfermeros que vienen con una camilla. Preguntan si hay algún problema. Daniela les explica que estoy enfermo, pero que no necesito una camilla. Y se van, también, un poco perplejos.

Llegan dos policías.

—¿Qué le pasa? —preguntan.

Esta vez, Daniela les responde de manera directa:

—Mi esposo está poseído —dice.

Los dos se quedan en silencio y luego dicen:

—Tómate tu tiempo.

Se acercan también dos encargados y los dos enfermeros y, desde lejos, esperan la evolución de los acontecimientos.

Daniela y mi madre no saben qué decisión tomar. Hasta que aparecen, de no se sabe dónde, dos frailes franciscanos. Hablan entre ellos, con los rosarios en las manos.

—¿Todo bien? —preguntan.

—Mi esposo está enfermo... ha participado en la oración...

—Ah, ¿un desorden espiritual?

—Sí, algo así...

En un momento determinado, el maligno dentro de mí les pregunta a los dos frailes, en perfecto dialecto *pugliese*:

—Disculpen, ¿son de Molfetta?

—Sí —responden—, ¿tú también?

Y Daniela:

—No, venimos de Sicilia.

Es entonces cuando los frailes comienzan a entender que hay algo que no cuadra.

Yo continúo hablándoles en su dialecto... pero mi mujer sin más dilación dice:

—Miren, mi esposo está enfermo.

Comienzo a gritar e insultar a los frailes. Uno de ellos retrocede, pero el otro no y comienza a rezar.

Les cuento muchos sucesos relacionados con su convento. Cosas que nadie sabe:

—Esto, esto y esto ha sucedido en el convento —digo.

—¡Eh, lo sabes todo! —me dice el fraile mientras sigue rezando.

Reza a nuestra Señora de una manera especial, y luego a san Miguel Arcángel y a san Francisco de Asís. Reza en latín.

El maligno se siente descubierto y comienza a despotricar con más fuerza. Mi voz ahora es cavernosa, ronca.

Intento golpear al fraile que reza. Pero él bloquea mi brazo.

Escupo sobre él y él responde rociándome con agua bendita.

Es una batalla áspera, incluso física, que dura al menos media hora.

—¡Ya basta, voy a matarte, te mataré! —grito.

Pero en un momento concreto mi llanto se vuelve inhumano. Y con toda la fuerza que tengo pronuncio a todo volumen un nombre que silencia a todo y a todos.

Un nombre que, después de haber sido pronunciado, hace

que el aire se llene de un intenso perfume.

—¡Pioo! —Y otra vez—: ¡Pioo! ¡Pioo! ¡Pioo!

El Padre Pío de Pietrelcina está enfrente de mí, en medio del campo de fútbol. Lo veo enorme, majestuoso, como suelen aparecerse los santos a los espíritus malignos.

Y todos los presentes, en coro, sin haberse puesto de acuerdo, dicen:

—¡El perfume del Padre Pío!

Sienten su olor que invade el aire con fuerza. El maligno se hunde en ese perfume. Y vuelvo a mí mismo de nuevo, totalmente libre.

Me levanto, abrazo al fraile que también me abraza.

—¿Eres siciliano? —pregunta—. Yo soy de Puglia. Me has escupido, pero no me has hecho nada —dice, riendo.

Salimos del estadio. Estoy cansado, pero también me he quedado inmensamente consolado por la visión que he tenido. Incluso Daniela y mi madre se sienten refrescadas por el poderoso aroma que impregna el aire.

En el hotel tomo una larga ducha regeneradora. Me siento tan bien que esa noche, como si todo fuera normal, podemos ir a una pizzería cercana donde comemos como si no nos pasara nada extraño.

Mi madre saca allí la idea de ir a San Giovanni Rotondo al día siguiente para darle las gracias al Padre Pío.

A las siete en punto de la mañana ya estamos subidos al coche. Antes de regresar a Sicilia, quiere visitar el gran hospital que se encuentra al lado del santuario. Daniela nos espera en el coche. Mi madre y yo hacemos una visita rápida y luego vamos a la salida. En la puerta, primero mi madre, e inmediatamente después yo también, sentimos, muy fuerte, el aroma del Padre Pío.

Gritamos de alegría. Miro a mi alrededor por si por casualidad no hubiera flores, lo que podría haber causado ese olor. No hay nada. Solo cemento. No albergamos ninguna duda: el Padre Pío nos ha demostrado que ha aceptado nuestro corto viaje de agradecimiento.

Son dos días de mucha gracia, la gracia del Espíritu Santo. Pero aún debe acompañarnos en este camino mucho sufrimiento.

En Alcamo, los días, las semanas y los meses vuelven a sucederse como siempre.

Mucha, muchísima oscuridad.

Los exorcismos y las posesiones llenan mis jornadas. En casa siempre se habla de estas cosas. Cada vez que regreso de un exorcismo, las conversaciones sobre este tema vuelven a revivir. Es un continuo recordar que nos llena la cabeza a todos. Es una espiral sin fin.

Daniela quiere darle un impulso a la situación. Cree que es importante comenzar a tratar el problema de una manera diferente:

—Cuando toca exorcismo, exorcismo, pero en casa vamos a dejar de hablar de ello —dice.

Y juntos decidimos poner orden en la familia. El diablo, de hecho, ha metido mucho desorden en nuestras vidas. Decidimos que cada uno debe regresar a sus ocupaciones habituales. Papá se dedicará a regentar la galería de arte a tiempo completo. Mamá lo ayudará y nos ayudará a nosotros cuando regresemos de cada exorcismo: se encargará de que cuando volvamos nos encontremos la mesa puesta y la comida preparada, detalles pequeños pero determinantes.

Solo me acompañará Daniela cuando acuda a fray Benigno. Mamá nos estará esperando en casa. De este modo, también buscamos aliviar en algo un esfuerzo bastante doloroso. Pero es sobre todo el camino para que Daniela y yo tengamos libertad y, repito, podamos poner orden en nuestra vida, una pequeña estratagema para tratar el problema de una manera diferente, sin que nos aplaste.

Mamá reacciona bien. Acepta la decisión. Tanto es así que cuando regresamos a casa después de un exorcismo, siempre es la primera en llamarnos y preguntarnos cómo ha ido y le contamos con alegría lo que podemos sin preocuparnos demasiado por los detalles.

Ahora somos Daniela y yo quienes afrontamos la mayor parte de este combate contra Satanás. Es algo que nos une, que fortalece nuestra relación. Pero eso pronto también deberá pasar una prueba: Satanás, que ha entendido que nuestra fuerza reside en nuestra unión, decide atacar a nuestro matrimonio y, en particular, a lo que es más íntimo y personal. El apogeo de este ataque se manifiesta el 28 de abril de 2006. Es un Jueves Santo.

Un grito desde el baño.

—¡Francesco!

La voz de Daniela no promete nada bueno. La encuentro doblada en dos. Tiene unos dolores punzantes en la parte inferior del abdomen que la están destrozando.

—¡Pierdo sangre! —grita. Y me señala el inodoro, donde hay una mancha roja difusa.

Sin perder tiempo, la llevo inmediatamente al hospital Fatebenefratelli de Palermo. Los médicos se dan cuenta de que la situación es grave: deben operarla.

Pasa cuatro horas en el quirófano. Al final de una operación quirúrgica muy complicada, la doctora me dice:

—Su esposa ha estado a punto de perder la vida, ¡ha sido una gran idea traerla aquí!

Ante estas palabras, un dolor penetrante me invade: «Daniela estaba en peligro de muerte», pienso.

Es terrible.

Y el informe del postoperatorio es igualmente terrible: ni Daniela ni yo teníamos la menor idea de que estaba embarazada de semanas y de que se trataba de un embarazo extrauterino.

Los doctores se han visto obligados a extirpar la tuba uterina derecha. La otra tuba se ha salvado, pero ha quedado maltrecha. Básicamente, el embrión que llevaba se ha perdido y no queda más que una remota posibilidad de poder tener más hijos.

No es algo fácil de aceptar, ni para mí ni para Daniela. También porque hemos llegado a esta situación después de

años de sufrimiento. Desde el principio, desde que nos casamos, hemos tenido dificultades para tener relaciones sexuales. Cuando comenzaron a manifestarse las posesiones, todo empeoró. Cada vez que estábamos a punto de hacer el amor, inevitablemente comenzaba a sufrir unos dolores tremendos en los testículos. Era como si tuviera ganchos incrustados dentro de la carne del pene, un dolor inimaginable. Durante la relación sufría, era como si tuviera que romper una barrera de goma que a menudo me obligaba a retirarme. Y, derrotado y agotado, me hundía en la cama.

Con el tiempo, con la ayuda de las oraciones, en parte habíamos resuelto el problema. Tanto es así que habíamos logrado tener relaciones más continuas y, sin saberlo, había logrado quedarse embarazada.

Una semana después de la operación Daniela se ve obligada a acostarse. También debe recuperarse física y psicológicamente. No es fácil. Ese viernes toca el exorcismo habitual de fray Benigno. Nadie puede acompañarme. Decido ir solo.

—Francesco, ¿estás seguro? —me pregunta Daniela.

—Sí —respondo—. Satanás no puede ganarnos.

Conduzco hasta Palermo.

Fray Benigno me acoge con su habitual cortesía.

—¿Y Daniela? —me pregunta, asombrado por no verla.

En unos minutos se lo cuento todo.

Se queda desolado y me aconseja no comenzar el exorcismo. Está preocupado por cómo llegaré a casa. Pero yo estoy decidido:

—Comencemos y que pase lo que tenga que pasar —le digo.

Y así, fray Benigno comienza a recitar las oraciones. Me disocio.

En un momento determinado, empiezo a mirar con frenesí primero a la derecha y luego a la izquierda. Estoy agitado, realmente frenético. Y grito:

—¡Gabriel!

Y otra vez:

—¡Gabriel, no puedo resistirlo! ¡Gabriel, tu luz me ciega!

Fray Benigno, deja que grite y sigue rezando.

Entonces, de repente, me detengo. Mis ojos dejan de girar de un lado a otro de la habitación y se quedan fijos en un punto preciso de la pared.

Un angelito, de no más de un metro de alto, se para frente a mí. Al principio solo noto dos alas con las puntas muy redondeadas.

Me acerco e intento mirarlo a la cara, pero él no me da permiso.

Y de inmediato, vuelvo a mí mismo, liberado y revitalizado con nuevas energías.

Ninguna otra liberación me dará un vigor así. Es como si el maligno dentro de mí hubiera tenido que rendirse ante tanta pureza, hubiera tenido que hundirse por completo. Y mi mente y mi cuerpo han sido investidos con una fuerza nunca antes experimentada.

Al final del exorcismo, fray Benigno me pregunta por Gabriel.

—¿Quién es Gabriel?

—Sabe —le digo—, esta semana mi esposa y yo hemos pensado mucho sobre ese niño que no pudo nacer y que ni siquiera pudo formarse en el útero. Hemos pensado mucho acerca de ese grumo de sangre que el cirujano dejó en una cubeta de plástico a los pies de Daniela. Decidimos bautizarlo espiritualmente y, sin saber si sería un niño o una niña, lo llamamos Gabriel. Fray Benigno, no tengo ninguna duda: hoy ha sido mi hijo quien me ha liberado. Mi hijo era ese angelito, Gabriel.

Pronto Daniela puede volver a acompañarme a ver a fray Benigno. Un sábado me recibe por la tarde, pero no es una buena idea. Él está cansado, mientras que yo no lo estoy en absoluto.

El maligno se burla con una autoridad insolente.

—¡Fray Benigno, si te acercas, te mataré! —grito. Y otra

vez: —¡Os mataré a todos!

Los ayudantes de fray Benigno se colocan en semicírculo. Mantienen una cierta distancia porque de repente empiezo a simular movimientos de todas las artes marciales conocidas.

Puedo hilar diversos movimientos de karate con una velocidad y una habilidad inusuales.

Me quito los zapatos y salto de un lado a otro de la habitación descalzo. Los que se acercan, se arriesgan mucho.

Fray Benigno invoca a los santos y a la sangre de Jesús para que caiga sobre mí, pero cuanto más reza, más fuerte estoy. Pronto el fraile se cansa y, con el crucifijo en la mano, debe continuar el exorcismo sentado.

—Fray Benigno, ¿estás cansado? —le pregunto desafiante —. Me parece que hoy no te vas a casa. Voy a conseguir que faltes a todas las citas que tienes después. ¡No me voy de aquí!

Unos proyectiles. En un momento determinado, siento que me golpean unos proyectiles. ¿De dónde vienen? Me doy la vuelta y veo los ojos de Daniela mirándome fijamente. Y me duele.

—¡Quieta! ¡Cállate! —le digo—. ¡Deja esos pensamientos!

Y otra vez:

—¡No puedes hacerme esto! ¡Basta! ¡Es suficiente!

Pero Daniela continúa mirándome en silencio, sin decir nada.

No sé qué pensamientos está formulando su mente, solo sé que sus pensamientos me golpean violentamente.

Fray Benigno continúa con su oración sin intervenir. Ha comprendido que está sucediendo algo importante y prefiere no entrometerse.

Por primera vez es Daniela quien le gana la iniciativa. ¿Cómo? Sigue mirándome.

Solo tiene un pensamiento que arroja sobre mí.

—¡Basta! —grito—. ¡Tengo miedo! ¡Miedo!

La lucha es desigual.

—¡Me estás destruyendo!

Y luego empiezo a ahogarme. Una avalancha de agua y

barro me empuja hacia una esquina de la habitación. No tengo escapatoria. El final está frente a mí. No puedo hacer nada más que dejar que me arrolle.

Me doblo con dificultad sobre las rodillas, los músculos encogidos, las extremidades rotas.

Caigo agotado hasta que oigo la voz de Daniela que me llama.

—Francesco, ¿eres tú?

No tengo fuerza para responderle. Pero para que se dé cuenta que soy yo, le aprieto ligeramente la mano.

Me levanto. Poco a poco, las fuerzas regresan.

Le pregunto en el automóvil:

—¿Qué estabas rezando durante el exorcismo?

—Dirigí al maligno un solo pensamiento: «En el nombre de Jesús, en virtud del sacramento de mi matrimonio, ¡te ordeno que te vayas!».

Comprendo, en suma, que su mandato era imperativo. Sin él, no me habría liberado. Y en toda su fuerza, entiendo el poder del sacramento del matrimonio.

Solo ahora puedo explicar por qué durante años, al comienzo de cada exorcismo, me quitaba mi anillo de bodas y se lo arrojaba a Daniela y a fray Benigno: el matrimonio era algo insoportable para el maligno, algo que tenía que destruir.

Después de este exorcismo, muchas cosas empeoran. El combate se vuelve más encarnizado. El maligno ha comprendido que Daniela es un enemigo astuto, alguien preparado y a quien temer. Un enemigo más rocoso que muchos otros con quien no basta entablar una simple batalla.

—Bésame amor —me dice a menudo mi mujer.

Y él, el malvado, tomando posesión de mi cuerpo de un modo repentino e inesperado, responde por mí:

—¡No! ¡No quiero!

Daniela sabe que solo puede derrotarlo con amor, plasmándolo mediante pequeños gestos en nuestra vida cotidiana, con mucha alegría y paciencia. Se esmera en preparar una comida apetitosa, pone la mesa de fiesta. Y a

Satanás le molesta todo lo que es bello y bueno y a menudo grita:

—¡No podemos comer! ¡Ni tú ni Francesco debéis probar la comida!

Con su tenacidad y su cariño consigue ir desplazando a Satanás, pero sobre todo me sirve de mucho consuelo.

A menudo, exhausto después de una pelea extenuante, estoy acostado en la cama y escucho a Daniela «hurgando» en la cocina. El ruido de los platos, vasos y ollas, el olor de la comida, me transmiten una gran esperanza y la certeza de que mi casa y mi familia, a pesar de todo, no se derrumban. Esos ruidos me aportan una gran vitalidad interior y me alejan del abismo de la depresión. Me siento apoyado, siento que mi casa se ha construido sobre cimientos sólidos a pesar del terremoto que nos asola. Mi casa permanece en pie y la furia de las aguas malvadas no puede anegarla. Y pienso en Jeremías 17, 7-8: «Bendito el varón que confía en el Señor, y el Señor es su confianza. Será como árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces a la corriente, que no teme que llegue el calor, y sus hojas permanecen lozanas, no se inquietará en año de sequía, ni dejará de dar frutos».

Por supuesto, nada es sencillo. Algunas veces Satanás consigue desorientarme. Como cuando hizo una revelación a la que di muchas vueltas durante bastante tiempo sin conseguir comprenderla ni descifrarla:

—Tú tienes la culpa de haberte casado con él —le dice el maligno a Daniela.

Y en otra ocasión:

—¡Todo esto es a causa del engaño! ¡Hemos hecho un pacto de sangre! ¿Cómo es posible que te hayas casado? Es un pacto de sangre, ¿entiendes? Somos muchas escuadras, estructuradas jerárquicamente como en la mafia, ¿te das cuenta?

Pero ni Daniela ni yo entendemos nada. Solo que él, el maligno, nos odia y odia nuestra relación.

Pero no es solo él quien se muestra hostil hacia nosotros.

Pronto, también algunos amigos y familiares muy queridos nos miran con fría indiferencia, como si fuéramos dos apestados.

Solo nos comprenden unas pocas personas. La mayoría de a los que les contamos nuestra situación no se lo creen.

Un día, esa amiga de la familia que vendía productos para el hogar que fue testigo de una violenta disociación, invita a tomar café a Daniela en su casa. Con ella, hay otras dos amigas.

Cuando Daniela entra en su casa, las tres se muestran muy educadas e interesadas por lo que nos pasa. Quieren saber más, porque no entienden nada.

—¿Qué le pasa a Francesco?

—Tiene trastornos diabólicos tanto de día como de noche.

—¿Y quién os ayuda?

—Los santos vienen a ayudarnos. Y también nos ayudan muchos sacerdotes, muchas monjas y amigos... Incluso el obispo ha nombrado un exorcista para Francesco.

Daniela se abre. Cree que tienen buenas intenciones y busca en ellas consuelo y ayuda. Pero pronto comprende que están tratando de desestabilizarla en sus creencias.

—¿Cómo podéis sobrevivir a esto? —preguntan.

—Ya os lo he dicho, vienen los santos, rezamos mucho... Y en medio de todos nuestros sufrimientos también se ha producido un milagro: Francesco se ha curado totalmente del asma.

—Daniela, ¿no sabes que no es posible curarse por completo del asma?

Una de ellas se levanta y toma un volumen de una enciclopedia médica. Lee en voz alta lo que se dice allí sobre el asma.

—¿Ves? —dice—. No hay cura para el asma. Debes llevar al médico a Francesco. Oblígale a tomarse las medicinas, tanto si quiere como en contra de su voluntad. Si no, puedes incurrir en responsabilidades penales. Escucha, Daniela, sé de lo que hablo porque mi madre ha estado deprimida durante mucho

tiempo, como Francesco. También había sacerdotes que decían a mi madre que necesitaba oraciones. Pero nunca confiamos en ellos. Conozco a buenos médicos, si quieres...

—Pero Francesco se ha curado del todo, ¿entiendes? ¡Francesco ha resuelto el problema del asma gracias a las oraciones de liberación!

Las tres amigas no se dan por vencidas. La tensión crece y cada vez la presionan más.

—¡Daniela, debes confiar en la medicina, no en los exorcistas!

—Ten cuidado de todos los que hablan de posesiones diabólicas...

—Sí, sí, también a nosotras ha habido sacerdotes que han intentado explicarnos cosas de esas... pero no les hemos creído.

Hay poco que hacer. Daniela no puede convencerlas. No puede explicarles que no estoy deprimido. Así que, en cierto punto, dice:

—Tenéis razón. Francesco necesita un médico.

Las tres mujeres se miran satisfechas. Pero Daniela no ha terminado de hablar:

—Y Francesco ya ha encontrado al médico: su nombre es Jesús.

—¡Noooo!

El grito de una de ellas es agudo, terrible. A Daniela le parece que es el mismo tono de voz que tengo yo cuando estoy poseído. Percibe la misma repulsión al nombre de Jesús que manifiesto yo cuando me encuentro bajo posesión. Daniela mira a esa mujer que ha gritado y piensa: «¿Quién eres tú?».

—Daniela, dinos entonces cómo podemos ayudarte —le preguntan en un tono desafiante.

Y Daniela, con resignación, responde:

—Lo único que se puede hacer es rezar.

Y esforzándose por mantener la calma, y a la vez sin ningún entusiasmo, dicen:

—De acuerdo, eso es lo que haremos.

Cuando Daniela se va, percibe con dolor que no podrá recibir la ayuda que necesitamos de estas personas. Se siente rechazada, marginada, como si la dejaran de lado.

Pero la elección de Cristo es radical. Ni ella ni yo queremos dar un paso atrás. Sabemos que la posesión, por absurda e incomprensible que sea, forma parte de un modo misterioso de los planes de Dios para nuestras vidas. Y sabemos que nuestro médico es solo uno: Jesucristo.

Confiamos plenamente en Él. Y en todo momento le alabamos y le damos gracias con un corazón sincero, tanto en medio de la lucha como en los momentos de tregua entre una posesión y otra.

Dios es nuestro padre. Él quiere nuestro bien. ¿Qué debemos temer? No dudamos de su amor. Es la roca en la que permanecemos anclados. Y nuestra fortaleza nos viene de la confianza que hemos depositado en Él. Solo media hora de lucidez al día es suficiente. Esa media hora en la que podemos pasear por las calles de Alcamo sabiendo que Dios no nos abandona se convierte en una luz poderosa para nuestras pobres vidas.

Ilusos y visionarios. A veces también fanáticos. Después de la reunión de Daniela con sus tres amigas, así es como nos ven algunos familiares y amigos.

No creen que esté poseído. O tienen miedo. Y entonces construyen un muro para separarse de mí y Daniela. Es una actitud hipócrita e injusta. Es una actitud de fría indiferencia.

Daniela está desesperada. Abre la Biblia y hace suyo el grito de Jeremías 20, 7-11:

> «Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir.
> Fuiste más fuerte que yo, y me venciste.
> He llegado a ser un hazmerreír todo el día,
> todo el mundo se burla de mí.
> Cada vez que hablo tengo que gritar,
> he de pregonar: "¡Violencia, destrucción!".

La palabra del Señor es para mí oprobio y escarnio
cada día.
Yo me dije: “No me acordaré de Él,
ni hablaré más en su Nombre”.
Pero es dentro de mí como fuego abrasador,
encerrado en mis huesos;
me esfuerzo por soportarlo,
pero no puedo.
Oigo las calumnias de la gente:
“¡Terror alrededor!
¡Delatadle! ¡Delatémosle!”.
Todos mis conocidos aguardan mi tropiezo:
“¡Ojalá se deje seducir, entonces podremos con él,
y nos tomaremos venganza!”.
Pero el Señor está conmigo como bravo guerrero,
por eso, los que me persiguen caerán impotentes,
sentirán gran vergüenza de no haber triunfado,
oprobio perenne, inolvidable».

En medio del dolor y de la angustia, sabemos que el Señor está a nuestro lado. Pasamos una dura prueba, pero Él está con nosotros. Está a nuestro lado a pesar de que los amigos y los parientes lejanos no se acercan. Nos mantienen a distancia, como si estuviéramos envueltos en un halo de misterio repugnante.

Un domingo, después de una comida familiar, un pariente me invita a dar un paseo con él. Me lleva a su oficina, se sienta detrás de su escritorio y dibuja enérgicamente algo así como un círculo en una hoja de papel blanco.

—Mira —me dice—, esta es nuestra mente. En algún momento, este círculo puede volverse complicado.

Y continúa haciendo garabatos sin orden dentro del círculo. Permanezco en silencio y lo escucho. Lo escucho tranquilamente. Él dice:

—Puede haber pensamientos que llegan a ofuscar la serenidad de nuestra mente... y perdemos la tranquilidad. No

todos conocen los meandros de la mente, y hay personas que pueden manipular la psique. Tal vez nos acarician, nos dicen lo que queremos oír y nos producen un bienestar momentáneo, pero luego, dos días más tarde estamos peor que al principio.

Sigo escuchándolo en silencio, sin protestar.

—Exorcistas, sanadores, falsos carismáticos, hombres con poderes extraordinarios... —me dice—, hay que evitarlos a todos.

Me doy cuenta enseguida: confunde a los exorcistas con los magos. Pero no le digo nada. Me callo y lo escucho mientras, palabra a palabra, va confundiéndose cada vez más.

—Francesco, en fin, tienes que estar tranquilo, alejarte de los exorcistas, tal vez tomarte un tiempo para descansar, unas vacaciones...

No me enfado. En realidad, sé que está siendo sincero. Ignorante sobre la materia, pero sincero. Del mismo modo muchos otros amigos y parientes lejanos también han sido ignorantes, aunque sinceros.

Para mí, el origen de mis males es uno: Satanás. Pero para ellos no. Como no nos comprenden, me marginan y marginan a Daniela. En su opinión, somos como leprosos. Ni más ni menos. Parecen tener miedo de contaminarse de nosotros, de nuestra forma de vida, de nuestras ideas.

Daniela sufre mucho por esto. Muchas veces, vuelve a casa llorando.

Pero luego los dos nos damos cuenta de que no debemos hundirnos ni reaccionar exageradamente. Lo único que sirve es permanecer en silencio. Porque tienen sus razones: frente a una situación como la mía, frente a una posesión diabólica, quiero decir, o crees y cambias todas tus creencias y tu vida, o te cierras y huyes a causa del miedo. Escaparse significa permanecer en la comodidad, en la calma de las propias convicciones. No huir, sin embargo, significa creer. Y creer implica cambiar de vida.

Dios me ha grabado en el corazón las palabras de mi

amigo Qohelet: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad». Creer significa vivir pensando constantemente en las cosas del cielo, ocuparse de las cosas de la tierra, pero sin preocuparse por ellas.

La verdad es un pozo profundo en el que debemos sumergirnos. Y no podremos hacerlo, si no sabemos abandonarnos, si no creemos. Por eso veo que no puedo extrañarme y enfadarme ante la indiferencia de los que tengo alrededor.

¿Qué hizo Jesús en la tormenta? Se durmió. Dormía. Sus discípulos gritaban de miedo y él dormía. «¿De qué os preocupáis?», les pregunta. Pero no les reclama nada. ¿Acaso puedo esperar yo algo?

Puedo justificar a los que no me entienden. Lo hago con presteza y les dejo tranquilos, pues me parece que es lo justo. No les digo nada más sobre mí. Les digo que tienen razón en todo. Y pongo sus vidas en las manos de Dios.

Afortunadamente, mis padres me sostienen espiritualmente y también materialmente, a menudo pagando ellos las facturas de mi casa, apoyándome en tantos gastos que no puedo afrontar solo.

Y luego está mi hermano. Un día, después de la cena de Año Nuevo, entro en disociación y sufro un colapso repentino, cayendo al suelo. Con mi hermano se encuentran su mujer y su hijo de cuatro años. Mi hermano se da cuenta de que la cosa va degenerando, y se va de casa con mi sobrino.

Apenas cierra la puerta tras de sí, para justificar su prisa, le dice a su hijo:

—El tío Francesco tenía sueño, ¿no has visto cómo se ha quedado dormido?

Y su hijo le responde, dejándole con la boca abierta:

—Papá, a mí me parece que al tío Francesco le pasa algo que no podemos entender.

Mi sobrino de cuatro años muestra un conocimiento mayor que muchas otras personas. Pero no me sorprende mucho: los pequeños y los simples son mucho más

inteligentes que los grandes y los sabios.

Afortunadamente, tengo a mi lado a alguien que me entiende.

Una noche voy a cenar con Daniela a casa de un amigo. Él me presenta a su hermana, que es doctora. Por casualidad, la conversación va deslizándose hacia las oraciones de curación. Ella dice que ha leído varios libros del famoso exorcista, el padre Gabriele Amorth, y que está inclinada a creer en lo que cuenta.

—Como médico, creo —dice—. De hecho, intuyo que muchas enfermedades pueden estar causadas por el maligno. Pero lo que me deja un poco perpleja es que los poseídos nunca hablan. Ningún poseído cuenta lo que está viviendo.

Tiene razón. Los poseídos no suelen hablar. Dice:

—Sería muy bueno que una persona poseída pudiera hablar y contar su experiencia. Quedaría todo más claro que en los libros de Amorth.

Al volver a casa y reflexionar sobre esta conversación, creo que esta doctora ha dado en el blanco. Y siento cómo nace en mí una responsabilidad: ¿por qué no contarlo?

Daniela me dice:

—Me han llamado la atención las palabras de la doctora. Es como si tuviéramos la clave para explicar muchas cosas a tanta gente, pero nos la quedamos para nosotros. Al menos deberíamos decirle a ella lo que estamos viviendo, ¿no crees?

Y yo pienso: «A saber qué va a decir, cómo me juzgará». Pero no me preocupo demasiado.

Al cabo de unos días, nos cruzamos en la calle con ella por casualidad. Le digo:

—Sabes, he pensado en ti porque he conocido a una persona que ha tenido de repente una posesión y que estaría dispuesta a hablar de ello.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y podría conocerla? ¡Llevo años deseándolo!

—Sí, por supuesto —le digo y me invita a cenar en su casa

con Daniela y la persona de la que le he hablado.

Pero a la cena nos presentamos solo dos, Daniela y yo.

Ella abre la puerta y pregunta:

—¿No hay nadie más? —Pero inmediatamente cae en la cuenta. Y me dice—: Sabes, después de que me dijiste que habías conocido a un poseído, se me ha venido a la cabeza que, en realidad, tenías que ser tú, porque la otra noche mi hermano hablaba del tema con demasiada familiaridad...

Nos deja pasar y nos trata como si estuviera honrada por tenernos en casa. Es la primera vez que me siento bienvenido de esta manera: ¡yo, acogido con honor a causa de mi posesión!

Hablamos a corazón abierto, y también Daniela.

Y al final nos dice:

—Solo ahora entiendo por qué ningún poseído cuenta su historia. Es una situación demasiado difícil para airearla.

Y ella nos cuenta que tiene muchos pacientes a los que no sabe cómo curar. Intuye que algunas de esas enfermedades son de naturaleza maléfica, pero al mismo tiempo no puede hablarles de Cristo, decirles: «Cristo es quien puede curarte».

Liberia es amiga de Daniela desde que eran niñas, está casada con Piero. Nos invitan, ella y su marido, tres o cuatro veces al año a comer una pizza.

Hablamos mucho de nuestra fe. No les contamos nada de mi posesión, solo de nuestra vida de fe. Siempre nos escuchan atentamente y sin poner barreras, aunque a menudo, al terminar la cena, Piero le dice a su esposa:

—*Mamma mia*, ¿no te parece que Francesco es un poco exagerado cuando habla de su fe?

Por supuesto, son una pareja de creyentes, pero con una fe inmadura: van a la iglesia todos los domingos, pero más por rutina que por convicción.

De todos modos, con ellos la conversación suele girar en torno a los problemas.

—Debes hablar con tu ángel custodio siempre y pedirle ayuda. Debes rezar a los santos y a los ángeles que te

custodian y te protegen.

Me escuchan asombrados, fascinados, pero al mismo tiempo incrédulos.

En un momento dado, tiene lugar un suceso que hace que su vida se complique: su segundo hijo, una niña, nace con un problema genético grave. Son días de angustia. Lo llevan al médico a Liguria.

Desde Génova nos envían un mensaje de texto en el que se intuye mucha desesperación: «Estamos en Génova. Rezad por nosotros», nos escriben sin añadir nada más.

Los llamo y les aconsejo que compren un libro de oraciones. Se titula *Orar, orar, orar*.

—Rezad el rosario y confiad en la Virgen —les digo.

Los médicos no ofrecen ninguna esperanza: la niña vivirá, pero quedará con graves discapacidades.

Regresan a Alcamo y comienzan a invitarnos a cenar todos los sábados. Nos quieren cerca. Sienten que somos importantes para ellos.

Un sábado por la noche encontramos la mesa preparada como para una fiesta. Generalmente, no suele ser así: nos tomamos la pizza en platos de papel. También porque no resulta fácil cuidar a la niña: sufre varias crisis epilépticas violentas, incluso unas once o doce al día.

Pero este sábado no. La mesa está preparada de otro modo. Piero me explica el motivo:

—Francesco —me dice—, siempre he pensado que estabas un poco loco pero el tonto era yo. Todo lo que me contabas no lo he comprendido a fondo hasta ahora, pero ahora te creo.

La niña cambia su vida. Pronto aprenden a dar gracias a Dios por su dulce presencia. Se abren a una fe auténtica. Piero comienza a venir todas las mañanas a misa conmigo. Antes, se iba a trabajar cuanto antes por miedo de no llegar a todo; ahora dedica la primera parte de la mañana a ir a misa sin preocuparse de los compromisos siguientes. Dice:

—¿Sabes que cuando vengo a misa consigo tenerlo todo al día incluso mejor que antes?

Una noche me decido a abrirme y le cuento mis posesiones. Ellos se quedan sin palabras. Nos dicen:

—¡Veníamos para que nos levantarais el ánimo, y no teníamos ni idea de por lo que estabais pasando!

Piero y Liberia, la doctora que quería conocer a un poseído... Ellos son, junto a unos pocos más, los amigos que nos acompañan en la oscuridad de la posesión diabólica. Nosotros les sostenemos a ellos y ellos, casi sin darse cuenta, nos sostienen a nosotros.

Dentro de la categoría de amigos auténticos se encuentran también las monjas clarisas.

En Alcamo hay dos monasterios, el de Santa Clara y el del Sagrado Corazón. Ambos, por diferentes razones, se han convertido en dos puertos seguros en medio del mar. Crece la tormenta, las aguas se agitan, y yo, sobre una balsa a la deriva, corro el riesgo de hundirme en un remolino abisal. Me hundo, pero nunca completamente. Siempre encuentro un monasterio al que aferrarme, una isla a la que el malvado no puede acercarse.

Cada mañana voy a misa al convento del Sagrado Corazón. Más allá de la reja veo a las monjas. Los cordones de su hábito son una barrera segura contra el mal tiempo maléfico. Satanás no puede traspasar estos cordones. No puede nada contra ellas.

Siento las miradas de las monjas, miradas de amor y misericordia. Y, más aún, escucho sus oraciones. Surcan el cielo como los cometas rompen las noches más oscuras.

La madre abadesa me lleva en el corazón. Encarga a sor Francesca que rece por mí durante la oración comunitaria de la noche.

Las monjas se convierten en mi ejército. Veintiuna monjas contra las veintisiete legiones de demonios. Parece que las fuerzas no están equilibradas. Y así es, pero son ellas las más fuertes.

El maligno no puede acercarse al monasterio: «¡Quema! ¡Quema!», dice muchas veces.

Las oraciones de las monjas son como llamas ardientes, salen por las ventanas del monasterio y no permiten que el maligno se acerque. Ni siquiera puede poner un pie en la acera frente a la entrada. Se quema demasiado. Debe mantenerse alejado.

—¡Conseguiré entrar! ¡Encontraré una puerta, la encontraré! —grita. Y luego suelta otras amenazas pero que son inofensivas: —¡Esas malditas monjas! ¡Tengo que matarlas a todas!

Pero no solo cuento con la ayuda del monasterio del Sagrado Corazón. También está el de Santa Clara, de monjas clarisas como el otro. Y también estas monjas rezan por mí.

El padre Mario Turiano, un fraile franciscano del convento de Alcamo, es el «culpable» de sus oraciones. Joven, alto y fuerte, se enteró de mi caso por el padre Stefano Smedile, el fraile designado por el obispo para ser mi padre espiritual. Y fue este joven fraile quien pidió a las monjas que rezaran por mí. Y lo obedecieron hasta que, el 1 de agosto de 2007 murió a causa de un cáncer violento.

Tres días después, acudo a fray Benigno por el exorcismo habitual. Entro en disociación. Los diablos comienzan a gritar. Y dicen:

—¡Ni hemos visto al padre Mario! Ha subido veloz como si fuera en coche. ¡No hemos podido ni verlo! ¡Ha volado directamente al cielo!

El 11 de agosto estoy en misa en el monasterio del Sagrado Corazón. Celebra un sacerdote al que nunca he visto antes. Al final de la ceremonia, me acerco a la sacristía y me presento. Nada más verlo, siento cómo crece una gran molestia dentro de mí. Y caigo al suelo totalmente disociado. Es un exorcista.

La madre Gemma, la madre abadesa, envía de inmediato a dos monjas a rezar ante el Santísimo. Las veo, asustadas pero obedientes, que recitan el Ave María de rodillas.

Señalo al sacerdote:

—¡Me estás molestando!

A mi lado hay un crucifijo y una columna con una estatua

de la Virgen encima. Me pongo furioso:

—¿También estos? ¡Me estáis fastidiando!

Y luego otra vez al sacerdote:

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

Pero en un momento dado todo cambia.

—Oooh...

Una visión.

—¿Quién eres? —le pregunto a una monja que se acerca a mí con una velocidad que no puedo explicar. No la conozco. Lleva un velo cuadrado sobre la cabeza, como si fuera el techo inclinado de una cabaña.

—Yo soy santa Clara —me dice.

—¿Por qué tienes este velo tan cuadrado? —le pregunto. Ese detalle particular me llama la atención. Las clarisas del convento no usan un velo similar.

—El velo original era así —responde dulcemente.

Me habla con el pensamiento, como todos los santos que se me aparecen. Es decir, me habla sin tener que decir ninguna palabra.

Y me pide que le informe de algo importante a la madre abadesa, recomendándome que no me olvide. Me dice que la abadesa no tiene que angustiarse por las pequeñas diferencias entre las hermanas, que ella se encargará. Ella protege siempre a todas las hermanas. Siempre está presente en sus celdas tanto de día como de noche.

Y después de estas palabras quedo fulminantemente liberado.

—Soy Francesco —digo. Estoy invadido por una paz infinita. Una paz que permanece conmigo durante varios días, pero luego ellos, los demonios, vuelven.

Una noche en casa me cogen por sorpresa. En verdad, no son tantos y ni siquiera son demasiado violentos. De modo que Daniela me deja solo en la habitación, durante unos minutos, solo en mi cama y con su compañía.

Tan pronto como sale, agarro el teléfono. No soy yo quien lo hace. Son los demonios dentro de mí. Marco el número de

las clarisas. Responde la hermana Miriam.

—Hola, hermana Miriam, soy Francesco —le digo con mi voz inconfundible.

—Hola Francesco, qué placer, ¿estás bien? ¿Qué necesitas?

—Querida hermana Miriam... solo un favor.

—Dime, por supuesto, cualquier cosa.

—Mañana, a las siete y cuarto, cierre la puerta de la capilla que da a la calle.

—¿Cerrar la puerta? ¿Por qué? A las siete y media hay misa...

—¡Porque eres una bruja! ¡Bruja! ¡Bruja! —grito a voz en grito mientras escucho como la hermana cuelga.

Daniela acude alarmada. Averigua lo que he hecho. Y decepcionada, llama al convento para disculparse.

9. El miedo en estado puro existe

Mis amigos, las monjas, los santos... y los sacramentos. Cuento con muchos aliados que se esfuerzan en ayudarme.

Se habla poco de los sacramentos. Y, sin embargo, son un medio muy poderoso y eficaz. Si fuéramos capaces de entender cuánta ayuda nos proporcionan, nunca los abandonaríamos.

Los santos vienen y se van cuando ellos quieren. A veces les pido ayuda y no me la conceden. O eso me parece a mí. Otras veces vienen y me ayudan mucho más de lo que podría haber imaginado.

Se encuentran siempre cerca de mí. Son almas predilectas porque, por disposición divina, pueden romper el muro misterioso que separa a los muertos de los vivos para venir a socorrerme. Entre nosotros hay una comunión espiritual ininterrumpida. Y eso es lo mismo con cada persona. La muerte nos ha separado de los santos de manera física, pero no espiritualmente.

Una barca. Es como si estuvieran equipados con una barca. Con el permiso de Dios, pueden subirse en ella, superar las corrientes más poderosas y arribar a nuestra costa.

Desafortunadamente, también los demonios pueden acercarse a nosotros. Son del todo inferiores a los santos, pero sin embargo también están presentes. Los reconozco de inmediato: tienen ojos largos o profundos como el abismo de su nada.

Les miras a los ojos y te pierdes, te sumerges en una oscuridad que no tiene fin.

A veces noto sus patas. Patas llenas de pelos y larguísimas

que descienden hasta el mar de la nada, hasta el abismo de su reino, el infierno.

A menudo son gusanos, muchos gusanos, a los que detesto. Me salen por las extremidades y me cubren por completo. Grito de asco y no encuentro paz.

Pero lo peor, lo peor de lo peor, es el miedo.

O más bien, el miedo en persona, el miedo en estado puro: una pantera inmóvil, glacial, con los dos ojos fijos en mí.

Me mira en silencio. No tiene que hacer nada para meterme el miedo en el cuerpo, nada. No lo necesita. Allá donde se encuentra, el miedo le acompaña de modo natural, sin necesidad de decir o hacer nada.

—¡Tengo miedo! ¡Miedo! —grito un día con una voz realmente inhumana mientras participo en un retiro espiritual.

—¡¡¡Miedoooooo!!!

Abro los ojos y estoy al borde de un precipicio sin fondo. Estoy a punto de caer dentro. El terror me rodea. De hecho, no el terror, sino el miedo. Pero es incorrecto decir que me rodea. No es así. Es más, mucho más. Me posee. Vive indomable dentro de mí.

Grito, chillo, pero no tengo escapatoria. Quizá estoy ya muerto. Peor estoy vivo. Y ella, la pantera, está dentro de mí.

Pero una mujer se acerca desde lejos. O al menos lo intenta. Es una señora que participa en el retiro. Está fuera de mi disociación, pero también está misteriosamente dentro.

—Francesco —me dice.

Pero la rechazo:

—¡Miedo! ¡Miedo! —grito.

Pero la mujer no se desanima.

—Francesco —vuelve a decirme y se acerca cautelosamente, a pasos pequeños—. Vengo con el amor de Jesús, con el amor de Jesús.

No sé cómo, pero consigue llegar hasta mí. Tanto es así que ahora, entre yo y el abismo, está ella.

—Con el amor de Jesús —me dice. Y me acaricia el cuello

por un lado, desde la base del cuello hasta la frente.

Me acaricia al contrario, como si acariciara a un gato a contrapelo.

—Te acaricio con el amor de Jesús —me dice.

Es en ese momento cuando grito:

—¡Soy el verdadero miedo!

Y una enorme pantera negra sale rugiendo de mi cuerpo y salta poderosamente al precipicio.

Sin embargo, antes de precipitarse se queda inmóvil, como una película al apretar el botón de pausa.

Se gira. Y me mira. No me equivoco: me mira a mí.

Ante mí tengo el miedo en su estado primordial, puro, cristalino.

Y luego, de nuevo un salto adelante. Hasta que, finalmente y, de repente, desaparece.

Y yo regreso a mí mismo, invadido por una paz que no puedo describir.

¿Por qué esta experiencia? Una vez fuera del estado de posesión me pregunto por qué he tenido que enfrentarme a esta pantera.

Inmediatamente pienso en el Apocalipsis, ese libro del Nuevo Testamento al que, no puedo explicar por qué, siempre me he opuesto.

Una vez en casa, después del retiro espiritual, lo abro de inmediato. Lo abro al azar. Delante de mí, tengo el capítulo trece, versículo dos: «La bestia que vi se parecía a una pantera».

San Juan describe el miedo que lo invade cuando se encuentra con la bestia, el diablo, en su manifestación más feroz.

El miedo se ha ido. Pero no me he liberado completamente de él. Va a volver, aunque de diferentes maneras.

Estoy en la sala de estar y, algo realmente inusual en estos tiempos amargos, me encuentro sentado viendo la televisión.

Daniela está en el dormitorio.

Y yo, sin poder hacer nada para evitarlo, lo siento.

¿A quién? ¿El qué? Hay alguien a mi lado. Está allí y tiemblo, incapaz de hacer nada, y mucho menos de mirarlo.

La presencia a mi lado es invisible pero real.

Levanto un poco la vista y veo encima del televisor la imagen de san Miguel Arcángel. Lleva ahí mucho tiempo, pero solo ahora me acuerdo de él.

Siento su poderosa protección: «Tú eres el ancla de mi vida, mi salvación», le digo. Y de nuevo: «Tú lo puedes todo si ahora no puedo ni rezar».

Pero el terror permanece. A mi lado está siempre esa presencia que me angustia terriblemente.

Encuentro el coraje para girarme.

Al principio no distingo nada. Después, todo se hace más claro.

Bajo una masa de aire oscuro, entreveo un cerdo enorme acostado con las patas hacia arriba. Está allí, triunfante y aterrador.

Me estremezco. Una descarga eléctrica me hace saltar. Es entonces cuando me quedo sorprendido porque aquella presencia, aquel cerdo, me deja; se da la vuelta, se va volando hasta la cocina y luego sale por la ventana.

Y el aire, a su alrededor, queda impregnado por el aroma de un jardín lleno de flores.

Grito de alegría. Daniela corre hacia mí. No entiende lo que ha pasado.

No le digo nada. Me dejo impregnar por el aroma de las flores. Y me pregunto: «¿Has sido tú, san Miguel, quien me las ha enviado?».

La belleza de los santos es extraordinaria. A menudo, acuden cuando las disociaciones alcanzan cotas muy duras. Entonces siento una paz, una dulzura, que no hay nada igual en el mundo. Nada.

Y esperando a que intervengan me someto a los exorcismos. De hecho, cuando salir de casa camino de un exorcismo me cuesta un gran esfuerzo, el deseo de ver a los santos elimina todas las resistencias.

Ver a los santos. No siempre se me concede. De hecho, a menudo no los veo, pero los siento. Luchan en mi cuerpo contra los demonios. Estoy inmóvil, quieto, y como si fuera su campo de batalla personal, los oigo pelear duramente sobre mí.

Los demonios hablan con los santos y les dicen:

—¡Somos los más fuertes! ¡Nosotros os ganamos!

Pero sé bien que, al contrario, están perdiendo. Los santos, sin hablar, los están derrotando.

A menudo, cuando la batalla está a punto de resolverse, siento cómo tiemblan los demonios y gritan en voz alta el nombre del santo que tienen enfrente:

—¡Pío! ¡Pío! ¡Pío! —gritan de terror, mientras el Padre Pío de Pietrelcina los derrota.

Y más adelante, escucho un nombre que nunca habría pensado que oiría a los demonios pronunciar con un terror tan inmenso:

—¡Karol!

A partir de 2004, tiene lugar una nueva situación. El protagonista, de modo indirecto, es Juan Pablo II. O mejor, sus sufrimientos.

La primera vez sucede en la habitación de fray Benigno. Le traigo unas fotos de la audiencia que tuvimos Daniela y yo con Juan Pablo II el 29 de noviembre del 2000, vestidos de novios. A fray Benigno le encantan las fotos, pero de repente llega: comienza el exorcismo.

Sin previo aviso, me arrojo violentamente al suelo y grito:

—Fray Benigno, ¡vete! ¡Es suficiente!

Siento al maligno dentro de mí. Y esta vez lo noto dotado de una fuerza extraordinaria.

—¡Francesco es mío! ¡Es mío! —grita sin dar ninguna señal de debilidad.

Fray Benigno prueba con el agua bendita. Me rocía con ella, pero su efecto es igual a cero. Entonces se da cuenta de que ha de vérselas con un hueso no duro, sino muy duro de roer. Decide parar.

Lo veo cómo se da la vuelta y agarra algo de la mesilla que tiene al lado.

Me doy cuenta de inmediato: son las fotografías de Karol Wojtyla. No le da tiempo ni siquiera a sacar una del sobre, y comienzo a gritar:

—¡Noo! ¡Nooo! —Y otra vez—: ¡Déjalas! ¡No puedo verle! ¡No puedo soportar el sufrimiento de Juan Pablo II! ¡Sus sufrimientos me destruyen!

Y luego, con voz aterrorizada:

—¡Fuego, fuego! ¡Hay fuego en mí! ¡Me quemo!

Lo siento. El maligno está atormentado por los sufrimientos de Wojtyla. Está atormentado porque los ofrece por el bien de la Iglesia. Algo insoportable para él.

—¡Sus sufrimientos me atormentan! ¡Me atormentan! —grita.

Fray Benigno se queda inmóvil. Con una fotografía casi por completo fuera del sobre, me mira con incredulidad con las gafas en la punta de la nariz.

—¡Yo huyo! ¡Me voy! —grito.

En definitiva, el maligno no se resiste más. Y escapa a toda prisa. Inmediatamente obtengo una plena liberación y encuentro energías increíblemente nuevas que me llenan de gran vigor.

Y así en muchas otras ocasiones los sufrimientos de Juan Pablo II me ayudan a liberarme. Son unos exorcismos únicos, de manual.

Horas de posesión sin solución de continuidad. Los demonios comienzan a temblar y a estremecerse:

—Pío, Pío, ¿qué estás haciendo aquí? —gritan—. Pudimos alejarte y encerrarte. Te habíamos prohibido celebrar misa, administrar los sacramentos, confesar... Pero tú, tú, en San Giovanni Rotondo sacabas la mano por una pequeña ventana de la celda y con un pañuelo blanco saludabas a la gente... Y allí estábamos nosotros cien, doscientos... ¡Todos muertos! ¡Nos destruiste!

Mientras los demonios hablan del Padre Pío en su celda,

me veo proyectado en esa escena. Para mí es como revivir aquellos momentos. Y entiendo que el Padre Pío había logrado liberar a mucha gente a pesar de la injusta decisión de encerrarlo en su celda.

Pero no solo me ayudan los santos. Hay más que me echan una mano, unos a quienes nunca habría imaginado encontrar en mi camino.

Estoy tumbado en mi cama en medio de una posesión, con Daniela sentada a mi lado en una silla. De improviso me quedo bizco mirando fijamente a la pared que está enfrente de mí.

Salto hacia atrás contra el cabecero de la cama, con los brazos pegado a la pared, las piernas estiradas hacia adelante, los ojos abiertos, asombrado y asustado a la vez.

Una multitud inmensa. Ante mí hay una multitud inmensa de personas. Todas vestidas de gris, sus largas túnicas se distinguen solo por unas leves tonalidades de color diferentes. Algunas más claras, otras más oscuras, otras desvaídas, otras más brillantes...

Toda esta gente se encuentra más allá de la pared, en un valle que desciende y luego se convierte en una llanura. Una llanura infinita que se pierde muy lejos, como se pierde el mar en la línea del horizonte.

¿Cuántos son? ¿Ochocientos mil? ¿Millones? No tengo ni idea. Son muchos, muchos, un número infinito.

—¡Ayuda! ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —grito.

Daniela continúa rezando en silencio. Se da cuenta de que hay alguien. Estoy disociado, pero además de a la multitud, puedo ver a Daniela a mi lado. Estoy presente en mi habitación y, al mismo tiempo, no estoy allí.

¿Por qué estoy asustado? Porque dentro de mí entiendo que estos espíritus son beatíficos. El problema es que no sé de dónde vienen. Y por eso me dan un miedo terrible.

Les bastaría moverse un poco, avanzar unos pocos pasos, y aplastarme. Y, sin embargo, se quedan quietos, moviéndose solo levemente, de una manera casi imperceptible.

El aire está inmóvil. La luz apenas se percibe. Como si

fuera el crepúsculo. No puedo ver bien sus caras. Solo puedo saber que son personas o, mejor dicho, almas. Almas que esperan, una espera casi inmóvil. Y pacífica.

—¿De dónde sois? ¿De dónde venís? —grito.

Veo que algunos son japoneses, otros australianos, otros latinoamericanos y europeos... vienen de todas partes del mundo. Me asusto tanto que me quedo inmovilizado sin poder mover el cuello a derecha o izquierda.

Pero en un momento concreto uno de ellos se abre paso entre la multitud. Avanza y llega a la primera fila, frente a mí.

—Soy francés —dice—, ¿no te acuerdas de mí? —pregunta, ignorando al maligno que hay dentro de mí.

—No, no te recuerdo. ¿Quién eres?

—Soy francés, ¿no te acuerdas? Reflexiona.

—No me acuerdo...

—No he muerto hace mucho tiempo. Soy joven. Soy tu prima Elody. Estoy aquí gracias a los sufrimientos que tuve que pasar antes de morir. Es lo que me ha permitido quedarme entre esta multitud y sentirme bien.

Elody, mi prima. Murió de cáncer no hace mucho. Elody está entre toda esa gente.

Me explica que con ella también está su abuela. Ella no tenía por qué quedarse allí. Ya se había salvado. Pero se le ha permitido hacerle compañía.

—Estoy aquí —me dice a continuación— también gracias a las oraciones de mi madre. ¡Incluso el abuelo se ha salvado! El abuelo, ¿entiendes? Ahora escúchame: debes decirle a mi madre que no tiene que llorar más por mí. Porque si en vez de llorar, reza por mí, podré subir al cielo más rápidamente.

En ese momento la veo protegida dentro de una urna de vidrio. Nadie puede lastimarla. Y en ese momento el demonio, aterrorizado, vuelve a gritar.

—¿Quiénes sois? ¿Quiénes sois?

Y sucede algo extraordinario. Todas las almas levantan un brazo y apuntan hacia Daniela. Señalan a Daniela. Y dicen:

—Somos las almas del purgatorio y estamos aquí gracias a

sus oraciones.

Vuelvo en mí y abrazo con fuerza a Daniela. Le cuento todo lo que ha pasado, pero ella, de un modo misterioso, es como si lo hubiera visto todo. Daniela ha hecho sufragios por las almas con muchas oraciones. Durante varios días, ha sentido un fuego en su interior. Un fuego que la ha empujado a quedarse en vela y a rezar conscientemente por las almas del purgatorio, haciendo sufragios por ellas. Y a pesar de rezar y no dormir, a la mañana siguiente siempre ha conseguido ir al trabajo como si no hubiera pasado nada.

Ha rezado mucho, es verdad, y con mucho ardor. Un ardor que no volverá a repetirse más adelante. Pero el tiempo que pasó en oración no fue nada comparado con el efecto de sus oraciones. Ahí es cuando entendí el poder inimaginable de la oración.

La oración es la sal de mis días. Rezo siempre, tanto como puedo. También participo en encuentros de oración junto a otras personas. De hecho, frecuento grupos que hacen oraciones de liberación.

¿Qué es una oración de liberación? Es necesario explicarlo bien: en la Iglesia Católica hay muchas personas que, sin ser exorcistas, expulsan eficazmente a cualquier tipo de demonio en el nombre de Jesús. ¿Cómo es esto? ¿La liberación de los demonios no es una tarea exclusiva de los sacerdotes exorcistas? En verdad, no. El nombre de exorcista se reserva solo para los sacerdotes (les nombra el obispo de la diócesis a la que pertenecen), pero liberar a los poseídos de las presencias y las influencias diabólicas es algo que todos podemos hacer: basta trabajar con verdadera fe y hacerlo en el nombre de Jesús.

«A los que crean acompañarán estos milagros: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, agarrarán serpientes con las manos y, si bebieran algún veneno, no les dañará; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán curados», dice Jesús en *Marcos* 16, 17-18.

Mientras que el exorcismo es una oración pública y

solemne, hecha con la autoridad de la Iglesia (un sacramental), las oraciones de liberación son una forma de oración privada: cualquiera puede rezar a Dios para obtener una liberación del demonio. Las oraciones de liberación, por tanto, son oraciones que todos pueden recitar en privado (para sí mismo y para los demás) para obtener la liberación del maligno. Y esto porque el Espíritu Santo sopla donde quiere y otorga sus dones según los necesitamos. Dice san Pablo: «Hay, sí, diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; y diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; y diversidad de acciones, pero Dios es el mismo, que obra todo en todos. A cada uno se les concede la manifestación del Espíritu para provecho común (...). Pero todas estas cosas las realiza el mismo y único Espíritu, que las distribuye a cada uno según quiere» (*1 Co* 12,1-11).

Durante una jornada de oración me sucede un hecho extraño, que me hace comprender cuántos factores contribuyen a liberar del mal.

Estoy en un convento de Palermo. Después de comer, me siento alrededor de una mesa junto a otras ocho personas.

Una amiga me dice:

—Tengo que contarte un sueño que he tenido esta noche.

—¿A mí? Cuéntame.

—Estoy en una gran plaza rodeada por tres de sus lados de unos pórticos imponentes. Desde el cuarto lado, se ve en la distancia un mar muy azul.

Escucho intrigado.

—El ambiente es jovial, hay muchos artistas callejeros que entretienen a la gente. También estáis Daniela y tú. En un momento determinado, los tres nos vemos involucrados en un juego: a mí me toca representar con gestos unas palabras que vosotros tenéis que adivinar. Sobre una gran cartulina dibujo cuatro signos: el «más», el «menos», el «dividido» y el «por». Miras los signos y dices: «Suma, resta, división y multiplicación». Te interrumpo: «No, Francesco. El último signo es incorrecto». «¿Cómo que incorrecto? Es el "por" de la

multiplicación». «No, Francesco», te digo mientras hago una cruz con los dedos. «Mira», te explico, «no es la multiplicación sino la cruz».

En ese momento me tenso. Y de repente salto de la silla hacia la pared del otro lado del comedor. Un salto felino, decidido, lo más lejos posible de ella.

Y grito:

—¡Eres una bruja! ¡Voy a matarte!

Ella se asusta y huye de la habitación. Su madre, sin embargo, también sentada a la mesa, se queda quieta, aturdida, aterrorizada. Sé bien que frente a Satanás o huyes o te quedas inmovilizado e incapaz de reaccionar. No hay otra posibilidad.

Alarmados por los gritos, llegan los frailes del convento, unos cinco o seis, y con ellos hay alguien a quien no he visto nunca antes. Tiene rasgos latinoamericanos y va vestido de modo informal. Quedándose unos pasos atrás, me mira de reojo.

Los frailes comienzan a hablar conmigo y también a orar, pero no les hago caso. Solo tengo ojos para el sudamericano: bajo de estatura, siento que el maligno está aterrorizado por su presencia. Y grito:

—¡Os voy a matar, bastardos! ¡Os voy a matar! —Y luego a ese hombre—: ¡Tú, tú, tú, te odio! ¡Te odio! ¡No me mires!

Sostiene una pequeña cruz en sus manos. Me molesta esa cruz, pero lo que más me molesta es su persona, su presencia.

—¡Me estás destruyendo! ¡Me estás destruyendo!

El hombre me mira en silencio, sin decir nada.

Luego los frailes se abren en semicírculo y lo dejan en medio. Y a medida que se acerca un poco hacia mí, pierdo todas las fuerzas. Pero sigo gritando:

—¡Eso me mata! ¡Me mata!

Y como último recurso, comienzo a contar episodios y hechos de su vida que solo él puede conocer.

Se detiene, pero sigue mirándome, en silencio, sin hacer nada.

—¡Me quema! ¡Me quema! —grito.

El malvado está aterrorizado. Piensa que tiene ante él a un gran carismático o algo por el estilo. Pero realmente no sabe quién es. Tiene miedo de su calma, de su firmeza.

—¡Eres solo un religioso! ¡Ni siquiera eres sacerdote! ¡Te odio! —Pero, finalmente, grito—: ¡Me voy! ¡Me voy!

Me caigo al suelo y un poco más tarde vuelvo en mí:

—Soy Francesco, he vuelto —digo.

Y el sudamericano, que más tarde descubriré que es peruano, permanece allí, callado y silencioso ante mí. Le digo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué estabas rezando?

No me responde, pero me dice:

—No tengo ni idea de cómo sabías todas esas cosas sobre mí.

—¿Cómo, no lo entiendes? ¡Estaba en posesión! ¡No era yo el que hablaba sino el demonio dentro de mí!

—¿En posesión? Es la primera vez que presencio algo así.

Le digo que me cuente su vida. Él me dice que es religioso y que se encuentra en Italia por obediencia. Hace varios años que no ha visto a su familia en Perú. Hace un poco de factótum del convento. Se dedica a los trabajos más humildes. Y enseguida lo entiendo todo. Satanás está aterrorizado por él, no porque rece de manera particularmente efectiva o porque tenga poderes especiales. Satanás teme su desnudez, su extrema humildad.

En su ser nada Satanás ha visto; ha sentido un gran poder espiritual.

La situación vuelve a tranquilizarse en el comedor y mi amiga del sueño reaparece en la habitación. Le pregunto cómo termina. Me explica que cuando me dijo que la señal era una cruz, comencé a gritar estas palabras: «¡Salvación, redención y liberación!». Y comencé a saltar de alegría junto a Daniela.

Los últimos, los más humildes, son fuertes, poderosos

contra el mal. Su fe simple mueve montañas.

Un día participamos de otra jornada de oración, que tiene lugar en un pequeño palacete. Estoy en la fila para confesarme. Daniela a mi lado. De repente:

—¡Daniela, no lo resisto!

Y me caigo al suelo totalmente disociado. Los sacerdotes que estaban confesando se acercan e intentan levantarme. Me ponen de lado y me dejan allí. Entre ellos está fray Francesco Pio, un fraile con el que me encuentro a menudo los sábados cuando acudo a los exorcismos con fray Benigno. También es un franciscano renovado.

A fray Francesco Pio se le puede reconocer en cualquier parte: siempre anda descalzo. Por la noche y durante el día, en invierno y en verano, nunca usa zapatos.

—¡Soy Satanás! —grito.

Fray Francesco Pio no se inmuta. Y mientras varias personas a mi alrededor intentan ayudarme, él se coloca un metro por detrás de mi cabeza. Se queda quieto, con los pies descalzos, a un metro de mí, con las manos juntas en oración.

Comienzo a temblar. Y chillo:

—¡Tus pies! ¡Tus pies me repugnan, apestan!

El maligno está perdido y grita locamente. Detrás de él tiene esos dos pies, para él dos presencias insoportables.

—¡Vete, hermano! ¡Llévate esos pies!

Y en efecto los siento, esos dos pies, que de un modo misterioso pero eficaz están dominando a las bestias que están sobre mí. Bestias, sí: los demonios que me poseen son como bestias enormes y feroces.

Intento girar el cuello hacia atrás para ver los pies. Y mientras tanto lloro de terror. Hasta que, exhausto, grito:

—¡Noooo! —Y quedo liberado.

Fray Francesco Pio se acerca y me abraza. Necesito su abrazo. Es como si acabara de salir de una edad de hielo.

—Apóyate en mí —me dice. Y luego—: Francesco, debes confesarte.

Me dice que me confiese en particular de dos pecados,

pero yo no recuerdo haberlos cometido nunca.

—Los cometiste —me dice, seguro de sus palabras.

Pienso en ello y, poco a poco, me vuelve la memoria. Es cierto, los he cometido.

Me confieso enseguida y cuando los suelto siento como si se abriera un tapón en mi interior. La podredumbre sale y se va. Me abandona. Y regreso en plena comunión con Dios.

Los hombres y los espíritus. Los frailes y también los santos.

Mi vida está impregnada de la presencia de Satanás, pero también de la ayuda de los santos.

Estoy cenando con mis suegros y los espíritus malignos vuelven a invadirme. Estoy mal, en el suelo, temblando.

Daniela comienza a rezar, pero luego se detiene y pide silencio.

Mi rostro aparece como en éxtasis. Balbuceo:

—P-P-P... ¡Pio!

El Padre Pío se encuentra una vez más frente a mí. Su cara brillante, su gruesa barba blanca.

Me habla con el pensamiento. Sus palabras son un alimento suculento que entra con una velocidad inaudita en mi mente. Me dice:

—Conozco bien tu situación, por lo que estás pasando. Pero ahora dile a tu esposa que tome el libro *Orar, orar, orar* y que recite mi coronilla con todos los presentes.

Como por arte de magia, salgo de la visión y le digo a Daniela lo que tiene que hacer. Ella corre, vuelve con el libro y comienza a recitarla.

Estoy de nuevo en una posesión violenta, pero inmediatamente vuelve el Padre Pío. Y me dice:

—No te preocupes, estoy cerca y te ayudaré. Yo dirijo la oración de liberación.

Incluso su presencia ya es una liberación para mí.

Y mientras Daniela continúa rezando, lentamente se acerca a mí y me besa en la mejilla derecha. Tan pronto como su barba me toca la cara, Daniela termina de rezar. Justo con

el «amén» de la Salve, y me deja completamente libre.

El Padre Pío es uno de mis aliados más fieles. A menudo viene a liberarme, no solo cuando estoy con fray Benigno, sino también con el hermano Ferro. Porque sigo acudiendo al sacerdote jesuita que fue quien hizo sobre mí por primera vez una oración de liberación.

Ya ha pasado algún año desde aquel retiro en las «Dolomitas» sicilianas, y él, el hermano Ferro, nunca me ha abandonado. Ha seguido rezando por mí con mucha fe y abnegación.

Los demonios son ahora bestias. Corren por mi cuerpo indefenso a voluntad.

Estoy disociado, pero de pronto balbuceo:

—P-P-P...

Y luego, finalmente:

—¡Pio!

El hermano Ferro se da cuenta y se detiene por un instante. Mira a Daniela y le pregunta:

—¿Está el Padre Pío?

Daniela asiente. Y él:

—Padre Pío, ¡continúa tú la oración! ¡Tú que te has enfrentado a los demonios antes que nosotros!

Pero el Padre Pío y yo estamos en otra dimensión. Él está delante de mí, sentado al fondo de la habitación en una silla de madera. Tiene una barba blanca muy espesa, el hábito que le llega hasta las rodillas y dos zapatos redondos muy bonitos. El cordón blanco alrededor de su hábito brilla con gran esplendor.

—¿Por qué has venido a verme? —le pregunto.

—Debes decirle al jesuita que no hay diferencia entre él y yo —me dice—. No hay diferencia. Los dos trabajamos en el nombre de Cristo. Solo necesitamos vivir con sencillez.

Mientras habla, me envuelve un gran frío. Siento que mi corazón se está volviendo duro. Necesito calor, su calor. Me levanto del sofá y me dirijo hacia él.

Por respeto, me arrodillo. Me encuentro en plena visión,

pero al mismo tiempo estoy en mí mismo. Sé muy bien que estoy en casa del hermano Ferro y sé que Daniela también está conmigo.

Arrodillado ante el Padre Pío, comienzo a decir:

—Te necesito.

Y suavemente me dice:

—Yo también, Francesco, he tenido que luchar como tú durante horas y horas contra el demonio.

Me asegura que no hay nada extraordinario en esto, me explica que la batalla es una batalla ordinaria. El suyo es un mensaje de confianza:

—Tienes que tener confianza —me dice.

Me abajo como para besarle los pies. No puedo explicar por qué hago eso. Pero siento que es lo correcto. Los pies, esos zapatos, me comunican una sensación muy fuerte de protección.

Pero un momento antes de besarlo, desaparece. Y me encuentro a una pulgada del piso, junto a una pared donde no hay silla alguna.

En la habitación, el silencio es único, indescriptible. Y me quedo allí, en paz, seguro de haber sido visitado por un ser querido.

El Padre Pío me ha hecho comprender que estoy viviendo una experiencia por la que él ya ha pasado antes. Que ese ser sobrenatural que me invade y me posee es algo normal a sus ojos, algo normal en su vida. En resumen, que las violentas posesiones del demonio sobre mi cuerpo, así como los tremendos pensamientos que tiene Satanás cuando está dentro de mí, son normales a los ojos del Padre Pío.

***

No sé cómo es posible, pero estoy completamente presente en mí mismo mientras Satanás, dentro de mi cuerpo, se deja llevar por pensamientos abominables e

indescriptibles. Son sus pensamientos, pero misteriosamente también lo son míos. Mediante ellos, trata de conducirme por dos caminos.

El primero consiste en lograr que piense que soy un privilegiado, un santo, un predilecto a causa de las posesiones: «Mira», me dice, «solo los elegidos pueden tener dentro a Satanás. Y sufrir. Y todo esto te está haciendo santo. Tú eres un santo. Debes estar orgulloso de tenerme dentro».

Lo sé, es un truco para hacerme pensar que su presencia es una bendición.

Me dice que soy diferente a los demás, que soy un elegido: «Puedes sufrir, quejarte, pero al mismo tiempo estar orgulloso de tanto sufrimiento», me sugiere al oído, intentando llamar mi atención. Y además: «Eres diferente porque estás atormentado, es lo que te diferencia del resto, ¿te das cuenta? No busques el motivo de las posesiones. Disfruta de mi presencia, eso es algo que te hace único, un elegido».

El segundo camino, en cambio, es el que me lleva a decir: «Estoy acabado, nunca saldré de este estado. Mi vida termina aquí».

Los exorcistas y mis amigos me dicen, en cambio, que cuanto más se acerca la liberación, más se sufre. Satanás me dice lo contrario: «Tus sufrimientos están aumentando porque solo esto es verdad: No tienes escapatoria».

Y como reacción a estos dos tipos de pensamientos, diametralmente opuestos, caigo en una apatía indescriptible. En una sensación de vacío, de nada, una acedia —esta es la palabra justa—, una acedia infernal.

¿Qué es la acedia? Para mí es una habitación situada debajo de un edificio de innumerables plantas. Es la última habitación, la que está abajo del todo, en los sótanos, sin ventanas ni puertas. Un lugar cerrado y olvidado por todos. Una tumba donde se está sepultado para siempre. Enterrado vivo para siempre, para toda la eternidad. Pueden buscarte, pero no te encuentran. Estás abajo del todo, en la oscuridad,

en el vacío de cuatro paredes que significan la muerte, la desolación, un agujero, la pérdida de todo y de todos. Es decir, la acedia. Una acedia sin puertas, sin salidas.

Pero no me seducen ni el primero ni el segundo de los caminos. Al contrario, intuyo una gran verdad: para salir de la acedia, no debo moverme. Hay muchos que se agitan, que gritan, que dan golpes y se lanzan de cabeza contra las paredes. Son sonidos vacíos que nadie puede escuchar.

Yo, sin embargo, he comprendido que el antídoto contra ella consiste en no moverse. Me quedo quieto y de esta manera aparto completamente a Satanás, el eterno agitador. ¿No lo sabéis? Satanás está siempre en un movimiento frenético. La mejor táctica contra él es no moverse.

De hecho, no sabe qué hacer cuando me quedo quieto, porque no lo entiende y no comprende mi inmovilidad. O tal vez intuye que mi calma es una puerta abierta a Cristo, quien bajó a los infiernos para liberar a los últimos del todo. Cuando estoy en el fondo del agujero, allí donde todo parece perdido, descubro que al no agitarme comienza mi ascenso. Porque si me quedo quieto y confío en Cristo, él desciende y me salva.

En los momentos más oscuros, por lo tanto, me quedo en calma, inmóvil. Y con Jesucristo, venzo a todos los espíritus malignos, del primero al último.

Por ejemplo, al espíritu de venganza, que despierta sentimientos de revancha en mi alma, la sed de sangre, la necesidad de vengarse de los males sufridos.

El espíritu de muerte, que no solo quiere matar a los demás, sino que también quiere llevarme cada vez más hacia abajo, a la nada que todo lo aniquila: «¡Mata, Francesco! ¡Mata!». Y también: «Muere, Francesco, morir es tu única salvación. Termina en el pozo negro, donde todo es nada. ¡La nada es tu única salvación!».

El espíritu de odio, que desgasta cada fibra de mi ser. Odio ciego, odio a cambio de odio, odio puro, odio por todo y todos, sin excluir a nadie.

El espíritu de la envidia, capaz de generar sentimientos

perversos y malvados hacia los amigos, los conocidos y los compañeros de trabajo. La envidia que se empeña obstinadamente para que no triunfen los demás, para bloquearlos, para sofocarlos en lo posible: «Lo ves, Francesco: ¡detenlo! ¿Por qué él lo tiene todo y tú nada? ¡Detenlo Francesco!».

El espíritu del rencor, que se incuba dentro y que desgasta cada fibra de mi ser como la carcoma, día tras día, roe incluso la madera más fuerte. Mordisquea la carne y hace que la existencia sea un infierno.

El espíritu de destrucción, que es casi peor que la muerte. La destrucción es la aniquilación del ser y de todas las cosas. Acabar con todo por el gusto de que acabe. Destrucción y después de la destrucción la nada, tabula rasa, la nada provocada por una furia sin ningún significado.

El espíritu de los celos, que es similar al de la envidia, pero diferente. Los celos nacen de la posesión, la envidia es el deseo de lo que no se tiene.

El espíritu de la droga, que deja la mente confusa. Vuelos fantásticos, pero luego hay que aterrizar. Y el aterrizaje es siempre un desastre.

Y, finalmente, el espíritu más devastador en mí: el espíritu del engaño. «Mi» espíritu más poderoso. También contra él, como contra todos los demás, es muy útil no agitarse. Quedarse quieto y pedir a Cristo que venga.

10. El espíritu del engaño es el origen de todo

Unos exorcismos se suceden a otros. Y cita tras cita voy descubriendo que hay en mí un espíritu que es la causa de todo. Es el espíritu del engaño.

—Somos legiones y nos estructuramos al igual que los matones de la mafia. Hemos entrado aquí por medio del engaño. Somos veintisiete y tú eres de nuestra propiedad — me dice.

Este espíritu, bajo la presión del exorcista, debe responderle con verdad a sus preguntas, y cuenta cosas sorprendentes e inauditas a mis oídos.

Parece que él es quien sabe, más que los demás, dónde se encuentra el origen de mi posesión.

—Todo sucedió hace años —dice—. ¡Hace años!

—¿Cuándo? ¡Habla! —le repite el exorcista que sabe más que nadie que es muy importante, para lograr una liberación completa, conocer el origen de la posesión.

—Cuando hicimos ese viaje... cuando era pequeño...

—¡Mentira! ¡Estás mintiendo!

—¡No, no, es la verdad! ¡Estoy diciendo la verdad! ¡Y, de hecho, me voy!

Solo después de varios años comienza a decir la verdad; forzado por años de exorcismo, debe comenzar a hablar.

—¡Yo soy el espíritu del engaño y con el engaño he entrado aquí dentro! Y no voy a decirte cuándo.

Me esfuerzo, pero no logro entender de qué se trata.

El exorcista, repito, le intima, en el nombre de Jesucristo, a irse. Y al final de cada exorcismo se va, pero antes se ve

obligado a descubrirse a sí mismo, a revelar algunos de sus secretos.

—¿Cuántos sois?

—Somos veintisiete —dice.

Y después, más adelante, con el sucederse de los exorcismos:

—Somos veintisiete, veinte, diecinueve.

Dentro de mí hay legiones, estructuradas de un modo jerárquico. Escuadras, como en las familias de los mafiosos. Cada familia tiene un líder. Con las oraciones y los exorcismos, los subordinados son expulsados, siempre desde el más pequeño hasta el jefe. Desde el más insignificante hasta el príncipe de la legión, Asmodeo o quien sea. Poco a poco hasta la última legión, la liderada por el espíritu del engaño.

A veces, después de horas y horas de exorcismo, llega Satanás y toma el mando del grupo. Cuando la situación es mala para los demonios, llega él directamente. Y también con él, los diálogos se vuelven cada vez más esclarecedores. Porque exorcismo tras exorcismo, aquello que estaba oculto y que ocurrió hace años a mis espaldas sale, de un modo impetuoso e inesperado, al descubierto.

Por una misteriosa permisión divina, junto a una voluntad humana maléfica, algo oculto sucedió hace años sin que yo me diera cuenta.

Año tras año, exorcismo tras exorcismo, la verdad parece surgir de las palabras enrarecidas, pero a veces sinceras, de los mismos demonios.

América, Estados Unidos. Un viaje al otro lado del océano. Eso es lo que indica Satanás como el origen de todo. Satanás, que todavía lucha por no abandonar el terreno que ha conquistado minuciosamente.

Una tierra que una vez fue virgen e inocente. Un terreno que es mi cuerpo, que son mis emociones y mis sentimientos.

—¡Mi reino es inmenso y puede contener a mucha gente! —grita Satanás bajo exorcismo.

Y nuevamente:

—He conquistado el cuarenta y nueve por ciento del universo. Vosotros tenéis el cincuenta y uno por ciento y ese uno por ciento de más se lo debéis a ese trozo de madera que cuelga de vuestras paredes, a esa cruz. De lo contrario, estaríamos igualados.

Fray Benigno no se deja intimidar:

—Si tienes el cuarenta y nueve por ciento, ¿de qué te sirve Francesco? ¡Déjalo! Un alma más o un alma menos...

Silencio, y después un grito agudo, tan profundo como si viniera de las entrañas del infierno más recóndito:

—¡Benignooo! ¡Tú no entiendes nada! ¡Un alma es un alma! Un alma, ¿lo entiendes?

Y fray Benigno lo entiende de inmediato. Satanás hará cualquier cosa a fin de no perder un alma. Para no perderme.

Y Satanás vuelve a hablar:

—¡Francesco no puede dejarme de ninguna manera! ¡Hemos entrado con el engaño! Con el engaño, ¿entiendes?

El imperio de Satanás es mi vida, mi persona. Todo lo mío está en sus manos. Y la lucha que sostiene con el exorcista para retenerme con él no es una formalidad: es una lucha a muerte. O mejor, hasta la última gota de sangre.

El exorcista lo insta, lo obliga a irse a menudo de mí. Y él, forzado de vez en cuando a abandonar el campo, debe revelarse un poco. Cada vez tiene que decir algo sobre sí mismo. Él me deja, luego regresa, pero en estas continuas idas y venidas, voy ganando algo: libertad en los sentimientos y en las emociones, un poco de verdad, la verdad sobre mi pasado, sobre cómo es posible que veintisiete legiones del ejército de Satanás hayan entrado en mi cuerpo.

Él dice que la posesión comenzó cuando yo era pequeño, en un país lejos de Sicilia.

—Padre, ¿no lo sabes? El viaje... Hace años... Entramos para destruirle con enfermedades hasta la muerte... Con rituales satánicos... Aquí hay pactos de sangre...

Son palabras que ni fray Benigno puede explicar.

Cuando no se trata de Satanás, quien habla es el jefe de la

legión. Satanás llega siempre el último, después de que sus subordinados se hayan ido. Llega furioso, como un jefe de la mafia al que han sacado del territorio del que se había apropiado hace mucho tiempo mediante la fuerza y la violencia.

Los que no tienen experiencia no notan que los espíritus van cambiando, que muchos se van y que en su lugar llegan otros, hasta el jefe de la legión. Pero yo sí, me doy cuenta de todo. Los siento entrar y salir dentro de mí.

Las revelaciones sobre mi pasado aumentan. Revelaciones, sin embargo, que todavía no puedo entender del todo.

Pronto, una voz extraña habla a través de mi voz.

—¡Soy Philippe! —dice—. Y vengo de América. ¡Soy uno de los mayores satanistas de Chicago! Soy como uno de vuestros cardenales. Tengo estola, vestiduras y también hago ritos solemnes. Pero, ¿sabes qué? ¡Los hago al contrario!

Comienza a escupir y decir:

—Mira... Puu-Puu... Estos son los instrumentos que utilizamos... Puu-Puu... ¡Alfileres, clavos, sangre menstrual, drogas, una bola de cristal! Puu-puu... ¡Lo he mezclado todo en un brebaje, todo! He hecho todo lo que debía hace años...

Y luego esas palabras que congelan a los presentes, incluyéndome a mí:

—¡Francesco es de mi dominio porque fue consagrado a Satanás a la edad de cuatro años en una misa negra en la que participó! Se bebió aquel brebaje, ¡es mío!

Y el maligno cuenta cosas inauditas. Sobre aquella amiga de la familia, que me tomó de la mano una tarde y me llevó a una misa negra.

Me hizo beber esa extraña mezcla, una pequeña dosis, pero aun así poderosa. Y al final me regaló un camión recubierto de cera maléfica para perpetuar el ritual.

Luego cuenta que ese satanista tenía una foto mía a la que llenó de alfileres y que realizó ritos de vudú contra mí. Y que ha repetido ese ritual satánico a mis espaldas durante días y días...

Al escuchar esas palabras mi madre revive una escena que tuvo lugar hace años. Un flash que de repente parece hacerle entender todo. Estoy con ella en los Estados Unidos. Está Caterina, esa amiga de la familia que vivía en Chicago a quien mi madre había encontrado un marido, y que entra con un bolso al hombro en casa. Pregunta por mí y por mi madre.

«Hola Francesco, ¿quieres venir conmigo a los grandes almacenes? Tengo que ir de compras, y si quieres te llevo conmigo. ¿Has visto alguna vez unos grandes almacenes?». Mi madre consiente y dice: «Está bien, Francesco. Pero, por favor, pórtate bien, yo te espero aquí».

Al volver, mi madre me pregunta dónde he estado, pero yo no recuerdo nada.

Mamá recuerda esa escena y una sospecha atroz la invade: ¿qué me hizo Caterina esa tarde? Y, sobre todo, si lo que sospecha que hizo es cierto... ¿por qué?

Es febrero de 2004 cuando Satanás hace estas revelaciones bajo exorcismo. Y el siguiente paso que daremos Daniela, el hermano Ferro y yo, será ir hasta Isernia.

Hace algún tiempo, Daniela leyó un libro del obispo de Isernia, don Andrea Gemma. Se titulaba *Yo, obispo exorcista*. Se quedó positivamente impresionada porque los exorcismos que narra monseñor Gemma son los mismos que vivimos nosotros. A Daniela le gustaría conocerlo, pero al mismo tiempo se muestra dubitativa pues, hasta el día de hoy, ¿no hemos recibido muy poca consideración por parte de los obispos?

Un día, el hermano Ferro me dice que va a ver a monseñor Gemma, junto con otra persona. Nos pregunta si queremos acompañarle. Aceptamos, aún sin tener siquiera una cita con el obispo. El 18 de marzo de 2004 iniciamos el viaje en coche.

Entramos en el arzobispado. Una amplia escalera de mármol reluciente nos conduce al primer piso donde hay una sala de espera muy espaciosa. A la izquierda, se ve una puerta cerrada. Es la estancia donde trabaja el obispo.

Al hermano Ferro le reciben de inmediato. Le habla a

monseñor Gemma de nosotros. Tras unos pocos minutos, el obispo sale de la habitación y viene a nuestro encuentro. Y les dice a todos los presentes:

—¡Este muchacho viene de Sicilia!

Y me deja entrar con Daniela.

—Cuéntame, ¿de qué se trata?

Daniela le expone nuestro caso en unos pocos minutos. Y él:

—¿De dónde vienes exactamente?

—De Trapani.

—¿Y no hay exorcistas allí?

—No, desafortunadamente.

Se detiene. Medita. Y frente al crucifijo, exclama:

—Señor, ¿cómo puede ir adelante tu Iglesia si los peregrinos han de venir hasta Isernia desde Sicilia? —Y luego —: Entiendo vuestro sufrimiento. Hagamos un exorcismo.

Se pone la estola, toma un poco de agua bendita, me mira y dice:

—Tienes unos ojos hermosos. No veo sufrimiento en ti.

Pero tan pronto como imparte la bendición, viene. ¿Quién? Él, el diablo.

Me pongo furioso. Señalo al obispo.

—¡Andrea! ¿Quién te crees que eres? ¿Qué haces? ¿Llamar al obispo de Trapani? Puedo bloquearte el fax, el teléfono, todo... ¿qué te crees? Sé lo que has hecho aquí hace quince días. Tú y tus sacerdotes. Te has arrodillado ante ellos y les has dicho: «Me arrodillo el primero, hacedlo vosotros también». Has dicho: «Este es el ejemplo que debemos dar». Y los has designado exorcistas... ¿Y ahora qué quieres hacer? ¿Ponerte en mi contra? Qué te crees, yo también tengo estola como tú. De lo que aquí se trata es de satanismo, de pactos de sangre, aquí mandamos nosotros, ¿entiendes?

Y el obispo no se intimida en absoluto:

—En el nombre de Cristo te ordeno que digas la verdad.

—¡Te estoy diciendo la verdad!

Y me arrojo contra él, con las manos abiertas y

temblorosas hacia su cuello.

—¡Andrea! Soy Philippe. He entrado gracias a Caterina. El cáliz de oro con el que realicé el rito todavía se guarda en un estuche. ¡Caterina y yo hemos sellado todo con pactos de sangre! ¡Y luego hemos seguido varios años con ceremonias como hacéis vosotros cuando rezáis en la iglesia!

Mis manos tiemblan cada vez más mientras me acerco a su cuello:

—¡Voy a matarte! —grito.

Pero él, sentado relajadamente en el sillón no reacciona:

—Tengo la estola, soy hijo de Dios, no puedes hacerme nada.

Y yo:

—¡Lo sé! ¡De lo contrario, ya te habría matado!

Pero el hermano Ferro y los asistentes del obispo intervienen y me llevan al sofá mientras grito:

—Excelencia, ¿quién te crees que eres? ¿Sabes lo que eres? ¡Eres un maníaco de la oración!

—Esto me gusta. Mi próximo libro se titulará: *Yo, obispo exorcista, maníaco de la oración*. Me gusta.

Gruño, cada vez más irritado, pero también agotado.

—¡Nunca te diré cómo hemos entrado! Andrea, te lo repito, aquí hay pactos de sangre, ¿entiendes? He entrado con el engaño. Cuando tenía cuatro años, hizo un viaje... A América. ¡Y nosotros hicimos una misa negra!

—¡Mentiroso! ¡Es mentira!

—¿Te parece que no puedo hacer una misa negra? Hacen falta cinco minutos. Un cáliz, un brebaje con sangre menstrual de una prostituta, polvos, drogas y algo más ¡y eso es todo! Él ha bebido unas gotas de sangre del cáliz... Bastan cinco minutos. ¡El cáliz estaba sobre la mesa y él bebió!

Silencio. Don Andrea permanece en silencio y luego sentencia con autoridad:

—Esta es la verdad.

Y después:

—El problema de este chico es un ritual, una misa negra.

Tengo plena certeza. El diablo ha dicho la verdad. El caso es complejo. Se requieren muchas oraciones. —Me mira y se dirige al diablo—: ¡Ya basta, márchate!

Yo me levanto y digo:

—¡Obispo, soy muy poderoso! ¡No me voy! ¡Aquí mando yo y también conquistaré tu obispado!

—¡Vete!

Ante esta orden imperativa, caigo sobre el sofá. No soy libre, pero estoy sin fuerzas.

El obispo se inclina sobre mí y deja que su larga cruz pectoral quede colgando sobre mi pecho.

Esa cruz tiene el mismo efecto en mí que la espada de los antiguos gladiadores cuando, tras ganar las batallas en la arena, la elevaban hacia el cielo para luego confinarla con un golpe seco en el cuerpo de sus enemigos. Esa cruz penetra en mi cuerpo exactamente de la misma manera: y grito, primero fuerte y luego despacio, un silbido insoportable que ningún oído humano ha escuchado jamás.

A pesar del dolor, siento que necesito esa espada. Más aún, siento que necesito alimentarme del calor del obispo.

Nos despide y nos dice que lo llamemos en cualquier momento. Le da a Daniela el número directo de su despacho y nos dice que regresemos cuando queramos.

La gente que se encuentra en la sala de espera nos mira en estado de shock. Mis gritos se han escuchado hasta en la calle. El secretario del obispo dice que por hoy ya no recibe a nadie. Y todos, en parte aliviados, desaparecen rápidamente.

Tengo la escalera frente a mí. Aún no he quedado completamente libre. Un espíritu bromista todavía me posee.

Y me precipito saltando a derecha e izquierda a lo largo de las escaleras. Daniela intenta seguirme, pero yo bajo con mucha velocidad. Al final de las escaleras hay un gran ventanal. Corro salvajemente hacia ella. La ventana se acerca. Voy a estrellarme contra los cristales a toda velocidad.

Pero Daniela grita en voz alta:

—¡Francesco!

Para mí es una orden imperativa. Me quedo bloqueado a un palmo de los cristales. Me giro hacia Daniela y le digo indicándome:

—¡Ah, claro, él tiene cuerpo!

—Estás loco, ¿qué estás haciendo?

Siento que el espíritu dentro de mí está asustado:

—¡Él tiene cuerpo, lo había olvidado!

11. Los tres extraordinarios exorcismos del gladiador padre Rufus Pereira

Caemos en la cuenta que Caterina es nuestra enemiga. Y junto a ella ese tal Philippe. Pero, ¿quién es? ¿Quién es ese satanista?

Hay muchas preguntas que no podemos responder. Y entre ellas, la que se refiere al motivo: ¿Por qué? ¿Por qué Caterina ha querido hacernos daño? Realmente no lo entendemos. Varias veces, durante los exorcismos, Satanás le dice a fray Benigno:

—No puedes hacer nada. Hay pactos de sangre que no se pueden disolver, la sangre se ha congelado en cubitos.

Son palabras claras, pero que a nosotros nos resulta difícil descifrar.

En unas pocas semanas va a celebrarse la conferencia nacional del movimiento de la Renovación en el Espíritu —un movimiento de la Iglesia Católica, que pertenece a la corriente espiritual de la Renovación Carismática, que parte de la experiencia de una nueva efusión del Espíritu Santo (comúnmente llamado «Bautismo en el Espíritu Santo»)— que tiene lugar en Rímini y que creemos que nos será de ayuda. Sabemos que estará presente el padre Matteo La Grua, así como el padre Rufus Pereira, un exorcista de renombre internacional, vicepresidente de la Asociación Internacional de Exorcistas.

La comunidad de Margifaraci de Palermo, donde seguimos asistiendo a misa los sábados por la mañana, participa en esta

convocatoria y nos apuntamos con ellos. No quedan plazas en su autobús, así que viajamos con otro grupo de Messina: aunque se trata de un viaje muy largo, nos enfrentamos a él con energías inesperadas.

Las posesiones son aún una pesadilla y me aplastan con violencia.

En Rímini, en el escenario se encuentra el padre La Grua. Cuando comienza a hablar inmediatamente me siento mal. Nos acercamos al altar. Pedimos una entrevista, pero los responsables del grupo de Margifaraci nos hacen comprender que es mejor que no. No hay necesidad de molestarle aquí también.

Con el canto del Aleluya, miles de personas elevan su poderosa voz al cielo. Yo me desplomo en el suelo, bajo una posesión violenta. Pero pocas personas se dan cuenta, tan potentes son los cantos.

Las enfermeras me llevan a la parte de atrás en una camilla. Le preguntan a Daniela qué tengo, y ellas les responde:

—Sufre una posesión diabólica.

No hacen ningún comentario, pero me llevan a una habitación donde hay un psiquiatra. Me observa sin decir nada. Después sale fuera y al regresar vuelve con algunos sacerdotes y unos hombres robustos. Rezan por mí mientras les grito:

—¡Os odio!

Luego el psiquiatra dice:

—El padre Rufus Pereira va a venir enseguida.

Me escapo y abro una puerta. Me encuentro en una habitación enorme con montones de sillas y de mesas escolares apiladas.

De un salto felino, empiezo a saltar sobre las mesas y las sillas con una increíble agilidad. Tiro varias sillas. Creo un pandemonio notable. Daniela contempla la escena con las manos en la cabeza, diciendo:

—Va a romperse los huesos.

El padre Pereira entra. Su sola presencia me inmoviliza. Inmediatamente siento cómo me abandonan las fuerzas que tenía para hacer el tonto y el saltimbanqui. E inmediatamente, Satanás piensa: «Con este hombre no te metas».

El padre Pereira permanece quieto. Y me observa.

Mira alrededor. Imparte una breve oración a dos personas que han entrado mientras tanto. Y luego vuelve su mirada hacia mí.

—¿Quién es este chico? —pregunta.

El hermano Ferro comienza a responderle:

—Es un caso...

Pero le interrumpe de pronto:

—Vosotros no debéis salir de aquí.

Y a los otros dos que habían entrado, sin embargo, les pide que se vayan. Tiene que ocuparse de mí y solo de mí. Se da cuenta de que mi situación es particularmente seria.

Los siento, siento cómo sus ojos me señalan.

Son dos cuchillas afiladas que se me clavan y no me dejan escapar.

Debo quedarme quieto, como hipnotizado por esas dos luces. Son sus ojos los que me dicen que me siente en una silla.

Obedezco. Me falta el aliento. Tengo una roca ante mí. Vuelvo en mí mismo.

El padre Pereira sin más dilación me dice:

—Francesco, ¿crees que hoy puedes liberarte?

—Sí, lo creo —respondo.

—¿Crees que Jesús puede liberarte hoy?

—Sí, lo creo.

—¿Crees que con mi oración puedes liberarte?

—Tú tienes la autoridad para hacerlo.

—Eres un hombre de oración —me dice—. Y comienza a orar sobre mí.

Me disocio. Me pone la mano en el estómago y reza. Y luego, con los ojos, me obliga a arrodillarme.

El diablo se vuelve loco:

—¡No sé cómo haces para que me arrodille! ¡No sé cómo es posible!

—¡En el nombre de Jesús, vete!

Pero el diablo no cede.

El padre Pereira comienza a hablar en una lengua extranjera, su idioma, el indio. Y le respondo en un indio perfecto, un idioma que nunca he hablado antes. La lucha es dura. El tono es imperativo. Mis respuestas son arrogantes e impetuosas.

—¡Vete en el nombre de Jesús!

—¿Cómo? ¡Aquí hay pactos de sangre! ¡Pactos de sangre!

Y noto cómo me sube la sangre al cuello. Toso, pero no me libero.

El padre Pereira ahora habla en inglés:

—¡Vete! *¡Go out!*

Pero el diablo no le escucha. Está de rodillas, pero no le obedece. Él, yo, no obedecemos:

—No me voy a ir. ¡Son pactos de sangre! ¡Somos satanistas!

Entonces el padre Pereira se detiene. Y le dice al hermano Ferro y a Daniela:

—Es un caso difícil. Un caso grave. Un caso de estudio. He realizado cincuenta mil exorcismos, pero nunca antes me he encontrado con un caso similar. Es un caso duro, duro, duro. Todos los casos italianos son duros, no sé por qué, pero es así, pero este es más, mucho más...

Y luego se gira hacia el psiquiatra que, al margen, asiste a la escena:

—¿Alguna vez ha tenido un paciente similar? ¿Es una persona que necesita tratamiento médico?

—No, aquí estamos en otro campo. Es obvio.

El padre Pereira asiente y dice:

—Tiene razón, aquí estamos en otro campo.

No se desanima. Me ve en el suelo, destruido. Pero me pregunta:

—¿Te sientes con fuerzas para recomenzar dentro de tres

horas?

—Sí —respondo.

—Bien. En estas tres horas, bebe mucha agua bendita y permanece en ayuno. Continuaremos.

Confianza. Tengo confianza. Pienso: «¡Puedo hacerlo!».

Después de tres horas seguimos todavía en esa habitación. El padre Pereira entra con la cara de alguien que va a por todas. Yo soy su presa. Debe traerme a la luz, cueste lo que cueste.

Me hace arrodillarme. Comienza a rezar.

—¡Voy a matarte! ¡Francesco es nuestro! ¡No lo tendrás! ¡Te mataré! —le maldigo.

Siento cómo el maligno tiembla, pero también siento que mucha luz penetra en mi mente. Y cables de acero que me destrozan el cerebro: se derriten nudos antiguos, se desentierran anclas profundas.

El padre Pereira comienza un largo canto en lenguas: es una oración que se hace bajo la acción del Espíritu Santo sumergiéndose en la plenitud del amor de Dios. En este canto, todo es luz, todo es amor, todo es alegría. Alabar a Dios significa elevarse por encima de la miseria humana y alabar a Dios, a su gloria, con un lenguaje desconocido para los hombres, pero conocido por el Espíritu Santo.

Pero el maligno se resiste:

—¡Somos más fuertes que tú! ¡Somos más fuertes!

Estoy sudando, empapado. El padre Pereira no. Su frente está ligeramente mojada, nada en comparación conmigo.

Siento que el sacerdote está incubando una gran rabia contra el maligno; la rabia de los que quieren ganar, pero aún no pueden.

Entonces se detiene. Y dice:

—Esta tarde a las diez y media, cuando todos se hayan ido, estaría dispuesto a continuar, pero no sé si tú...

Escucho su voz distante, destrozado como estoy. Pero le respondo con mi voz:

—A las diez y media aquí.

Y él:

—Bebe agua bendita y ayuna. Nos vemos más tarde.

El duelo final comienza en una gran sala utilizada como almacén de la antigua feria de Rímini.

De una parte, el padre Rufus Pereira, un exorcista indio, con un corazón humilde y suave. Sacerdote reposado y tranquilo, con una fe simple e inquebrantable.

Por otro parte, yo, Francesco Vaiasuso, un siciliano de Alcamo, galerista de arte, poseído desde los cuatro años por veintisiete legiones furiosas del ejército de Satanás.

Nunca antes había recibido tres exorcismos en el mismo día. He consentido a ello, pero con una enorme dosis de inconsciencia por mi parte. Y también con mucho cinismo, un cinismo despectivo hacia mi cuerpo atormentado por los demonios.

Pero el padre Pereira parece tener la clave para ayudarme. Me ha impresionado la decisión con que se ha tomado en serio mi caso. Tengo que seguirle, dejarme conducir por su camino.

Se pone la estola, sostiene firmemente el crucifijo y el agua bendita en las manos. Sus ojos son los mismos que antes, tan afilados como dos cuchillas. Se mueve lentamente. Y ante mí, que ya gruño de odio y de terror, entona su canto de liberación.

Sones suaves que penetran desde el cielo en mi cuerpo.

Mi físico es sacudido como nunca antes. Las entrañas, cada nervio, hueso y músculo vibran como cables de alta tensión cuando pasa por ellos una corriente de gran voltaje.

Satanás se rebela en alma (la suya) y cuerpo (el mío) ante este exorcista. Y encuentra la fuerza para reaccionar. Dice:

—¡Sacerdote, aquí hay pactos de sangre, ya te lo he dicho! ¡Pactos que no deben disolverse!

—¡En el nombre de Jesús, vete!

—¡No me voy!

—Yo rompo esos pactos de sangre, ¡los rompo en el nombre de Jesús!

Y con esas palabras comienzo a toser. Regurgito gotas de sangre a lo largo de la tráquea. Y las escupo, las escupo.

Satanás no quiere, pero yo, Francesco, las escupo.

—¡Sacerdote, aquí mando yo!

—¡Vete en el nombre de Jesús!

—¡Sacerdote, son pactos de sangre! ¿No te das cuenta?

—He entendido que esa es la causa, ¡pero ahora vete!

—Somos satanistas, muchos satanistas. Nos unimos, convocados por Philippe, ¿me entiendes? Somos superiores a ti. Ni siquiera eres obispo. En cambio, nosotros ¡somos como los cardenales! ¡No nos sometemos a ti!

Una soga me ata al padre Pereira. El exorcista tira de ella, pero inmediatamente después Satanás tira para su lado. Son tirones agotadores, un ir y venir que dura al menos una hora y media.

A medianoche, el padre Pereira, después de la última oración de exorcismo, me bendice y luego se detiene.

Me mira, perplejo. Estoy a sus pies tumbado boca arriba, desprovisto de la más mínima fuerza. Y me dice, en medio del asombro del hermano Ferro y de Daniela:

—Este es mi correo electrónico. Voy a rezar a distancia por ti. El tuyo es un caso difícil. No sé por qué, es realmente difícil y también único. Todos los casos italianos son difíciles, pero el tuyo lo es particularmente.

Y se da vuelta y se va, triste, como derrotado. Le veo andar con los hombros caídos y la cabeza inclinada hacia adelante. Sale derrotado. Parece preguntarse: «¿Quién es más fuerte, Dios o Satanás?».

Sin decir una palabra, me llevan sujetándome por los brazos hasta el hotel. Me tiro en la cama y duermo como una piedra durante diez horas seguidas. Lástima, el padre Rufus Pereira casi lo había conseguido, pero ha fracasado.

Al día siguiente nos subimos al autobús para volver a nuestra ciudad.

—Francesco, ¿dónde has estado? —me preguntan los otros pasajeros—. ¡Ayer no te vimos!

—Estaba allí, con vosotros, pero hacia un lado, al fondo, por eso no me habéis visto —les digo yo.

Es inútil contarles nada de mi situación.

Antes de llegar a Sicilia, hacemos una parada en San Giovanni Rotondo. Es un día soleado y me siento especialmente en forma. No estoy cansado, a pesar de los tres exorcismos del día anterior.

Suena el teléfono. Es mi madre.

—Hola Francesco, acabo de colgar ahora mismo a nuestros amigos de Chicago.

—Ah sí, ¿y eso?

—Caterina ha muerto.

—¿Caterina? ¿Cuándo? ¿Cómo ha pasado?

—Ha muerto de repente, a medianoche.

Me quedo sin habla. Pienso: «A medianoche... El mismo día y a la misma hora...».

—Mamá...

—Dime, Francesco.

—A medianoche, el padre Pereira terminó su último exorcismo. No sé qué decir...

Al otro lado, mi madre se queda en silencio durante unos momentos. Luego dice:

—No lo entiendo... Tal vez sea solo una coincidencia. Ella ha fallecido en el coche. Había aparcado en un lugar retirado, y estaba comiendo un trozo de pizza con su amigo, Philippe... Sabes, me han contado que este Philippe era su amante.

De vuelta en Alcamo tratamos de unir las piezas de este intrincado rompecabezas.

Es mi madre, una vez más, quien desata los nudos.

Su amiga de Chicago al comunicarle la noticia de la muerte de Caterina se lo ha explicado todo.

—Caterina, desde el principio, no soportaba a su marido, Antonio. No sé si lo sabes, pero era esquizofrénico. No estaba mal, pero sufría largos periodos de ausencias. No tenía bien la cabeza. Caterina no lo soportaba y os acusaba a vosotros de este matrimonio. Vosotros le habías presentado a Antonio y

por esta razón os odiaba. Pensaba que lo habíais hecho a propósito, que conocíais la enfermedad de Antonio y que la habíais engañado. Así que se había buscado un amante, este Philippe, y ha tenido una relación con él todos estos años, hasta la otra noche, hasta el momento de su muerte.

—¿De qué ha muerto exactamente? ¿De un ataque al corazón?

—No. La autopsia dice que se cerraron de repente y al mismo tiempo las dos principales arterias del corazón. Algo inexplicable.

Y mientras me cuenta esto, mi madre no sabe qué decir. Pero yo me pregunto: «¿Así que este es Philippe, el satanista de quien tanto habla Satanás en los exorcismos? ¿Así que él con la ayuda de Caterina me consagró a Satanás durante una misa negra?».

Le damos vueltas y más vueltas a todo, pero no tenemos palabras para explicarlo.

Nos acordamos de que en un libro hemos leído que los maleficios pueden tener un efecto boomerang: en esencia, cuando se le contrapone la oración, ese maleficio puede volverse misteriosamente contra quien lo hizo.

Nosotros no le guardamos rencor.

—Después de todo, hemos perjudicado a Caterina —dice mi madre—. No le presentamos a Antonio para hacerle daño, es verdad. Sabíamos que Antonio tenía dificultades de comportamiento. Pero no que fuera esquizofrénico. Sin embargo, deberíamos haber intuido que no era apto para el matrimonio y teníamos que haber dejado que Caterina buscara ella sola con quien casarse. No teníamos que habernos entrometido tanto. Aunque, está claro que su violenta reacción contra nosotros nos duele, pero de alguna manera debemos entender y, sobre todo, debemos perdonar.

Y nos ocupamos de encargar unas misas para ofrecerlas en sufragio de su alma.

Un sacerdote nos dice:

—Las misas son buenas, no van a hacerle daño. Confiemos

en que también por vuestro perdón, Dios tenga misericordia de ella.

Pienso en todos los años de posesión, y me pregunto: «¿Ha acabado todo? ¿Me he liberado por fin?». Desafortunadamente no.

Parece absurdo, pero es la realidad. El padre Rufus Pereira ha vencido a Satanás de una manera misteriosa. Con su fuerza, ha roto, sin saberlo, esos terribles pactos de sangre. Pero al mismo tiempo tenía razón al creer que había perdido. Porque él, Satanás, no se ha ido. Todavía está aquí, dentro de mí.

Pero ahora cuando se manifiesta, ya no se refiere a los pactos de sangre. Y ya ni siquiera menciona a Caterina. Solo habla de Philippe de vez en cuando. Quién sabe, tal vez porque, a pesar de la desaparición de Caterina, Philippe aún perpetúa sus ritos, continúa renovando esa maldición que me hizo décadas atrás. Philippe, al que mi madre recuerda haber visto unos años después en compañía de Caterina con motivo de otro viaje.

12. La última resistencia de Satanás en medio de una calma aparente

El tiempo pasa y yo comienzo a desesperarme. Satanás sigue presente en mí y no me da tregua, por lo que he de seguir acudiendo a fray Benigno y al padre Tonino Bono. Ellos tampoco pueden darme ninguna respuesta. No pueden explicarse por qué, después de la muerte de Caterina, sigo estando poseído como antes. «Hay que seguir», me dicen, «hay que seguir rezando».

Pero el poder de Dios no ha disminuido, combate a los espíritus malignos y actúa en mi favor.

Un día, varios meses después del último exorcismo del padre Pereira, participamos en Palermo en un momento de oración dirigido por un religioso, fray Joseph Kofi Tsiquaye, procedente de Ghana. No es sacerdote, es un religioso de la Congregación de la Santa Cruz. Viaja de un continente a otro continuamente, su tarea consiste en formar a los jóvenes que desean entrar en la Congregación. Él es miembro de la casa generalicia de Roma. Es un hombre alto y fuerte, con una notable fortaleza mental y una fe tan simple como poderosa. Equilibrado, tranquilo, tiene un carisma que evidentemente no proviene de él, sino de Dios.

Al tener noticia de mi posesión, usa una táctica diferente a las habituales. Me dice:

—Tienes que empezar a hacer una cosa.

—¿El qué?

—Tienes que empezar a darle las gracias a Dios. Siempre. Cuando estés bien, agradéceselo. Cuando te ataca Satanás, en cambio, no hagas nada. Sufre y al final vuelve a darle las

gracias a Dios.

Y otra vez:

—Somos hijos de la luz. Dios nos ama con predilección. El maligno entra dentro de ti cuando dudas, cuando consigue que te dejes llevar por la ansiedad y el miedo. Te ataca en los afectos, hace que te preocupes por tus seres queridos, por tu futuro. Tú te recreas en esos pensamientos, siempre te quedas ahí, dándole vueltas a tus posesiones, estás enfermo, y él entra y entra, más y más. ¡Abandona tus pensamientos oscuros! Déjalos atrás y da gracias a Dios. Permanece en su luz. Deja la oscuridad. Y luego, sobre todo, ábrete a las necesidades de los demás. Vive la caridad con los demás. No pienses que te basta con lo tuyo. Ejercita la caridad y Dios estará contigo.

—¿Pero no sabe por lo que estoy pasando?

—¡Basta! Abandona estos pensamientos. No te quedes en el pasado o en las posesiones que todavía vendrán. Vive de Cristo. Él está aquí. ¡Dentro de ti está su luz, su poder! Deja tus ansiedades, tus preocupaciones y tus incertidumbres. Y verás que la luz será tu alimento diario.

Enseguida me doy cuenta de cuál es el concepto que quiere transmitirme: el primer exorcista de mí mismo soy yo. Soy yo quien debe alejar el mal de mí. Antes que nada, debo anclarme en Cristo y alejar el mal con la oración. Alejar los miedos y los pensamientos oscuros, que son el modo que usa Satanás para poseerme. Debo tener fe, esa fe que me hace decir: «Dios está aquí ahora, conmigo. Y todo solo puede ir bien». Fray Joseph me pregunta:

—Francesco, ¿lo crees? ¿Crees que Dios está aquí y que no te abandona? Esto es la fe: tomar o dejar, luz u oscuridad, blanco o negro. Depende completamente de ti.

Y me hace leer Isaías 43. Un mundo se abre ante mí en los primeros siete versículos:

> Ahora, así dice el Señor, el que te creó, Jacob, el que te formó, Israel:

«No temas, que te he redimido,
y te he llamado por tu nombre: tú eres mío.
Si atravesaras por aguas, estaría contigo;
si por ríos no te anegarían.
Si caminaras por el fuego, no te quemaría,
ni te abrasarían las llamas,
porque Yo soy el Señor, tu Dios,
el Santo de Israel, tu Salvador.
Puse a Egipto por rescate tuyo,
a Etiopía y a Sebá a cambio de ti.
Puesto que eres precioso a mis ojos
y te he honrado, y Yo te amo,
entregaré a hombres por ti,
pueblos, a cambio de tu vida.
No temas, que Yo estoy contigo:
de oriente haré venir tu estirpe,
y de occidente te congregaré.
Diré al septentrión: "¡Dámelos!".
Y al mediodía: "¡No los retengas!
Traedme a mis hijos desde lejos
y mis hijas desde los confines de la tierra,
a cuantos lleven mi Nombre,
a cuantos para mi gloria creé,
formé e hice"».

Al leer estos versículos comienzo a llorar de alegría, incrédulo. ¿Ha hecho realmente Dios todo esto por mí, y solo por mí? Fray Joseph no tiene ninguna duda:

—Sí. Y aún más. Dios está loco de amor por ti. Por ti y solo por ti aceptó que su hijo muriera en la cruz. Su sangre ha sido derramada por ti. Y tú, con el poder del Espíritu Santo, puedes quedarte con Él. Y vencer al mal, vencer a Satanás. Vencer a Satanás, ¿te das cuenta?

Me doy cuenta de que no hay una vía media: o somos benditos o malditos. O con Cristo o con el diablo. Y eso también depende de mí.

Pero mientras tanto, Satanás sigue poseyéndome. Le digo a fray Joseph:

—¡Negro, das asco! ¡Vete de aquí! ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Solo dices estupideces!

Pero no se va. Me hace comprender que tengo que quedarme quieto. Aceptar las posesiones. Y, día tras día, dejar que me impregne cada vez más la certeza de la fe. La fe irá ganando espacio dentro de mí y conseguirá ahuyentar la oscuridad. Me dice:

—No te avergüences de ser hijo de Dios. Tienes una dignidad única. Cuéntaselo a todos, en todas partes, ¡no tengas miedo! ¡Revístete de esa maravilla! Da gracias a Dios cuando te sientas bien y acepta el mal en silencio cuando llegue. ¡Todo es de Dios y tú eres su hijo, su hijo predilecto! Tú, Francesco, eres el verdadero exorcista de ti mismo. Tú eres tu exorcista, no lo olvides nunca. De ti depende expulsar a Satanás. Vive de Cristo y Satanás desaparecerá. Debes combatirlo. Debes tomar el mando sobre él. Si temes, si solo lo intentas, si tienes miedo, en definitiva, si no crees, si no tienes fe, regresará. Actúa con autoridad. Dale espacio a Cristo. Cuando reces, no mires el reloj. Solo reza. Y dile a Satanás: «En el nombre de Jesús, vete fuera, sal de mí». Repítelo durante horas, repítelo siempre. Y ten fe.

Y cuando fray Joseph reza por mí veo muchas serpientes marrones y negras que me salen por la espalda, que me abandonan y dejan enormes espacios vacíos en mi cuerpo. Él, fray Joseph Kofi Tsiquaye, agarra a las serpientes por la cabeza y las arroja lejos. Y ellos, los demonios en forma de serpientes, le insultan:

—¡Idiota! ¡Tu ayuno nos hace daño! ¡Lo odiamos!

Sí, porque fray Joseph es un hombre de oración. Y de mucho ayuno.

¿En qué me ha ayudado? Básicamente solo a una cosa. A poner orden. El mal es el mal. El bien es el bien. Yo soy Francesco y soy hijo de Dios. Puedo estar con Dios, puedo rezar y Él me ayudará.

Fray Joseph pone orden, incluso en las cosas más banales. Una vez yendo en coche, por ejemplo, me dice:

—Francesco, te has olvidado de ponerte el cinturón. El orden es necesario. Orden para todo. Póntelo ahora.

Orden también en las cosas pequeñas: calma y fe en Dios. Así se vence al mal.

—Pero ¿cómo es que incluso poniendo orden sigo estando poseído? —le pregunto.

—Eso no lo sé —responde—. Es un misterio. Pero sí sabemos cuál es el objetivo de nuestro esfuerzo. Sigamos adelante.

Fray Joseph se convierte en un puerto seguro en mi lucha contra Satanás. Gracias a sus consejos, estoy mejor. Es cierto que todavía sufro posesiones, y a menudo son violentas, pero mi tenacidad para que la oración y la fe ocupen un lugar primordial en mi vida cambia mucho las cosas. Poco a poco va entrando la luz y la oscuridad se hace a un lado (al menos un poco).

Pero aún tienen que pasar muchas cosas. Entre ellas, una posesión especial que tuvo lugar durante un retiro de oración, organizado precisamente para que asistiera fray Joseph, en unos montes cercanos a Palermo.

Ahora soy yo quien se ocupa de organizar algunos momentos de oración. Soy yo quien pone en práctica el consejo de fray Joseph: «Sé útil. Vive de Cristo. Reza e invita a todos a hacer lo mismo».

Después de una mañana de intensa oración, nos concedemos un par de horas de descanso. Pero tan pronto como salgo de la habitación en la que estamos reunidos, entro en disociación.

—Llama a fray Joseph —le digo a mi hermano Carlo, que se encontraba ese día de retiro conmigo.

Tengo un dolor muy fuerte en el estómago, estoy caído en el suelo. La posesión es violenta. Los dedos se vuelven como garras, listos para atacar a cualquiera que se me ponga a tiro.

Fray Joseph entra en la habitación, cierra la puerta con

mucha calma y me mira en silencio. Grito:

—¡Fray Joseph, negro, me pones enfermo! ¡Me molestan tus continuas oraciones! ¡Vete! ¡Me das asco! ¡Me das asco!

En la habitación hay dos armarios grandes, a un metro de distancia el uno del otro. Me acurruco entre ellos y comienzo a chillar a la vez que los golpeo con los puños.

Después empiezo a bromear.

—Voy a fumarme un buen cigarro —digo. Y hago como que abro un paquete de cigarrillos y me pongo a fumar.

—¿No fumáis? —les pregunto sonriente a mi hermano y a fray Joseph—. Está bien, fumaré solo entonces. Qué buenos son estos Marlboro...

Luego hago como si apagara el cigarrillo en un cenicero que no está allí. Levanto la mirada y vuelvo a hablar con fray Joseph.

—¡Te estaba diciendo que quizá no sabes quién soy yo! ¿No quieres saber quién soy? Pero, realmente tengo que decirte quién soy. Debo decírtelo, ¿sabes? ¡Yo soy el espíritu de los Beatles!

Carlo y fray Joseph se miran, sin comentar nada, pero también sin comprender. Básicamente, no saben si reír o llorar. Yo sigo:

—¿Qué creías, que los Beatles podrían haberse convertido en lo que fueron sin mí? ¡Mira lo bueno que soy! ¡Mira cómo toco la batería!

Me siento en el borde de una silla. Adelanto los brazos, simulando tener dos baquetas en las manos. Comienzo a tocar imitando los sonidos de las cajas y los platillos de una batería. Mantengo el tempo a la perfección, toco como un virtuoso, algo imposible de imitar para quienes no son músicos expertos. Los sonidos son también precisos, totalmente verosímiles.

Cierro los ojos y sigo haciendo sonar mi partitura divinamente. Incluso mi hermano, que es músico, me mira atónito. Pero luego me detengo:

—Fray Joseph, estoy cansado —digo. Y vuelvo a mí mismo

—: Soy yo, soy Francesco.

Caigo al suelo empapado, completamente mojado. Me recupero rápidamente y vuelvo a casa.

Por la noche, cenando con Daniela y mi madre, mi hermano cuenta lo que había pasado. Y dice:

—Parecía que estaba en un concierto. Solo un músico experto puede llevar así el ritmo y ha realizado algunos virtuosismos imposibles para un principiante.

Las posesiones no me abandonan, pero en general me parece que estoy mejor. Satanás viene a verme a menudo, pero ya no habla de pactos de sangre y ni siquiera menciona el nombre de Caterina. Lo repito: es como si a partir del exorcismo del padre Pereira algo importante se hubiera roto dentro de mí, aunque todavía no estoy completamente liberado. La batalla va a ser larga. No solo no sé cómo terminará, sino que ni siquiera estoy seguro de si llegará el día en el que vea su final.

Sé que hay muchas personas que permanecen poseídas durante mucho tiempo. No puede saberse qué sucederá, pero lo que importa es vivir siempre en la amistad de Dios.

En mayo de 2005 vuelvo de nuevo a Rímini para asistir a un retiro de la Renovación en el Espíritu. Ha pasado un año ya desde los tres exorcismos del padre Pereira. La asamblea, una gran cantidad de personas reunidas en el pabellón central de la antigua feria, comienza los cantos y yo caigo al suelo en disociación.

Gritos, chillidos... el espectáculo habitual.

Los cantos me molestan. Chillo:

—¡Ya basta con estos cantos! ¡No puedo soportarlos!

Me llevan a la parte de atrás donde caigo al suelo en medio de una violenta crisis epiléptica.

Mi cuerpo salta como si me estuvieran atravesando fuertes descargas eléctricas. Un médico le pregunta a Daniela:

—¿Es usted su mujer?

—Sí.

—Tiene que llevarlo al hospital y que le hagan

inmediatamente un encefalograma. Su marido tiene una crisis tónico-clónica.

Daniela no sabe que la epilepsia tónico-clónica es la más grave. No sabe que quienes la padecen pueden pasarse días sin mejorar. Y dice:

—No, déjelo. A él no le pasa nada.

—¿Cómo que no le pasa nada? Señora, ¡su esposo está enfermo! ¡Hay que llevarlo inmediatamente a un hospital!

—No, mire, mi marido solo sufre de posesión diabólica... nada de lo que preocuparse —se acerca y me dice—: Vamos, Francesco, repite conmigo: Ave María...

El doctor está aturdido. Piensa: «Están locos».

En ese momento entra la psiquiatra que ya había presenciado hace un año los exorcismos del padre Pereira. Nos saluda calurosamente y deja que Daniela continúe hablándome.

—Dios te salve, María, llena de gracia. Vamos, Francesco, repite.

Y yo, tartamudeando, recito la oración hasta el final.

Mientras tanto, la epilepsia disminuye al menos un setenta por ciento. El doctor está enfadado. No puede entender nada de lo que ocurre y nos deja en paz.

Por la tarde regresaremos al hotel. Una pareja de la Renovación viene a visitarnos a la habitación. Rezan por mí y por Daniela para romper el maleficio sobre el matrimonio. Rezan y cada palabra es un fuerte dolor no solo para mis partes íntimas, sino también para las de Daniela. Y en momento determinado lo veo, un largo alfiler sale de mi pene. También Daniela lo ve salir de sus partes íntimas. Nítidamente.

Todo esto parece algo absurdo, lo sé bien, pero es la verdad. Vemos cómo sale un alfiler, cómo un alfiler deja nuestros cuerpos.

Sé que parece igualmente inverosímil: pero a partir de este momento puedo mantener relaciones sexuales con Daniela sin ningún sufrimiento.

Rímini, en definitiva, se convierte para mí, de manera misteriosa, en un lugar de sanación.

Además de Rímini, hay más ciudades, más lugares.

Pasan los meses y otras basílicas e iglesias se convierten también en lugares de sanación. Entre ellas, la basílica de San Nicolás en Bari.

Estoy en esa ciudad de Puglia por motivos laborales. Daniela está conmigo. Asistimos a una feria. Durante un descanso damos una vuelta por el centro de la ciudad. Entramos en la basílica que guarda las reliquias del santo, en una cripta bajo el altar mayor, dentro de una vitrina.

Entramos mientras tiene lugar una celebración eucarística. Al final de la misa, me acerco a un sacerdote y le pregunto:

—¿Puedo venir a rezar ante las reliquias cuando todos hayan salido?

El sacerdote me pregunta el motivo y yo le cuento la historia de mi posesión. Entiende el problema y me dice:

—Reza tranquilamente.

No es fácil encontrar sacerdotes tan disponibles y comprensivos, para mí es un buen augurio.

Espero a que no quede nadie en la cripta. Me arrodillo y le pido a san Nicolás que me ayude, que me libere, que interceda por mí.

Todo se desarrolla dentro de la normalidad. No tengo reacciones extrañas. La aversión a lo sagrado que me ha acompañado durante años parece que se ha evaporado.

Después de diez minutos me levanto y salgo. Daniela va delante de mí. Cuando ya he cruzado los dos escalones que nos separan de la salida de la cripta, me quedo bloqueado. Estoy un poco más abajo, inmóvil.

—No puedo seguir —le digo.

—¡Vamos, Francesco, vamos! —me dice.

—De verdad que no puedo —le digo.

Y siento una presencia amorosa que me mantiene allí clavado. Es extraño, por lo general cuando rezo en las iglesias

suele ser Satanás quien se manifiesta, incluso para bloquearme. Aquí, sin embargo, es todo lo contrario.

No hay odio sino amor. No hay oscuridad sino luz, mucha luz.

Unos momentos después, con gran dificultad, paso a paso, san Nicolás me deja ir. Me suelta y puedo salir.

Daniela me pregunta qué ha pasado y le digo:

—San Nicolás quería tenerme allí abajo. El amor y la paz que sentía en el corazón me invitaban a quedarme. Creo que San Nicolás ha bendecido nuestra visita. No eran las fuerzas del mal. He sentido un amor profundo.

—Entiendo —me responde un poco impaciente—, pero no podemos quedarnos aquí todo el día. San Nicolás entenderá que tenemos que trabajar.

Al día siguiente, Daniela parte hacia Alcamo. A mí, un fraile amigo mío me ha invitado a ir a San Giovanni Rotondo con él. Podré visitar los lugares más privados del convento donde vivió el Padre Pío. Solo se permite la entrada a hombres, así que es inútil que Daniela venga conmigo.

Esta visita es otra oportunidad para tratar de resolver mi problema. Porque, aunque todo va un poco mejor, Satanás todavía está allí. ¿Estoy liberado? No. Pero la presencia del demonio parece mostrarse menos agresiva que antes.

Satanás viene con violencia y malicia principalmente durante los exorcismos; el resto del día cada vez aparece menos y con menos fuerza.

Entramos en la capilla privada del Padre Pío, que se encuentra en la planta superior del convento. Preguntamos por fray Modestino.

Fray Modestino de Pietrelcina, en el siglo Damiano Fucci, es un fraile menor capuchino que tuvo el privilegio de tener una particular relación filial con el Padre Pío. La madre del fraile, Anna, tenía la misma edad y era vecina de Francesco Forgione, el que acabaría convirtiéndose en el Padre Pío. Además, sus familias respectivas poseían una pequeña granja en la localidad de «Piana Romana», donde a menudo la madre

de Modestino y el futuro Padre Pío se encontraban cuando eran niños mientras llevaban las ovejas a pastar.

Nos dicen:

—Fray Modestino se encuentra abajo.

Bajamos. Mi amigo fraile me precede. Camina muy rápido y al poco tiempo, tras pasar por unos pasillos, lo pierdo de vista. No sé por qué, pero en un momento determinado no puedo caminar. Las piernas se detienen. Estoy torpe, aturdido.

Con mucha dificultad consigo recorrer medio metro. Algunos visitantes pasan a mi lado y dicen:

—Tan joven y ya sufre de reumatismo, pobre.

Pronto vuelve mi amigo:

—Francesco, ¿qué haces todavía aquí?

—No puedo caminar. Me he quedado bloqueado frente a esa puerta...

El fraile se acerca a la puerta que le he indicado, intentando comprender qué es lo que pasa. Abre la puerta y dentro encuentra ¡a fray Modestino! Ha sido él quien, sin saberlo, me ha bloqueado. Lo mismo que san Nicolás el día anterior.

Nos recibe. Nos invita a rezar el rosario juntos. Durante el rezo del rosario entro en disociación y lo insulto. Pero pronto el diablo debe irse, no lo resiste.

—No puedo quedarme aquí dentro, ¡tengo que irme! ¡También ha venido a rezar el Padre Pío! ¡No lo puedo resistir! —grita Satanás enfadado y asustado. Y luego se va.

Le pido disculpas a fray Modestino, quien me tranquiliza y me dice que no me preocupe.

Ya es de noche cuando bajamos a la cripta donde está la tumba del Padre Pío. El hermano de guardia consiente que mi amigo y yo nos quedemos solos, después de la hora de cierre, para rezar.

Hablo con el Padre Pío. Le digo: «Tú sabes por qué estoy aquí. Tú conoces mi situación. Solo tú puedes ayudarme... No sé si lo que me toca es pelear durante toda mi vida contra el

diablo como te pasó a ti... Me gustaría tanto liberarme...».

Pero pronto siento la necesidad de salir. De hecho, tengo un poco de miedo. Los pensamientos se han vuelto un poco pesimistas.

Pero al día siguiente, reflexiono: «En el fondo, anoche no pasó nada raro. Y tampoco pasó nada malo donde san Nicolás».

Y me doy cuenta de que tal vez haya algo que realmente está cambiando. En otra época, Satanás se habría manifestado violentamente. En estas dos ocasiones, no. ¿Cómo es esto?

No tengo respuestas. Algo está evolucionando, es cierto, pero ¿cómo? ¿De verdad me estoy liberando? Y si es así, ¿de quién es el mérito? ¿Mío? ¿De fray Joseph? ¿Del padre Pereira? ¿O quizá de fray Benigno, del hermano Ferro, de Daniela y de todos los que rezan por mí?

Fray Benigno todavía sigue rezando por mí. Sus exorcismos muestran la verdad: Satanás no se ha ido aún.

Pero fray Benigno es un luchador fuerte y sabe cómo usar contra Satanás todos los trucos del oficio. Por ejemplo, las reliquias. Tiene muchas: un guante del Padre Pío, un rosario de Juan Pablo II... Si es necesario, los saca y Satanás se va al escape.

Aunque, no siempre es suficiente el exorcismo para liberarme, a menudo son necesarias otras estratagemas.

Un día busca la reliquia del Padre Pío en los bolsillos. No la encuentra. Antes, yo he estado insultándole, totalmente disociado. Pero por un momento la disociación desaparece y por mi voz habla el Padre Pío.

—En el bolsillo izquierdo de abajo, mira en el bolsillo izquierdo de abajo —le digo al fraile que, gracias a la intervención del Padre Pío, puede encontrar rápidamente la reliquia y liberarme.

Los episodios extraños que me ocurren durante los exorcismos son innumerables. Una vez, por ejemplo, fray Benigno ordena al diablo arrodillarse.

Él no quiere, yo no quiero.

Pero fray Benigno insiste. Y me ordena que una las manos en oración.

—¡Lo odio, esto lo odio! —grito.

Junto las manos bajo la orden perentoria de fray Benigno. Y, mientras tanto, grito:

—¡Diez milímetros! ¡Faltan aún diez milímetros! —Y luego —: ¡Cinco! ¡Cuatro!

Por fin, me doy por vencido. Y junto las manos, de rodillas, como hacen los niños en el día de su primera comunión. Una postura insoportable para Satanás.

Fray Benigno trata de hacerme suyo moralmente. Me quiere combativo, a pesar de que Satanás persiste en sus ataques. Y un día tiene una idea que demostrará ser beneficiosa. Me dice:

—Sí, Satanás todavía está en ti, pero en el fondo estás un poco mejor. Llevas una vida casi normal, ya no se mencionan durante las posesiones los pactos de sangre ni el nombre de Caterina... Te doy un consejo: tómate unas vacaciones.

—¿Cómo?

—Sí, vete con Daniela. Vete a algún sitio lejos de Sicilia, cambia de aires y veremos si funciona. Pruébalo.

No lo pienso dos veces. Ya es hora de abandonar la rutina. Y así, unos días más tarde, Daniela y yo tomamos un barco en Civitavecchia para hacer un recorrido por la Umbría.

Elegimos la Umbría porque también nos interesan unas vacaciones para el espíritu, queremos visitar las iglesias y los lugares santos donde vivieron san Francisco y santa Clara.

Las vacaciones transcurren sin problemas, estoy bien.

O al menos eso creo. Una tarde caminamos por el centro de Asís. En la plaza principal, de repente, un escalofrío me recorre la espalda. Doy un bote y llamo a Daniela.

—Siento escalofríos, estoy mareado... ¿Cómo es posible?

Daniela me invita a darme la vuelta. Detrás de mí está la iglesia de Santa Clara.

Decidimos entrar.

Una cruz latina con una sola nave, crucero y ábside

poligonal. Los arcos de las bóvedas descansan en columnas con vigas que cruzan las paredes desnudas, que cobran vida solo por una galería sobre la que se abren ventanas. Al fondo, debajo del altar, una cripta. Dentro de la cripta se encuentra el cuerpo de la santa.

Bajamos a la cripta e inmediatamente me siento cansado.

—Daniela, me encuentro mal...

Daniela entiende y se da la vuelta. Quiere volver atrás. Pero hay mucha gente esperando en la fila y no se puede pasar.

Me empuja hacia adelante. Delante de la tumba de la santa consigo recitar una breve invocación:

—Santa Clara, ruega por mí. Gracias por esta visita.

Y de repente caigo al suelo, como si estuviera muerto.

—¡Una ambulancia, rápido!

Una monja corre en busca de una ambulancia.

La gente me rodea, muchos quieren ayudarme. Daniela, sin embargo, detiene a la monja:

—No es necesaria la ambulancia, gracias.

—¿Pero cómo? ¡Está mal!

Daniela debe decir la verdad. No tiene otra alternativa:

—Mi esposo no tiene nada. Solo sufre de posesión diabólica. Simplemente está poseído.

Un momento de silencio. La gente se aparta, muchos se van. Es la reacción habitual: mi situación es algo incomprensible. ¿Qué vas a hacer salvo irte?

Pero seis muchachos de un equipo de baloncesto español no se van. Me sacan, como si fuera un muerto, de la cripta hacia la puerta de la iglesia. Fuera diluvia. Han de dejarme allí, a un paso de la libertad.

Un pequeño sacerdote se nos acerca, con aire profesoral. Ha oído a Daniela decir que sufro de posesión diabólica y me invita a salir:

—O llamáis a una ambulancia o mejor os vais —dice.

Y Daniela:

—¡Mi marido se encuentra mal!

—Llamad a un médico.

—¡Pero no tiene problemas físicos, son solo espirituales!

—Entonces, ¿por qué habéis entrado en la iglesia? ¡Haberos quedado fuera!

El diálogo roza los límites de lo absurdo, diría de lo surrealista. ¿Cómo es eso? ¿Uno tiene problemas espirituales y es mejor quedarse fuera de la iglesia?

Llega una chica joven con una guitarra al hombro, pelo rizado y una cara dulce.

Se acerca a Daniela. Le dice en inglés:

—Participo en grupos de oración, ¿puedo rezar por él?

Daniela accede.

Y entona un breve canto en lenguas. Inmediata y poderosamente quedo liberado. Y ella sale de la iglesia, desapareciendo de mi vista.

Me levanto, y salgo yo también sobre mis propias piernas. Y tan pronto como doy un paso al aire libre, me vuelven todas las energías, como si nada hubiera sucedido.

Hogar, dulce hogar. Pero para Daniela y para mí, nuestro dulce hogar es una pesadilla. Desde que nos casamos, tenemos la intención de remodelar lo que queremos que sea nuestro hogar, un gran piso encima de la galería de arte. Ya es nuestro, pero tenemos que remodelarlo. Aunque por diversas vicisitudes, que rayan los límites del absurdo, no hemos podido hacerlo aún.

El escollo más grande es el dinero.

Todos aquellos a quienes hemos pedido un presupuesto nos piden una cantidad exagerada.

La casa está allí, encima de la galería. La miramos desde fuera con deseo, algo prohibido durante años. Y luego las posesiones, que han hecho que tengamos el corazón y el ánimo ocupados en otros asuntos.

Hasta que un día un amigo mío que es aparejador se hace cargo de la situación.

—Voy a pedir un presupuesto a un constructor que es de mi confianza —me dice.

Pero yo no tengo ya muchas esperanzas y no le doy demasiado valor a su iniciativa.

Pasan las semanas. Una noche tengo un largo sueño. Estoy frente a la casa que me gustaría remodelar. Veo a mi amigo aparejador con un hombre de unos cuarenta años, de pelo rizado, ojos redondos, de aspecto tranquilo y seráfico. Me dice: «Es un constructor». Sin entrar en el edificio me explica que para remodelarla haría falta exactamente solo un tercio del dinero que me han pedido los demás. Ni un euro más.

—¿Un tercio? ¿Tan poco?

—Sí —me responde.

Al levantarme por la mañana le cuento a Daniela el sueño.

—Francesco, es solo un sueño —me dice, devolviéndome a la cruda realidad.

Me voy a la tienda. De modo inesperado, se presenta esa mañana mi amigo aparejador. Con él, sorprendentemente, se encuentra el hombre del sueño, el constructor. Lo miro. No me lo puedo creer: es exactamente la misma persona que vi en mi sueño.

Me dice las mismas cosas que en el sueño unas horas antes.

—Podemos hacer el trabajo por un tercio de la cantidad que os han pedido los demás.

—¿De verdad?

—Llevo años construyendo casas. No necesito siquiera entrar en la suya. Solo necesito saber los metros cuadrados. Se gastará solo un tercio de la cantidad que los otros le han presupuestado.

Le confío el trabajo. En unos pocos meses, remodela toda la casa. Y lo hace muy bien. La cifra final es la que me había dicho.

El 19 de marzo, fiesta de san José, entra en la galería de arte y me dice:

—¡Ya está! ¡Hemos acabado el trabajo! Aquí están las llaves.

¿Por qué cuento estas cosas? Porque la casa se había

convertido en un tormento para Daniela y para mí en estos años de posesiones. Pero ahora, finalmente, ha llegado a su fin.

Un final que ha llegado justo cuando incluso las posesiones se han vuelto menos invasivas. Me doy cuenta de que no es una casualidad: cuanto más orden pongo en mi vida espiritual, más aumenta el orden de mi vida material. La mejora espiritual siempre va pareja a una mejora en todos los aspectos de la vida, incluso los materiales.

Y yo me pregunto: ¿todo esto es una señal de que la liberación está cerca?

13. Con Karol Wojtyla en un éxtasis

Para mí, abril de 2005 es un mes de muerte y de resurrección. Por un lado, la muerte de Juan Pablo II y, por otro, la resurrección de la Iglesia al ser elegido, el 19 del mismo mes, su sucesor, Benedicto XVI.

La Cuaresma de ese año quedó marcada para siempre con el sufrimiento de Karol Wojtyla y la Pascua fue bendecida con la llegada de un nuevo Papa.

Yo, por mi parte, paso unos días complicados. Satanás está furioso, terriblemente furioso. A pesar de la mejoría, todavía se hace presente en mí. Campa a lo largo y lo ancho de mi cuerpo cuando quiere.

Pero hay alguien que viene a rescatarme.

Estoy un día con fray Benigno, yo me encuentro completamente disociado. De repente, se me cambia la cara, se vuelve lisa y suave como cera, relajada.

Tengo una visión. Ante mí se encuentran cuatro santos, o «casi» santos... El Padre Pío de Pietrelcina, Sor Faustina Kowalska, Gemma Galgani y Juan Pablo II. El Padre Pío y Karol Wojtyla están en primer plano.

El Padre Pío le hace un gesto a Juan Pablo II para que avance. No emite ninguna palabra, sino que con el pensamiento le dice: «Te toca a ti. Es tu momento».

El Padre Pío y Wojtyla se miran con un gran respeto. Su amistad, ya presente en la tierra, se ha fortalecido en el cielo, en la eternidad.

Wojtyla da un paso hacia mí. Es alto, robusto, no muy joven, pero tampoco anciano, y va vestido de blanco, de Papa. Su rostro radiante emana una luz que no puedo describir.

Los demonios se quedan asombrados, están aterrorizados. Gritan al unísono:

—¡Vámonos! ¡Wojtyla va a destruirnos, escapémonos!

El grito que emiten es de terror, y chillando caen irremediablemente en un pozo profundo.

Y yo me quedo allí, liberado en un solo instante.

Wojtyla regresa varias veces. Puedo decir que a partir de su muerte viene a sustituir al Padre Pío. También este viene a verme, pero Wojtyla lo hace ahora con más frecuencia.

Estoy tumbado en el suelo, en la sala que fray Benigno utiliza para los exorcismos.

Wojtyla se acerca lentamente. Me mira con esa sonrisa suya de amor infinito y me dice:

—Comunica estas palabras: yo soy el protector de los jóvenes y de los presos.

Y me bendice levantando su mano derecha. Lo hace en latín y sus palabras salen de mi boca con el mismo sonido de su voz:

—Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus. Amen.

Y al punto quedo liberado. Esto es algo que sucederá con frecuencia. Además, cada vez que me visita trae consigo un mensaje nuevo. En una ocasión me dice algo cuyo significado todavía hoy no entiendo:

—No te preocupes por tus hijos, de tus hijos cuidaré yo.

Septiembre de 2005. Una vez más es él, Juan Pablo II.

Pero esta vez no se trata de una visión. Por primera y única vez en mi vida entro en éxtasis. A diferencia de las visiones, me veo transportado fuera del espacio y del tiempo. En otra dimensión. En éxtasis, de hecho. Y ya no escucho a la gente a mi alrededor. Ya no sé dónde estoy.

En casa hay algunos amigos de un grupo de oración de Palermo. Han venido porque querían rezar conmigo. También es una forma de mostrarme su afecto.

Tan pronto como comienza la oración, me siento mal. Me recuesto en el sofá, con la cabeza apoyada en las piernas de

una mujer.

—¡Voy a matarte! —grito. Pero los presentes no se dejan impresionar. Continúan rezando. De hecho, ya están acostumbrados a verme en ese estado.

Pero de repente me cambia la cara.

Enfrente de mí se encuentra una mujer revestida con el hábito franciscano. No la reconozco.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Soy santa Eustoquio, virgen —me dice—. Da gracias a don Antonio por las imágenes que ha distribuido por todas partes.

Don Antonio es un sacerdote que ha llegado hace poco a Alcamo. Pero yo no sé nada de esta santa. Más tarde me enteraré que, perteneciendo a la aristocracia romana, se convirtió junto a su madre en hija espiritual de san Jerónimo. Cuando san Jerónimo partió hacia Tierra Santa, las dos le siguieron. En Jerusalén se dedicó al trabajo de escribir para el santo, ayudándole en la traducción de la Vulgata.

Repito, no sé nada de ella, pero me alegro de poder actuar como intermediario entre ella y don Antonio.

Sin embargo, también me doy cuenta de que la visita de santa Eustoquio es la preparación para un acontecimiento especial, precisamente el éxtasis.

Pero antes del éxtasis comienzo a sufrir violentamente. La santa se da la vuelta y se va, y acto seguido unas serpientes muy agresivas comienzan a morderme en el estómago, causándome un dolor insoportable. No me encuentro mal, sino muy mal.

Y cuando el dolor alcanza el límite de lo que un humano puede soportar, se produce un hecho extraordinario.

Me encuentro en el cielo, a una altura que no puedo describir, por encima de las rutas aéreas, como si estuviera más allá del mundo conocido.

Estoy tumbado, con los brazos abiertos, sobre una nube.

El silencio es penetrante. El aire brilla con una luz que no se puede describir.

Desde más arriba, de las nubes que se encuentran por encima, llega Juan Pablo II. Viene caminando lentamente. Desciende hacia mí. Sonríe.

—Oh... ¿estás aquí? —digo yo.

Muestra un rostro juvenil, esplendoroso y radiante.

—Francesco, no tienes que preocuparte —me dice—. Yo estaré siempre junto a ti, a tu lado. Quédate tranquilo. Yo soy ya santo, aunque he muerto hace poco. Los tiempos del cielo no son iguales a los de la tierra...

Sobre la sotana blanca, usa la muceta roja. Le pregunto por qué. Y me dice:

—Así me vistieron inmediatamente después de ser elegido Papa, el 16 de octubre de 1978. Para mí ese día fue especial.

Hablamos mientras descendemos hacia la tierra. Él me dice:

—Ahora tengo que irme, no puedo quedarme más.

—¿Puedo ir contigo?

—No, tú tienes que ir allí.

E indica un punto preciso. Pero yo solo tengo ojos para él. No puedo apartar la mirada de él.

—Mira allí —me dice.

Pero yo no miro.

—Mira allí —repite por segunda vez, y una tercera, con infinita dulzura. Y finalmente me giro.

Y veo la Plaza de San Pedro, llena de gente hasta el final de la Via della Conciliazione, una gran multitud.

Me quedo asombrado. Y asintiendo, me hace entender que lo he comprendido bien.

Y se aleja poco a poco.

Lo veo subiendo hacia el cielo, cada vez más pequeño, ascendiendo hacia el azul de otra dimensión.

—¿Pero te vas?

—Sí, me voy —dice, sin dejar de sonreír.

Y una lágrima me cae sobre el rostro dejando un surco en mi mejilla, algo indeleble.

Todo termina. Estoy de vuelta.

La mujer sobre la que había colocado la cabeza me sonríe. Mi madre se acerca a ella, como para disculparse. Pero ella dice:

—Ningún problema. Ha habido un momento en que me ha parecido sentir como una corriente de aire entre su cabeza y las piernas, tenía la cabeza ligeramente levantada y no sentía su peso...

Más tarde lo entenderé: durante el éxtasis era como si mi cuerpo no obedeciera a la gravedad.

Verano de 2006. Un año después del viaje a Umbría. Una nueva excursión.

Fray Benigno siempre nos anima a distraernos:

—Salid, haced un viaje, el cuerpo lo necesita, pero sobre todo vuestro espíritu.

No tenemos mucho dinero y no sabemos si realmente vale la pena hacer el viaje. Daniela es quien más vacila. También porque viajar conmigo implica un cierto riesgo... ¿Y si las vacaciones se convierten en un infierno? ¿No es mejor quedarse en Sicilia y disfrutar de nuestro mar?

—Bajo al bar un momento —le digo a Daniela un día.

En cambio, entro en una agencia de viajes. Allí pregunto por algún destino de última hora que esté disponible. Me ofrecen un viaje a Barcelona, con hotel de lujo incluido, a un precio inmejorable.

—¡Daniela, he hecho una reserva!

—¿Qué?

—Sí, he hecho una reserva, ¡nos vamos a Barcelona!

Casi se pone a gritar de alegría. Pero se contiene. Y dedicamos todo el día a comprar lo que creemos que vamos a necesitar. Con la cabeza, pero también con el corazón, ya estamos en España.

Transcurren seis días felices y sin preocupaciones. Pasamos del mar a los museos de Pablo Picasso y de Joan Miró, de los restaurantes a los paseos por los mercadillos.

Al fin, llega el séptimo día, el de la vuelta.

Esa mañana en el hotel, decidimos el programa del día: no

hacer nada. Quedarnos en la piscina hasta las cinco de la tarde y luego salir hacia el aeropuerto.

Pero de repente siento que se me endurecen los gemelos.

—Daniela, algo no va bien...

El dolor aumenta, por todo el cuerpo.

—Daniela, me encuentro mal...

Pero ella no reacciona. No hace nada. Sentada en la cama, continúa hojeando una revista. Me ignora. Y yo:

—¡Te he arruinado las vacaciones! ¡Ya basta! ¿Por qué tanto relax? ¡Tú ahí, disfrutando, pero yo no puedo disfrutar! ¡Ya es suficiente!

Es él, Satanás, más furioso y traicionero que nunca.

Pero Daniela permanece impasible. Insensible a mis gritos.

—¿Ves esa ventana? —le pregunto—. ¡Ahora la abro y tiro a Francesco por ella!

Pero ella no hace nada. Sentada en la cama, sigue hojeando su revista.

—¡Demasiada alegría en Barcelona! ¡Demasiada alegría! ¡Ya basta! ¿Qué creías, que no iba a venir yo con vosotros?

Pasan las horas. Son las 15.30 cuando Daniela habla. Dice:

—Fray Benigno me ha dicho que saliera y descansara. Y yo ahora estoy descansando. ¡Estoy harta de todo esto! ¡Que los santos piensen en cómo liberarte!

Y vuelve a hojear su revista.

Me vuelvo loco. Doy golpes a la cama, grito enojado.

Pero de un momento a otro me invade una paz sobrenatural. Es como si de repente el diablo se viera obligado a retirarse. Debe dejar espacio a algún otro.

Y, de hecho, este «otro» no tarda mucho en hacerse ver. Y con su cerrado dialecto pugliese y su inconfundible tono de voz, le dice a Daniela:

—Entiendo bien el sufrimiento de Francesco, yo mismo me he pasado días y días como él. Pero si tú no le ayudas, ¿quién va a hacerlo por ti?

Daniela no puede confundirse: es el Padre Pío. Es su voz la que habla a través de mi voz.

Y deja la revista porque ya se ha dado cuenta.

Ha comprendido que tiene una responsabilidad de la que no debe escapar. Está en el centro de un gran misterio, de algo incomprensible, pero debe cruzar ese misterio. Nadie puede hacerlo por ella. Le toca a ella. Sin ella, ni siquiera el Padre Pío puede hacer nada.

Se siente como descubierta por él, pero también consolada. Como si le dijera: «Depende de ti, Daniela, ten valor, mira que yo te entiendo. Puedes hacerlo».

Daniela se da cuenta de que no se trata solo del Padre Pío, también recibe el ánimo desde el cielo: sin su sí, nadie puede hacer nada. El cielo, sin el sí de Daniela, no puede actuar.

Se levanta. Sabe que tiene que atacar, debe golpear y hundir a este demonio. Pero descubre que está desarmada. No ha traído nada consigo. No tiene ni un crucifijo, ni un libro de oraciones, ni aceite, ni agua bendita.

¿Con qué armas va a entrar en batalla?

Me observa. Yo grito:

—¡Voy a matarte!

Se toma su tiempo.

Luego entra en el baño. Llena una botella de agua y en su interior le pide a Jesús: «Bendice tú esta agua».

Sale del baño. La miro mientras sigo gruñendo. Ella se acerca a la cama. Me doy cuenta de sus intenciones y me cubro la cara con un brazo; ella actúa: vierte el agua sobre mí, bañándome de la cabeza a los pies.

—¡Me quemo! ¡Me quemo! ¡Me quemo! —chillo.

Y me caigo de la cama. Ruedo por el suelo, como si estuviera sobre carbones encendidos.

—¡Me estoy friendo vivo! —grito ahora derrotado.

Y, así, en poco tiempo, quedo liberado.

—Daniela, soy yo. ¿Tanto te ha costado?

Ella está mortificada. Pero ahora lo ha entendido.

14. Una luz en la oscuridad de la noche: «Francesco, estás liberado»

A la vuelta de Barcelona, mi vida continúa oscilando de modo inexorable entre la luz y las tinieblas. Un ir y venir agotador.

Los exorcismos hacen que la oscuridad salga a la superficie, pero luego regresa la luz.

Al llegar 2007 mi vida sigue igual. Dolor y algo de alegría.

¿Cuándo quedaré liberado? ¿Qué tiene que pasar para quedar libre por fin?

Son preguntas que poco a poco van haciéndose algo mío, hasta el punto de acostumbrarme. ¿A qué? A no recibir ninguna respuesta. No estoy desmoralizado. Tengo fe en Cristo. Pero al mismo tiempo pienso: «Hay muchos que nunca se liberan, ¿por qué voy a ser yo diferente? Quién sabe, tal vez, pero, si...». En resumen, tengo esperanza en liberarme, pero a la vez me asaltan muchas dudas.

Un día hay un retiro de oración en Trapani. Participa también un obispo exorcista muy conocido, monseñor Onésimo Cepeda Silva, obispo de Ecatepec, en México.

No tengo ningún interés especial en participar en el retiro, pero Daniela siente un impulso diferente:

—¡Vamos! —dice categóricamente.

Y de este modo entramos en una antigua iglesia de Trapani.

Robusto, bastante alto, con algunos cabellos blancos, pero con el vigor de un muchacho en plena forma, el obispo Cepeda Silva se encuentra en medio de la iglesia. Está confesando a alguien, pero en un momento determinado se

levanta y dice:

—Ya está, he terminado.

Hay muchos fieles a quienes les gustaría que siguiera, pero no tiene más tiempo.

Pasa por medio de la gente y está a punto de abandonar la iglesia. Yo me acerco a él mientras Daniela se queda un poco aparte.

El obispo camina hacia mí, pero luego se detiene y me da la espalda. Yo pienso: «Lástima, me habría gustado hablar con él».

Luego se da la vuelta. Mira a derecha y a izquierda, hasta que de repente se fija en mí. Sus ojos me penetran. Aún más, me deslumbran.

Se acerca, me toma de la mano y me dice:

—Tú te vienes conmigo. Tenemos que hablar. Y que venga también tu mujer.

Y comienza a marcharse.

Llamo a Daniela. Le digo que nos siga. Ella no entiende enseguida qué ocurre, pero después de unos momentos estamos al lado del obispo que se dirige a una estancia privada.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Le cuento toda mi vida, las posesiones, todo... Le digo que llevo años muy mal, que recibo exorcismos y que durante los exorcismos estoy consciente... De hecho, lo recuerdo todo.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Realmente lo recuerdas todo?

—Sí, todo.

—En tantos años de exorcismos, nunca me he encontrado con nadie que pudiera contarme lo que le ocurre como lo estás haciendo tú... Solo he leído algunas cosas en los libros... ¡Tu historia es increíble! ¡Es un caso de lucidez, un caso muy raro! De hecho, diré más: tu caso es una posesión auténtica, pero el diablo suspende solo parcialmente tus facultades. Es el más terrible, porque generalmente el diablo entra en el cuerpo anestesiando los pensamientos y también sus facultades físicas, de modo que durante la disociación las

personas no sienten ningún dolor y una vez que salen de ellas no recuerdan nada. Sin embargo, tu caso es muy raro, ocurre todo lo contrario. La posesión es real, pero es muy grave precisamente porque mientras el diablo está dentro de ti, estás alerta, sufres físicamente y luego te acuerdas de todo.

—Con frecuencia vienen a ayudarme los santos, muchos santos...

—¡Los santos! Cómo he deseado que alguien me contara estas cosas... ¡Nunca me he encontrado a nadie que lo recordara!

Mientras le escucho, me habla de los muchos exorcismos que ha realizado a lo largo de su vida...

Y en un momento determinado se detiene.

Y de golpe me dice unas palabras que no olvidaré jamás, unas palabras que se me clavan en el corazón.

Unas palabras definitivas, concluyentes.

Como una espada afilada.

La espada de la verdad.

—Estás liberado.

—¿Cómo?

—Francesco, siento que estás liberado.

Dudo.

—No puede ser, aún recibo exorcismos, todos los sábados... Debería verlo...

—No me equivoco, Francesco, estás liberado, ahora te daré una bendición.

Y comienza a bendecirme. Pero yo reacciono. Con un pie, le empujo la silla contra la pared y le bloqueo.

Él también reacciona. Y comienza una oración de exorcismo.

Entro en disociación. Los demonios me atraviesan y me poseen.

Y mientras reza, pienso: «¿Has visto? Otro que libero...».

—¿Onésimo? ¿Qué te creías, que me iba a ir? ¡Estoy aquí! ¡Renuncia!

Mis gritos sacuden la habitación.

Pero después de dos horas me caigo al suelo.

—¿Qué pasa? —pregunta el obispo.

—Quizá haya un santo… —le responde Daniela.

Veo a Juan Pablo II frente a mí. Ha venido en mi rescate.

Mi voz es su voz. Es él quien da la bendición en latín directamente.

Y en ese momento me libero.

El obispo se ha quedado sin palabras. Y dice:

—Juan Pablo II. Estaba aquí. Era él. Estaba vivo.

Y Daniela:

—Sí… ¿Pero se ha dado cuenta? Francesco no está liberado.

Pero Onésimo Cepeda Silva ni duda ni se retracta:

—No, al contrario. Siento que está liberado. No queda nada para que todo se aclare. El demonio está ahí, es verdad, pero no tiene autoridad… Nada, no queda nada para que todo resulte evidente. Francesco, no sé cómo explicarlo… Veo que eres un hombre de fe y para mí estás liberado.

Lo miro sin saber qué decir. Continúa:

—Ahora es una cuestión psicológica: el diablo usa tus dudas, tu fragilidad, para volver a presentarse. No pienses en ello… Pide oraciones, a cuanta más gente mejor, y rezad también vosotros mucho.

Nos despedimos. E intuyo una verdad: he de pelear. Falta poco. Podría acostumbrarme… ¿Pero para qué acostumbrarme? Después de todo, es como una enfermedad psicológica. Lo que puede marcar la diferencia es mi fuerza de voluntad, mis energías renovadas para la lucha. No es pequeña diferencia. Una diferencia que significa vivir o morir, estar sanado o enfermo.

Continúo acudiendo a fray Benigno. Pero no puedo mentirme a mí mismo: solo entro en disociación durante los días de exorcismo. El resto de días me encuentro bien. Y pienso: «Quizá entro en disociación porque el diablo aún está y cuando acudo al exorcista se lanza contra mí para vengarse…».

Pero, ¿es eso lo que ocurre? No tengo respuestas.

Mientras tanto, los meses siguen pasando.

En noviembre de 2007 se organiza un retiro de oración en un hotel de Casteltermini (Agrigento). Está invitado un carismático de Malta, el doctor John Bonnici Mallia, un médico que ha fundado la «Comunidad Católica Carismática Marana Thá». El doctor Bonnici tiene un carisma único, el carisma de la sanación.

Este carisma no es algo extraño, como algunos podrían pensar. Y ni siquiera se trata de algo extravagante. De hecho, y especialmente después del Concilio Vaticano II, la Iglesia ha redescubierto la importancia de la oración de intercesión a través de la cual muchas personas encuentran la solución a sus problemas; aprender a rezar no solo por uno mismo sino sobre todo por los demás. La oración de sanación es una oración de intercesión por la que experimentamos que Jesús no solo sanó de sus enfermedades a la gente hace dos mil años, sino que lo sigue haciendo hoy.

Pero yo no quiero ir al retiro. Aunque no está demasiado lejos de casa, no quiero ir. Pienso: «¿Todavía?». Estoy un poco cansado de todos estos retiros. Pero Daniela insiste:

—¡Tenemos que ir!

Es contundente. Tengo que obedecerla.

Y vamos. Al entrar en el hotel, nos dan la bienvenida unos cantos y unas oraciones. Parece una fiesta.

El Dr. Bonnici habla frente a una sala llena de gente. Y cuando vuelven los cantos, caigo en una violenta disociación. Ellos, los demonios, han venido de nuevo de visita. Y el pánico se extiende por toda la sala.

Me sacan fuera. Cuatro personas se quedan cerca y rezan por mí. Alrededor de la una de la tarde vuelvo en mí.

En definitiva, se repite el guion de siempre. Oración, disociación, liberación. Nada nuevo.

Con nosotros, con Daniela y conmigo, se encuentra también una tía mía. Me anima a presentarme al Dr. Bonnici y contarle lo que me pasa.

La idea no me entusiasma, pero tímidamente accedo a ir a verle.

El Dr. Bonnici es de baja estatura, pero con su clara sonrisa me desarma por completo, y hace que me olvide de mi pereza, quizá más bien fatiga.

Mi tía le cuenta mi caso, pero él la interrumpe y me dice a mí:

—Cuéntame tú lo que te pasa.

Y se lo cuento todo. Le digo:

—Llevo cinco años sufriendo posesiones...

Él asiente y me dice:

—Pero ahora has de quedarte tranquilo.

—¿Por qué?

Un relámpago en la noche.

Como cuando un rayo enciende de luz la oscuridad del cielo nocturno: así es de deslumbrante su respuesta.

—Porque estás liberado, Francesco.

Me quedo en silencio unos momentos y pienso: «Ya basta, no me iré de aquí hasta que este señor me diga la verdad».

—Pero ¿ha visto cómo estaba hace un rato? ¿Ha visto mi posesión?

—Sí, he visto muchos casos así.

Estoy perdido, confuso. Y él insiste:

—Sí, sí, ¡estás liberado! ¡Liberado! No tengo ninguna duda. Entiendo que te resulte difícil, pero has de intentar escuchar atentamente. ¿Sabes por qué no se resuelven muchos casos similares al tuyo?

—No.

—Te lo diré. Porque la posesión te hace sufrir durante años no solo en el cuerpo sino también en la mente. En la mente sigue habiendo un surco, una huella o una herida, llámalo como quieras...

Y mientras habla, une el dedo índice y el pulgar como si estuviera agarrando un alfiler. Y me dice:

—Esto es lo que pasa: ¡tic! Estás liberado, pero en cuanto vuelves a dudar de ello, aunque sea mínimamente, los

demonios vuelven a entrar. De verdad, basta un tic y ya están dentro. Entran por el surco, vuelven a apropiarse del espacio que había sido suyo.

—Pero yo no tengo problemas psicológicos...

—Veo que eres jovial, alegre, sin problemas de ese tipo... Pero los demonios son aún más sutiles, porque en tu mente queda ese surco, tan pronto como dices «pero», «si», «tal vez», «sin embargo», solo con que dudes un milímetro, tic, entran.

Y continúa:

—Francesco, ponte en pie. —Me levanto, atrapado por sus palabras—. Ponte de pie, Francesco, abre la mano izquierda, mantén la palma de la mano abierta como si fueras a recitar el Padrenuestro. Muy bien, ahora cierra la mano derecha y con el puño golpea la palma de tu mano izquierda. Golpea y da un tajo definitivo a estos «si», a estos «pero». Repite: «¡Ya basta! ¡Ya basta! Cierro la puerta a los "si" y a los "pero". ¡Estoy liberado! Cierro la puerta al maligno. El maligno ya no tiene ninguna autoridad para entrar».

Y otra vez:

—¡Francesco, estás lleno del Espíritu Santo, eres libre! Te lo digo porque tengo plena certeza, eres libre, ahora depende solo de ti que lo creas... ¡Vamos, golpea tu mano!

Ejecuto sus órdenes, como una marioneta. Sus palabras son simples, claras, límpidas:

—Francesco, si dices «si», «pero», «tal vez» es como si dejaras una rendija abierta. ¿Ves las rendijas de las puertas? El maligno ve la rendija y, tic, entra. Pero ya no tiene autoridad si no quieres, ahora estás liberado, liberado, ¿entiendes?

—Pero a veces escucho cómo vienen... ¿Qué hago?

—Es simple: échalos fuera. Golpéate la mano y di: «Basta». ¡Y se van, se van! ¡Y después dedícate a los demás! Reza por los enfermos. Cambia de posición. ¡Que rote la perspectiva de tu vida!

Y se va, dándome una cita para la misa de la tarde:

—¡Nos vemos en misa! Ya lo verás... Estás liberado.

Me quedo allí así, completamente anulado en mis convicciones. Pero también eufórico. Pienso: «¡Realmente se ha acabado todo!».

Mi mamá, Daniela, mi tía... no saben qué decir. Pero dentro de mí surge una certeza nueva: estoy liberado. El «si», el «pero» son obra del maligno. Yo, por el contrario, debo tener fe. La fe no duda. La fe no se tambalea. La fe es cierta: moverás montañas, dice el Señor.

El Dr. Bonnici me llama al escenario, al lado del altar, para seguir la misa a su lado. Él me quiere cerca, incluso para apoyarme. Es como si quisiera decir: «Lo conseguirás».

Y, de hecho, durante la misa estoy muy bien.

Al final, el doctor dirige una oración. Me dice:

—¿Me haces un favor?

Asiento con la cabeza.

—Sostenme con tu oración mientras rezo por todos los enfermos.

Y comienza a rezar. Sube al escenario un niño con problemas auditivos. Él le quita el audífono y le dice:

—Ahora me escuchas.

Y, de hecho, el niño nos escucha.

La oración continúa y al final, con sencillez, me saluda y me dice:

—Todo ha acabado.

Vuelvo a casa y me siento en el Paraíso.

Estoy bien, muy bien. Y no tengo dudas.

Duermo tranquilo. Por la mañana, Daniela me pregunta cómo estoy.

—¡Estoy bien, Daniela, todo ha terminado!

Reflexiono sobre los últimos meses. Tras el exorcismo del padre Pereira, de hecho, salvo algunas excepciones, únicamente he estado mal con fray Benigno... ¿Estaba liberado y no lo sabía? Parece que sí. Pero la duda siempre me había hecho volver a la situación anterior.

Y pienso: «¿Y ahora quién se lo dice a fray Benigno?

¿Quién le dice que el que me ha hecho comprender al final, con pocas palabras, que estaba liberado ha sido un simple laico?».

Al sábado siguiente, con puntualidad, vuelvo a verle. Decido no decirle nada. También quiero ponerme a prueba. Me digo a mí mismo: «Estoy bien, pero veamos qué pasa».

Fray Benigno comienza la oración de invocación. Usualmente, con esta oración ya estoy mal. Pero nada, como si no pasara nada. Así que pasa a la oración imperativa, al poderoso exorcismo. Nada: estoy bien. Se interrumpe:

—Francesco, ¿cómo estás?

—¡Bien!

—Ah... Hoy hay que dar gracias, felicidades —me dice. Pero resulta evidente que no puede explicarse qué ha pasado. Me da una cita para dos semanas después.

—Veamos —dice—, probemos a vernos dentro de quince días.

Es diciembre de 2007. Vuelvo con fray Benigno puntualmente, según la fecha establecida.

De nuevo los dos tipos de oración. Y tampoco hay reacción. Estoy bien.

Y fray Benigno, por primera vez en cinco años, me dice:

—Nos vemos dentro de tres semanas, a mediados de enero.

Cuanto más se acerca la fecha de la cita, más siento cómo se acercan los espíritus malignos. Pero los ahuyento diciéndome: «El Señor está conmigo, nada puede suceder». Y golpeo con el puño la palma de la mano, expulsando a mis adversarios.

Tan pronto como digo esas palabras, me rodea un círculo de luz. Y estoy bien. Es como si yo fuera el exorcista ahora. Tiro a la basura, en definitiva, todos los «si» y «pero» y me aferro a Cristo.

Me siento como un león. Controlo a los demonios con un simple: «¡Basta!».

Con fray Benigno ya no ocurre nada. Me mira un poco extrañado y me dice:

—Podría no darte ya más citas... Pero hagamos una cosa: vamos a vernos para Pascua, así también nos felicitamos.

Regreso en Pascua. Estoy vestido de fiesta, lo cual es algo inusual para alguien que tiene que recibir un exorcismo. Fray Benigno reza y no pasa nada. Entonces me dice:

—Francesco, dime una cosa: ¿qué ha pasado?

Y se lo explico todo, diciéndole que no le había dicho nada antes para por un lado ponerme a prueba y por otro porque me daba pena contarle que, después de todos estos años, un simple laico haya tenido éxito donde tan grandes exorcistas no lo habían tenido... Y fray Benigno:

—Pero ¿de verdad no ha habido un momento preciso en el que quedaste liberado? Ya sabes, habitualmente quien queda liberado grita...

—No, nada. Fue como observar encenderse una vela. El doctor me dijo que estaba liberado y yo me di cuenta de que era verdad.

—Francesco, estoy muy feliz, volvamos a vernos. Si quieres, en tres meses hacemos una oración de fortalecimiento. Habla también con el Padre Tonino.

Lo abrazo y lo saludo. Y me voy, liberado, y a la vez con el corazón lleno de gratitud.

Todavía ha de pasar algo. No todo ha terminado.

En mayo de 2008, vuelve a organizarse, como todos los años, la conferencia internacional de la Renovación en el Espíritu en la feria de Rímini.

Me entero de que también asistirá el Padre Rufus Pereira. No me cabe ninguna duda de que tengo que ir. Daniela, sin embargo, no puede acompañarme. Pero no me doy por vencido: voy solo. También puede ser una buena ocasión para afrontar un viaje en solitario después de tan largo tiempo.

En Rímini hay miles de personas. El padre Pereira parece inalcanzable. Después de un momento de oración trato de llegar a él, pero un cordón de seguridad no me lo permite: hay muchas personas que quieren hablar con él y no dejan pasar a nadie.

No me doy por vencido. Consigo cruzar una barrera sin que me vean y puedo colocarme detrás del gran escenario central.

Siento que el padre Pereira está allí. Y, de hecho, caminando como a tientas, girando primero a la derecha y luego a la izquierda a lo largo de unos pasillos que no sé a dónde van, lo veo. El exorcista indio que consiguió romper los pertinaces pactos de sangre de mi posesión está delante de mí.

—¡Rufus, soy Francesco! —grito.

Él me mira extrañado. No me reconoce.

—Rufus, soy a quien hiciste tres exorcismos en un día...

—¿Tres exorcismos en un día? Nunca he hecho tres exorcismos en un día.

—Pero ¿cómo? ¿No te acuerdas?

Y le cuento lo que vivimos juntos. Pero aún no lo recuerda. Entonces le explico que he escrito toda mi historia en una breve relación de tres páginas.

—Si quieres te las dejo, así lo lees...

—Sí, Francesco —me dice—. Déjamelas y vuelve mañana, hablaremos de eso. Si no te dejan pasar, di que eres mi amigo.

Al día siguiente (es el 2 de mayo de 2008), participo en la oración acostumbrada. Al acabar trato de contactar con el padre Pereira, pero no me dejan pasar.

—Tengo que ver al padre Pereira, soy amigo suyo —les digo.

Pero no me creen.

Insisto y, afortunadamente, una persona de seguridad me dice:

—El padre Rufus está en la parte superior de aquella escalera y no lo sabe nadie. Allí se puede ir sin problema, no hay ninguna barrera que impida el paso.

Vuelo. En la parte superior de las escaleras encuentro al padre Pereira charlando con algunas personas.

Interrumpe la conversación y me dice:

—He leído tu historia.

Y dirigiéndose a todos los presentes:

—Mirad a este chico, su sonrisa... ¿Os parece un neurótico, un gruñón como muchos dicen que son los ex poseídos? —Y luego—: Francesco, rezaré por ti. Te doy la certeza de tu plena liberación.

Sus palabras son como un sello para mí.

Definitivamente sellan lo que ya sé: estoy liberado.

Lleva el informe en la mano y me dice:

—Voy a guardarlo en mis archivos.

Y luego pronuncia unas palabras que nunca olvidaré:

—Quédate tranquilo, escribe un libro y viaja por el mundo.

Y veo, ante mí, un rollo de pergamino de pequeñas dimensiones. Me lo trago y siento que entra directamente en el estómago.

Y más adelante caeré en la cuenta de que esta visión es la misma que la de Juan en el *Apocalipsis* 10, 10-11: «Tomé el pequeño libro de la mano del ángel y lo devoré. En mi boca fue dulce como la miel, pero cuando lo comí se me amargaron las entrañas. Entonces me dijeron: —Es necesario que profetices de nuevo contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes».

¿Ya ha acabado todo? Aún queda una cosa.

La posesión se ha ido, es verdad. Pero falta una pequeña pieza para completar este gran y misterioso rompecabezas que es mi vida.

19 de mayo de 2009. Participo, por sugerencia de fray Benigno, en un curso de dos meses dedicado a oraciones de liberación. Tiene lugar en el hospital Villa Sofia de Palermo. También hay un médico, el profesor Vincenzo Mastronardi, psiquiatra y profesor titular de psicopatología.

En un momento determinado, proyectan en la sala una misa negra. Un sacerdote logró colarse en una de esas ceremonias y lo grabó todo con una cámara oculta.

Las imágenes no me impresionan demasiado. En una habitación a media luz, iluminada solo por algunas velas, un hombre con vestiduras sacerdotales recita una misa en honor

de Satanás.

Una mujer desnuda está tirada en el suelo. Hace de altar. Todos los presentes la consagran a Satanás abusando sexualmente de ella.

El sacerdote se encuentra en el momento de la consagración. Eleva la copa y yo, justo en ese momento exacto, es como si desapareciera del mundo.

Me caigo al suelo, como desmayado o en coma.

Me sacan fuera. Oigo las voces distantes de fray Benigno, Daniela y el doctor, muy lejos.

Luego, muy lentamente, vuelvo en mí.

Fray Benigno me tranquiliza:

—No estabas poseído.

¿Qué ha pasado?

Me quedo confuso. Al médico le cuento que muy probablemente, hace muchos años, llegué a participar sin quererlo en una misa negra... Él dice:

—Superposición de imágenes. De repente has tenido una superposición de imágenes. La imagen de la elevación del cáliz que viste hace muchos años se te ha quedado en la memoria, como un archivo no utilizado sigue en la memoria de un ordenador. Tú no recordabas esa imagen, pero esa imagen siempre ha estado dentro de ti. Hoy la has vuelto a ver y se ha producido como un cortocircuito. Sabes, a menudo sufrimos traumas en la niñez que no recordamos, pero estos traumas permanecen en el interior, al menos alguna huella, y tarde o temprano pueden resurgir.

Y luego concluye:

—Este shock que he visto confirma que realmente participaste en una misa negra. Todo es verdad, Francesco.

Todo es verdad. Mi posesión. Y ahora la liberación completa.

Me he encontrado en medio de una batalla que jamás había planeado ni deseado, pero con la ayuda del Señor salí victorioso.

Leo el Evangelio y me veo reflejado en muchos episodios.

Sobre todo, en *Marcos* 5, 15-20.

Jesús está en la región de los gerasenos. Allí se encuentra a un hombre poseído por un espíritu inmundo. El Evangelio dice que tiene su morada en los sepulcros y que nadie puede mantenerlo atado incluso con cadenas. Nadie, en suma, logra domarlo.

Al ver a Jesús, el endemoniado se precipita, se postra a sus pies y, gritando en voz alta, dice: «¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego, en el nombre de Dios, que no me atormentes».

Jesús le dice: «¡Sal de este hombre, espíritu inmundo!». Y luego le pregunta: «¿Cuál es tu nombre?».

«Mi nombre es Legión», responde, «porque somos muchos».

Y comienza a insistir para que no lo expulsen de esa región.

Entonces Jesús, al ver una gran manada de cerdos, le permite entrar en ellos. Y los espíritus inmundos salen de aquel hombre y entran en los cerdos que se lanzan hacia el mar y se ahogan.

Y aquí están los versículos 15-20:

Llegaron junto a Jesús, y vieron al que había estado endemoniado —al que había tenido a «Legión»— sentado, vestido y en su sano juicio; y les entró miedo. Los que lo habían presenciado les explicaron lo que había sucedido con el que había estado poseído por el demonio y con los cerdos. Y comenzaron a rogarle que se alejase de su región. En cuanto él subió a la barca, el que había estado endemoniado le suplicaba quedarse con él; pero no lo admitió, sino que le dijo: —Vete a tu casa con los tuyos y anúnciales las grandes cosas que el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Se fue y comenzó a proclamar en la Decápolis lo que Jesús había hecho con él. Y todos se admiraban.

Leo este pasaje del Evangelio y me quedo impactado.

El ex endemoniado «sentado», «vestido» y «en su sano juicio» soy yo.

Yo me he encontrado con Jesús que me ha liberado.

Ha hecho que vuelva a ser yo mismo, dándome serenidad, curación y vestidos nuevos. Los vestidos son señal de curación: la dignidad de la ropa es la dignidad de mi persona.

Soy de nuevo yo mismo, liberado gracias a Jesucristo.

Post scriptum

Mayo de 2011. Daniela vuelve sola al santuario de Alcamo, ese santuario en el que años antes se dio cuenta por primera vez de que algo no iba bien conmigo. Teníamos que entrar juntos a recitar un Ave María, pero yo me quedé en la moto: con algo de fiereza, le dije que no quería entrar. Una de las primeras señales de esa aversión a lo sagrado que no hacía más que ocultar una posesión violenta y furiosa.

Daniela está dividida: ¿Escribir un libro? ¿Por qué? Y también: ¿Pero es realmente indispensable? ¿Qué dirá la familia? ¿Los amigos? ¿Qué dirá Alcamo?

Es domingo. El santuario está lleno para la misa dominical. Daniela intenta entrar, pero un muro de personas le bloquea.

Consigue entrar dentro. No hay sitio para sentarse. No está mal. Se quedará allí, al fondo. Rezará desde allí y le pedirá ayuda a la Virgen: «Dame una señal, dime que el cielo realmente quiere este libro».

Junto al altar, en un largo banco de madera, hay una amiga suya sentada. Ve a Daniela de pie al fondo de la iglesia y desde lejos le hace señas para que se siente con ella: hay un sitio. Daniela no quiere... Está bien allí... Pero ¿qué va a hacer? Su amiga cada vez gesticula más: ha de avanzar hasta primera fila.

Se sienta y levanta la cabeza.

Y a un lado, frente a ella, en el lado opuesto del altar, lo ve.

¿El qué? ¿A quién?

La recreación de un cuadro de Francesco Rustici, conocido como el Rustichino, un pintor de Siena. Nuestra Señora sobre

una nube ordena a Ignacio de Loyola, arrodillado a sus pies con un libro aún blanco abierto, que escriba los ejercicios espirituales.

La Virgen le ordena que escriba el libro indicándoselo con un dedo de la mano. Le ordena que escriba y él obedece.

Parece increíble, pero en todos estos años Daniela nunca se había dado cuenta de la existencia de este cuadro.

¿Es posible?

Sí, es posible.

El cielo le ha enviado su señal y es mejor obedecer al cielo.

Apéndice 1

¿Existe Satanás?

¿Existen los demonios?

¿Existen las posesiones diabólicas?

Como ya he dicho en mi libro *Dalla filosofia all'esorcismo* (editorial «Rinnovamento nello Spirito», pp. 13-14), hay toda una cultura laicista que niega la existencia del diablo y de los demonios, y lo que hacen es una fantástica proyección de nuestros miedos o una identificación con esa parte del mal que se encuentra en cada uno.

Nosotros, los cristianos, corremos un riesgo: el de adaptarnos a esa mentalidad para no parecer atrasados e incultos. Muchos, por desgracia, han caído en ese peligro y no creen en la existencia del diablo ni de los demonios; ven como inútil la praxis de los exorcismos por parte de la Iglesia y piensan que todos quienes los tienen sufren algún tipo de patología psíquica.

Para nosotros, en este campo, como en todos los demás, el punto de referencia no puede ser la cultura laicista, sino la palabra de Dios. «Antorcha es tu palabra ante mis pasos, luz en mi sendero» (*Sal* 119, 105).

Es razonable creer todo el contenido de la revelación divina, especialmente si ha sido propuesta por el Magisterio de la Iglesia, aunque pueda parecer una tontería o sea escándalo para la cultura dominante. De hecho, nuestra fe se funda en la autoridad infalible de Dios que, si revela algo a los hombres, no puede ni engañarse ni engañarnos.

Y bien, ¿qué nos ha revelado Dios sobre el mundo de los demonios?

La Iglesia sabe que lo que Dios ha revelado está contenido en la Biblia.

La Iglesia sabe a partir de la Biblia:

1) Que Dios, además de crear al hombre y al universo visible, también creó a los seres invisibles, que son espíritus puros, llamados también ángeles (véase *Colosenses* 1, 15-16).

2) Que algunos de estos ángeles se rebelaron pecando contra Dios (ver *1 Juan* 3,8; *2 Pedro* 2,4; *Judas* 1,6) y así se volvieron malos, recibiendo de él una justa condena (ver *2 Pedro* 2,4). Se trata del diablo y los demonios, que se alimentan del odio a Dios y a los hombres. El diablo es llamado en el Evangelio «príncipe de este mundo», «príncipe de las tinieblas», «homicida desde el principio», «padre de la mentira» (ver *Juan* 12,31; 8,44 y ss.). Los demonios son los ángeles del diablo: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (*Mateo* 25,41).

3) Que Jesús se encontró con casos de posesión diabólica y de vejación diabólica, cuya liberación, y posterior sanación, se produjo a través de su actividad exorcista, llevada a cabo con autoridad propia, algo que dejaba sorprendido a sus contemporáneos (ver *Mateo* 17,14-18; *Marcos* 9,14-29; *Lucas* 4,33-37; 8,26-33; 11,14-22).

4) Que Jesús confirió a la Iglesia el poder para expulsar demonios (ver *Mateo* 10,1; 10,8; *Marcos* 3,14-15; 6,7; 6,13; *Lucas* 9,1; 10,17; 10,18-20).

Para ejercitar este poder la Iglesia cuenta entre sus libros litúrgicos con el *Rito de los exorcismos*, que contiene las normas y las oraciones para los exorcismos. La Iglesia, por lo tanto, ha declarado que quien niega la existencia del diablo «se sale del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesiástica» (ver Pablo VI, «Audiencia general del 15 de noviembre de 1972»). Negar esta realidad significa no entender la obra redentora de Cristo que es verdadera como es verdadero que el Hijo de Dios se manifestó para destruir las obras del diablo (ver *1 Jn* 3,8) y reducirlo a la impotencia (ver *Hb* 2,14-15); también significa no entender el significado del *Rito de los exorcismos*, que la

Iglesia ha puesto en manos de los exorcistas.

5) La Iglesia también sabe por la Biblia, además de su experiencia plurisecular, que no todo puede reconducirse a patologías de naturaleza psíquica y que, a veces, aunque en casos muy raros, detrás de lo que parece una patología se encuentra la acción extraordinaria del diablo o de los demonios.

En cualquier caso, se le pide al exorcista que proceda en primer lugar «con la máxima circunspección y prudencia», y esto tanto para un caso «de alguna, así llamada, intervención diabólica», así como para el caso de «alguien que expresa estar especialmente tentado, desolado o atormentado por el diablo». El exorcista, en estos casos, con la precaución y la prudencia con que debe distinguirse, es advertido por la Iglesia de no creer «fácilmente que alguien que padece alguna enfermedad, especialmente psicológica, esté poseído por el demonio»; también puede ocurrir que la persona «podría estar engañada por la propia imaginación» (*Praenotanda*, n. 14).

La Iglesia invita de nuevo al exorcista a distinguir «los ataques diabólicos de los casos de credulidad mediante la cual algunos fieles juzgan que son objeto de maleficios, de mala suerte o maldiciones, ya sea ocasionados por otras personas contra ellos mismos o bien allegados contra sus bienes» (*Praenotanda*, n. 15).

A continuación, la Iglesia ofrece al exorcista los criterios para discernir la presencia del maligno: «Según una probada praxis», se lee en el *Praenotanda*, n. 16 del rito del exorcismo, «se juzgan como signos de la posesión demoníaca hablar con muchas palabras en una lengua desconocida o entender al que la habla, movilizar cosas distantes u ocultas, manifestar fuerzas por encima de la naturaleza de la edad o condición del objeto poseso. Estos signos pueden ser un indicio pero podrían no ser atribuidos necesariamente a la posesión diabólica en cuyo caso debe prestarse atención a otros posibles signos de índole espiritual o moral que pudieran

manifestar, de algún modo, la intervención diabólica, como por ejemplo la aversión vehemente a Dios, al Santísimo Nombre de Jesús, a la Bienaventurada Virgen María y a los santos, a la Iglesia, a la Palabra de Dios, a los objetos sagrados, a los ritos, especialmente sacramentales y a las imágenes sagradas. Conviene, finalmente, examinar la relación que existe de todos los signos indicados con la fe y la vida espiritual teniendo en cuenta que el Maligno es enemigo de Dios y de todo aquello que los fieles tienen para experimentar la acción salvífica de Dios en ellos» (*Praenotanda*, n. 16).

Por mi experiencia como exorcista puedo decir que el diablo actúa hoy en día de forma ordinaria a través de las tentaciones; y también de forma extraordinaria mediante la infestación, la vejación o la posesión, aunque son casos muy raros.

Francesco Vaiasuso es uno de esos pocos casos en los que el diablo ha actuado de una forma extraordinaria. Esto dicho de modo sintético, sin entrar, por lo tanto, en los detalles de su historia que cuenta en su libro. Detalles que podrían ser cuestionables incluso desde un punto de vista objetivo. Yo soy uno de los que me ocupé de él durante varios años y le practiqué la terapia del exorcismo unas setenta y cinco veces.

Al leer las páginas de este libro, muchos podrían pensar que se trata de un caso de psicopatía. Pero esos deberían, sin embargo, explicar cómo ha podido recuperarse Francesco gradualmente, a pesar de no haberse sometido a ningún tratamiento farmacológico ni psicoterapéutico.

La explicación más razonable es que ha sido víctima de una vejación diabólica, así como de una posesión diabólica. El diablo, al poseerle, solo ha suspendido su voluntad, pero no su inteligencia ni su memoria. Esto le ha permitido a Francesco asistir como espectador a lo que le estaba ocurriendo a pesar de sí mismo, y para recordarlo con claridad sorprendente, lo que le ha permitido ponerlo por escrito en este libro, un libro que sin duda beneficiará a muchos tipos de personas: tanto los que están abiertos a la existencia del diablo y los demonios

y a su posible acción extraordinaria, como para los psiquiatras o para los obispos.

Los primeros, al leer este libro podrán ser conscientes de los sufrimientos que el maligno puede llegar a infligir a un hombre.

Sufrimientos tanto físicos como psíquicos, y todos ellos los ha vivido Francesco. Asma bronquial; crisis respiratorias que comenzaron a los cuatro años de edad y acabaron sucediéndose cada cuatro horas durante varios años; dolores continuos en los gemelos que no le dieron un respiro en ningún momento, sin que los médicos pudieran solucionar nada; problemas en los dientes y en las encías que se le habían retraído hasta quedar las raíces a la vista; alergias de la piel con picores a veces insoportables; sensación continua de inquietud; dificultades para digerir; fuertes dolores a lo largo de todo el cuerpo; disociaciones en las que emitía unos gritos de dolor que a todo el que estaba presente se le encogían las entrañas y que atravesaban incluso las paredes de la casa; momentos de memoria en blanco; un tipo de herpes labial; una otitis muy dolorosa; logorrea, es decir, repetir palabras interminablemente sin ninguna conexión lógica; dolores muy fuertes de cabeza, de estómago, de tobillos, de testículos, de la cara, del cuello... que eran causados por el maligno en forma de perros, gatos u hombres; golpes por todo el cuerpo; largas horas de disociación violenta, que aparecía de manera imprevista e impredecible, y durante las cuales asumía posiciones y movimientos antinaturales, y así llegaba a la noche completamente destrozado, lo mismo que Daniela, su mujer, a la que Francesco se sentía en la necesidad de decir: «¿pero cómo es que estás todavía conmigo?»; odio puro y cristalino, como si dentro de sus ojos se concentrara el origen del sentimiento de odio, un odio ancestral; muchos problemas para recibir el cuerpo del Señor; extraños movimientos durante las celebraciones eucarísticas a las que asistía, haciendo distraerse a los que estaban presente...

Hoy Francesco ya no tiene estos problemas, todo ha pasado y solo queda el recuerdo. Y no gracias a los médicos o a las medicinas, sino al poder dado por Jesús a la Iglesia para expulsar los demonios, ejercido por los sacerdotes que, designados por sus obispos, ejercen el ministerio del exorcismo. ¿Cómo no dar gracias al Señor? Y, al mismo tiempo, ¿cómo no podemos sentir la necesidad de rezar por aquellos que, como Francesco, son atormentados por el maligno mediante infestación, vejación o posesión?

Hoy, desafortunadamente, parece como si esas personas no existieran en los registros de la Iglesia. Nunca se reza por ellos en la oración de los fieles durante la celebración eucarística.

La lectura de este libro podría ser útil para sensibilizar las conciencias y para inducir a muchos a comenzar a orar por ellos, pues tras los pobres, ellos son los más pobres de la Iglesia, como han dicho los obispos, a los que debemos amar con un amor preferencial (ver Rito de los Exorcismos, *Presentación CEI*, nn. 13; 16). Si falta la oración, tiende a retrasarse la liberación que puede realizarse a través del exorcismo, ya que, en el exorcismo, que es un sacramental, la Iglesia actúa a través del sacerdote, y si se quiere conseguir la liberación deberá recurrir al modo que nos propuso Jesús: «Esta raza no puede ser expulsada por ningún medio, sino con la oración» (*Mc* 9,29). En consecuencia, si no hay una Iglesia orante detrás del exorcista, la liberación tiende a retrasarse.

Si algún psiquiatra leyera este libro, debería reflexionar y preguntarse por qué Francesco se ha recuperado por completo de ciertas patologías físicas y psicológicas, a pesar de no haber recibido ningún tratamiento farmacológico ni psicoterapéutico. Si sus problemas fueran resultado de una patología natural no podría haberse curado. Tampoco puede pensarse que se debe al efecto placebo, porque Francesco se recuperó gradualmente y solo después de varias oraciones de sanación y después de varios años de terapia exorcista. Un efecto placebo podría haber sido posible al principio. Por

supuesto, no podemos esperar que los psiquiatras ateos piensen que quien se encontraba detrás de los desórdenes de Francesco era el diablo. Pero al menos deberían reconocer que algunos de esos desórdenes no aparecen en ningún manual médico oficial y que Francesco solo llegó a curarse mediante las oraciones de liberación y los exorcismos. Deberían afirmarlo por honestidad intelectual, y harían bien en enviarnos a nosotros, los exorcistas, a gente con esos problemas en lugar de llenarles de fármacos que solo sirven para empeorar la situación por las contraindicaciones que tienen.

Por último, si quien lee este libro es alguno de nuestros queridos obispos, también debería ayudarles a reflexionar sobre los graves inconvenientes a los que se enfrentan aquellas personas que, encontrándose en las mismas condiciones que Francesco, llamaron a la puerta de sus pastores y la encontraron cerradas al no encontrar exorcistas en sus diócesis. Esas personas se verían obligadas a llevar toda la vida una cruz muy pesada, en la que se verían involucradas sus familias, sin hablar del riesgo al que se enfrentarían: terminar en una clínica psiquiátrica, embutidos de medicamentos inútiles.

Es una grave responsabilidad ignorar una posible actividad extraordinaria del diablo y hacer caso omiso del mandato de Jesús: «Expulsad a los demonios».

Sería deseable que los obispos, al leer este libro, nombren al menos a un exorcista en sus diócesis, si aún no lo tuvieran. Y mejor si, además, a veces pueden reunirse ellos mismos con esos pobres y les realizan un exorcismo, pues, dicho de forma confidencial y con el respeto debido a los sucesores de los apóstoles, no es normal que un obispo no haya hecho nunca un exorcismo y, por tanto, no sepa más o menos en qué consiste y lo que implica, al igual que no sería algo normal que un obispo nunca hubiese impartido una absolución o nunca hubiera celebrado una misa, después de haber instruido a otros. ¡Juan Pablo II hizo exorcismos, y fue Papa!

Al abrir los Evangelios, nos damos cuenta de que Jesús llevó a cabo una triple actividad de manera ordinaria: anunciaba la Palabra, expulsaba demonios y sanaba a los enfermos. Cuando llamó a los apóstoles, les dio un triple poder: anunciar la Palabra, echar fuera a los demonios (*Mc* 3,13-15) y sanar a los enfermos (*Mt* 10,1), al tiempo que les dio una orden precisa: «Expulsad los demonios» (*Mt* 10,8). Ejercieron este triple poder no solo antes de la resurrección de Jesús, sino también después, como se desprende de los Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles.

¡Qué hermoso sería si los obispos hicieran, al menos alguna vez, lo que solían hacer Jesús y los apóstoles habitualmente!

Fray Benigno
de los Frailes Menores Renovados,
exorcista de la archidiócesis de Monreale,
nombrado por la Conferencia Episcopal de Sicilia
para la formación de los exorcistas de Sicilia.

Apéndice 2

La experiencia humana a lo largo de los siglos trae consigo la evidencia del encuentro de cada una de las generaciones con el misterio del mal. Todas las culturas han madurado su conciencia acerca de la existencia de algo que ciertamente es real y que condiciona la vida de los hombres más allá de las diferencias geográficas y culturales. Si en el caso de las religiones naturales se percibe la visión del mal y del diablo dentro de una vasta nebulosa de creencias y tradiciones, en la revelación cristiana podemos identificarlo con rasgos más definidos.

La demonología cristiana nos permite tomar conciencia de algo importante, hoy particularmente urgente: el espesor efectivo del mal en el mundo. Y nos protege de algunos riesgos mortales:

- De luchar contra el mal solo con las fuerzas de la razón.
- De minimizar la seriedad de la lucha contra el mal.
- De entrar en el desastroso programa de erradicarlo por completo de la historia.
- De confinar la demonología revelada en la esfera incontrolada de la subcultura.
- De reducir los ritos exorcistas a pura expresión de superstición y sugestión.
- De quedarse encerrado en la estrechez de los análisis exclusivamente psicológicos o psiquiátricos.

Gracias a la demonología cristiana, queda plenamente manifiesta la indispensabilidad absoluta de Jesús, no solo en su valor primario de camino hacia el Padre, sino también en

su labor subordinada y secundaria, y sin embargo igualmente esencial e indispensable, de liberador del mal. Recordar la existencia del demonio significa darnos cuenta de que nosotros, solos, únicamente con nuestro coraje y fuerza de voluntad, nunca podremos vencer las dificultades y los peligros que no tienen un origen únicamente terrenal; significa esperar nuestra salvación no con un ánimo ligero y despreocupado, sino «con temor y respeto» (*Ef* 6,5), pero al mismo tiempo con la serenidad y la confianza de quien sabe que su Señor ya ha luchado por él y ha vencido.

El co-autor de este libro, Paolo Rodari, periodista muy querido y respetado, echa mano de una buena dosis de valor para desafiar la sonrisa de los escépticos contemporáneos y su ironía fácil; con un lenguaje sencillo, ágil e incisivo, sin temor ni vergüenza a ser clasificado como autor de fantasías populares o como ignorante de los progresos científicos, introduce al lector en la historia original y compleja de Francesco Vaiasuso, poseído y vejado por el demonio quien, gracias a la intervención de Cristo a través de la persona del exorcista, experimentó su poder liberador del maligno y de sus efectos devastadores.

Además, el co-autor, con una gran sensibilidad humana y espiritual, ha sido capaz de sumergirse en las profundidades de una vida humana humillada y esclavizada por una intervención diabólica extraordinaria y poco habitual que la poseía por completo de un modo espiritual, mental y corporal. Tiene también el mérito de saber ofrecernos una descripción precisa de los fenómenos que han tenido lugar y su intrincada historia, sondeando profundamente en el misterio del dolor y del sufrimiento psicofísico, como: el estado de trance, las visiones, el conocimiento de idiomas extraños, la violencia agresiva, la aversión a lo sagrado, el desafío permanente, alucinaciones visuales y auditivas, el trastorno disociativo con la fenomenología variada que surge al realizar un exorcismo y que no se ha podido explicar de modo científico.

Por último, el co-autor, al presentar el drama de Francesco Vaiasuso y su familia, solo nos cuenta una pequeña parte de los acontecimientos reales a lo largo de muchos años de posesión, con un objetivo claro: sensibilizar a los lectores sobre un grave problema que se está extendiendo de manera preocupante y seria. Para sustentar este triste hecho social y eclesial, aportamos una afirmación iluminadora y programática del beato Pablo VI: «¿Cuáles son hoy las mayores necesidades de la Iglesia? (...). Una de las necesidades mayores es la defensa de aquel mal que llamamos Demonio» (Audiencia general del 15 de noviembre de 1972).

La amistad espiritual siempre produce buenos frutos y ciertamente uno de ellos ha sido el presente libro, dedicado a la liberación total de Francesco Vaiasuso. Por otro lado, pueden verse la gran proliferación de libros y revistas que con gran verborrea y excesiva desenvoltura hablan de los demonios siempre en clave esotérica y consumista, en las antípodas de la revelación cristiana. Así, a la reserva, muy cercana al silencio, de no pocos sectores académicos o catequéticos, se opone la locuacidad de esta literatura esotérica al servicio de la industria de lo oculto. En una situación así, la publicación de este libro de Vaiasuso-Rodari se convierte en una ocasión iluminadora y esclarecedora.

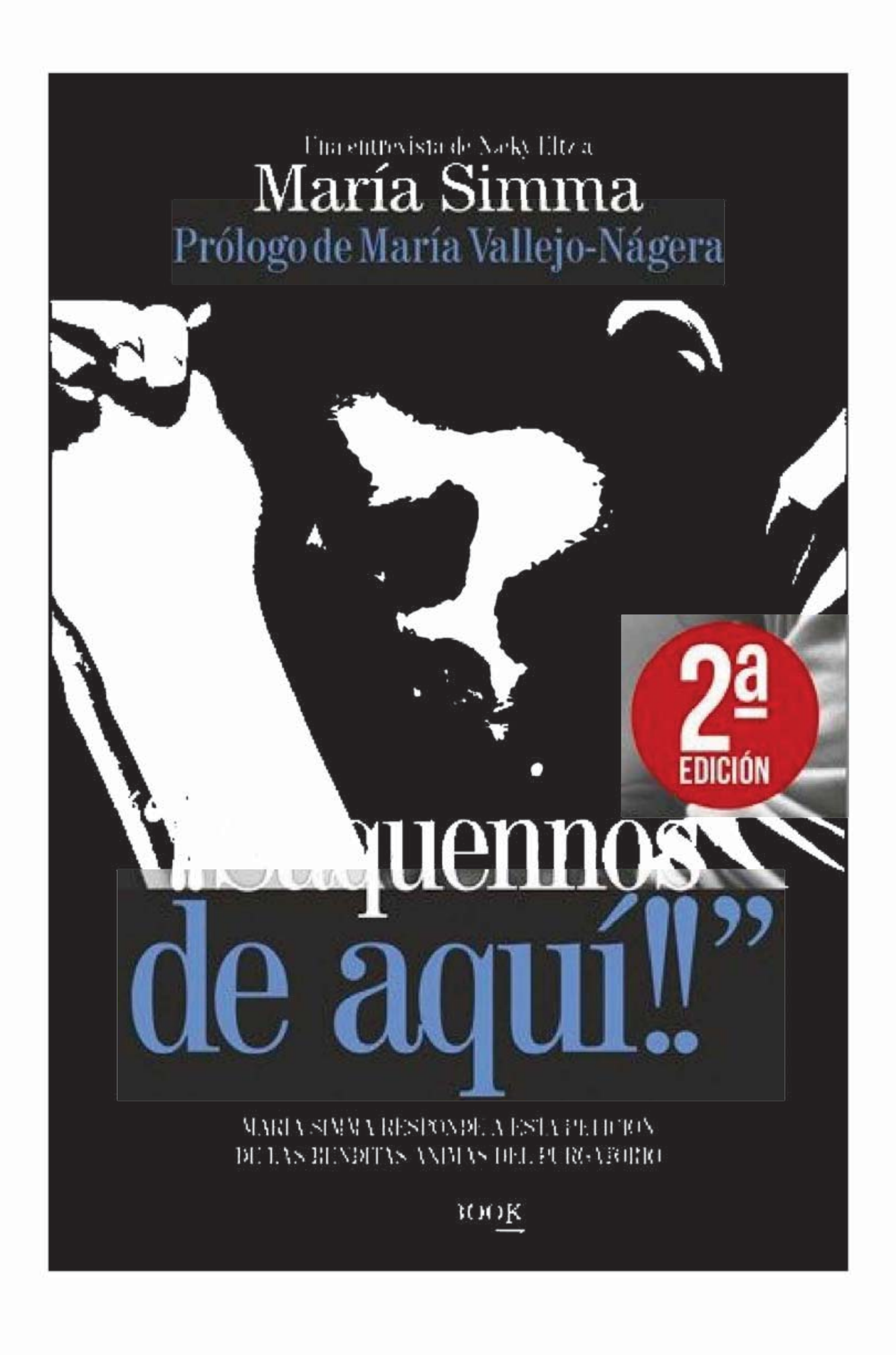
A través de los increíbles caminos de la Providencia de Dios, nos hemos cruzado en el mismo camino para andar juntos como hermanos en Cristo, Redentor, Salvador y Liberador de cada hombre. Ciertamente, el buen Dios tenía un proyecto claro de vida, de paz y de alegría.

Si este libro consigue que nazca en quienes lo lean el deseo de profundizar en los temas de la revelación divina habrá alcanzado su propósito.

Fr. Tonino B. Bono, ofm
exorcista durante más de veinte años
de la archidiócesis de Messina-Lipari-S. Lucia del Mela
y nombrado ad actum, en algunas diócesis de Sicilia,

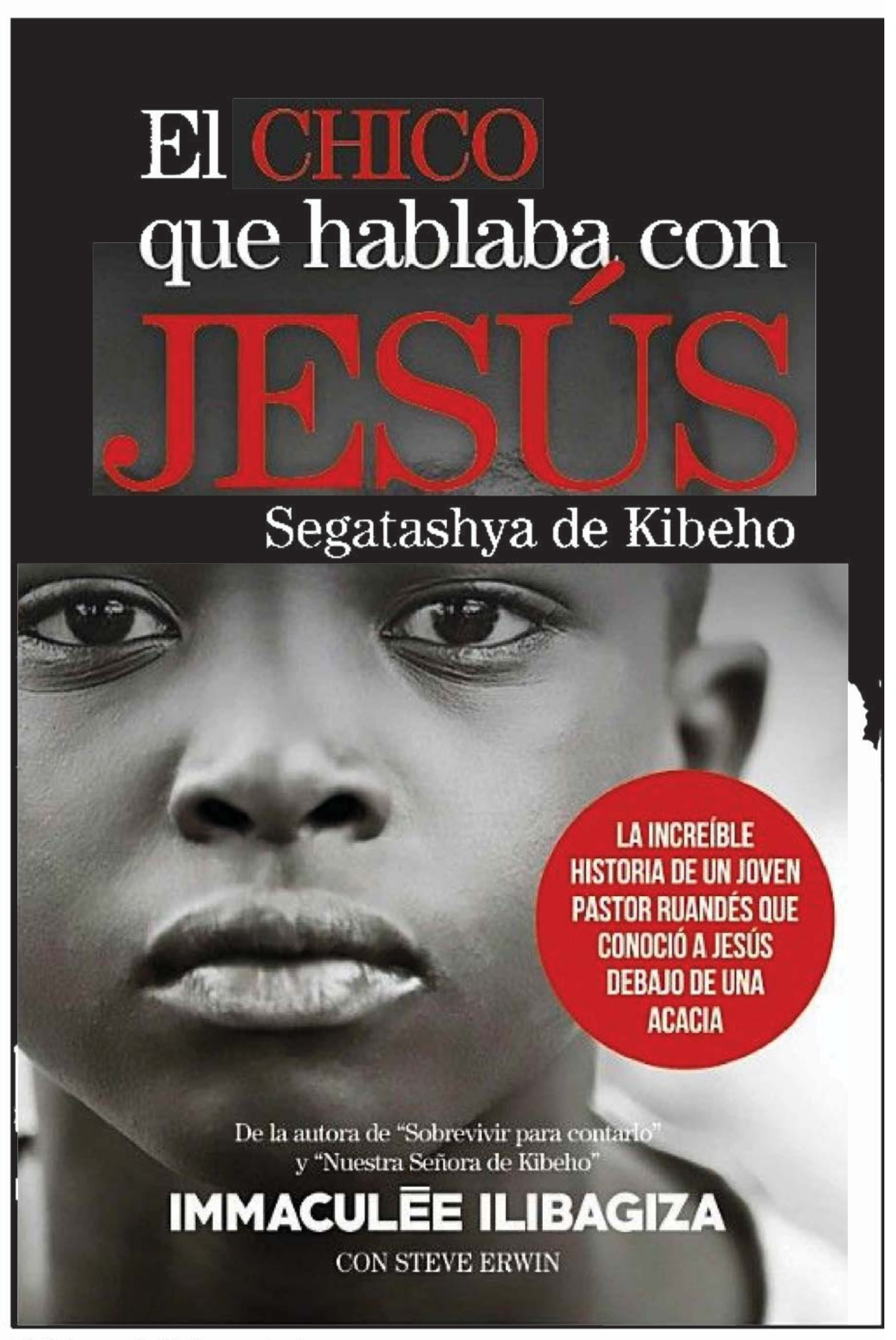
graduado en Mariología,
asistente de la federación S. Eustochia Calafato
de las Clarisas de Sicilia-Calabria-Cerdeña,
asistente religioso del grupo laico
«Amigos de la Hna. M. Alfonsa» de Messina.

Otros libros de interés



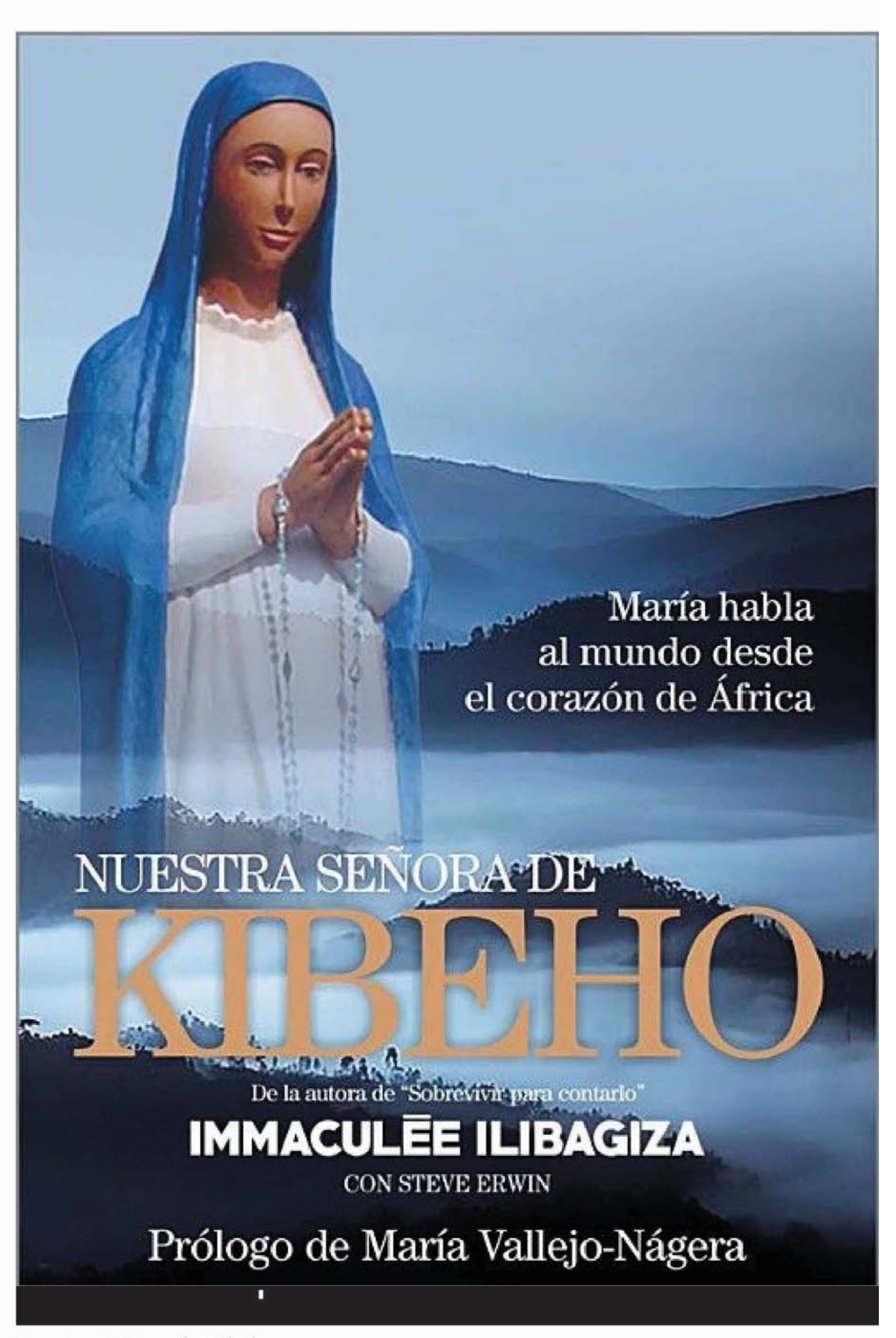
"¡¡Sáquennos de aquí!!"
María Simma con Nicky Eltz
Prólogo de María Vallejo-Nágera

Como dice en el prólogo María Vallejo-Nágera, autora de Entre el cielo y la tierra. Historias curiosas sobre el purgatorio: «No se puede ni imaginar el pedazo de gema cuasi-periodística que tiene en este momento entre las manos, querido lector. Si lo supiera se saltaría mi prólogo de sopetón, pues nada de lo que yo pueda adelantarle puede reflejar la aventura espiritual y el descubrimiento sobrenatural que le espera entre las líneas de este magnífico ensayo sobre la realidad de la existencia del purgatorio».



El chico que hablaba con Jesús
Immaculée Ilibagiza con Steve Erwin

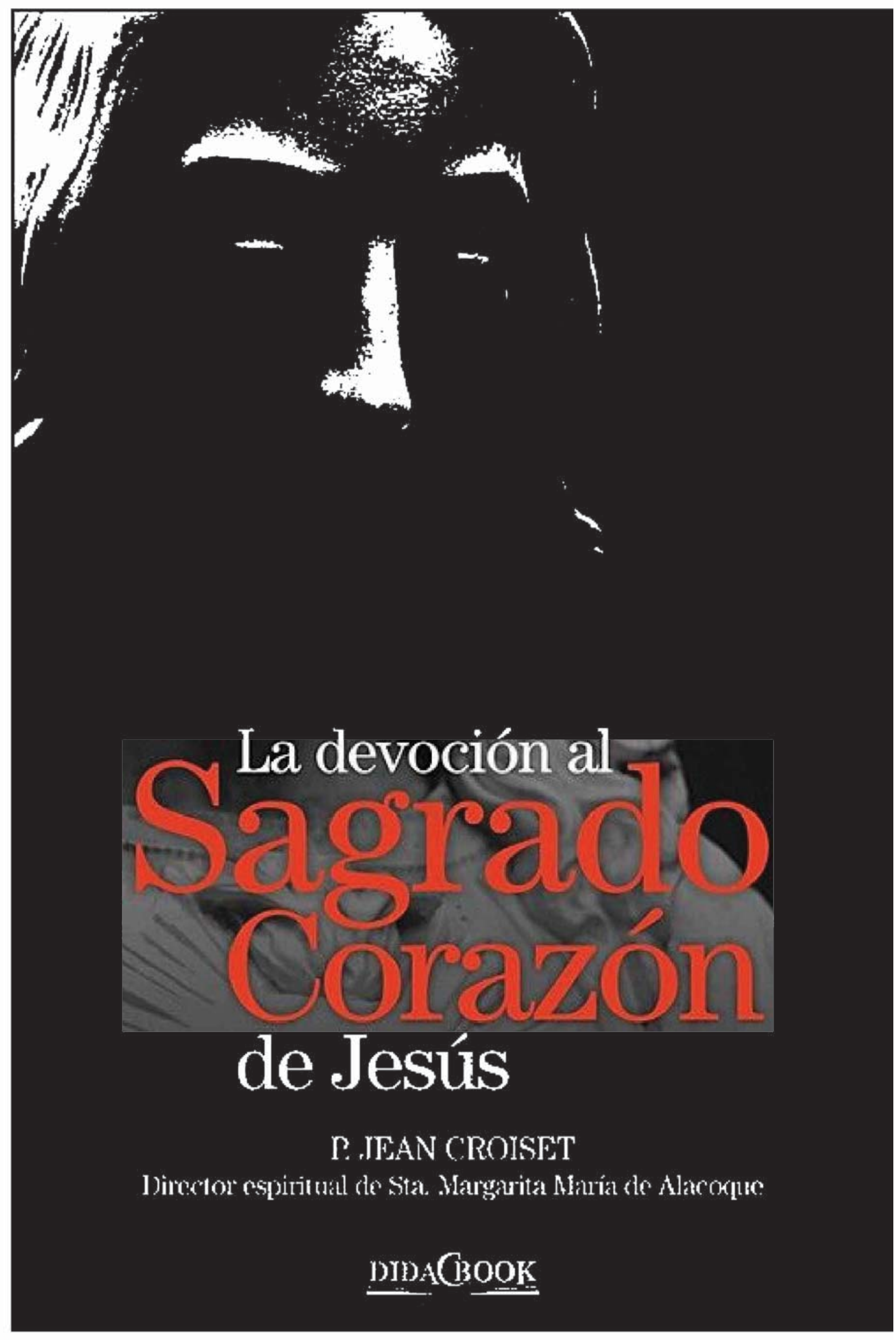
Una gran historia nunca contada antes: la de un chico que hablaba con Jesús, y que se atrevía a hacerle las preguntas más inocentes, a la vez que le cuestionaba sobre los temas que más han preocupado a la humanidad desde los orígenes del tiempo. Su nombre era Segatashya. Era un pastor, analfabeto, que provenía de una familia pagana de una de las zonas más remotas de Ruanda. Nunca fue al colegio, ni tuvo una Biblia en sus manos ni pisó una iglesia... pero sus palabras nos llenarán de alegría y calor, y prepararán nuestro corazón para esta vida y para la futura que no tendrá fin.



Nuestra Señora de Kibeho
Immaculée Ilibagiza con Steve Erwin

Prólogo de María Vallejo-Nágera

La fama de Kibeho, en Ruanda, crece poco a poco; hasta este remoto pueblo africano llegan cada vez más peregrinos de todo el mundo para honrar a la Madre del Verbo, que es como se dio a conocer la Virgen en las apariciones que tuvieron lugar en la década de los 80. Tras varios años de estudio por las autoridades eclesiásticas, la Iglesia católica reconoció oficialmente que Nuestra Señora nos visitó realmente en este lugar, las primeras de toda África. La afamada escritora Immaculée Ilibagiza nos cuenta de primera mano una historia maravillosa, y en ocasiones dura, que llegará a conmover profundamente el corazón de los lectores.



La devoción al Sagrado Corazón de Jesús
P. Jean Croiset

Director espiritual de Santa Margarita María de Alacoque

Por fin en castellano una versión actualizada de este clásico del siglo XVII que hasta ahora solo podía conseguirse como facsímil. Más de tres siglos después, se pone a disposición de todos los lectores una obra clave para comprender la importancia y la centralidad del Sagrado Corazón en la vida interior de los cristianos. Fue escrito por el sacerdote jesuita Jean Croiset, director espiritual de santa Margarita María de Alacoque (1647-1690).

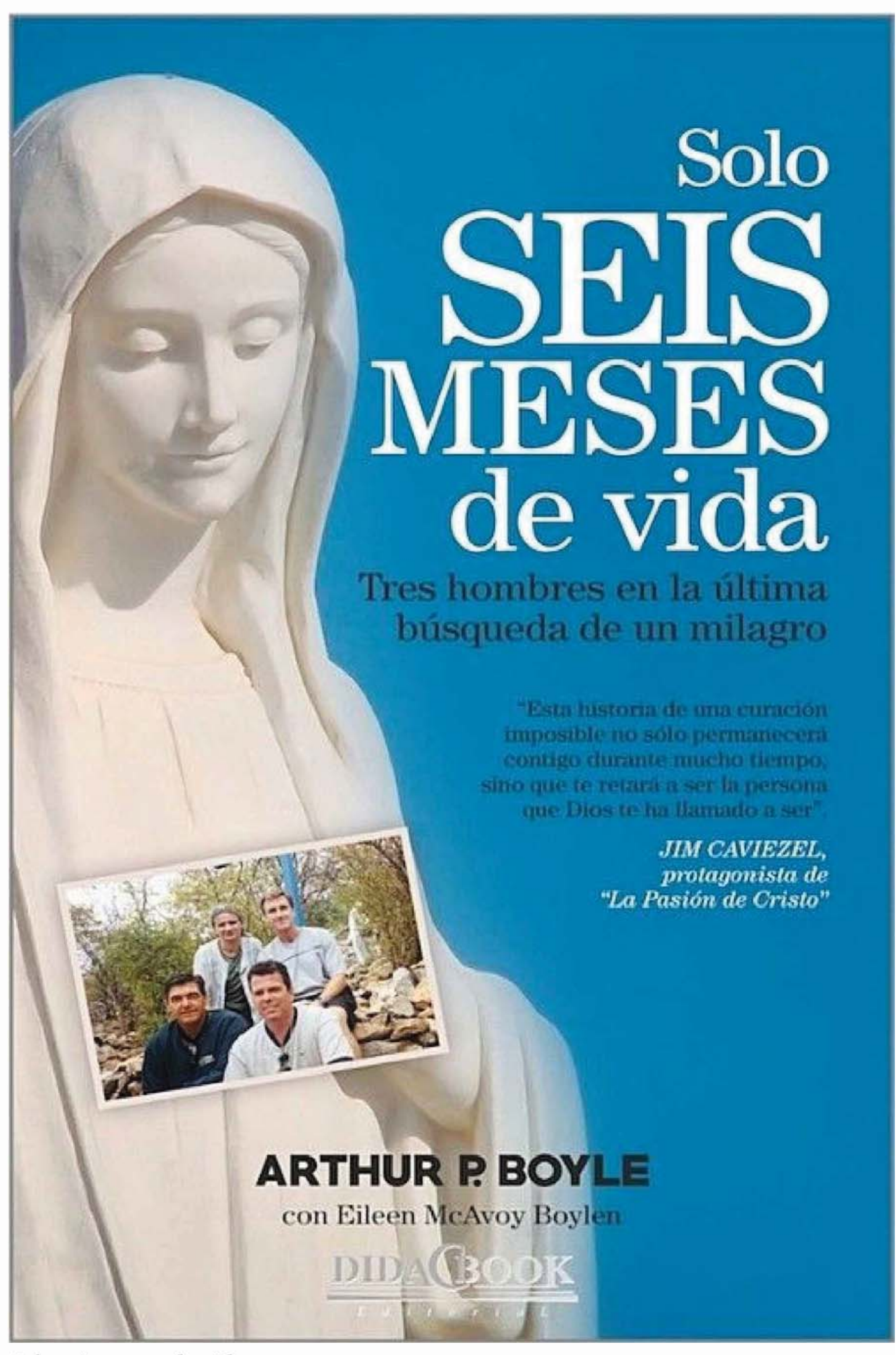
El manuscrito del Purgatorio

SOR MARÍA DE LA CRUZ



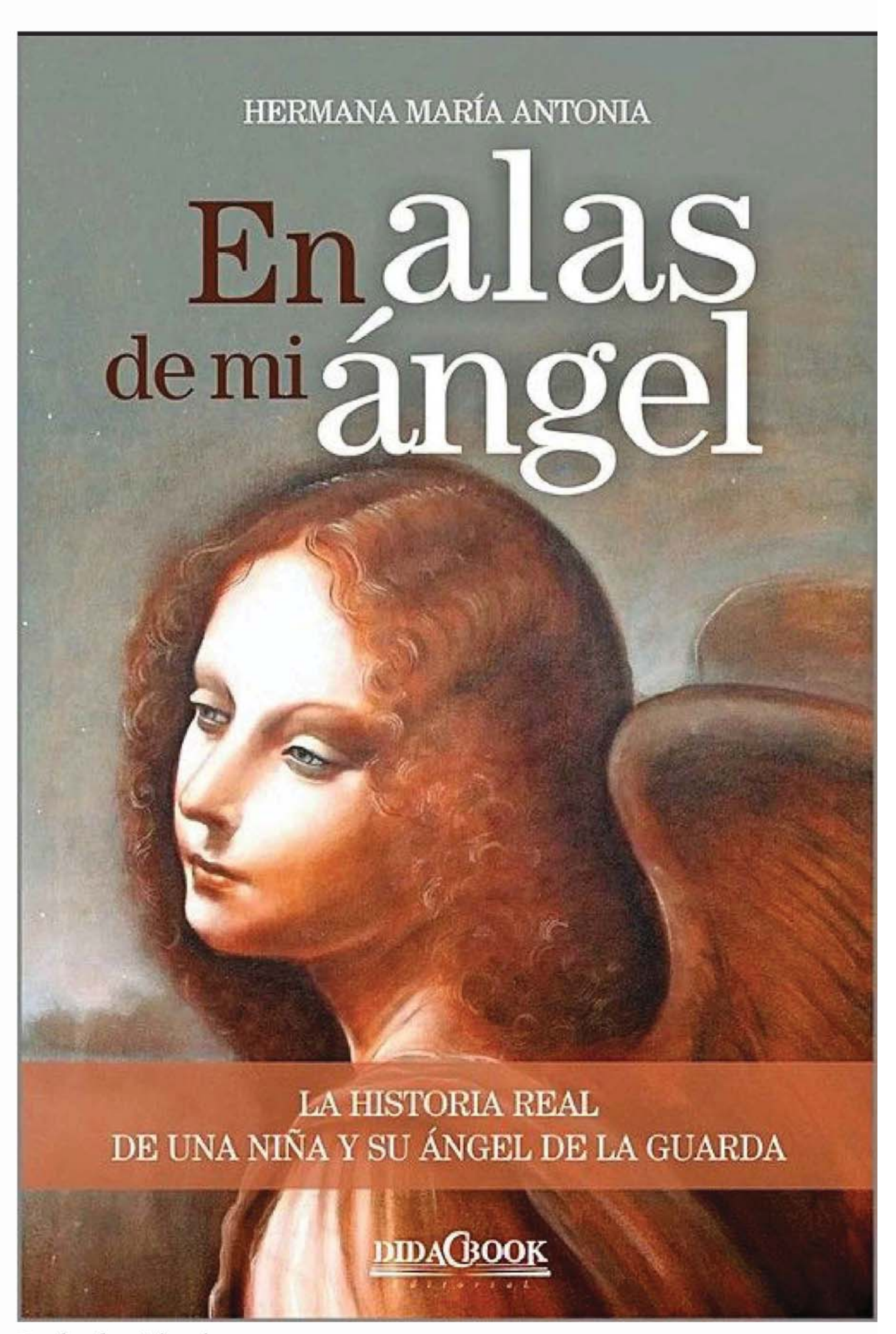
El manuscrito del purgatorio
Sor María de la Cruz

Este manuscrito son los apuntes tomados por sor María de la Cruz, que entabló durante muchos años misteriosas conversaciones con la que había sido su hermana en vida. En sus páginas encontraremos un testimonio sobre la realidad del purgatorio, sobre el momento de la muerte y el juicio. Pero es sobre todo una auténtica guía para alcanzar la santidad y tener vida interior de alguien que contempla la vida terrena ya desde la eternidad. Nos invita a todos a comprender mejor el gran amor que nos tiene Dios y la gran cantidad de gracias que derrama sobre nosotros.



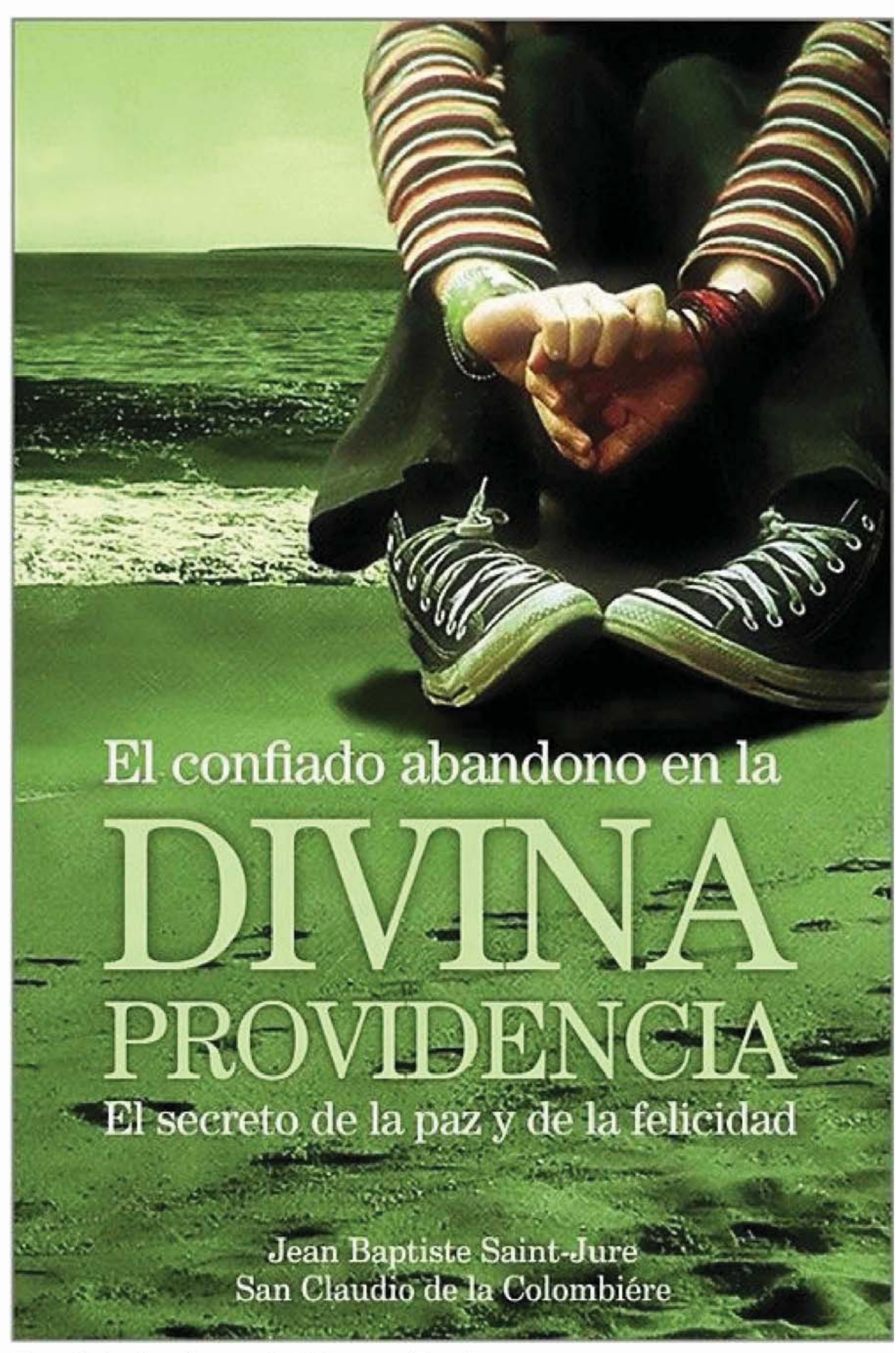
Solo seis meses de vida
Arthur P. Boyle

Este libro nos cuenta no solo la curación milagrosa de su protagonista sino su transformación espiritual, a la vez que nos habla de verdadera amistad y de familia. Desde su milagrosa curación en Medjugorje, Arthur P. Boyle ha viajado alrededor del mundo dando conferencias ante miles de personas en América y Europa, convirtiéndose en una fuente de inspiración para todos los que escuchan su historia.



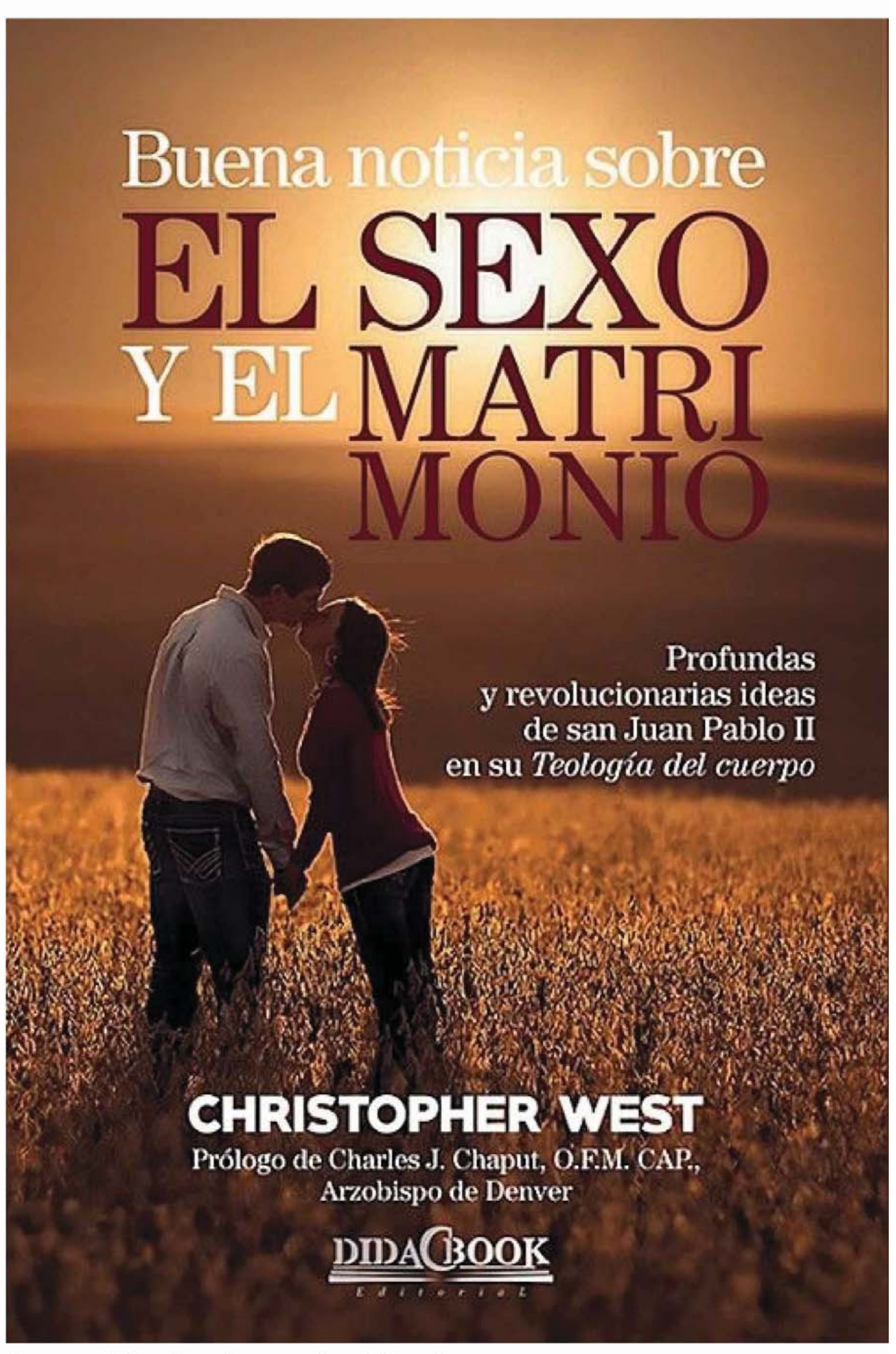
En alas de mi ángel
Hermana María Antonia

La historia verdadera de una niña brasileña que vio y escuchó a su ángel de la guarda durante la mayor parte de su vida. Cecy Cony (1900-1939), más tarde Hermana María Antonia cuando entró en la vida religiosa, nos cuenta la historia de cómo su ángel de la guarda, a quien llamaba su "nuevo amigo", le ayudó durante su infancia y juventud a evitar todo lo que hacía sufrir a Jesús. Un libro lleno de anécdotas reales que son, a la vez, edificantes, conmovedoras y con frecuencia divertidas.



El confiado abandono en la divina providencia
Jean Baptiste Saint-Jure y San Claudio de la Colombiére

En este libro pueden encontrarse dos joyas de la espiritualidad cristiana del siglo XVII que tratan sobre el abandono en la divina providencia y que por fin pueden leerse en castellano en una edición conjunta. El verdadero secreto de la paz y la felicidad aquí en la tierra se encuentra en algo muy sencillo y, a la vez, muy complicado: conformar nuestra voluntad a la de Dios, viendo en todo lo que nos ocurre, la mano amorosa de nuestro Padre Dios; abandonarse confiadamente en sus brazos paternales como lo hace un niño pequeño.



Buena noticia sobre el sexo y el matrimonio
Christopher West

En este libro, realizado en forma de preguntas y respuestas, explica los porqués que se encuentran detrás de las doctrinas de la Iglesia mostrando la profunda belleza del designio original de Dios al crearnos varón y mujer. A lo largo de sus capítulos se responden, con total sinceridad, los principales temas y objeciones relacionados con la conducta sexual y el matrimonio que le han planteado al autor en los numerosos encuentros y conferencias que ha impartido por todo el país. La "buena noticia" es que el sexo tiene un sentido y que la verdadera satisfacción del deseo que nos mueve a todos es el de amar y ser amados.